
Una noche.
Una apuesta.
Sin piedad.
APUESTA
de Pecado
ARIANA COOPER

APUESTA DE PECADO

ARIANA COOPER

Copyright © 2025 de Ariana Cooper

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en formato alguno ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, a excepción del uso de breves citas en una reseña literaria.

Maquetado con Vellum

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Vera
2. Misha
3. Vera
4. Misha
5. Vera
6. Misha
7. Vera
8. Misha
9. Vera
10. Misha
11. Vera
12. Misha
13. Vera
14. Misha
15. Vera
16. Misha
17. Vera
18. Misha
19. Vera
20. Misha
21. Vera
22. Misha
23. Vera
24. Misha
25. Vera
26. Misha
27. Vera
28. Misha
29. Vera
30. Misha
31. Vera
32. Misha

También por Ariana Cooper

SINOPSIS

Solo quería dinero.

Para medicinas.

Para salvar la vida de mi hermano.

Nunca quise robar a la **Bratva.**

Pero los Radich me dieron apuestas que hacer.

Números. Sobres. Reglas que no podía cuestionar.

Entonces **Misha Vetrov** se fijó en mí.

Ojos fríos. Manos tatuadas.

El nuevo rey del **pecado** del circuito.

Me presionó contra su mundo de fuego.

Y cedí.

Un beso. Una noche. Una rendición imprudente.

Ahora espero un **hijo** suyo.

Y él no lo sabe.

Los Radich quieren silenciarme.

Los Vetrov quieren respuestas.

¿Y Misha? Me quiere debajo de él, bajo juramento y bajo llave.

Pero ¿cómo mantengo su secreto a salvo…

cuando él es la clase de hombre

que *siempre descubre la verdad?*

Nota de la autora: *Apuesta de pecado* es el cuarto libro de la serie *Las Crónicas de los Vetrov*. Disfrutarás leyendo esta serie compuesta por cinco hombres Vetrov que romperán todas las reglas, aplastarán imperios y quemarán el mundo para reclamar lo que es suyo.

Uno la dejó embarazada y se marchó.

Uno juró protegerla—y rompió todas las leyes para no perderla.

Uno la sujeta con riendas de lujuria y orgullo.

Uno hizo una apuesta con el diablo—y perdió su alma por ella.

Uno le robó la corona… y luego el alma.

Sus historias se desarrollan en:

Libro 1- *Atada a la Bratva*

Libro 2 - *El Juramento del Sicario*

Libro 3 - *Apuesta de Pecado*

Libro 4 - *Apuesta de Pecado*

Libro 5 - Imperio Robado

Oscuro. Sucio. Demoledor.

Estos hombres no se enamoran—se *apoderan* del amor.

1

VERA

El frío me muerde a través de los guantes mientras saco estiércol con la pala del tercer box. Mi aliento forma nubes blancas en el aire del amanecer. Los caballos se mueven inquietos en sus boxes, percibiendo la tensión que recorre el hipódromo de Podsolnukh incluso a esta hora tan temprana. Llevo limpiando boxes desde las cuatro y media, intentando perderme en el ritmo del trabajo, en el raspar de la pala contra el hormigón para ahogar los miedos que me rondan la cabeza cada noche de insomnio.

Koschei resopla desde su box y escarba la paja limpia que le he puesto hace una hora. El caballo castrado bayo siempre ha sido muy especial con su entorno, exigiendo una perfección que me recuerda a la gente que ahora controla mi vida. He trabajado con él desde que llegó a Podsolnukh hace dos años, aprendiendo sus humores y manías, ganándome su confianza a base de una paciente constancia. La confianza… una cosa tan frágil en este mundo donde la lealtad se puede comprar y vender con los programas de carreras del día.

La puerta del establo se abre con un chirrido y deja entrar una ráfaga de viento helado que me atraviesa la chaqueta de lana. Dos jockeys pasan por delante de mi box, sus voces resuenan en susurros que hacen que se me tensen los hombros. En este lugar, las conversaciones susurradas a menudo contienen información que puede destrozar vidas.

—La semana pasada llegó un nuevo corredor de apuestas —dice el más alto, ajustándose el abrigo contra el frío de la mañana—. Un Vetrov. Se dice que está buscando patrones en los pagos.

Mi pala se detiene a media palada. El estiércol vuelve a caer en la carretilla con un golpe sordo y húmedo que parece resonar en mi pecho. El nombre no significa nada para mí, pero sus implicaciones me recorren la espalda como dedos de hielo.

—¿Vetrov? —escupe el segundo jockey en la paja—. He oído que hizo limpieza en Moscú antes de que lo mandaran aquí. Cualquiera que esté sisando o trapicheando está acabado. Al último corredor de apuestas lo encontraron boca abajo en el río Moscova.

—Este es diferente. El tío de Rolan Vetrov. Los lazos de sangre son muy fuertes en esa banda. No ha venido a hacer amigos. Ha venido a cortar la sangría.

Siguen de largo y sus pasos se desvanecen en dirección al guadarnés, pero sus palabras se me graban a fuego en el cráneo. Un nuevo corredor de apuestas. Lazos de sangre. Buscando patrones. Mi historial de apuestas se remonta a seis meses atrás; cada apuesta realizada exactamente como me indicaron, cada ganancia sumándose a un total que despertaría sospechas en cualquiera que mirara con atención. Hace que se me acelere el pulso.

La carretilla parece más pesada mientras la empujo hacia el siguiente box. Me tiemblan un poco las manos; no sé si por el frío o por el miedo. Los caballos necesitan tener los boxes limpios. El trabajo tiene que terminarse. Esas son las pequeñas certezas que puedo controlar mientras todo lo demás amenaza con derrumbarse a mi alrededor.

Llevo ya tres años en Podsolnukh, aceptando trabajos en los establos donde podía desde que mi familia emigró de Ucrania cuando yo tenía diecisiete años. Es un trabajo honrado: limpiar boxes, dar de comer a los caballos, mantener el equipo que mantiene a estos magníficos animales sanos y competitivos. Me da

para pagar el alquiler del diminuto apartamento que comparto con mi padre y mi hermano, para la comida y las facturas y los pequeños lujos que hacen soportable la pobreza.

Pero el trabajo honrado no paga tratamientos experimentales contra el cáncer. No cubre los medicamentos que mantienen con vida a mi hermano pequeño, no financia los procedimientos que las compañías de seguros desestiman por ser demasiado costosos, demasiado arriesgados, demasiado inciertos. El trabajo honrado habría enterrado a Elvin hace seis meses.

—Vera.

La voz atraviesa la calma matutina del establo y me doy la vuelta para ver a Sonya Radich de pie en la puerta. Su abrigo negro está impecable a pesar del barro y la paja que cubren el suelo del establo. Se la ve fuera de lugar, cómicamente fuera de lugar. Y su forma de moverse —serena, alerta, peligrosa— me dice que no sabe lo que es ir tirando y mendigar las sobras.

Sonya representa todo lo que yo nunca seré: refinada, segura de sí misma. Se mueve en el mundo de las sutilezas, de las insinuaciones, del tipo de poder que arruina vidas con una llamada de teléfono o una expresión de decepción. Y lo he aprendido por las malas.

La primera vez que nos vimos, me ofreció una solución a problemas que ni siquiera había expresado en voz alta. La segunda, me dejó claro que las soluciones tienen un precio que se acumula con el tiempo.

Extiende un papel doblado hacia mí; sus dedos con la manicura hecha parecen más bien las garras de un ave rapaz. —Las selecciones de hoy.

Apoyo la pala contra la puerta del box y cojo el papel, notando su textura familiar entre mis dedos. Las instrucciones estarán escritas con la letra pulcra de Sonya: números de carrera, nombres de caballos, cantidades a apostar, números de cuenta para ingresos y

retiradas. Cada apuesta está calculada para extraer el máximo beneficio pareciendo lo suficientemente aleatoria como para no levantar sospechas. O eso pensaba yo hasta hace cinco minutos.

—Han aumentado las cantidades —continúa Sonya, observando mi cara en busca de cualquier atisbo de resistencia. Sus ojos son oscuros, calculadores. Me evalúa así cada vez que nos vemos, busca debilidades o indicios de que pueda rebelarme—. Los tratamientos de Elvin van bien, ¿confío?

El nombre de mi hermano en su boca hace que apriete la mandíbula. La naturalidad con la que lo utiliza, convirtiendo su enfermedad en una palanca, su recuperación en una cadena que me ata a sus instrucciones. Elvin no sabe de dónde sale el dinero. Cree que el trabajo de nuestro padre en la construcción ha sido más lucrativo últimamente, que el seguro finalmente ha aprobado la cobertura de su terapia. La mentira me pesa en el pecho, pero es más piadosa que la verdad.

—Los tratamientos están ayudando —digo, doblando el papel y guardándolo en el bolsillo de la chaqueta. Su peso parece desproporcionado para su tamaño. Solo estoy empezando a entender por qué.

—Bien. —La sonrisa de Sonya nunca llega a sus ojos; permanece fija y fría como una mañana de invierno—. La constancia trae recompensas, Vera. Recuérdalo.

La amenaza se esconde bajo sus educadas palabras, que sé que con la misma facilidad podrían ser susurradas al oído de otra persona si así lo decidiera. La constancia trae recompensas, pero la inconstancia trae consecuencias que van más allá de mi propio destino. Se da la vuelta para marcharse y luego se detiene en la puerta.

—Podría haber un mayor escrutinio en las próximas semanas —dice sin volverse—. Los nuevos directivos suelen traer nuevas políticas.

Confío en que gestionarás cualquier pregunta con tu discreción habitual.

Se marcha tan silenciosamente como ha llegado; sus pasos son engullidos por los sonidos de los caballos moviéndose y los pájaros despertando fuera del establo. Vuelvo al box y termino de limpiarlo mientras mi mente da vueltas a las posibilidades. Un nuevo corredor de apuestas significa un nuevo escrutinio. Un nuevo escrutinio significa preguntas que no puedo responder sin destruir mi capacidad para mantener a Elvin.

Los caballos exigen atención y no hacen preguntas sobre el origen de su avena ni se preguntan por qué su moza de cuadra a veces se sobresalta con ruidos inesperados. Existen en el momento presente, confiando en que sus necesidades serán satisfechas, en que su mundo seguirá siendo predecible y seguro.

Les envidio esa sencillez.

Una hora más tarde, llevo a Koschei hacia el paddock para su ejercicio matutino. El caballo castrado bayo se mueve con una energía inquieta, sus músculos prietos bajo su pelaje de invierno. Su aliento forma nubes blancas mientras caminamos, sus cascos crean un ritmo constante contra la tierra apisonada del camino. El peso familiar del ramal en mi mano me proporciona una pequeña ancla de normalidad en una mañana que se siente cada vez más inestable.

El paddock bulle de actividad matutina. Los entrenadores ladran instrucciones con voz cortante a los jinetes de entrenamiento. Los mozos de cuadra pasean a los caballos en cuidadosos círculos, buscando signos de cojera o malestar. Los veterinarios se mueven entre los caballos, sus ojos expertos evalúan su estado y forma física. El caos familiar de la preparación del hipódromo se desarrolla a mi alrededor, pero hoy se siente cargado de un trasfondo que no puedo nombrar.

Todo el mundo parece más alerta, más vigilante. Las conversaciones terminan bruscamente cuando se acercan extraños. La gente mira

por encima del hombro con más frecuencia, como si esperara una atención no deseada. El cambio es sutil pero inconfundible: el ecosistema del hipódromo se está adaptando a un nuevo depredador en su seno.

Me detengo en la ventanilla de apuestas después de dejar a Koschei en el paddock, mi mano encuentra el papel doblado en mi bolsillo. El empleado detrás del cristal levanta la vista expectante, su rostro muestra la paciencia aburrida de alguien que ha procesado miles de transacciones similares. No me conoce por mi nombre, pero reconoce la rutina: mujer sola, apuestas moderadas, pérdidas constantes que sugieren un juego recreativo en lugar de una implicación profesional.

—Tercera carrera —digo, con la voz firme a pesar de los tambores de mi corazón—. Mil quinientos a Midnight's Glory a ganador.

La cantidad es mayor que mis apuestas habituales, pero no de forma espectacular. Sonya ha tenido cuidado de aumentar las cantidades gradualmente, evitando saltos bruscos que pudieran llamar la atención. El empleado sella el boleto y lo desliza por el mostrador sin hacer comentarios, y yo lo doblo y lo meto en la cartera.

—Séptima carrera —continúo—. Dos mil a Devil's Bargain a colocado.

Esta vez el empleado hace una pausa, con el bolígrafo suspendido sobre el formulario. Dos mil representa más de lo que gano en un mes de trabajo en el establo, pero mi rostro no revela nada de la ansiedad que me atenaza el pecho. He aprendido a proyectar una confianza serena, a parecer alguien que toma decisiones informadas en lugar de seguir instrucciones que apenas entiendo.

El boleto se une al primero en mi cartera. Dos apuestas hechas, me quedan dos más antes del mediodía.

Un movimiento me llama la atención por el rabillo del ojo. Un hombre está apoyado en la pared del fondo de la zona de apuestas,

con la atención centrada en mi dirección. Alto, de complexión delgada, lleva un abrigo oscuro que ha visto días mejores. Su rostro permanece parcialmente en la sombra por el ala de una gorra de lana, pero su postura sugiere que está acostumbrado a observar a la gente. Hay una quietud en él, la de un cazador observando a su presa. Hace que se me ponga la piel de gallina.

Me obligo a apartar la vista, a concentrarme en volver al paddock donde Koschei espera su sesión de ejercicio. Mis pasos se mantienen regulares, sin prisas, sin dar ninguna indicación de que mis nervios se han tensado como las cuerdas de un piano. El hombre podría ser de seguridad. Podría ser uno de los hombres de Vetrov, que ya está catalogando caras y patrones. Podría no ser más que un cliente habitual que estudia las probabilidades y se pregunta por qué una moza de cuadra hace apuestas que superan sus aparentes medios.

Pero en mi mundo, asumir el mejor de los casos se ha convertido en un lujo que no puedo permitirme.

Los ejercicios matutinos continúan a mi alrededor mientras trabajo con Koschei, guiándolo a través de su rutina de calentamiento mientras mi mente se adelanta a las apuestas restantes, a las preguntas que podrían surgir, al cuidadoso equilibrio que debo mantener entre la supervivencia y el ser descubierta. El caballo castrado responde a mis indicaciones con su inteligencia habitual, pero lo pillo mirando hacia la zona de apuestas donde el hombre vigilante todavía mantiene su puesto.

Los animales sienten el peligro antes que los humanos. Leen el lenguaje corporal y los cambios ambientales con instintos perfeccionados por millones de años de evolución. Si Koschei se ha dado cuenta del observador, entonces la amenaza es lo suficientemente real como para ser registrada en los niveles más primitivos de la conciencia.

—Tranquilo, chico —murmuro, pasándole la mano por el cuello. El contacto nos calma a ambos; el caballo y la humana encuentran consuelo en el simple intercambio de confianza y tranquilidad.

El resto de la mañana transcurre como cualquier mañana normal. Hago las dos últimas apuestas durante mi descanso para comer, variando las horas y las rutas de aproximación, eligiendo diferentes ventanillas para evitar establecer patrones obvios. El hombre que me observaba desaparece en algún momento después de las once, pero su ausencia parece más siniestra que tranquilizadora. Los depredadores no abandonan su territorio. Simplemente cambian sus estrategias de caza.

La puerta del establo se cierra detrás de mí con un sonido que se parece demasiado al de una trampa al cerrarse. Le quito el ramal a Koschei y lo cuelgo en su gancho, mis manos se mueven con gestos familiares mientras mi mente repasa escenarios y posibilidades. El papel en mi bolsillo representa más que las instrucciones de hoy: es la prueba de un patrón que un investigador experto podría rastrear a través de meses de actividad cuidadosamente oculta.

Tres carreras completadas, tres más programadas para mañana. Tres oportunidades más para que el nuevo corredor de apuestas se dé cuenta de patrones que podrían desbaratarlo todo. Tres pasos más adentrándome en un juego al que nunca quise jugar, pero que no puedo permitirme perder.

2

MISHA

Las cifras cuentan una historia que me produce dentera. Me recuesto en el gastado sillón de cuero que hay detrás del escritorio que perteneció a mi predecesor —que su alma encuentre la paz en el infierno que sea que aguarda a los hombres que roban a su familia— y estudio los patrones de apuestas repartidos en tres pantallas de ordenador. Veintisiete días de datos, cada transacción registrada.

La misma mujer aparece en los registros con una regularidad matemática. Apuestas moderadas, en momentos estratégicos, ganancias que se agrupan en torno a carreras en las que las probabilidades cambian de forma inesperada en los minutos finales antes de la salida. No en todas las apuestas, lo que sería obvio. No selecciones al azar, lo que sería natural. Un patrón calculado para extraer el máximo beneficio manteniendo la apariencia de apuestas recreativas de alguien con más suerte que cabeza.

Vera Kovalenko. Veinticinco años, según la investigación de antecedentes que encargué a través de canales que no guardan registros oficiales. Inmigrante ucraniana, moza de cuadra, sin antecedentes penales, sin socios conocidos en el crimen organizado. Sobre el papel, representa exactamente el tipo de objetivo que a las bandas rivales les encanta cultivar: lo bastante desesperada para ser útil y lo bastante ingenua para ser prescindible.

Se abre la puerta y Vadim entra despreocupadamente, y corre la silla que está frente a la mía. Ha pasado por aquí unas cuantas veces desde que asumí esta tarea, y casi siempre tiene más amenazas que instrucciones.

—La mujer Kovalenko —dice él, acomodándose en la silla al otro lado de mi escritorio—. Tres semanas de vigilancia. ¿Qué ve?

Giro uno de los monitores hacia él, destacando las transacciones en amarillo. —No trabaja sola. Las cantidades de las apuestas siguen una progresión que sugiere financiación externa. La selección de caballos requiere información a la que no podría acceder solo con su trabajo en la cuadra, y he tenido a gente siguiéndola. Ella no tiene dinero para esto.

—¿Radich?

La banda de Radich lleva meses tanteando los límites, buscando debilidades en nuestras operaciones… parásitos en busca de nuevos huéspedes. Se especializan en convertir a inocentes en cómplices involuntarios, creando redes de dependencia que sirven a sus intereses a la vez que les proporcionan una negación plausible, y cuando esos inocentes se vuelven menos útiles, se deshacen de ellos sin piedad.

—El patrón se ajusta a su metodología —confirmo—. Usar a gente local con acceso legítimo, proporcionarles financiación e información, extraer beneficios mientras se mantiene la distancia de la implicación directa. Si la operación se va al traste, pierden un activo prescindible en lugar de personal valioso.

Vadim asiente, tamborileando con los dedos en el reposabrazos. —Las pérdidas ascienden a cuatrocientos mil rublos en seis semanas. Inaceptable.

Cuatrocientos mil rublos representan más que ingresos: representan credibilidad, control territorial, la percepción de fuerza que impide a las bandas rivales tantear los límites y a los disidentes internos

cuestionar la autoridad. En nuestro mundo, una sangría económica atrae a los depredadores con la misma certeza con que una presa herida atrae a los tiburones.

—Quiero la fuente —continúa Vadim—. No la mujer; ella es una herramienta, nada más. Quiero las manos que la guían, las voces que le susurran instrucciones, las mentes que creen que pueden desangrarnos sin consecuencias.

—Entendido.

—Encárguese de esto con cuidado, Misha. La mujer tiene familia: un hermano enfermo, un padre anciano. Eso la hace predecible, pero también digna de compasión. Solo soluciones limpias. Sin daños colaterales a menos que sea absolutamente necesario. Las autoridades no pueden involucrarse.

La advertencia conlleva múltiples capas de significado. Vadim valora la discreción por encima de la brutalidad, la precisión quirúrgica por encima de la fuerza abrumadora. Pero bajo el lenguaje civilizado se esconde la inconfundible realidad de que no resolver esta situación acarreará consecuencias que se extenderán mucho más allá de mi propio destino.

—Hay otra consideración —añade Vadim, bajando la voz a un registro reservado para la familia—. Rolan ha asignado a un solucionador para supervisar esta situación. Nikolai Barinov. ¿Le suena el nombre?

Se me hiela la sangre en el pecho. Barinov se forjó su reputación limpiando los problemas que los miembros de la familia creaban por incompetencia o deslealtad. Sus métodos son brutales. No envía advertencias. Si Barinov está observando, mi margen de error se ha reducido a la nada.

—Lo conozco.

—Entonces entiende la importancia de resolver esto rápida y completamente. Barinov no distingue entre negligencia criminal e

intención criminal. En su opinión, no proteger los intereses de la familia representa una traición, independientemente de la motivación.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—Llega la semana que viene. Le sugiero que haga progresos sustanciales antes de entonces.

Vadim se levanta y me mira con los ojos entornados. —La mujer confía más en los caballos que en la gente. Use eso. Hágale creer que usted representa seguridad, santuario, protección contra fuerzas que ella no entiende. Cuando confiese, sea la solución a sus problemas en lugar de la fuente de ellos.

No me agrada la forma en que tendré que proceder —con tanta discreción—, pero haré lo que se tenga que hacer. Si no lo hago, es mi vida la que está en juego.

La puerta se cierra tras él y vuelvo a centrar mi atención en los monitores, estudiando la imagen de Vera Kovalenko de las cámaras de seguridad del hipódromo. Estatura media, complexión delgada, manos curtidas por el trabajo. Pelo rubio oscuro recogido en una práctica trenza, ojos verdes que sugieren inteligencia y recelo a partes iguales.

Carece de la belleza pulida de las mujeres que comercian con su apariencia, pero hay en ella una autenticidad que atraería a los hombres que buscan sustancia por encima de la atracción superficial. La forma en que trata a los caballos revela paciencia y competencia, cualidades que sugieren que podría responder a un hombre que parezca valorar rasgos similares.

La manera en que se desarrolla en mi mente es natural… Presentarme como un propietario de caballos, alguien que comparte sus intereses y entiende su mundo. Crear un vínculo a través del conocimiento compartido y el respeto mutuo. Proyectar la imagen de un hombre con recursos, pero sin arrogancia; con poder, pero sin

crueldad. Hacerle creer que confesarme su situación representa la salvación en lugar de la destrucción.

Necesita dinero para los tratamientos médicos de su hermano, información que se puede obtener fácilmente de los registros públicos y la observación casual. Trabaja muchas horas por un sueldo modesto, una realidad que crea vulnerabilidad y resentimiento. Opera sola en un mundo que recompensa los contactos y castiga el aislamiento.

Me convertiré en su contacto, su recurso, su camino hacia una vida mejor. Confesará porque creerá que puedo protegerla. Traicionará a quienes la manejan porque creerá que le ofrezco alternativas superiores. Confiará en mí porque le daré exactamente lo que necesita oír y exactamente de la manera en que necesita oírlo.

La zona de las cuadras bulle con la actividad del final del día mientras me dirijo hacia allí, listo para dar mi primer paso. Los caballos regresan de las sesiones de entrenamiento, se limpia y se guarda el equipo, el mantenimiento interminable que mantiene en buen funcionamiento las operaciones del hipódromo. Localizo a Vera Kovalenko por el sonido de su voz: tranquila, paciente, el tono de alguien que se comunica con un animal que responde a la constancia en lugar de al volumen.

Está de pie junto a un caballo castrado bayo, pasándole las manos por las patas. El animal acepta su contacto sin resistencia, con las orejas hacia delante y relajadas, una confianza que se desarrolla a través de meses de interacción positiva.

—Precioso animal —digo, acercándome desde un ángulo que le permite verme llegar. Sin movimientos bruscos, sin lenguaje corporal agresivo—. Koschei, ¿verdad?

Levanta la vista, sus ojos verdes me evalúan con recelo. Ha aprendido a juzgar a los extraños con rapidez y precisión. —¿Sabe usted de caballos?

—Soy propietario de tres que están entrenando aquí. La gloria de medianoche, Trato del diablo y Storm's End. Esta es mi primera temporada en Podsolnukh.

La mentira fluye sin problemas, respaldada por la investigación de caballos que realmente compiten en este hipódromo. He memorizado sus linajes, registros de entrenamiento, actuaciones recientes… detalles suficientes para mantener una conversación informal sin levantar sus sospechas.

—Todos de buen linaje —dice ella, relajando ligeramente la postura —. Trato del diablo quedó bien clasificado el mes pasado.

—Terminó en segundo lugar. Mejor de lo que esperaba para su primera carrera aquí. —Me acerco, manteniendo una distancia respetuosa mientras proyecto un interés genuino en la conversación —. ¿Trabaja con todos los caballos o se especializa en algunos?

—Donde me necesiten. Aunque con Koschei es con quien más tiempo he trabajado. Varios años ya.

Su voz desprende un afecto genuino cuando menciona al caballo, mostrando su cálido apego hacia ellos. Puedo deducir que forma vínculos lentamente, pero profundos, que se invierte en las relaciones que le importan, que valora la lealtad y la constancia por encima de atracciones más llamativas. Yo también soy rápido para leer a la gente, igual que ella.

—Responde bien a su manejo. No todos los caballos aceptan el contacto con tanta facilidad. —Extiendo la mano hacia el cuello de Koschei, permitiendo que investigue mi olor antes de hacer contacto. El caballo castrado olfatea con curiosidad y luego permite la suave caricia a lo largo de su mandíbula—. Tiene usted un don para este trabajo.

El cumplido le saca los colores a las mejillas, una reacción de agrado. —La mayoría de la gente solo ve el glamur de las carreras —

dice ella, volviendo a centrar su atención en comprobar las patas del caballo—. No piensan en los cuidados diarios que lo hacen posible.

—El trabajo de base siempre es invisible para los observadores casuales. Ven los dos minutos de carrera, no los meses de preparación que hacen posibles esos two minutos.

Me mira de nuevo, esta vez con interés en lugar de recelo. Le estoy ofreciendo algo raro en su experiencia: respeto por su pericia, reconocimiento de su importancia para la empresa en general.

—Parece usted diferente a la mayoría de los propietarios que he conocido —dice.

—¿Diferente en qué sentido?

—La mayoría habla de los caballos como si hablaran de inversiones. Cifras, rendimientos y márgenes de beneficio. Usted parece… más implicado.

—Los caballos no son máquinas. Tienen personalidades, preferencias, estados de ánimo que afectan al rendimiento. Comprender esos aspectos mejora los resultados para todos los implicados.

La conversación se desarrolla con naturalidad, mis respuestas están calibradas para reforzar la imagen de un hombre que combina la perspicacia para los negocios con un aprecio genuino por los propios animales. Hago preguntas que demuestran conocimiento a la vez que la invito a compartir su experiencia, creando el tipo de intercambio intelectual que crea un vínculo y establece un terreno común.

Ella responde con creciente entusiasmo, su cautela inicial se disuelve mientras habla de métodos de entrenamiento, características del linaje, los signos sutiles que indican la condición y el temperamento de un caballo. Su conocimiento es profundo, adquirido a través de la experiencia práctica en lugar del estudio académico, una sabiduría práctica de años de paciente observación.

—Debería conocer a los propietarios que realmente se preocupan por sus animales —digo mientras nuestra conversación llega a su fin —. La mayoría de ellos están en esto puramente por dinero, pero hay excepciones, gente que entiende que el éxito requiere una asociación entre el caballo y el ser humano.

—Prefiero trabajar con los caballos —dice ella—. Las personas son más complicadas.

—Algunas personas. Otras son sencillas una vez que entiendes qué las motiva.

El comentario tiene múltiples significados, una prueba para ver cómo responde a la sugerencia de que la naturaleza humana sigue patrones predecibles. Su expresión se vuelve pensativa en lugar de defensiva, lo que indica un nivel de sofisticación que podría hacerla más fácil o más difícil de manipular.

—¿Qué le motiva a usted? —pregunta.

—La excelencia. Construir algo que valga la pena en lugar de simplemente extraer beneficios de los sistemas existentes.

La respuesta está diseñada para apelar a sus valores mientras mantiene una ambigüedad plausible. Puede interpretarlo como referido a las carreras de caballos, la filosofía empresarial o las relaciones personales, lo que resuene más fuertemente con sus propios deseos y frustraciones.

—Eso es un soplo de aire fresco —dice ella—. La mayoría de la gente aquí está centrada en las ganancias rápidas en lugar del desarrollo a largo plazo.

—Las ganancias rápidas suelen indicar atajos que comprometen la calidad. Prefiero los enfoques sostenibles que crean valor con el tiempo.

La metáfora se aplica por igual a los caballos y a las relaciones humanas, otra capa de significado para que ella la descubra si

decide mirar más a fondo. Me estoy estableciendo como alguien que piensa en términos de inversión y desarrollo en lugar de explotación y abandono.

—Debería volver al trabajo —dice, mirando hacia los otros establos que requieren atención—. Pero esto ha sido… agradable. Es raro conocer a alguien que entienda ambas caras del negocio.

—¿Le interesaría continuar la conversación tomando algo alguna vez? Me gustaría saber más sobre su trabajo aquí, quizás aprender cosas que me ayuden a ser un mejor propietario.

La invitación es informal, sin presiones, enmarcada como interés profesional en lugar de atracción personal. Puede aceptar sin sentir que se compromete a algo más allá de una conversación informal con alguien que comparte sus intereses, y veo cómo se le da vueltas a la cabeza mientras lo considera.

—Normalmente no… Quiero decir, mi horario es bastante exigente.

—Por supuesto. Cuando tenga tiempo. ¿El viernes por la tarde, quizás? ¿Después de que termine su turno?

—El viernes podría ser —dice tras un momento de consideración—. Hay un sitio llamado Medved a unos diez minutos de aquí. Nada lujoso, pero lo suficientemente tranquilo para conversar.

—Perfecto. ¿A las siete y media?

—A las siete y media.

El acuerdo se sella entre nosotros, y la señorita Kovalenko no se da cuenta de que acaba de comprometerse con el primer paso de un proceso que destruirá sistemáticamente sus lealtades existentes y las reemplazará con una dependencia de mí. Ve a un hombre atractivo que comparte sus intereses y la trata con respeto. Siente la posibilidad de conectar con alguien que entiende su mundo y valora sus contribuciones.

—Estaré encantado de que llegue el momento —digo, ofreciendo una sonrisa calculada—. Hasta el viernes, entonces.

Me alejo con paso medido, sin dar ninguna indicación de que acabo de poner en marcha una secuencia de acontecimientos diseñados para transformarla de un activo a un pasivo a los ojos de quienes la manejan actualmente. La manipulación ha comenzado con precisión quirúrgica, cada elemento calibrado para explotar sus vulnerabilidades específicas mientras ofrece la ilusión de salvación.

Para cuando se dé cuenta de la verdadera naturaleza de nuestra relación, estará demasiado implicada para considerar alternativas. Confiará en mí por completo, lo confesará todo y me ayudará a desmantelar la red que actualmente la utiliza como su herramienta involuntaria.

El plan funcionará porque entiendo lo que necesita y se lo proporcionaré. Necesita aprecio, seguridad, protección contra fuerzas que escapan a su control. Me convertiré en todas esas cosas mientras persigo objetivos que sirven a mi propia supervivencia y progreso.

El viernes por la tarde no puede llegar lo suficientemente pronto.

3

VERA

El sobre me quema en la mano mientras cuento los rublos de nuevo en el pasillo del apartamento. Veintitrés mil esta vez; más de lo que he llevado nunca encima, más de lo que mi padre gana en dos meses poniendo hormigón para cuadrillas de construcción que pagan a los inmigrantes ucranianos la mitad de lo que pagan a los rusos. Los billetes se sienten gruesos entre mis dedos. Cada uno representa otro día de tratamiento para Elvin, otra pequeña victoria contra el cáncer que se lo está comiendo vivo por dentro.

Sonya me entregó el sobre después de hacer la última apuesta, sin felicitarme por otro día de éxito. Sin reconocer que acababa de ayudar a su gente a sacar miles más de las arcas del hipódromo. Me miró como quien examina una herramienta útil antes de devolverla a su sitio, calculando ya su próximo uso. Me sentí sucia.

Abro la puerta del apartamento y me adentro en los olores familiares a col hervida y desinfectante. El diminuto espacio encierra demasiados años de lucha, demasiadas noches en las que contábamos kopeks para pagar la luz y la calefacción. Las paredes son tan finas que puedo oír el televisor de nuestro vecino a través del yeso, el zumbido incesante de concursos y anuncios de productos que nunca podremos permitirnos.

Mi padre está sentado a la mesa de la cocina con su té de la tarde, todavía con la ropa de trabajo que lo delata como un obrero en una

ciudad que ve el trabajo físico como una prueba de fracaso. El polvo de hormigón se adhiere a sus botas a pesar de sus intentos de limpiarlas antes de entrar en el apartamento. Sus manos lucen las manchas y cicatrices permanentes de décadas construyendo los sueños de otros mientras su propia familia lucha por sobrevivir.

—Llegas tarde —dice sin levantar la vista del periódico. Los titulares hablan de prosperidad económica y de aumento de los salarios, mentiras que se burlan de la realidad de nuestra existencia—. Elvin ha estado preguntando por ti.

Dejo el sobre en la mesa, junto a su vaso de té. El dinero se derrama sobre la superficie de madera marcada, más efectivo del que ha visto este apartamento desde que llegamos a Rusia hace ocho años. Los ojos de mi padre se abren como platos; se olvida del periódico mientras procesa las implicaciones de semejante riqueza en posesión de su hija.

—¿De dónde ha salido esto? —La voz de Batya baja casi a un susurro y frunce el ceño—. Vera, ¿qué has hecho?

—Es dinero limpio, Batya. He estado ayudando a gente en el hipódromo, haciendo favores bien pagados. Nada ilegal, nada peligroso. Te lo dije. —Tengo que evitar su mirada, pero las mentiras fluyen más fácilmente ahora que hace seis meses. He practicado cómo elaborar explicaciones que suenen plausibles sin revelar nada sustancial. Mi padre quiere creerme porque la alternativa —que su hija se ha involucrado con gente que comercia con la violencia y la corrupción— es demasiado terrible para contemplarla.

—¿Qué clase de favores requieren un pago tan alto? —Coge varios billetes y los examina como si pudieran revelar su origen mediante una inspección minuciosa—. Los mozos de cuadra no ganan dinero manejando caballos. ¿Qué es lo que no me estás contando?

—Algunos de los propietarios necesitan ayuda para hacer apuestas cuando no pueden llegar ellos mismos a las ventanillas. Me pagan un porcentaje por el servicio. Es perfectamente legal.

—Tanto dinero viene con expectativas, Vera. Los ricos no reparten fortunas a las mozas de cuadra sin querer una rentabilidad que vaya más allá de hacer sus apuestas. —Oigo el miedo en su tono y me dan ganas de salir corriendo de aquí llorando.

Su preocupación conlleva la amarga sabiduría de un hombre que ha visto a su patria consumirse por la corrupción y la violencia. Huyó de Ucrania para escapar del caos que convierte a la gente corriente en víctimas, solo para descubrir que Moscú funciona con muchas de las mismas reglas, pero con mayor sofisticación.

—Sé cuidarme sola, Batya. Sé lo que hago. —Me inclino y le doy un beso en la frente, con la esperanza de tranquilizarlo.

—¿De verdad? ¿O crees que lo sabes mientras fuerzas que escapan a tu comprensión mueven hilos que acabarán por estrangularte?

La conversación podría prolongarse durante horas, dando vueltas a los mismos argumentos y temores sin llegar a una solución. Mi padre sospecha la verdad, pero le falta el valor para enfrentarse a ella directamente. Yo sigo mintiendo porque la alternativa es ver morir a mi hermano mientras mantenemos nuestra superioridad moral.

—Usa el dinero para los tratamientos de Elvin —digo, recogiendo los billetes y volviéndolos a meter en el sobre—. La nueva medicación está funcionando. Los médicos dicen que sus valores están mejorando.

La resistencia de mi padre se desmorona al mencionar el estado de su hijo. Elvin representa todo lo que vinimos a buscar a Rusia: oportunidades, esperanza, la posibilidad de una vida mejor que la que dejamos atrás. El cáncer amenaza con destruir esos sueños junto con su joven cuerpo, convirtiendo nuestra lucha por la supervivencia en una carrera contrarreloj que estamos perdiendo.

—Los tratamientos son caros, Vera. Más caros de lo que tus comisiones por apuestas deberían cubrir.

—He tenido cuidado con el dinero. Viviendo con sencillez, ahorrando todo lo que puedo.

—¿Y cuando terminen los tratamientos? Cuando Elvin se recupere, ¿qué pasará con tus generosos jefes? ¿Simplemente desaparecerán y te dejarán volver a limpiar estiércol por un sueldo de subsistencia?

La pregunta me cala hondo porque no tengo respuesta. Vivo en un presente perpetuo, centrada por completo en mantener el flujo de dinero que mantiene vivo a mi hermano. El futuro —lo que venga después de la recuperación, el precio que acabaré pagando por este pacto con el diablo— permanece deliberadamente sin ser considerado.

—Ya nos las apañaremos cuando llegue el momento.

Lo dejo en la mesa de la cocina, contando el dinero con dedos temblorosos, y vuelvo a ver a Elvin. La habitación que comparto con mi hermano parece más pequeña cada vez que entro en ella. Dos camas estrechas están separadas por una mesilla de noche que contiene sus medicamentos en hileras ordenadas: pastillas que cuestan más de lo que jamás podríamos permitirnos, tratamientos que las compañías de seguros se niegan a cubrir porque siguen siendo experimentales a pesar de su probada eficacia.

Elvin yace apoyado en unas almohadas que hacen más evidente su delgadez. El cáncer ha devorado el peso saludable que tenía antes del diagnóstico, dejando en su cuerpo ángulos afilados y huecos que parecen antinaturales. Su piel tiene una palidez grisácea por los meses de quimioterapia, la cura tóxica que mata indiscriminadamente con la esperanza de destruir las células malignas antes que las sanas.

Pero sus ojos siguen brillantes, alerta, llenos de la determinación que lo ha mantenido en pie a través de tratamientos que doblegarían a hombres más fuertes. A sus diecisiete años, posee una sabiduría y un valor que avergüenzan a los adultos que se quejan de pequeños inconvenientes.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunta, e intenta incorporarse, pero le pongo una mano en el hombro y se relaja.

—Bien. Un día tranquilo en las cuadras. —Me siento en el borde de su cama y cojo su mano. Sus huesos se sienten frágiles bajo una piel que parece demasiado fina para contenerlos—. Los caballos estaban inquietos. Se acerca una tormenta, probablemente.

—Esta noche pareces distinta. ¿Feliz, quizá? O nerviosa.

Mi hermano lee los rostros como otros leen libros, encontrando significado en expresiones y micromovimientos que revelan pensamientos ocultos. La habilidad se desarrolló durante su enfermedad, cuando leer las caras de los médicos y familiares se volvió crucial para entender su propio pronóstico.

—Tengo planes esta noche. He quedado con alguien para tomar algo.

Su rostro se ilumina con la primera sonrisa genuina que le he visto en semanas. —¿Alguien especial?

—Potencialmente. —No puedo ocultar mi propia sonrisa. El desconocido —cuyo nombre no llegué a saber— era hipnótico—. Parece… diferente. Interesado en los caballos, conocedor del negocio. Tuvimos una buena conversación ayer.

—Te mereces a alguien que vea lo increíble que eres, Vera. Has renunciado a todo por Batya y por mí. Es hora de que tengas algo para ti.

La culpa se me retuerce en el pecho al darme cuenta de cómo mis actividades delictivas se han convertido, a sus ojos, en una prueba de mi sacrificio y dedicación a la familia. Cree que trabajo muchas horas y vivo con sencillez para pagar sus tratamientos. Ve nobleza donde la corrupción se enquista, heroísmo donde la colaboración con criminales destruye lentamente mi alma.

—No estoy renunciando a nada que no pueda permitirme.

—Tienes veinticinco años y nunca has tenido una relación seria porque te pasas cada momento libre trabajando o preocupándote por mí. Eso no es sostenible, hermana. No me recuperaré lo suficientemente rápido como para que tu soledad merezca la pena.

—Te estás recuperando. Los médicos lo confirmaron ayer. El nuevo tratamiento está funcionando exactamente como esperaban.

—¿Y cuando esté sano, qué? ¿Te permitirás por fin ser feliz? ¿O encontrarás nuevas razones para negarte la vida que deberías estar viviendo?

La pregunta desafía las suposiciones que he hecho sobre el deber y el sacrificio. Elvin ve con claridad lo que me he ocultado a mí misma: que mi devoción por su supervivencia se ha convertido en una prisión que me confina a una existencia medida enteramente por sus necesidades.

—Debería prepararme —digo, levantándome antes de que la conversación pueda ahondar en un terreno que no estoy preparada para explorar—. He quedado con él a las siete y media.

—¿Cómo se llama?

La pregunta me detiene en la puerta del dormitorio. Me doy cuenta de que no sé casi nada del hombre con el que voy a quedar, más allá de su aparente interés por los caballos y su capacidad para hacerme sentir valorada durante una breve conversación. Este hecho debería preocuparme más de lo que lo hace.

—Aún no estoy segura. Tiene caballos que corren en Podsolnukh.

—Rico, entonces. Ten cuidado, Vera. Los hombres ricos a veces esperan un retorno de sus inversiones en las mujeres.

La advertencia tiene una resonancia incómoda dada mi relación real con el dinero y la gente que me lo proporciona. Pero este hombre parece diferente de Sonya y sus fríos cálculos. Me miró como si yo importara más allá de mi utilidad, como si mis pensamientos y

opiniones tuvieran valor independientemente de lo útiles que fueran para sus propósitos.

—Sé cuidarme sola.

—Sé que puedes. Solo… recuerda que mereces que te traten bien. No te conformes con alguien que te vea como una conveniencia en lugar de como una compañera.

Le beso la frente, saboreando la sal y la medicación que se aferran a su piel. El gesto se parece demasiado a una bendición, una bendición de alguien cuya supervivencia depende de mi disposición a comprometer cada principio que nuestros padres nos enseñaron.

El espejo del baño refleja a una mujer que apenas reconozco. El trabajo en la cuadra me ha mantenido delgada y fuerte, pero los meses de estrés han tallado arrugas alrededor de mis ojos que me hacen parecer mayor de veinticinco años. Me maquillo con cuidado, intentando disimular el agotamiento que supone vivir varias vidas a la vez.

El vestido que elijo es sencillo pero favorecedor, de un tejido azul oscuro que hace juego con mis ojos, a la vez que mantiene la discreta elegancia apropiada para unas copas informales. Tengo poca ropa adecuada para algo más que el trabajo, pero este vestido sobrevivió de antes del diagnóstico de Elvin, de una época en la que creía que mi vida podría incluir con el tiempo experiencias normales con hombres normales.

El paseo hasta Medved dura quince minutos por calles que se van limpiando progresivamente a medida que se acercan a la zona donde los rusos de éxito gastan su dinero en ocio. El bar ocupa la planta baja de un edificio que atiende a clientes que miden los gastos en cientos en lugar de en rublos sueltos, un lugar donde Sonya podría beber si decidiera socializar con gente por debajo de su estatus económico.

Llego con ocho minutos de retraso; mis nervios hacen que la puntualidad sea imposible a pesar de mis buenas intenciones. La ansiedad es diferente del miedo que acompaña a mi trabajo con Sonya: más limpia, más esperanzadora, con la posibilidad de un desenlace positivo en lugar de una catástrofe garantizada.

Cuando entro, está esperando, sentado solo en un reservado, con una única rosa sobre la mesa frente a él, y me deja sin aliento cuando me sonríe.

De repente, todo lo demás es secundario, y le devuelvo la sonrisa, rogando a Dios en el cielo que esta noche sea una especie de vía de escape. Sabe el Señor que la necesito.

4

MISHA

Vera está de pie en el umbral, examinando la sala, y se me corta la respiración a pesar de todos los instintos profesionales que he perfeccionado durante dos décadas en este negocio. El sencillo vestido azul la transforma de moza de cuadra en una mujer por la que valdría la pena destruir reinos, y siento el familiar peso del peligro instalándose en mi pecho.

Las mujeres hermosas son armas vestidas de seda y perfume, capaces de reducir a hombres inteligentes a necios titubeantes que entregan secretos y poder con la desesperación de adictos en busca de su próxima dosis.

Pero he sobrevivido tanto tiempo tratando cada debilidad potencial como una ventaja táctica. Vera Kovalenko representa tanto la clave de mi problema actual como la trampa más peligrosa que he encontrado en años. La jugada inteligente sería manejar esto a través de intermediarios, mantener la distancia mientras extraigo la información que necesito. En cambio, estoy sentado en un bar con una sola rosa roja, fingiendo que el pulso no se me ha acelerado al verla acercarse a mi mesa.

Se mueve por la sala con una gracia inconsciente, y su nerviosismo la hace más atractiva, no menos. Llega ocho minutos tarde, lo que sugiere que esta reunión le importa lo suficiente como para cambiarse de ropa y maquillarse, pero que le falta la confianza para

llegar puntual. Perfecto. La incertidumbre vuelve a la gente más maleable, más agradecida de la guía de alguien que parece saber lo que quiere.

—Estaba empezando a preocuparme por si habías cambiado de idea —digo cuando llega a la mesa, levantándome para retirarle la silla. El gesto está calculado para establecer mis intenciones como románticas y no depredadoras, aunque la distinción podría resultar puramente teórica.

—Siento llegar tarde… —Espera, y yo sonrío.

—Misha —ofrezco, señalando con la cabeza la mesa que he elegido.

—Misha… —Su sonrisa es sobrecogedora—. Mi hermano necesitaba que le prestara atención antes de que pudiera salir.

La familia es lo primero. La respuesta confirma lo que mi vigilancia ya ha revelado: su devoción por Elvin se antepone a cualquier otra consideración en su vida. Ha construido toda su existencia en torno a la supervivencia de él, creando una vulnerabilidad tan profunda que explotarla parece casi antideportivo.

—La familia es lo primero. Respeto eso —digo, y lo digo en serio. La lealtad familiar es una virtud que entiendo, incluso mientras me preparo para convertirla en un arma contra ella.

Se acomoda en su silla y coge la rosa, inhalando su aroma con una sonrisa. El vino que he elegido, un tinto georgiano con suficiente complejidad para halagar su paladar sin abrumar sus sentidos, sigue intacto mientras se instala.

—Estás preciosa —le digo, sosteniéndole la mirada hasta que el color le sube a las mejillas. El cumplido es sincero, lo que lo hace más efectivo que los halagos vacíos—. He estado esperando este momento todo el día.

La conversación fluye con facilidad una vez que se relaja, y su nerviosismo inicial se disuelve al darse cuenta de que estoy

genuinamente interesado en sus pensamientos y experiencias. Le pregunto por su trabajo con los caballos, su vida en Moscú, la transición de su familia desde Ucrania. Cada pregunta está cuidadosamente elegida para extraer información mientras aparento crear intimidad.

—Elvin tiene diecisiete años —dice cuando pregunto por su hermano —. Le diagnosticaron leucemia hace ocho meses. Los tratamientos son caros, pero están funcionando. Los médicos dicen que sus valores están mejorando.

Ocho meses. El plazo coincide perfectamente con el momento en que comenzó su patrón de apuestas. Empezó a trabajar para el grupo de Radich poco después del diagnóstico de su hermano; la desesperación la hizo vulnerable a ser reclutada por gente que se especializa en explotar las crisis familiares.

—Eso debe de ser aterrador para vuestra familia. Los tratamientos contra el cáncer arruinan incluso a la gente con un buen seguro.

—Nos las estamos arreglando. He estado aceptando trabajos extra, ayudando a gente en el hipódromo con varias tareas. Se paga mejor que solo el trabajo en las cuadras.

La explicación que ha ensayado para parientes curiosos y padres desconfiados. Lo bastante vaga para evitar el escrutinio, lo bastante plausible para satisfacer una indagación casual. Ha aprendido a mentir de forma convincente, pero esa habilidad le pesa en la conciencia. Puedo ver la incomodidad en la forma en que se le tensan los hombros cuando habla de sus supuestos ingresos extra.

—Tienes suerte de encontrar oportunidades que pagan tan bien. No todo el mundo tiene acceso a propietarios de caballos ricos que necesiten ayuda.

Sus ojos parpadean ante la insinuación, pero mantiene la compostura. —He tenido suerte. La gente adecuada se fijó en mi ética de trabajo.

Suerte. Una curiosa elección de palabras por parte de alguien cuya suerte va exclusivamente en direcciones que benefician a sus jefes. Pero ella cree en su propia capacidad de acción, en su habilidad para tomar decisiones que sirvan a los intereses de su familia. La ilusión de control hace que la gente sea más fácil de manipular porque se sienten responsables de resultados que en realidad nunca estuvieron en sus manos.

También es maleable y complaciente, y se distrae fácilmente con un cambio de conversación o un cumplido. Parece demasiado fácil, y compartimos unas copas con una charla trivial mientras la ayudo a relajarse y a entrar en confianza.

—¿Te gustaría bailar? —pregunto mientras el pequeño grupo del bar cambia a un ritmo más lento. La sugerencia llega en el momento perfecto: ha bebido suficiente vino para bajar la guardia, pero no tanto como para afectar a su juicio.

—No soy muy buena bailarina.

—Yo tampoco. Pero la música es buena, y me gustaría abrazarte.

La franqueza de la afirmación hace que el pulso se le vea en el cuello, un aleteo de emoción que confirma que su interés es más profundo que la mera cortesía. —Está bien —dice, y acepta la mano que le ofrezco, permitiéndome guiarla hacia la pequeña pista de baile donde otras dos parejas se mueven en círculos perezosos.

La coloco en posición con cuidado, mi mano derecha posándose en la parte baja de su espalda mientras mi izquierda captura sus dedos. El contacto es eléctrico, no solo para ella, sino también para mí, lo que presenta su propia serie de complicaciones. Llevo años perfeccionando la distancia emocional, tratando las conexiones humanas como herramientas en lugar de experiencias. Pero la proximidad de Vera amenaza con disolver los límites que he mantenido con un esfuerzo deliberado.

Sigue mis pasos con una gracia vacilante, su inexperiencia evidente en la forma en que anticipa los movimientos antes de que yo los inicie. Los hombres más jóvenes interpretarían su nerviosismo como un rechazo y responderían con torpes palabras de consuelo. Yo lo uso como información, leyendo sus respuestas para calibrar la profundidad de su interés y la velocidad a la que puedo intensificar la intimidad sin desencadenar respuestas de huida.

—Relájate —murmuro contra su oído, y mi aliento le agita el pelo en la sien—. Deja que te guíe.

La instrucción se aplica a algo más que el baile. Lleva meses actuando de forma independiente, tomando decisiones bajo presión, soportando cargas que aplastarían a la mayoría de la gente de su edad. La oportunidad de ceder el control a alguien que parece capaz de manejarlo representa un lujo que había olvidado que existía.

Su cuerpo se ablanda contra el mío cuando deja de intentar predecir mis movimientos y se permite responder a ellos. El cambio es sutil pero profundo y marca la transición de una participación consciente a una confianza inconsciente. La acerco más, lo suficiente para sentir los latidos de su corazón contra mi pecho, lo suficiente para registrar cada cambio en su respiración.

La diferencia de edad juega a mi favor. A los cuarenta y dos años, poseo una paciencia y una confianza de las que carecen los hombres más jóvenes. He aprendido a leer las respuestas de las mujeres como un maestro de ajedrez que calcula los finales de partida, entendiendo que la seducción tiene que ver con el momento y la presión, más que con la fuerza o la desesperación.

—Estás lleno de sorpresas —dice cuando termina la canción—. La mayoría de los dueños de caballos que he conocido no sabrían bailar.

—Yo no soy como la mayoría de los dueños de caballos —le digo, haciéndola girar una última vez mientras la canción se desvanece hasta el final.

Volvemos a nuestra mesa y pido otra ronda sin consultar sus preferencias. El gesto es posesivo más que considerado, estableciendo mi voluntad de tomar decisiones en su nombre. Ella se da cuenta, pero no se opone, lo que me dice que está más cómoda con la autoridad masculina de lo que la ideología feminista podría sugerir.

—Cuéntame el viaje de tu familia desde Ucrania —digo, llevando la conversación hacia un terreno en el que su implicación emocional anulará su cautela—. Eso tuvo que ser difícil.

—Batya —mi padre— trabajaba en la construcción en Kiev. Buen trabajo, dinero estable, pero la situación política no dejaba de empeorar. Cuando yo tenía diecisiete años, decidió que teníamos que empezar de nuevo en un lugar más seguro.

—Una decisión valiente. No todo el mundo tiene el coraje de abandonar todo lo familiar por un futuro incierto.

—Es un hombre valiente. Todo lo que ha hecho ha sido por Elvin y por mí.

El orgullo en su voz cuando habla de los sacrificios de su padre revela otro punto de presión. Valora el coraje, el altruismo, la voluntad de soportar dificultades en beneficio de los demás. Cualidades que puedo proyectar a través de una cuidada presentación de mí mismo.

—¿Qué piensa él de tu trabajo en el hipódromo?

—Le preocupa. Batya ve peligro en todas partes, consecuencias que podrían no materializarse. Huyó de un sistema corrupto solo para encontrarse rodeado de otro.

—Los hombres sabios a menudo se preocupan por cosas que a otros les parecen inofensivas. La experiencia enseña a ser precavido.

—A veces, la precaución se convierte en parálisis. No puedes vivir toda la vida evitando los riesgos.

Su afirmación tiene un peso personal, justificando su decisión de trabajar para gente cuya verdadera naturaleza prefiere no examinar demasiado de cerca. Se ha convencido a sí misma de que los riesgos moderados son aceptables si sirven a objetivos lo suficientemente importantes. Esa racionalización la hace vulnerable a la escalada, cada paso más profundo en la corrupción justificado por el aparente éxito del paso anterior.

—El riesgo y la recompensa son inseparables —convengo—. La cuestión es si estás asumiendo riesgos calculados o riesgos a ciegas.

—No estoy ciega. Sé lo que estoy haciendo.

El tono defensivo de su voz sugiere lo contrario, pero dejo el tema. Presionar demasiado, demasiado rápido, podría desencadenar la cautela que la mantiene viva en un mundo en el que la gente ingenua se convierte en víctima con una frecuencia alarmante.

En lugar de eso, paso a temas más seguros: su trabajo con los caballos, los retos de la gestión de las cuadras, las personalidades de las diferentes razas. Se relaja de nuevo, y su pasión por los animales es evidente en cada palabra. Esta es su auténtica yo, la persona en la que se convierte cuando no está calculando estrategias de supervivencia o gestionando crisis familiares.

La velada transcurre con una espontaneidad calculada. Comparto historias cuidadosamente editadas sobre mi propio pasado: negocios que suenan impresionantes sin revelar conexiones criminales, obligaciones familiares que demuestran lealtad sin exponer vulnerabilidades. Ella corresponde con una apertura creciente; el vino y la atención le hacen olvidar la cautela que normalmente rige sus interacciones con extraños.

—Probablemente debería irme a casa —dice mientras el bar comienza a vaciarse a nuestro alrededor—. Elvin se preocupa si salgo hasta muy tarde.

—Por supuesto. Deja que te acompañe a la salida.

Pago la cuenta mientras ella recoge su abrigo, observando cómo espera a que yo guíe nuestra salida en lugar de tomar la iniciativa. La deferencia es inconsciente pero reveladora: ya ha empezado a someterse a mi juicio en pequeños asuntos.

La noche de Moscú tiene el mordisco del invierno, lo bastante fría como para justificar que caminemos más juntos de lo que dictaría la estricta corrección. Mantengo mi mano en su espalda mientras nos dirigimos a la calle, manteniendo la conexión física mientras aparento ofrecer protección tanto del tiempo como de los depredadores nocturnos de la ciudad.

—Me lo he pasado muy bien —dice cuando llegamos a la esquina donde nuestros caminos se separan—. Gracias por la cena, la rosa y… por todo.

—El placer ha sido completamente mío. Me gustaría volver a verte, si estás dispuesta.

—A mí también me gustaría.

La admisión llega sin timidez ni cálculo, una simple honestidad que me oprime el pecho con una emoción desconocida. He pasado la noche manipulando sus respuestas, observando sus debilidades, planeando la destrucción sistemática de sus lealtades actuales. Pero de pie aquí, bajo la luz de la farola, con su cara inclinada hacia la mía, me descubro deseando cosas que no tienen nada que ver con la extracción de información o las disputas territoriales.

Acepta con tanta facilidad que me doy cuenta de que ya ha empezado a medir el tiempo por nuestro próximo encuentro en lugar de por las exigencias de su existencia actual.

La veo alejarse hasta que la oscuridad se traga su figura, y luego permanezco en la esquina varios minutos más, procesando lo que acaba de ocurrir. La velada ha transcurrido exactamente según el plan: está interesada, confía y es vulnerable a una campaña

sostenida que la convertiría en un activo dispuesto a colaborar en lugar de en un peón involuntario.

Pero esta noche ha ocurrido algo más, algo que no anticipé y que no puedo permitirme reconocer. Durante tres horas, olvidé que estaba llevando a cabo un interrogatorio. Durante tres horas, disfruté genuinamente de su compañía, de su inteligencia, de la forma en que se ríe de observaciones que la mayoría de la gente encontraría demasiado cínicas para ser divertidas.

La revelación debería preocuparme, pero me encuentro esperando con expectación la noche de mañana. El pensamiento me acompaña a casa a través de las calles vacías, una complicación que no había previsto en un juego en el que la implicación emocional representa la debilidad más peligrosa de todas.

5

VERA

Llego a los establos cuarenta minutos antes de que empiece mi turno oficial, con la esperanza de que el trabajo extra me distraiga de los pensamientos que me rondan la cabeza desde anoche. Fue imposible dormir después de nuestra noche en Medved. Cada vez que cerraba los ojos, sentía la mano de Misha en mi espalda mientras bailábamos, oía su voz susurrándome instrucciones al oído. El recuerdo hace que se me acelere el pulso incluso ahora, con el frío aire de la mañana.

Pero está aquí, de pie junto a la entrada del cuarto del pienso, consultando el reloj como si de verdad tuviera algo que hacer pasadas las seis de la mañana. Lleva un abrigo de lana de color carbón que parece caro, con el pelo oscuro perfectamente peinado. Su imagen me detiene en seco, con el corazón martilleándome en las costillas.

—Llegas pronto —dice, separándose de la pared. Su sonrisa desprende una calidez que parece genuina, pero hay algo más por debajo: cálculo, quizá, o la satisfacción de haber anticipado mi horario correctamente.

—Tú también. —Intento igualar su tono informal, pero mi voz suena entrecortada hasta para mí—. ¿Has venido a ver a tus caballos?

—Storm's End tenía algo de hinchazón ayer. Quería ver cómo estaba respondiendo al tratamiento.

La explicación parece razonable, aunque la mayoría de los propietarios delegarían esas preocupaciones en sus entrenadores o veterinarios en lugar de venir al amanecer para comprobarlo personalmente. Pero Misha no me parece como la mayoría de los propietarios. Todo en él sugiere una implicación directa, una atención al detalle que es lo que hace que los hombres de éxito triunfen.

—Puedo llevarte a su box —ofrezco, mientras busco a tientas las llaves para abrir la puerta del cuarto del pienso.

—Te lo agradecería.

Se pone a mi lado y caminamos hacia el interior del complejo de establos; su zancada más larga me obliga a caminar más rápido de lo habitual. El ajuste me resulta natural en lugar de molesto; se mueve con una autoridad que hace que seguir su ritmo parezca lógico en lugar de sumiso.

—¿Cómo está tu hermano esta mañana? —pregunta mientras pasamos por boxes vacíos, en un tono de voz lo suficientemente bajo como para que suene íntimo.

—Bien… De hecho, ha desayunado sin vomitar, lo cual es un progreso.

—Los avances médicos son extraordinarios hoy en día. Tratamientos que eran imposibles hace cinco años ahora son rutinarios.

—Una rutina cara —digo, y al instante lamento la confesión. Mis problemas económicos no son un tema de conversación apropiado con alguien cuyo abrigo cuesta más que mi alquiler.

—Los mejores tratamientos suelen serlo. Las aseguradoras se lucran denegando la cobertura de cualquier cosa innovadora o experimental.

Su reconocimiento tan natural de la brutalidad del sistema me sorprende. La mayoría de los ricos que he conocido prefieren fingir que la pobreza es el resultado de malas decisiones en lugar de desigualdades estructurales que escapan al control individual. Me parece refrescante.

Llegamos al box de Storm's End, donde el caballo castrado nos recibe con una curiosidad alerta. Misha le examina las patas delanteras con manos expertas, en busca de calor e hinchazón.

—Parece que está bien —dice, enderezándose—. Lo que sea que el veterinario recomendó está funcionando.

—Sí, el veterinario sabe lo que se hace. Lleva quince años tratando caballos aquí.

—La experiencia importa en cualquier profesión. Los más jóvenes pueden tener entusiasmo, pero los veteranos entienden los matices que pueden marcar la diferencia entre el éxito y el desastre.

El comentario conlleva implicaciones que van más allá de la medicina veterinaria, aunque no estoy segura de a dónde quiere llegar. Misha habla con dobles sentidos; sus palabras contienen significados que intuyo pero no consigo descifrar del todo.

—Debería empezar a dar de comer —digo, de repente consciente de que otros mozos de cuadra llegarán pronto y nos encontrarán juntos —. Los caballos se ponen nerviosos si cambia su horario.

—Por supuesto. No dejes que interfiera en tu trabajo.

Pero no se va. En lugar de eso, me sigue de vuelta hacia el cuarto del pienso, manteniendo una distancia respetuosa, pero quedándose lo bastante cerca como para que su presencia resulte protectora en lugar de intrusiva. Soy hiperconsciente de su atención mientras mido el grano y los suplementos, y mis movimientos, normalmente automáticos, se vuelven cohibidos bajo su escrutinio.

—Te manejas bien con esto —observa mientras preparo las raciones de la mañana—. A la mayoría de la gente de tu edad la responsabilidad le resultaría abrumadora.

—La mayoría de la gente de mi edad no ha tenido que madurar deprisa.

La respuesta se me escapa antes de poder censurarla, revelando demasiado sobre mis circunstancias. La expresión de Misha cambia, se vuelve más concentrada, como si hubiera confirmado sospechas que albergaba.

—Las circunstancias obligan a algunas personas a madurar antes que a otras. No todo el mundo tiene el lujo de una adolescencia prolongada.

Su comprensión parece genuina, no la compasión condescendiente que suelo recibir cuando la gente se entera de la situación de mi familia. Habla como alguien familiarizado con la responsabilidad y las decisiones difíciles, no como un observador que juzga desde una distancia cómoda.

Estoy cargando cubos de pienso en un carro cuando Sonya aparece en el umbral de la puerta. Se mueve con su habitual elegancia depredadora, recorriendo la habitación con la mirada hasta que se posa en Misha. Su expresión no cambia, pero siento que la temperatura baja varios grados. Miro por encima de él y él sigue mi línea de visión.

—Disculpe un momento —le digo, y lo dejo junto al carro para acercarme a ella. Siento sus ojos ardiendo en mi nuca mientras la saludo con una sonrisa forzada y ella me lleva a la vuelta de la esquina, donde él no puede vernos.

—Vera —dice, tendiéndome un trozo de papel doblado—. Los requisitos de hoy.

Cojo sus órdenes y me las guardo en el bolsillo, pero esta vez me siento mal. Demasiado sucio. La diferencia entre Sonya y Misha es

sorprendente. Ella tiene un corazón negro como la tinta, mientras que el alma de él está envuelta en terciopelo y llena de matices. Casi siento que lo estoy manchando por el simple hecho de conocerlos a él y a ella al mismo tiempo.

—El mismo plazo que ayer —continúa Sonya—. Las oportunidades son urgentes.

—Entendido.

—Y su amigo… No le diga nada. —Enarca una ceja y miro por encima del hombro, de donde oigo movimiento. Cuando vuelvo a mirar, ella se está alejando.

Se marcha con el taconeo de sus zapatos contra el hormigón mientras desaparece de nuevo en el laberinto de pasillos del establo. Pero su mensaje ha sido claro: pertenezco a su operación, no a cualquier otro interés que pueda complicar mis prioridades.

Cuando regreso, Misha se endereza después de examinar la brida de un caballo, con movimientos pausados a pesar de la tensión que crepita tras la marcha de Sonya. —¿Una amiga tuya?

—Una socia. Me ayuda a coordinar algunos de mis trabajos extra.

La mentira me suena débil incluso a mí, pero no puedo explicar el papel de Sonya sin revelar verdades que me incriminarían y detendrían el flujo del preciado dinero que necesito para el tratamiento de Elvin.

—La gente verá las interacciones y sacará conclusiones —dice Misha despreocupadamente, como si estuviera hablando de la previsión del tiempo—. Podrían pensar que estás metida en el grupo equivocado, haciendo recados para gente que no vela por tus intereses.

La advertencia me cae como un jarro de agua fría. Si Misha puede leer la dinámica de mi relación con Sonya después de un breve encuentro, ¿cuánto tiempo pasará antes de que otros lleguen a conclusiones similares? ¿Cuánto tiempo antes de que el nuevo

corredor de apuestas del que todo el mundo susurra empiece a hacer preguntas que no puedo responder?

—Sé manejar mis propias relaciones de negocios.

—Estoy seguro de que sí. Es solo que… Hubo una chica, hace un par de años, en el Hipódromo de Moscú. Una situación parecida: chica joven, un familiar enfermo, buen corazón pero mal juicio sobre en quién confiar. Nadie intervino cuando las cosas se torcieron.

Deja que la declaración contamine el aire entre nosotros, y sé lo que está diciendo sin que sea una amenaza explícita. Luego cambia de tema tan suavemente que casi me pierdo la transición.

—El trabajo de guarnicionería aquí es excelente. Alguien se enorgullece de verdad de mantener este equipo.

Me tiemblan un poco las manos mientras sigo cargando los cubos de pienso, con la advertencia de Misha resonando en mi mente. Una chica metiéndose en problemas. Nadie intervino. La forma casual en que me ha dado la información sugiere que pretende ser una lección más que una amenaza, pero el efecto es el mismo: una repentina conciencia de las vulnerabilidades que he intentado ignorar, combinada con un corazón desbocado y un pulso débil.

Empujo el carro hacia la primera fila de boxes, y Misha me sigue. Otros mozos de cuadra empiezan a llegar para el turno de la mañana, saludándome con la familiaridad informal de los compañeros de trabajo mientras asienten educadamente al extraño bien vestido que obviamente pertenece a la clase de los propietarios.

—Debería dejar que termines tu trabajo —dice Misha cuando llegamos al box de Koschei. Pero no se va de inmediato. En lugar de eso, se acerca; lo bastante como para que pueda oler su colonia y sentir el calor que irradia su cuerpo.

—Disfruté de anoche más de lo que he disfrutado de nada en meses —dice, bajando la voz a un registro que me eriza la piel—. Eres especial, Vera. Diferente de otras mujeres que he conocido.

El cumplido hace que me ardan las mejillas. Está lo suficientemente cerca como para tocarlo, lo suficiente como para que tenga que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. La posición me hace sentir pequeña y protegida en lugar de menospreciada.

—No suelo pasar tiempo con mujeres más jóvenes —continúa, su aliento agitando el pelo de mi sien—. Se distraen con facilidad, se centran en cosas que no importan. Pero tú entiendes lo que es importante. Sabes cómo priorizar a la gente que quieres.

El elogio me inunda en una cálida oleada, una validación que no sabía que necesitaba desesperadamente. Ve mis sacrificios, entiende mis decisiones, valora las cualidades que otros dan por sentadas o ignoran por completo.

—Quiero cuidar de ti —murmura, posando su mano ligeramente en la parte baja de mi espalda. El contacto es breve pero eléctrico, enviando un calor que recorre terminaciones nerviosas que había olvidado que existían—. Llevas demasiado tiempo cargando con todo tú sola.

—Puedo cuidar de mí misma.

—Sé que puedes. Pero no deberías tener que hacerlo.

Sus dedos trazan una línea a lo largo de mi columna vertebral a través de mi chaqueta de trabajo, un toque tan suave que podría ser accidental si no fuera por la intensidad de sus ojos. Me estoy ahogando en sensaciones: su proximidad, su olor, la promesa implícita en sus palabras y su tono.

—Conozco a alguien —dice, con la voz apenas por encima de un susurro—. Alguien que ayuda a las familias a hacer frente a los gastos médicos. Asistencia legítima, no caridad. Personas que entienden que a veces, las buenas familias se enfrentan a circunstancias imposibles sin tener la culpa.

La oferta parece demasiado perfecta para ser real, demasiado tentadora como para rechazarla sin considerarla. ¿Ayuda con los

tratamientos de Elvin que no requiera comprometer mi alma ni arriesgar mi libertad? La posibilidad hace que se me oprima el pecho con una esperanza desesperada.

—¿Qué querría alguien a cambio?

—Nada que no quisieras dar libremente. Amistad, lealtad… una relación que beneficie a todos los implicados.

La respuesta es cuidadosamente vaga, dejando lugar a la interpretación mientras evita compromisos específicos. Pero la forma en que me mira sugiere que su interés personal se extiende mucho más allá de cualquier ayuda profesional que pudiera prestarme.

—Piénsalo —dice, retrocediendo lo suficiente como para restaurar la formalidad mientras mantiene la conexión invisible que crepita entre nosotros—. Podríamos discutirlo esta noche, si estás disponible. En algún lugar privado donde podamos hablar libremente.

—¿Esta noche?

—Sé que es con poca antelación, pero tengo la sensación de que el tiempo puede ser importante para la situación de tu familia.

La urgencia en su voz coincide con la ansiedad que ha ido creciendo desde la primera visita matutina de Sonya. Si Misha puede ver a través de mi cuidada fachada después de dos encuentros, ¿cuánto tiempo pasará antes de que otros lleguen a conclusiones similares? ¿Cuánto tiempo antes de que la protección que he construido alrededor de Elvin y mi padre se desmorone bajo un escrutinio que no puedo desviar?

—¿Dónde? —La pregunta se me escapa antes de que pueda considerar la sensatez de aceptar volver a verlo tan pronto.

—En mi apartamento. Es privado, cómodo. Podemos hablar sin preocuparnos de quién podría oírnos.

La sugerencia debería alarmarme. Las reuniones privadas con hombres que apenas conozco violan todas las normas de seguridad

que mi padre me enseñó sobre cómo navegar por un mundo que se aprovecha de las mujeres jóvenes sin protección. Pero Misha no me parece peligroso en el sentido convencional. Parece poderoso, controlado, un hombre que consigue lo que quiere mediante la persuasión en lugar de la fuerza.

—No sé…

—Sin presión, Vera. Pero si decides que te gustaría explorar posibilidades que puedan ayudar a tu hermano, te estaré esperando. A las ocho.

Me da una dirección en un barrio que reconozco como una zona residencial cara donde los empresarios de éxito viven con sus familias. El detalle me tranquiliza. Los depredadores no suelen invitar a sus víctimas a lugares donde los vecinos puedan notar una actividad inusual.

—Lo pensaré.

—Es todo lo que pido.

Me deja de pie junto al box de Koschei, con el pulso martilleando y la mente corriendo a través de posibilidades que parecen demasiado buenas para ser verdad. Ayuda para Elvin que no requiera continuar mi asociación con Sonya. Una relación con un hombre que ve valor en cualidades que otros pasan por alto. La oportunidad de construir una vida basada en algo que no sea la desesperación y el compromiso.

El riesgo de reunirme con Misha en privado palidece en comparación con la destrucción segura que me espera si continúo por mi camino actual. Las advertencias de Sonya sobre la nueva dirección, el misterioso corredor de apuestas que busca patrones, el precario equilibrio que mantiene a mi familia a salvo… todo podría derrumbarse en cualquier momento, por muy cuidadosamente que siga las instrucciones.

Pero Misha representa la posibilidad, la esperanza, la oportunidad de que alguien con poder pueda usarlo para proteger en lugar de explotar. El optimismo se siente peligroso después de meses de cálculo cínico, pero no puedo abandonarlo sin al menos explorar a dónde podría llevar.

A las ocho. Su apartamento. Una conversación que podría cambiarlo todo o destruir la poca estabilidad que he logrado construir.

Estaré allí.

6

MISHA

Los resguardos de las apuestas extendidos sobre mi escritorio cuentan la misma historia que contaron ayer y anteayer. La ronda de Vera por la tarde ha generado cuarenta y tres mil rublos en ganancias, todos pagos limpios a apostantes legítimos. Pero el patrón subyacente es más profundo que las cifras superficiales.

Resigo con el dedo las entradas de la columna. Cada apuesta lleva la huella de los Radich: cantidades extrañas, caballos específicos, una sincronización perfecta en apuestas arriesgadas que no deberían salir pero lo hacen. La mujer no sabe que lleva veneno en esos sobres, pero el veneno fluye entre sus manos de todos modos.

Cojo el móvil y llamo a uno de mis hombres. Vadim tiene razón. Tenemos que llegar al fondo de quién está detrás de todas estas apuestas que ganan sistemáticamente, porque si no lo hacemos, nos desangrarán. Y yo tendré que responder por ello. Necesito pasar más tiempo con Vera cuanto antes, conseguir que confíe en mí y tirar de los hilos con más fuerza.

—¿Sí? —contesta Gregor al segundo tono y espera mis órdenes como un buen soldado.

—La chica de los Kovalenko ha terminado de limpiar el box doce. Envíala al almacén del pienso. Dile que hay que revisar el inventario antes de que se vaya. —No voy a llegar a las cuadras antes de que

se marche, así que mantenerla ocupada es la mejor alternativa. Será más tarde, la calle estará oscureciendo y agradecerá que un perfecto caballero la lleve.

—Entendido —dice con un gruñido, y cuelgo antes de que pueda cuestionar mis motivos.

Me reclino en la silla y abro las imágenes de seguridad en el monitor. La cámara del almacén me da una visión clara de la puerta y de la mitad del interior. Vera aparece en el encuadre tres minutos después, con su trenza balanceándose mientras empuja la pesada puerta.

Se mueve por la sala revisando portapapeles, contando sacos, marcando las cuentas en la hoja de inventario. Cuando uno de mis hombres aparece en el umbral y le bloquea la salida, su postura cambia. Hace un gesto hacia el papeleo terminado y luego hacia la puerta. Él niega con la cabeza y señala de nuevo los sacos de pienso.

Sus hombros se hunden. Vuelve a contar, pero ahora sus movimientos denotan frustración. Quiere irse a casa. Perfecto.

Apago el monitor, cojo las llaves y salgo al encuentro de mi encantadora y despistada señorita Kovalenko para ofrecerle llevarla a casa. El trayecto de la oficina a las cuadras dura nueve minutos. Para cuando llego al almacén del pienso, Vera se ha desplazado a la pared del fondo, donde los suplementos vitamínicos se alinean en las estanterías. Está de espaldas a la puerta.

La observo trabajar un momento, fijándome en cómo los vaqueros se le ciñen a las caderas y le recogen el culo, perfecto y redondo. Ahí están esas artimañas femeninas de las que me advirtió mi padre hace años. Solo pensar en cómo se vería sin esa ropa me desquicia, pero me controlo en favor de mi estrategia a largo plazo.

—¿Trabajando hasta tarde? —pregunto en voz baja, sin intención de asustarla, pero sabiendo que lo haré.

Se gira de golpe, con el portapapeles aferrado contra el pecho. —¡Misha! Me has asustado.

—No era mi intención. Uno de mis hombres me ha dicho que estabas ocupándote del inventario. —Entro en la sala y dejo que la puerta se cierre tras de mí—. No parece que sea parte de tus tareas habituales.

—Ha dicho que tenía que estar listo antes de la entrega de mañana. —Levanta el portapapeles—. Ya casi he terminado, de todas formas.

—Bien. Te llevo a casa cuando estés lista. —Me apoyo en la pared, cruzando las manos delante de mí como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Sus ojos se abren de par en par. —No tienes por qué hacerlo. Puedo coger el autobús.

Un punto para ella por ser lo bastante sensata como para coger el autobús en lugar de caminar a estas horas, pero eso no me sirve. —Las rutas de autobús no son fiables a estas horas de la noche. Además, de todos modos, iba en esa dirección. —Las mentiras salen con facilidad cuando manipulas a un objetivo. Tengo todo el tiempo del mundo para hacer lo que sea necesario para llevar esto a buen puerto. Descubrir quién está detrás de esto, a qué escoria de los Radich tengo que detener, y luego ponerle fin a todo. Con suerte, sin daños colaterales.

—¿Estás seguro? No quiero ser una molestia.

—No es ninguna molestia. Termina aquí y nos vemos en el aparcamiento.

Veinte minutos después, se desliza en el asiento del copiloto. Su ropa de trabajo todavía huele a heno y a caballos. Se abrocha el cinturón y se echa la trenza por encima del hombro. Está muy fuera de lugar en mi coche, pero la ingenuidad de la situación despierta algo en mí. Qué fácil es coger la fruta madura del árbol. Vera lo pone muy fácil.

—Muchas gracias por esto. De verdad. El autobús tarda una eternidad y tengo que hacer la compra antes de que cierren el súper.

Arranco el motor y salgo del aparcamiento. —¿A qué supermercado prefieres ir?

—Hay uno pequeño cerca de mi casa. Nada del otro mundo, pero los precios se ajustan a mi presupuesto.

—¿En qué barrio vives? —La miro mientras conduzco, con cuidado de no apartar la vista de la carretera, aunque no me importa mirarla. Es embriagadora.

—En el distrito de Altufyevo. No es la zona más bonita, pero es lo que me puedo permitir.

Altufyevo significa familias de inmigrantes, presupuestos ajustados, opciones limitadas. Todo información que, por supuesto, ya conozco. —¿Vives sola? —pregunto, fingiendo ignorancia. Hacerla sentir importante y que parezca que me intereso por su vida es clave para que se abra a mí por sí misma. Esto tiene que funcionar de una manera determinada. No puedo permitir que se asuste y corra a contárselo a la zorra de los Radich para que se pongan en alerta.

—Con mi padre. Trabaja en la construcción cuando encuentra algo. —Ajusta la salida del aire acondicionado y se hunde más en el asiento—. ¿Y tú? ¿Vives cerca del hipódromo?

—Tengo un piso en el centro. Más cerca de los negocios familiares.

—Debe de ser práctico.

—Tiene sus ventajas. —La miro de perfil—. Ayer mencionaste a tu hermano. ¿Vive cerca?

Su expresión se tensa. —Pasa mucho tiempo en el hospital por el tratamiento contra el cáncer. Pero sí, vive con mi padre y conmigo. —Se vuelve hacia la ventanilla—. Aunque Elvin es fuerte. A veces más fuerte que yo.

—A mí me pareces bastante fuerte. Trabajar en las cuadras no es un trabajo fácil.

Una pequeña sonrisa se dibuja en su rostro. —Siempre se me han dado bien los caballos. No te juzgan por ser callada o diferente.

—¿Diferente cómo?

—No sé. Nunca he sido de las que van a discotecas o tienen muchas citas. Me centro en las necesidades de mi familia. No tengo buenos amigos, y los pocos que tengo solo quieren salir de fiesta.

—Tus amigos son idiotas. —Las palabras están cuidadosamente elegidas para provocar una reacción en ella, y funciona. Se vuelve hacia mí, sorprendida—. Eres considerada. Responsable. Son cualidades raras en gente de tu edad.

—Gracias. —Sus mejillas se tiñen de rosa—. Es muy amable por tu parte.

—No estoy siendo amable. Estoy siendo sincero. A la mayoría de las mujeres que conozco les importa más la apariencia que la sustancia. Tú eres diferente.

Juguetea con el bajo de su chaqueta. —No creo que sea tan especial.

—Entonces no te ves a ti misma con claridad. —Freno en un semáforo en rojo y estudio su reacción—. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste una cita de verdad?

El rosa se intensifica a rojo. —Hace tiempo. Meses, de hecho. —Noto un matiz de vergüenza en sus mejillas. Tomar algo conmigo difícilmente se puede considerar una cita de verdad. Esta pobre mujer necesita vida social, y se pasa el día trabajando hasta la extenuación para cuidar de su hermano. Una pena, además, porque tiene unos dedos preciosos.

—A veces pienso que no estoy hecha para las relaciones. Se me da mejor cuidar de los caballos que hablar con los hombres. —Su

explicación parece ponerla más nerviosa. Se remueve en el asiento y se retuerce las manos.

—Conmigo estás hablando sin problemas.

Se ríe, pero suena a nerviosismo. —Tú eres diferente. Es más fácil hablar contigo que con otros hombres.

—¿Cómo esperabas que fuera? —Me río con calidez. Si de algo no me han acusado nunca es de ser una persona con la que es fácil hablar. De hecho, es todo lo contrario.

—Pensaba que serías más… No sé. Más intimidante, supongo.

—Puedo ser intimidante cuando es necesario. Pero no esta noche.

El semáforo se pone en verde. Acelero para cruzar la intersección y giro hacia su barrio. Los edificios se vuelven más viejos y apretados a medida que nos adentramos en Altufyevo.

—Puedes dejarme en la esquina si te resulta más fácil —dice cuando nos acercamos a su calle.

—Te llevaré hasta la puerta. Está oscureciendo.

—Gracias. Eres muy atento.

Aparco frente a su edificio, una estructura de bloques de hormigón que ha visto décadas mejores. Las ventanas que dan a la calle muestran retales de cortinas desparejadas y el parpadeo ocasional de la luz de un televisor.

Se desabrocha el cinturón, pero no echa mano de la manilla de la puerta de inmediato. —Te agradezco mucho que me hayas traído. Y la conversación. Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba considerada en lugar de aburrida.

—A cualquiera que te encuentre aburrida le falta imaginación.

Su sonrisa le transforma la cara. El recelo desaparece, sustituido por una calidez genuina. —Se te da muy bien hacer que una mujer se

sienta especial.

—Solo te digo lo que veo. —Extiendo la mano por el espacio que nos separa y rozo su mandíbula con el pulgar, por donde se le ha escapado un mechón de pelo de la trenza—. Eres especial, Vera. Más de lo que crees.

Se queda muy quieta bajo mi contacto. Su respiración cambia, se vuelve superficial y rápida. Dejo que el contacto se prolongue más de lo necesario antes de retirar la mano.

—Debería entrar —susurra.

—Claro. Pero antes, déjame preguntarte algo. ¿Te gustaría cenar conmigo mañana por la noche? En un sitio mejor que el bar de la zona.

Sus ojos se abren de nuevo. —¿Cenar? ¿Como… una cita?

—Exactamente una cita.

—No sé si es buena idea. Eres mucho mayor que yo, y mi padre—.

—La edad son solo números en un calendario. Lo que importa es la conexión, la comprensión, el respeto. —Me inclino un poco más hacia ella—. Eres madura para tu edad, inteligente, responsable. La mayoría de los hombres de tu edad no reconocerían esas cualidades ni las apreciarían como es debido. Te harían perder el tiempo con juegos y promesas vacías.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Te mereces a alguien que vea tu valía, que te trate como deben tratarte. Alguien que entienda que tu lealtad y tu dedicación no son debilidades que explotar, sino virtudes que atesorar.

Se muerde el labio inferior, pensativa. —¿Adónde iríamos?

—Hay un restaurante en el centro que creo que te gustaría. Tranquilo, elegante. Buena comida y mejor conversación.

—Eso suena caro.

—Tú no te preocupes por el precio. Preocúpate de decir que sí.

Me mira fijamente durante un largo momento y luego asiente despacio. —Vale. Sí. Me gustaría.

—Bien. Pasaré a recogerte mañana a las siete. Ponte algo bonito, pero no demasiado formal. Estarás perfecta elijas lo que elijas.

Abre la puerta del coche y sale, luego se agacha para mirarme por la ventanilla abierta. —Gracias de nuevo por traerme. Y por… todo lo demás.

—Gracias a ti por decir que sí.

La veo caminar hacia la entrada de su edificio, fijándome en que mira hacia atrás dos veces antes de desaparecer por la puerta. La segunda mirada dura más que la primera.

Mañana por la noche empezaré a extraer la información que necesito sobre sus conexiones con los Radich. Pero esta noche, archivo todo lo que me ha contado sobre su familia, su barrio y sus vulnerabilidades.

El conocimiento es poder. Y el poder es lo que necesito para sobrevivir.

7

VERA

El restaurante al que me lleva Misha parece caro, todo de madera oscura y apliques de latón, de los que necesitan reserva con semanas de antelación. O un nombre, que estoy segura de que Misha tiene, aunque todavía no me ha dicho su apellido. A través de las ventanas, veo manteles blancos y copas de cristal que reflejan la luz de las velas.

Se me revuelve el estómago mientras aparca el coche. Debería haberle preguntado adónde íbamos. El vestido que he elegido de repente me parece inadecuado: un sencillo vestido negro que compré hace años para la boda de mi primo. Es lo más bonito que tengo, pero en este contexto, grita *saldo de rebajas*.

Misha baja del coche, da la vuelta para abrirme la puerta y me ofrece la mano. La cojo y salgo con él al frío aire invernal. Lleva un traje gris marengo que le queda perfecto, con la chaqueta entallada a su esbelta figura. Lleva el pelo oscuro peinado hacia atrás, dejando al descubierto esos pómulos afilados y unos ojos azul hielo que parecen verlo todo.

—Estás preciosa —dice, y la forma en que me mira me hace creer que lo dice en serio.

—Gracias. Tú estás… —hago un gesto vago hacia su aspecto—. Este sitio es increíble. ¿Seguro que tienen sitio para nosotros?

—He hecho una reserva —coloca la mano en la parte baja de mi espalda y me guía hacia la entrada—. Confía en mí.

La recepcionista lo saluda por su nombre de pila y nos conduce a través del comedor hasta un reservado en un rincón del fondo. La mesa está en un espacio privado, separada de los demás comensales por una pared curva llena de libros. Misha se sienta frente a mí y hace una seña al camarero.

—Dos copas de Burdeos —dice sin consultar la carta—. Y tomaremos el confit de pato y el cordero, poco hecho.

El camarero asiente y desaparece. Miro a Misha desde el otro lado de la mesa.

—Has pedido por mí. —Por un momento pienso que debería sentirme ofendida, que debería decirle que soy perfectamente capaz de mirar una carta y elegir lo que quiero. Pero el gesto me parece tierno, no autoritario. Y Misha paga. Ni de broma puedo permitírmelo.

—¿No te gusta el pato?

—Nunca he probado el pato. No sé si me gusta. —Mis dedos juguetean nerviosos con los botones de mi abrigo antes de quitármelo de los hombros.

—Te encantará. El chef de aquí lo prepara con salsa de cerezas y verduras asadas. El cordero también está excelente; podemos compartir los dos platos.

Debería molestarme e insistir en pedir mi propia comida, en elegir mi propio vino. Pero la seguridad en su voz, la forma en que parece saber exactamente lo que me va a gustar, hace que, en lugar de irritación, sienta un calor que se extiende por mi pecho.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Tienes buen instinto para la comida. Te observé ayer en el almuerzo: elegiste la opción más sana del menú, pero le echabas el

ojo a los platos más tentadores. Quieres probar cosas nuevas, pero eres práctica a la hora de gastar dinero. Esta noche, puedes tener las dos cosas.

Llega el vino, de un rojo intenso en copas de cristal que capturan la luz parpadeante de las velas. Misha levanta su copa hacia la mía.

—Por las nuevas experiencias.

El vino es más suave que cualquier cosa que haya probado nunca, rico y complejo en mi paladar. Doy otro sorbo y siento que se me relajan los hombros.

—Háblame de Ucrania —dice—. Mencionaste que tu familia emigró cuando eras adolescente.

—Vinimos aquí cuando tenía diecisiete años. Mi padre pensó que habría mejores oportunidades de trabajo, y mi madre quería que aprendiéramos ruso como es debido. —Recorro el borde de mi copa de vino—. Vivíamos en un pequeño pueblo a las afueras de Járkov. Mi padre domaba caballos para los granjeros de la zona, y yo pasaba todos los días en los establos.

—¿Ahí fue donde aprendiste a manejarlos tan bien?

—Sí. Sabía montar antes de saber andar bien, según mi madre. Solía bromear diciendo que hablaba mejor el idioma de los caballos que el ucraniano.

—¿Qué le pasó a tu madre?

El dolor familiar se me instala en el pecho. —Cáncer… Hace cinco años. Los tratamientos aquí costaban muchísimo, pero se negó a volver a Ucrania. Decía que ahora éramos rusos, y que los rusos no huyen de los problemas.

—Parece que era fuerte.

—Lo era. Terca como una mula y el doble de decidida. —Sonrío al recordarla—. Elvin ha heredado de ella su espíritu luchador.

—¿Y tú? ¿Qué has heredado de ella?

—La capacidad de preocuparme por todos menos por mí, por lo visto.

Se ríe, un sonido grave que hace que quiera oírlo de nuevo. —Eso no es una debilidad.

—A veces, me resulta abrumador. Cuidar de Batya, asegurarme de que los tratamientos de Elvin continúan, seguir con el trabajo… —Me callo. No quiero parecer una quejica en nuestra primera cita.

—Tú también tienes derecho a querer cosas para ti —dice—. ¿Qué quieres tú, Vera? Si el dinero no fuera un problema, si tu familia estuviera atendida, ¿qué te haría feliz?

El pato llega antes de que pueda responder, acompañado de patatas asadas y judías verdes que brillan con mantequilla. La salsa de cerezas rodea la carne, oscura y lustrosa. Se me hace la boca agua.

—Pruébalo —dice Misha.

Corto un trocito y me lo llevo a la boca. La carne se deshace en mi lengua, tierna y sabrosa, y la salsa de cerezas añade un dulzor que complementa el sabor a caza. Cierro los ojos y saboreo el gusto.

—¿Bueno?

—Increíble. No tenía ni idea de que la comida pudiera tener un sabor tan complejo.

—La mayoría de la gente se conforma con lo simple cuando podría tener lo extraordinario.

Comemos sin hablar durante unos minutos. El cordero es igualmente impresionante, sazonado con hierbas que no puedo identificar pero que hacen de cada bocado un descubrimiento.

—No has respondido a mi pregunta de antes —dice Misha—. ¿Qué te haría feliz?

Considero la respuesta mientras bebo un sorbo de vino. —Me gustaría viajar. Ver lugares de los que solo he leído en los libros. Quizá hacer un curso de cocina y aprender a preparar platos como este. —Señalo nuestros platos—. Me gustaría vivir en un sitio con espacio para un huerto, quizá tener un par de caballos propios.

—Son buenos sueños.

—Son sueños caros.

—Pero no imposibles.

Le sostengo la mirada a través de la mesa. —¿Y tú? ¿Qué te hace feliz?

—El control. Saber que puedo proteger a la gente que me importa. Construir una empresa que perdure. —Hace una pausa—. Una buena conversación con un vino excelente.

—¿Es eso lo que es esto? ¿Una buena conversación?

—La mejor que he tenido en meses.

El camarero nos rellena las copas de vino. Debería ir más despacio —no estoy acostumbrada a un alcohol tan fuerte—, pero el calor en mi estómago es demasiado agradable como para parar.

—¿Cuánto hace que tienes caballos? —pregunto.

—Unos pocos años. Tengo tres compitiendo en Podsolnukh.

—Son unos animales preciosos —digo, recordando los nombres que me dio antes. Aunque pensaba que eran propiedad de una mujer, pero yo no lo sé todo—. ¿Trabajas con ellos directamente?

—A veces. Ayudo a cepillarlos y a ejercitarlos cuando los cuidadores habituales están ocupados. —Su tono no invita a seguir preguntando sobre sus negocios, así que no insisto.

—¿Te gusta? ¿El mundo de las carreras? —Mi dedo recorre el borde de mi copa mientras observo cómo su cálida sonrisa se ensancha.

—Disfruto ganando. Los caballos son simplemente el vehículo.

Me inclino hacia delante, envalentonada por el vino. —¿Siempre eres tan críptico o es parte de tu encanto?

—¿Preferirías que fuera aburrido y predecible?

—No. Me gusta que seas diferente a los otros hombres que he conocido. Me haces sentir… —busco las palabras adecuadas—. Me haces sentir interesante. Importante.

—Eres interesante. Y muy importante.

La intensidad en su voz hace que se me sonrojen las mejillas. Doy otro sorbo de vino para ocultar mi reacción, y luego vuelvo a dar unos cuantos bocados más de esta comida exquisita.

—Háblame de la gente para la que trabajas en el hipódromo —dice —. ¿Alguien te da problemas?

—En realidad no. La mayoría del personal va a lo suyo. Los jockeys pueden ser exigentes, pero eso es normal.

—¿Y la gente que no es del personal? —Lo pregunta como si fuera una cuestión sin importancia, pero se me hiela la sangre. El rostro de Sonya aparece en mi mente: facciones afiladas, ojos calculadores, esa sonrisa que nunca le llega más arriba de la boca.

—¿Por qué lo preguntas?

—A veces pareces nerviosa. Distraída. Quiero asegurarme de que estás a salvo.

Dejo la copa de vino en la mesa, con las manos de repente temblorosas. —Hay una mujer. Sonya. Ella… a veces me pide que le haga recados. Entregar sobres, hacer apuestas para sus amigos. Pensé que era inofensivo.

—Pero ahora no estás segura.

—Me da miedo. La forma en que me mira, la forma en que habla. Siempre hay un trasfondo de amenaza, incluso cuando se muestra amable. —Me abrazo a mí misma—. Quiero dejar de ayudarla, pero tengo miedo de lo que podría pasar si me niego.

Misha estira el brazo por encima de la mesa y cubre mi mano. Sus dedos son cálidos y firmes. —¿Qué tipo de recados te pide que hagas?

—Sobre todo boletos de apuestas. Me da sobres y me dice a qué ventanillas ir, a qué caballos apostar. Dice que sus amigos están demasiado ocupados para venir al hipódromo. —Contárselo me hace sentir vulnerable y débil. Soy una tonta por haberme metido en esto con ella, tal como dijo Batya.

—¿Con qué frecuencia?

—Dos o tres veces por semana. A veces más durante los días de carreras importantes. —Miro nuestras manos unidas—. Paga bien, y necesito el dinero para los tratamientos de Elvin. Pero últimamente, las cantidades han aumentado, y ha empezado a hacerme preguntas sobre otra gente del hipódromo.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Sobre el nuevo corredor de apuestas que lleva el negocio… —Mi mano tiembla en la suya, pero aun así me hace sentir segura.

Aprieta ligeramente mi mano. —¿Qué le dijiste?

—Nada. Todavía no lo conozco. —Lo miro—. Parece peligrosa.

—Tienes buen instinto. —Suelta mi mano y pide la cuenta—. Puede que yo sea capaz de ayudarte con esta situación.

—¿Cómo?

—Deja que yo me preocupe de los detalles. Por ahora, sigue haciendo lo que te pide, pero cuéntamelo después. ¿Puedes hacer eso?

El camarero aparece con la cuenta. Echo mano a mi bolso, pero Misha me hace un gesto para que no me preocupe.

—Puedo pagar mi parte —protesto.

—Te he invitado a cenar. Yo pago la cena. —Desliza el dinero por la carpeta de cuero sin mirar el total.

—Pero es mucho dinero—

—Es una cena, Vera. No un coche.

Nos levantamos para irnos, y vuelve a colocar su mano en mi espalda, ese calor constante guiándome a través del restaurante. Fuera, el aire de la noche trae olores a lluvia y a tubos de escape. La calle está más tranquila que las avenidas principales, bordeada de árboles que susurran con la brisa.

Se pone a mi lado, acompasando su zancada más larga a la mía. Su mano permanece en mi espalda, una sutil posesión que me acelera el pulso. El vino me ha vuelto audaz, relajada de una forma que no había estado en meses mientras caminamos hacia su coche.

—Ha sido maravilloso —digo—. El restaurante, la comida, la conversación. No recuerdo la última vez que me sentí tan…

—¿Tan qué?

—Libre, supongo. Como si pudiera ser yo misma sin preocuparme de cuidar de todos los demás.

—Te mereces sentirte así más a menudo.

—Creo que ya no sé cómo hacerlo.

—Yo podría enseñarte.

Me quedo en silencio mientras me abre la puerta del coche. Apoya la mano suavemente en mi rodilla mientras conduce, pero no dice nada. Siento el alcohol arremolinándose en mi cabeza, haciendo que

desee su mano en otro sitio, no en mi rodilla, y cuando gira en la esquina, empiezo a sentir que la decepción se apodera de mí.

—Ya hemos llegado —digo cuando mi edificio aparece a la vista.

Aparca cerca de la entrada. Busco las llaves en mi bolso, sintiéndome de repente rara ahora que la noche ha terminado. —Gracias de nuevo —digo—. Por la cena, por escucharme sobre Sonya, por hacerme sentir…

—¿Preciosa? ¿Interesante? ¿Importante?

—Todas esas cosas.

Se inclina más, lo suficiente como para que tenga que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. Levanta la mano para ahuecar mi cara, su pulgar rozando mi pómulo.

—No quiero que te vayas a casa todavía —dice.

Se me corta la respiración. —¿Qué quieres decir?

—Ven conmigo. A mi casa. Podemos hablar más, tomar otra copa de vino. No estoy preparado para que esta noche termine. —Sus ojos saltan de los míos a los míos, y suspiro suavemente, inspirando el aroma del vino en mi propio aliento.

—Debería subir. Batya se preocupará si llego muy tarde.

—¿De verdad? ¿O es una excusa porque estás nerviosa?

Estoy nerviosa. Nerviosa y excitada y aterrorizada, todo a la vez. Pero bajo todos esos sentimientos corre una corriente más profunda: confianza. A pesar de su edad, de su misterioso trabajo, de las peligrosas preguntas sobre Sonya, me siento más segura con Misha de lo que me he sentido en meses.

—Quizá un poco nerviosa —admito, sintiendo que el rubor me calienta las mejillas.

Se inclina y me besa, suave, cálido y perfecto. Cuando se aparta, sus ojos escrutan los míos. Sé lo que quiere. Yo también lo quiero, pero permitirme quererlo es diferente a permitirme disfrutarlo. Misha es mucho mejor que yo. No lo merezco y, sin embargo, aquí estoy, derritiéndome bajo su contacto.

—Me encantaría que vinieras conmigo a mi casa. Pero solo si tú quieres.

Quiero. La revelación me sorprende por su intensidad.

—Vale —susurro—. Sí.

8

MISHA

El trayecto hasta mi casa dura veinte minutos por las silenciosas calles del centro de Moscú. Vera está sentada a mi lado, con las manos cruzadas en el regazo, y de vez en cuando mira por la ventanilla los edificios que vamos dejando atrás. El vino de la cena la ha relajado, ha hecho que sus movimientos sean más suaves, más confiados. Puedo sentir su nerviosismo, la forma en que se remueve en el asiento cuando me desvío de la carretera principal.

—¿Adónde vamos? —pregunta mientras las farolas empiezan a escasear.

—A mi casa.

Unas verjas de hierro se abren automáticamente a mi paso. El camino privado serpentea entre robles maduros, cuyas ramas proyectan sombras que danzan sobre el parabrisas. Vera se pega más a la ventanilla del copiloto, intentando ver en la oscuridad.

La casa se revela gradualmente al tomar la última curva. Tres plantas de cristal y piedra se alzan sobre unos jardines bien cuidados, y todas las ventanas brillan con una luz cálida. La arquitectura es moderna pero atemporal, de líneas limpias suavizadas por materiales naturales. Unas fuentes flanquean la entrada y su suave murmullo se oye incluso a través de las ventanillas del coche.

Aparco en la entrada circular, bajo un pórtico sostenido por columnas de piedra. El motor crepita al enfriarse, el único sonido en la quietud de la noche.

—¿Esta es tu casa? —La voz de Vera denota asombro y algo más: intimidación, quizá. El miedo a no encajar aquí.

—Prefiero la privacidad —. Salgo del coche y lo rodeo para abrirle la puerta. Le tiendo la mano para ayudarla a bajar.

Me coge la mano y se levanta despacio, sin apartar los ojos de la fachada de la casa. —¿Es enorme. ¿Cuánta gente vive aquí?

—Solo yo.

—¿Todo esto para una persona?

—Creo que es importante tener espacio para pensar. Para respirar —. Pongo la mano en la parte baja de su espalda y la guío hacia la entrada—. Ven. Quiero enseñarte algo.

La puerta principal es de nogal macizo, de casi cuatro metros de altura y tallada con sutiles motivos geométricos. Se abre a un vestíbulo de dos plantas, dominado por una lámpara de araña de cristal soplado a mano que atrapa y dispersa la luz por el suelo de travertino.

Vera se detiene justo en el umbral, con la boca ligeramente abierta. —Misha…

—Aún no has visto nada.

La conduzco por el vestíbulo hasta el gran salón y observo su cara mientras asimila el espacio. El techo se eleva a seis metros de altura, sostenido por vigas de acero que crean sombras espectaculares. Una pared entera está formada por ventanales que van del suelo al techo y dan a los jardines privados. Hay muebles de cuero italiano dispuestos alrededor de una chimenea tallada en un único bloque de granito. Las paredes están decoradas con cuadros originales; no son

reproducciones ni láminas, sino lienzos firmados a mano por los propios artistas.

Se acerca a los ventanales y apoya la palma de la mano en el cristal, contemplando los jardines iluminados. Un estanque reflectante se extiende hacia una arboleda de abedules, cuya corteza blanca brilla a la luz de la luna.

—No me puedo creer que vivas aquí —susurra.

—¿Te gusta?

Se vuelve hacia mí y veo que algo cambia en su expresión. El nerviosismo sigue ahí, pero debajo hay algo más: deseo, quizá. O el reconocimiento de que le estoy ofreciendo un atisbo de un mundo que nunca ha imaginado.

—Es el lugar más bonito que he visto en mi vida.

—¿Te apetece una copa? —Me dirijo al carrito de las bebidas situado cerca de la chimenea. Sus decantadores de cristal reflejan la luz de las llamas.

—¿Qué me recomiendas?

Elijo una botella de coñac de la añada de 1947; una botella cara, además. El líquido brilla con un tono ámbar a la luz del fuego mientras lo sirvo en dos copas de Baccarat.

—He estado esperando el momento adecuado para esto.

Acepta la copa y da un pequeño sorbo. Cierra los ojos mientras el coñac le calienta la garganta. —Es increíble. Puedo saborear… No sé. Historia.

—La complejidad necesita tiempo para desarrollarse. Merece la pena esperar por las mejores cosas.

Me acomodo en el sofá de cuero y doy una palmadita en el cojín a mi lado. Se une a mí, más cerca de lo estrictamente necesario. Su muslo roza el mío cuando acurruca las piernas debajo de ella.

—Todo esto es tan bonito —dice, señalando la habitación—. Todo aquí es perfecto. ¿No te sientes solo en todo este espacio?

Su observación me sorprende. La mayoría de la gente ve riqueza y asume satisfacción, pero ella ha identificado el vacío que las cosas caras no pueden llenar.

—A veces —admito—. El éxito puede ser solitario. La gente quiere cosas de ti: dinero, contactos, favores. Se vuelve difícil confiar en las intenciones de nadie.

Deja la copa y se gira para mirarme de frente. —¿Por eso me has traído aquí? ¿Para averiguar mis intenciones?

—Te he traído aquí porque quiero que estés aquí... —*Y necesito atar los cabos que te han puesto en mi camino, Vera… Cuanto más tiempo pase contigo, más probable será que te abras y que confíes plenamente en mí. Solo entonces podré desmantelar la plaga de los Radich que tienes detrás.*

—¿Y si te decepciono?

Le acaricio la mandíbula con los dedos y siento que su piel se calienta bajo mi contacto. —Imposible.

Se apoya en mi mano y cierra los ojos con un aleteo de pestañas. —No dejo de pensar en lo que dijiste en la cena. Sobre enseñarme a ponerme a mí misma en primer lugar a veces.

—¿Qué pasa con eso?

—Quiero aprender. Pero no sé cómo dejar de cuidar de los demás el tiempo suficiente para averiguar lo que quiero.

—¿Qué quieres ahora mismo?

Se le sonrojan las mejillas, pero no aparta la mirada. —A ti. Quiero besarte.

La confesión es sincera y vulnerable. Le deslizo la mano hasta la nuca y siento la suave piel bajo su pelo, el pulso acelerado en la

base de su garganta.

—¿Estás segura?

—Nunca he estado más segura de nada.

Cuando la beso, responde de inmediato. Sus manos encuentran la parte delantera de mi camisa y agarran la tela como si necesitara algo a lo que aferrarse. El sabor a coñac de sus labios hace que quiera más: más de su boca, de su piel, de sus suaves sonidos de placer.

Rompo el beso y me pongo de pie. Le tiendo la mano. Me mira un momento, con los labios hinchados y la respiración agitada. Puede que esté arriesgando toda la misión por presionar, pero quiero mucho más que un simple beso. La tengo dura como una piedra y necesito liberarme.

—Ven conmigo.

Me coge la mano sin dudarlo y se deja levantar. Sus piernas flaquean por el vino, por el coñac, por la forma en que la estoy mirando. La sujeto con una mano en la cintura y siento el calor de su cuerpo a través de la fina tela de su vestido.

La guío por la casa, pasando por el comedor con su mesa para doce comensales, por la biblioteca con sus estanterías del suelo al techo, por el despacho donde llevo a cabo negocios que la aterrorizarían si conociera los detalles. La suite principal ocupa toda el ala este, a la que se accede a través de unas puertas dobles de cristal esmerilado.

El dormitorio es espacioso pero íntimo, dominado por una cama *king-size* vestida con sábanas italianas. Otra pared de ventanales da a los jardines, pero estos tienen persianas automáticas para mayor privacidad. La luz de la luna entra a raudales por el cristal, creando patrones plateados en el suelo de madera.

—Es precioso —suspira, observando el espacio.

—Tú también lo eres.

La giro para que me mire, con las manos apoyadas en su cintura. Me mira con una mezcla de nerviosismo y deseo que me acelera el pulso. Su piel brilla a la luz de la luna y puedo ver la rápida subida y bajada de su pecho.

Se pone de puntillas y me besa. Es suave pero insistente. Me pregunto si alguna vez ha hecho esto. Pero no me aparto. Profundizo el beso. Mis manos se mueven para explorar la curva de su espalda a través del vestido. Ella se arquea ante mi contacto, un suave sonido se escapa de su garganta. Cuando encuentro la cremallera en la espalda de su vestido, se queda muy quieta.

—Respira —murmuro contra sus labios.

Bajo la cremallera lentamente. Mis dedos trazan la línea de su columna vertebral a medida que más piel queda al descubierto. Se estremece bajo mi contacto, pero no se aparta. El vestido está bien hecho, pero es sencillo —nada comparado con los vestidos de diseño que podría comprarle—, pero en su cuerpo le queda perfecto.

—Estás temblando —observo.

—Estoy nerviosa. Ha pasado mucho tiempo desde que…

—¿Desde qué?

—Desde que alguien me hizo sentir guapa. Deseada. Importante.

—Eres todas esas cosas. Y más.

El vestido cae a sus pies y ella sale de él con una gracia que me deja sin aliento. Es aún más despampanante de lo que había imaginado: todo curvas, piel suave y fuerza tranquila. Su ropa interior es sencilla, práctica, pero no puede disminuir el efecto que tiene en mí.

Me quito la chaqueta y luego la camisa. Observo cómo se abren sus ojos al ver los tatuajes que cubren mis brazos y mi pecho. La tinta cuenta historias que ella aún no conoce: lealtad familiar, sangre derramada, deudas saldadas. Pero esta noche, son simplemente una decoración en la piel que quiere tocar.

Cuando vuelvo a acercarme a ella, viene de buen grado y se aprieta contra mí con un suave sonido de placer. Su piel está caliente, increíblemente suave, y la forma en que encaja contra mí se siente inevitable.

—Quiero adorar cada centímetro de ti —murmuro contra su oído—. Quiero enseñarte lo que se siente al ser venerada.

Su respuesta es un beso que transmite todo lo que las palabras no pueden. Cuando se aparta, sus ojos están oscuros por el deseo.

—Enséñamelo —susurra.

Vuelvo a bajar la boca hasta la suya, esta vez más despacio, saboreando su gusto. Se abre para mí, flexible y ansiosa. Entrelaza los dedos en mi pelo como si no quisiera que parara nunca. Mis palmas recorren su cuerpo —hombros, cintura, caderas—, trazando sus curvas hasta que me arrodillo ante ella.

Se le corta la respiración. Le deslizo las manos por los muslos y le doy un beso reverente en el vientre. Su piel sabe a sal y a calor, y tiembla bajo la presión de mis labios. Engancho los dedos en la cinturilla de sus bragas y se las bajo por las piernas, deteniéndome solo para pasar mi boca más abajo, adorándola a medida que avanzo.

Cuando está desnuda, la miro: cada centímetro de ella expuesto a mí, radiante a la luz de la luna. —Eres exquisita —murmuro. Sus mejillas se sonrojan, su pecho sube y baja rápidamente, y se agarra al borde de la cama como si necesitara algo para estabilizarse.

La guío hacia el colchón y la extiendo sobre las sábanas frescas. Jadea cuando me acomodo entre sus muslos y le doy un beso en la suave cara interna de la rodilla antes de arrastrar mi boca hacia arriba, sobre la cara interna de su muslo, hasta el calor que me espera.

La primera caricia de mi lengua la hace gritar. Sus caderas se sacuden. La sujeto ahí, saboreando cada gusto, cada sonido

desesperado que me regala. Sus dedos se aferran a las sábanas y luego se entierran en mi pelo mientras la adoro con mi boca: círculos lentos, luego caricias más profundas, bebiendo la dulzura de su excitación.

Me tomo mi tiempo. La acaricio despacio, la saboreo, dejo que la presión aumente. Mis manos se curvan sobre sus caderas, manteniéndola anclada mientras se retuerce bajo mi boca. Sus muslos se tensan, luego se relajan, abriéndose más cuando la provoco con otra pasada larga y lenta.

Se arquea cuando rodeo su clítoris con la lengua y luego gime cuando me aparto para lamer más abajo, saboreando cada escalofrío que la recorre. La mantengo al borde con un ritmo pausado, incitándola a subir más alto con cada pasada. Sus dedos se entierran en mi pelo, tirando, instándome a acercarme, y le doy lo que quiere: succionando suavemente, moviendo la lengua, arrancándole más sonidos que hacen que me duela la polla.

Deslizo un dedo en su interior, lento y cuidadoso, curvándolo lo justo para que jadee. Se aprieta a mi alrededor, sus muslos tiemblan, pero no me apresuro. Añado otro dedo, abriéndola, acariciándola profundamente mientras mi lengua continúa su ritmo constante. Sus gemidos se agudizan, sus caderas se levantan contra mi boca, buscando la presión.

Solo cuando está temblando de necesidad la dejo correrse. Su cuerpo se arquea, los muslos tiemblan alrededor de mi cabeza. La sujeto mientras dura, bebiendo cada sonido, cada pulso frenético de su cuerpo hasta que se desploma en la cama, sonrojada y sin aliento.

Su pecho sube y baja mientras se recupera, su piel húmeda, sus labios entreabiertos como si hubiera olvidado cómo respirar. Le beso la cara interna del muslo y subo, saboreando la sal de su piel a lo largo de su vientre hasta llegar a su boca.

Me besa con desesperación, como si necesitara sentir en mi lengua la prueba de lo que acabo de hacerle. Su mano acuna mi mandíbula, su pulgar tiembla contra mi mejilla.

—No sabía que se podía sentir algo así —susurra con voz ronca.

—Te mereces sentirlo así cada vez —murmuro, apartándole el pelo de la cara.

Sus ojos me escrutan, grandes e inseguros. —Nadie me había tocado como tú acabas de hacerlo.

Un sonido grave sale de mi garganta, a partes iguales de ira por lo que se le ha negado y de hambre de más. —Entonces me aseguraré de que nunca olvides esta noche. Te arruinaré para cualquier otro.

Me coloco sobre ella, aprisionando su cuerpo con el mío, y se abre para mí sin dudarlo. Su piel sigue caliente, su pulso acelerado. La beso de nuevo, profundo y posesivo, y cuando me aparto, está jadeando, con los ojos vidriosos de necesidad.

Me bajo los pantalones. Mi polla, pesada y dolorida, sale disparada. Su mirada baja, se agranda, y exhala temblorosamente. Mi mano se desliza entre sus muslos, a través de su humedad, antes de alinearme. Todavía está temblando por el orgasmo, suave y apretada alrededor de mis dedos, pero quiero que sienta cómo la estiro aún más.

Sus piernas se tensan cuando empujo la cabeza de mi polla contra su entrada. Le agarro la cadera y entro, despacio al principio, saboreando la forma en que su cuerpo se aferra a mí. Emite un sonido ahogado, sus manos se clavan en mis hombros mientras, centímetro a centímetro, me hundo más.

—Joder, Vera —gruño en su cuello—. Eres increíble.

Se arquea debajo de mí y suelta un gemido cuando toco fondo, enterrado hasta la empuñadura. Por un momento nos quedamos así, su cuerpo ajustándose, mi control deshilachándose. Luego me retiro

y embisto de nuevo, más fuerte, arrancando un grito de sus labios que me hace perder el último resquicio de paciencia.

Sus uñas se clavan en mi espalda mientras establezco un ritmo profundo e implacable. Cada embestida le arranca otro jadeo de la garganta. Los sonidos húmedos de nuestros cuerpos llenan la habitación, mezclándose con sus gemidos entrecortados. Observo su rostro, cómo pasa de la sorpresa a la rendición, y eso me incita a embestir con más fuerza.

Sus gritos se agudizan cuando vuelvo a embestirla. El sonido desgarra la habitación. Se aferra a mí, con la respiración entrecortada en mi oído.

—Más fuerte —jadea. La palabra se le escapa como si no pudiera evitarlo.

Mi boca se tuerce en una sonrisa contra su garganta. —Te daré más fuerte.

Le doy embestidas castigadoras, cada una de las cuales hace sonar el cabecero de la cama. Ella gime más fuerte, sus caderas se levantan para encontrarse con las mías, y la sensación de que me reciba tan profundamente destroza lo que queda de mi contención.

—Mírame —ordeno, enredando mi mano en su pelo para levantarle la cara. Sus ojos se clavan en los míos, grandes y oscuros, sus labios entreabiertos en un gemido.

—Eso es —gruño, moviendo las caderas con más fuerza—. Recíbelo. Todo.

Su cuerpo se contrae a mi alrededor, resbaladizo y desesperado, y solloza mi nombre. El sonido es crudo y desprotegido. Me recorre un escalofrío y la embisto aún más profundamente, decidido a mantenerla ahí, al borde del abismo.

Su cuerpo se arquea debajo de mí, cada músculo tenso, cada sonido que sale de su garganta es áspero y sin control. Siento su pulso a mi

alrededor, apretando con fuerza, arrastrándome con ella al borde del precipicio.

—Córrete para mí —gruño contra su boca, embistiendo profundamente, cada embestida más fuerte que la anterior—. Quiero sentir cómo pierdes el control.

Su grito se quiebra, agudo y desesperado, mientras su orgasmo la arrolla. Se retuerce debajo de mí, agarrándose a mis hombros, sus paredes se contraen espasmódicamente alrededor de mi polla en oleadas implacables. El apretón me arranca una maldición, mi ritmo se rompe mientras la embisto, persiguiendo el calor que me abrasa la columna vertebral.

—Joder..., Vera —gimo con los dientes apretados mientras me entierro hasta el fondo. El orgasmo me desgarra, caliente y violento, inundándola mientras la sujeto con fuerza contra mí. Sus uñas me arañan la espalda, su cuerpo exprime hasta la última gota hasta que me desplomo sobre ella, ambos jadeando, empapados en sudor.

Durante un largo momento, el único sonido es nuestra respiración, áspera e irregular. Ella está temblando, sus labios contra mi mandíbula, y todavía puedo sentirla palpitar a mi alrededor, sin querer soltarme. Le doy un beso brusco en la boca, reclamándola por última vez antes de retirarme finalmente, aunque mi polla sigue enterrada en ella.

—Ahora eres mía —digo con voz ronca, apoyando mi frente en la suya.

Su respuesta llega en un susurro, ronco y agotado. —Lo sé.

9

VERA

Me despierto con la luz del sol entrando a raudales por unas ventanas desconocidas y un brazo pesado sobre mi cintura. Los acontecimientos de anoche me inundan la mente: la cena, el vino, las manos de Misha sobre mi piel, la forma en que me hizo sentir viva. Las mejillas me arden al recordarlo.

Misha duerme a mi lado, con el pelo oscuro revuelto por mis dedos y el rostro relajado de una forma que no le había visto antes. Los tatuajes de su pecho suben y bajan con cada respiración. Parece más joven tumbado a mi lado, pero no soy tan tonta como para creer que alguna vez podríamos llegar a ser algo de verdad. No tiene la edad de mi padre, pero se acerca más a esa que a algo que se asemeje a una edad apropiada para mí.

Debería irme, escabullirme en silencio, encontrar mi vestido y llamar a un taxi. Batya se preguntará dónde he pasado la noche, aunque nunca antes ha cuestionado mi independencia. Lo responsable sería volver a casa, ducharme y fingir que esto ha sido un bonito error que no puede volver a repetirse.

Pero no quiero irme. Quiero memorizar el juego de la luz de la mañana sobre su piel, la forma en que su brazo parece posesivo incluso mientras duerme.

Abre los ojos, y esas profundidades azul hielo se centran en mí de inmediato.

—Buenos días —dice con voz ronca, apretándome con más fuerza.

—Buenos días. —La voz me sale un poco áspera y me aclaro la garganta—. Probablemente debería…

—Quédate a desayunar. —Me acerca más a él y sus labios encuentran el punto sensible debajo de mi oreja—. Preparo un café excelente.

—Tengo que ir a trabajar. Los caballos…

—Pueden esperar una hora más. —Su mano recorre mi espalda y me estremezco a pesar del calor de la habitación—. Además, trabajas demasiado. ¿Cuándo fue la última vez que alguien cuidó de ti?

La observación es muy aguda. No recuerdo la última vez que alguien se preocupó por mis necesidades en lugar de al revés. Mi madre era igual, aunque creía firmemente que las mujeres cuidan de los hombres de sus vidas. Y, sin embargo, tengo este anhelo en el alma de que me mimen y me cuiden.

—De verdad que debería irme —digo, pero mi determinación flaquea cuando me besa el hombro.

—Entonces, deja que te lleve. Iba en esa dirección de todos modos.

Veinte minutos después, estoy vestida con la ropa de ayer, sintiéndome observada y arrugada. Misha aparece con unos vaqueros oscuros y una camisa blanca impecable que hace que sus ojos parezcan aún más intensos. Me entrega una taza de viaje con un café que sabe mejor que cualquiera que yo pueda preparar en casa, y me pregunto si existe la posibilidad de que pueda pasar por mi casa para que pueda coger algo más apropiado para el trabajo.

—Gracias —digo, inhalando el intenso aroma.

—No tienes que darme las gracias por un café, Vera. —Su beso, presionado en mi frente, es cálido e intenso, y me descubro disfrutándolo más de lo que sé que es aceptable. Este hombre es de clase alta y yo soy una moza de cuadra. No pertenezco a su mundo de ninguna manera, además del hecho de que probablemente soy veinte años más joven que él.

El trayecto a las cuadras se me hace demasiado corto, aunque Misha para para que yo pueda coger otra ropa. Batya todavía está durmiendo y vuelvo a su coche, donde su mano descansa en mi muslo, con el pulgar moviéndose en lentos círculos que hacen imposible la concentración. Cada caricia envía espirales de calor a través de mí, recordándome la noche anterior.

—Tengo reuniones todo el día —dice mientras nos acercamos al hipódromo—, pero esta noche…

—Esta noche de verdad que debería ir a casa. Batya se preocupará si salgo dos noches seguidas.

Su pulgar deja de moverse.

—¿Lo hará? ¿O te lo estás pensando mejor?

Miro su perfil, notando la tensión en su mandíbula.

—No me lo estoy pensando mejor. Anoche fue… —Busco palabras que no suenen inadecuadas—. Anoche fue perfecto.

—¿Pero?

—Pero no quiero precipitarme. Todo esto es nuevo para mí.

Aparca en la zona de personal y se gira para mirarme. La oscuridad que atisbé en ocasiones la noche anterior ha vuelto a sus ojos, más pronunciada ahora. Se está volviendo posesivo conmigo, y me gusta. Fue tierno e increíble cuando estuvimos juntos. Es algo que apreciaré toda mi vida.

—Estuviste increíble —dice en voz baja—. No puedo dejar de pensar en cómo respondías a mis caricias, en los sonidos que hacías. Te deseo otra vez, Vera. Esta noche.

El calor me inunda las mejillas.

—Misha…

—Sé que tú también lo deseas. Puedo verlo en tus ojos ahora mismo.

Tiene razón. Incluso sentada aquí a plena luz del día, lo deseo. El recuerdo de sus manos, de su boca, de la forma en que me hizo sentir querida y deseada… es embriagador.

—Me lo pensaré —susurro.

—Piensa rápido. No soy un hombre paciente.

Se inclina y me besa, profunda y posesivamente, hasta que me quedo sin aliento y me aferro a su camisa. Cuando se aparta, sus ojos están oscuros de promesas.

—Ve a trabajar —dice—. Pero recuerda lo que te estás perdiendo.

Salgo del coche tropezando, con las piernas temblorosas y todo el cuerpo vibrando de deseo. Se marcha sin mirar atrás, dejándome de pie en el aparcamiento, intentando recordar cómo respirar con normalidad.

La mañana pasa en una neblina de tareas rutinarias. Limpio establos, lleno cubos de agua y ayudo a ejercitar a tres de los caballos más jóvenes. El trabajo físico suele despejarme la cabeza, pero hoy no puedo dejar de pensar en Misha y en la forma en que susurraba mi nombre en la oscuridad.

Estoy cepillando a Storm's End cuando oigo unos pasos que se acercan por detrás. Sé quién es antes de darme la vuelta: el chasquido de unos tacones caros sobre el hormigón es inconfundible.

—Buenos días, Vera. —Sonya Radich está tan impecable como siempre, con su pelo rubio recogido en un moño perfecto y su pintalabios rojo vivo que resalta sobre su piel pálida.

—Sonya. —Sigo cepillando el pelaje del caballo, esperando que no se dé cuenta de que me tiemblan las manos.

—Hoy pareces cansada. ¿Noche larga?

Su tono informal no me engaña. Sonya se da cuenta de todo, lo archiva para usarlo más tarde.

—Fui a la cama a una hora normal.

—Mmm. —Se acerca más, su perfume es denso y empalagoso—. Hoy tengo unos encargos para ti. Tres sobres, ventanillas diferentes. El acuerdo de siempre.

Saca los sobres de su bolso de diseño; cada uno es grueso y está sellado. Los cojo de mala gana, notando el peso. Me ha dado dinero en efectivo en lugar de números de cuenta, lo cual es raro, pero he dejado de intentar cuestionarla.

—Pesan mucho —observo.

—Se acerca un gran día de carreras. Mis amigos se sienten optimistas. —Su sonrisa no llega a sus ojos—. Recuerdas las reglas, ¿verdad? Directo a las ventanillas que te indique, sin desviaciones ni preguntas.

—Por supuesto.

—Buena chica. —Empieza a alejarse y luego se detiene—. Ah, ¿y Vera? Espero que no te estés distrayendo con… asuntos personales. Sería una lástima que tu fiabilidad se viera afectada.

Se me hiela la sangre.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que eres una chica lista que entiende que la lealtad se recompensa, pero la traición… —Se encoge de hombros con delicadeza—. Bueno. Tienes un hermano en quien pensar, ¿no es así?

No llega a amenazarme directamente, pero la indirecta está clara. Aprieto los sobres con más fuerza, sintiendo cómo el papel cruje bajo mis dedos.

—Lo entiendo.

—Excelente. Mañana a la misma hora para los resultados.

Se aleja, sus tacones repiqueteando contra el hormigón. La veo detenerse cerca de las dependencias de los jockeys, donde entabla conversación con Tommy Kozlov, uno de los jinetes más nuevos. Sus cabezas se inclinan juntas en una conversación tranquila, y algo en su lenguaje corporal hace que se me revuelva el estómago.

De vuelta en el establo de Storm's End, me apoyo en la pared e intento calmar mi respiración. Sonya lo sabe. Quizá no los detalles, pero sospecha que me estoy involucrando en algo que podría interferir en sus planes. La mención de Elvin no ha sido casual. Ha sido un recordatorio de que tiene la vida de mi hermano en sus manos.

Pero Misha se ofreció a ayudar. Dijo que podía encargarse de la situación, hacer que yo ya no tuviera que hacer recados para gente peligrosa. El recuerdo de su voz, confiada y segura, me da esperanza. Especialmente la parte en la que dijo que conoce a alguien que podría ayudar con las costosas facturas médicas. No sé a qué se refería, pero después de anoche, sé que lo decía en serio.

El problema es que no sé en qué mundo vive realmente Misha. Es dueño de caballos, vive en una casa preciosa, conduce un coche caro. Pero hubo momentos anoche en los que vislumbré algo más duro bajo su encanto. La forma en que hablaba de la supervivencia,

de proteger a la gente que le importa. La oscuridad en sus ojos cuando me tocaba.

¿Y si involucrarme con él lo pone en peligro? ¿Y si Sonya decide que es una amenaza para su negocio?

Pienso en cómo me hizo sentir anoche: segura, deseada, importante. Por primera vez en años, alguien quería cuidar de mí en lugar de al revés. Pero ¿es egoísta arriesgar su seguridad por mi propia felicidad?

Los sobres pesan en mi bolsillo mientras termino de cepillar a Storm's End. Tres recados más para Sonya, tres pasos más adentro en el juego al que sea que esté jugando. Pero quizá, si tengo cuidado, pueda encontrar una salida.

Quizá Misha de verdad pueda ayudar.

Solo tengo que decidir si soy lo suficientemente valiente como para dejar que lo intente.

10

MISHA

La confirmación llega a mi móvil a las once y media, y la leo dos veces antes de que las implicaciones calen en mí. Mi vigilante envía tres fotos: Sonya Radich deslizando un sobre por una mesa a un hombre con cicatrices que le recorrían la mandíbula, otra foto de ella dándole la mano a un segundo matón fuera de un aparcamiento, y una imagen final de un intercambio de dinero a plena luz del día. La zorra de Radich ya ni siquiera intenta ocultarlo.

Me recuesto en la silla de mi despacho y vuelvo a mirar las fotos. La mujer que mueve los hilos de Vera ha estado ocupada, y ahora sé exactamente lo ocupada que ha estado. Dos matones, reuniones regulares, dinero fluyendo en ambas direcciones. Esto ya no es una manipulación de poca monta. Esto es la preparación para una guerra.

Mi móvil vibra con un mensaje de Gregor.

Gregor: 17:32: La lanzadera está averiada. Mantenimiento dice que el alternador está frito. Hoy no funcionará.

Perfecto. Hice que ese alternador fallara esta mañana, y ahora Vera necesitará que la lleven a casa. Otra oportunidad para acercarme, otra oportunidad para indagar más profundamente en la telaraña que el clan Radich ha tejido a su alrededor. Me guardo el móvil en la chaqueta y me dirijo a la puerta.

Paso por delante de la mesa de Vadim sin detenerme, ignorando su mirada inquisitiva mientras salgo por la entrada principal. El sol de la tarde cae a plomo sobre el asfalto, y puedo oler el polvo y el sudor de los caballos que trae el viento desde los establos.

Mi móvil suena cuando llego a mi coche. El identificador de llamadas muestra un número que reconozco pero que no quiero ver nunca.

—Vetrov.

—Tenemos un problema —la voz de Nikolai Barinov atraviesa el altavoz. El solucionador asignado para vigilarme suena cansado, lo que significa que ha estado ocupado. Eso nunca son buenas noticias para nadie.

—¿Qué tipo de problema?

—Del tipo que hace que la gente acabe enterrada en tumbas sin nombre si no lo arreglan lo bastante rápido —hace una pausa, y oigo tráfico de fondo—. Hubo una carrera ayer. Tercera manga, un caballo llamado Lucky Strike. Pocas probabilidades, quizá veinte a uno. Debería haber terminado el último según todos los datos que tenemos.

Sé por dónde va esto, pero le dejo hablar.

—Lucky Strike ganó por tres cuerpos. Carrera limpia, sin manipulación evidente, pero el pago fue masivo. Alguien hizo una fortuna, y no fue suerte.

—¿El yóquey?

—Un chico nuevo, lleva montando unos seis meses. Aquí está la parte interesante… Se declara inocente. Dice que montó para ganar y que el caballo simplemente tuvo un buen día.

Abro el coche y me meto en el asiento del conductor.

—¿Usted le cree?

—Creo que la familia Radich está jugando a un juego más grande de lo que pensábamos. Esto ya no va de desviar beneficios de las apuestas, Misha. Están amañando carreras enteras. Tu chica podría estar más metida de lo que crees.

No quiero creerle, pero en este negocio he aprendido a no dar por sentada ninguna prueba. ¿Vera, metida en el amaño de carreras además de todo lo demás? Si eso es cierto, entonces cada conversación que hemos tenido, cada momento de vulnerabilidad que me ha mostrado, podría ser parte de una actuación elaborada.

—¿Hasta qué punto? —pregunto.

—Hasta el punto de que si no consigues respuestas de ella hoy, las conseguiré a mi manera. Y si tengo que encargarme de esto personalmente, no estarás aquí para ver los resultados.

La amenaza es clara y evidente. Nikolai no hace promesas vacías. Si decide que soy parte del problema en lugar de la solución, desapareceré tan completamente como el último corredor de apuestas que no supo mantener las cuentas cuadradas.

—Me encargaré.

—Tiene veinticuatro horas. Averigüe qué sabe ella sobre el amaño de carreras. Averigüe quién mueve sus hilos. Y averigüe por qué el clan Radich cree que puede sangrarnos hasta la última gota sin consecuencias.

La llamada se corta.

Me quedo sentado en mi coche un momento, dejando que la ira crezca. Se suponía que este trabajo era simple: limpiar la operación de apuestas, identificar la filtración, eliminar el problema. En cambio, estoy lidiando con una infiltración a gran escala, amaño de carreras y una mujer que o es la actriz más convincente que he conocido o está genuinamente atrapada en medio de una guerra que no entiende.

La furia llega en oleadas. Primero, contra el clan Radich por pensar que pueden meterse en el territorio de los Vetrov. Segundo, por la situación que sigue escapando a mi control. Y tercero, conmigo mismo por dejar que Vera se me meta bajo la piel cuando debería tratarla como nada más que una fuente de información.

Pero debajo de la ira, hay otro sentimiento que no quiero examinar demasiado de cerca. Alivio. Más tiempo con Vera significa más oportunidades para averiguar lo que sabe. También significa más oportunidades para tocarla, para ver cómo se le iluminan los ojos cuando entro en una habitación, para oírla reírse de mis secos comentarios sobre los otros trabajadores del hipódromo.

Pongo en marcha el motor y me dirijo hacia los establos.

El edificio está más silencioso de lo habitual cuando entro. La mayoría del turno de día ha terminado su trabajo, y solo quedan unos pocos rezagados. Veo a Vera de inmediato: está de pie junto al box de Koschei, pasándole un cepillo por el cuello con pasadas lentas y metódicas. Lleva el pelo recogido en su trenza habitual y tiene manchas de polvo en los vaqueros.

Levanta la vista cuando oye mis pasos, y veo un destello de preocupación cruzar su rostro antes de que consiga sonreír.

—Misha. No esperaba verte hoy.

—Vengo a ver cómo están los caballos —me acerco más, deteniéndome justo fuera del box—. Koschei ha tenido un buen entrenamiento esta mañana. El director del hipódromo dice que está listo para las carreras del fin de semana.

Ella asiente, pero su atención está dividida. Puedo verla mirar hacia la entrada del establo, probablemente esperando la lanzadera que no va a llegar.

—¿Algún problema?

—La lanzadera se ha averiado. Mantenimiento dice que no la tendrán en marcha hasta mañana —deja el cepillo y se gira para mirarme de frente—. Significa que tengo que volver a casa andando de noche otra vez… —su voz se suaviza, y sé a qué está jugando. Mi invitación para repetir lo de anoche ha calado en ella.

Es una preparación perfecta. Dejo pasar unos segundos, como si estuviera considerando las opciones.

—Puedo llevarte otra vez… —doy un paso más cerca, calentándome con la idea de volver a probarla. No hay nada en este acuerdo que diga que no puedo disfrutar extrayendo la información, y estoy satisfecho conmigo mismo por haber elegido este camino en lugar de la tortura directa. Es más placentero para los dos.

Su rostro se ilumina de inmediato.

—¿De verdad? No quiero ser una molestia.

—No es ningún problema. Sabes que quiero pasar más tiempo contigo —conduciría hasta el otro lado de Moscú si eso significara más tiempo a solas con ella.

—Gracias. Solo tengo que terminar aquí y coger mis cosas.

La observo moverse por el box, revisando los cubos de agua y las redes de heno. Su atención al detalle la hace buena en este trabajo. Cada movimiento es controlado, decidido. Si está actuando, es mejor que la mayoría de los profesionales.

—Misha.

Me giro hacia la voz y veo a Pavel Gurevich caminando en mi dirección. El yóquey parece cansado, con ojeras oscuras bajo los ojos, que se mueven nerviosamente mientras me habla. Está nervioso, tenso como si escondiera algo.

—Pavel.

—¿Podemos hablar? ¿Sobre la carrera de ayer?

Miro a Vera, que ha dejado de trabajar y está escuchando nuestra conversación. Su rostro es neutral, pero capto un parpadeo de preocupación en sus ojos.

—¿Qué pasa con ella?

—La gente dice que la tiré. Que hice que Lucky Strike ganara a propósito —la voz de Pavel es firme, pero puedo oír la corriente de miedo que subyace—. No es verdad. Monté para ganar, como siempre.

—Lucky Strike no era el favorito.

—No, pero se sentía bien. Fuerte. Receptivo. A veces los caballos te sorprenden.

Vera se ha acercado, todavía con el cepillo en la mano.

—Pavel es un buen jinete —dice en voz baja—. Él no amañaría carreras.

Interesante. Tomo nota de su defensa, junto con la forma en que mira a Pavel: protectora, preocupada. O bien se preocupa de verdad por su reputación, o le preocupa lo que él pueda decir bajo presión.

—Los comisarios dieron por válida la carrera —continúa Pavel—. Ninguna prueba de manipulación, ni sustancias ilegales. Una victoria limpia.

—Entonces no tienes nada de qué preocuparte.

Él asiente, pero el miedo no abandona sus ojos.

—Cierto. Nada de qué preocuparme.

Pavel se aleja, y yo observo la reacción de Vera. Lo sigue con la mirada hasta que desaparece al doblar la esquina, luego se vuelve hacia mí con una sonrisa forzada. Hay un destello de miedo en su expresión, pero lo ignoro deliberadamente. Necesita verme irradiar confianza y compasión.

—¿Lista para irnos? —pregunto, extendiendo mi codo, que ella coge tímidamente.

El sol está más bajo en el cielo mientras cruzamos el aparcamiento hacia mi coche. Vera se acomoda en el asiento del copiloto y se abrocha el cinturón, luego mira por la ventanilla los edificios del hipódromo.

—¿Día largo? —pregunto.

—Últimamente todos lo son —se gira para mirarme mientras salgo del aparcamiento—. Gracias por llevarme. Y por la cena de anoche. Fue…

—¿Qué?

—Agradable. No recuerdo la última vez que salí a cenar así.

La confesión me oprime el pecho. ¿Cuánto tiempo lleva cuidando de todos los demás sin que nadie la cuide a ella? Me irrita y va en contra de mi buen juicio. Me importa. Por alguna razón, me molesta que cuide de su hermano y de su padre y que ellos no tengan suficiente tiempo o energía para cuidarla a ella a cambio.

Soy el hombre enviado para sacarle información y desecharla como una tirita usada, y dedico más esfuerzo emocional a ayudarla que los hombres de su vida. Me hace negar con la cabeza, incrédulo.

—Trabajas demasiado.

—Las facturas no se pagan solas.

—Hablando de eso —meto la mano en mi chaqueta y saco una tarjeta de crédito—. Tómate el fin de semana libre.

Ella se queda mirando la tarjeta, pero no la coge.

—Misha, no puedo…

—Puedes. Deberías tomarte tiempo para ti.

—Tengo que trabajar. Las carreras del fin de semana son ajetreadas, y necesitan toda la ayuda posible.

—El hipódromo sobrevivirá sin ti durante dos días.

Le ofrezco la tarjeta de nuevo, y esta vez la coge, dándole la vuelta en sus manos. Su nombre está grabado en el anverso; la mandé hacer después de nuestra primera noche juntos cuando tomamos unas copas. Se supone que es un medio para un fin, colmarla de cosas caras para cortejarla hasta la sumisión, pero me encuentro pensando en lo que podría comprar con ella. Qué sonrisa podría curvar sus labios mientras admira las prendas más finas que comprará y ve con sus propios ojos un reflejo que muestra lo impresionante que es.

—Lleva mi nombre.

—Para que puedas usarla sin que te hagan preguntas.

—No sé qué decir —intenta devolvérmela a la mano, y yo niego firmemente con la cabeza.

—Di que te tomarás un tiempo libre este fin de semana. Ve de compras. Cómprate cosas bonitas.

Me mira, y veo que algo cambia en su expresión. Comprensión, quizá. O expectación.

—¿Qué tipo de cosas bonitas?

Dejo que mi mirada caiga sobre su boca, y luego de vuelta a sus ojos.

—Del tipo que disfrutaría viéndote llevar puestas. O no. —levanto una ceja mientras la miro.

El color sube a sus mejillas, pero no aparta la mirada.

—Eso es muy directo.

—No le veo el sentido a ser sutil.

—No, supongo que no —su cuerpo se relaja mientras ahueca la tarjeta en su mano, acercándosela.

Se guarda la tarjeta de crédito en el bolsillo, y yo lo tomo como una aceptación. Dos días a solas con ella, lejos del hipódromo, de la presión y de las miradas vigilantes de nuestras dos familias. Dos días para averiguar exactamente qué sabe sobre Pavel Gurevich, el amaño de carreras y los planes más grandes del clan Radich.

—Y planea pasar el fin de semana conmigo… Lejos de aquí.

—Misha —empieza, con un tono de rechazo en su voz, pero la interrumpo.

—Insisto, Vera. Por favor, no me rompas el corazón —la mirada que le lanzo hace que sus hombros caigan derrotados. No puede decirme que no. Es exactamente donde la quiero.

Dos días para decidir si es genuinamente inocente o si está jugando a un juego más peligroso de lo que me había dado cuenta.

Giro en su calle y me detengo frente a su edificio. Se desabrocha el cinturón, pero no sale de inmediato.

—¿Misha?

—¿Sí?

—¿Por qué eres tan generoso conmigo?

La pregunta me pilla desprevenido. No porque no tenga una respuesta, sino porque la respuesta real es más complicada de lo que quiero admitir.

—Quizá disfruto de tu compañía.

—¿Quizá?

—Sin duda.

Ella sonríe, y por un momento el peso de todo lo demás —la presión de Nikolai, el amaño de carreras, la guerra que se está gestando entre las familias— se desvanece en un ruido de fondo.

—Me pensaré lo del fin de semana.

—Piensa rápido. El tiempo es un lujo del que quizá no dispongamos mucho.

Me lanza una mirada inquisitiva, pero no doy más detalles. En su lugar, la observo caminar hacia la entrada de su edificio, fijándome en su forma de moverse, en la forma en que mira por encima del hombro antes de desaparecer dentro.

Vera Kovalenko es peligrosamente tentadora. Y no puedo resistirme más. Voy a reclamarla como mía, le guste o no a Nikolai, y será más complicado que nunca terminar este trabajo, pero no tengo la intención de deshacerme de ella tan fácilmente como quieren mis jefes.

VERA

La habitación que comparto con Elvin siempre está a oscuras. Cualquiera diría que es un vampiro; nunca me deja abrir las cortinas a menos que esté nublado. Dejo la bandeja del té en su mesita de noche y lo observo mientras se esfuerza por incorporarse sobre las almohadas. Tiene la cara más delgada que la semana pasada, los ángulos afilados de sus pómulos más pronunciados, pero hoy sus ojos brillan.

—No hace falta que te molestes —dice, pero su voz denota más afecto que irritación.

—No me molesto. Ayudo. —Sirvo té en dos tazas y añado miel a la suya, como le gusta desde que éramos niños—. Hay una diferencia.

—¿La hay?

Le doy la taza y me acomodo en la silla junto a su cama. A través de la puerta, veo a nuestro padre moverse por la cocina, abriendo y cerrando los armarios. Últimamente ha estado inquieto, merodeando por el piso cada vez que vuelve a casa del trabajo, como si el movimiento constante pudiera arreglar de algún modo lo que va mal en nuestra familia. Noto que carga con demasiado peso sobre los hombros, y me preocupa que mis noches fuera y mis horas extra lo estén presionando demasiado.

—Batya está preocupado —observa Elvin, siguiendo mi mirada.

—Batya siempre está preocupado —le digo, pero veo la tensión en sus hombros y sé que Elvin tiene razón. Esto es más que la preocupación habitual.

—No por mí. Por ti.

Bebo un sorbo de té y estudio el rostro de mi hermano. Incluso debilitado por los tratamientos, ve demasiadas cosas. —¿Qué quieres decir?

—Has estado diferente. Distraída. Y llevas ropa nueva. —Señala mi blusa, una suave prenda de algodón azul que compré la semana pasada después de mi cena con Misha. Dijo que podía comprarme cosas bonitas. Me sentí culpable, pero ¿acaso no me lo merezco con lo mucho que trabajo para ayudar a mi familia?—. Ropa bonita.

Se me calientan las mejillas. —Puedo comprarme ropa bonita. —La justificación suena débil. No tengo forma de explicar el repentino derroche sin que se asusten. Misha es inofensivo, pero ellos nunca lo verán así.

—Puedes, pero no sueles hacerlo. Ahorras hasta el último kopek para mis tratamientos y las medicinas de Batya. —Su expresión se vuelve seria—. ¿Qué está pasando, Vera?

Antes de que pueda responder, nuestro padre aparece en el umbral. Anatoly Kovalenko llena el marco de la puerta con sus anchos hombros y sus manos de obrero, pero hay una delicadeza en sus movimientos mientras se acerca a la cama de su hijo.

—¿Cómo te encuentras hoy? —le pregunta a Elvin.

—Mejor... También más fuerte... Vera ha preparado té. —El rostro de Elvin oculta todo rastro del escepticismo que me acaba de mostrar. Es mejor mentiroso que yo.

—Bien. Eso está bien. —Los ojos de Batya se desvían hacia mí y veo las preguntas que se gestan en ellos—. Has vuelto pronto a casa para ser sábado.

—Me he tomado el día libre. —Me encojo de hombros para restarle importancia a su comentario, pero la culpabilidad me oprime el pecho. Un día libre es algo que todo el mundo merece, pero yo nunca me los tomo. El dinero es demasiado crucial para nosotros.

—Nunca te tomas días libres.

—Quizá debería empezar a hacerlo. —Las palabras salen con un tono más defensivo del que pretendía. Batya frunce el ceño y sé que está leyendo entre líneas, buscando explicaciones que no estoy dispuesta a dar.

—Estoy saliendo con alguien —digo rápidamente, antes de que el silencio se alargue demasiado. El ambiente de la habitación cambia al instante. La espalda de Batya se endereza y Elvin deja su taza de té con renovado interés. Sé que Elvin me ha estado animando a que me suelte un poco la melena, pero es un ingenuo. Batya, sin embargo, sabe que las cosas están cambiando. Más dinero, ropa elegante, días libres, que no vuelva a casa por la noche. Todo suma y sé que el resultado no le va a gustar.

—¿Sales con alguien? —El tono de Batya se ha vuelto más agudo, con un matiz protector. Tiene que cuidar de su única hija—. ¿Con quién?

—Con alguien del hipódromo.

—¿Uno de esos jockeys? ¿Esos niñatos que se creen la leche solo porque saben sentarse en un caballo?

—No, Batya. No es un jockey. —Se me caen los hombros, temerosa de decirle la verdad: que ni siquiera estoy segura de quién es él. Solo un propietario que se ha fijado en mí.

—¿Entonces quién?

Envuelvo las manos alrededor de mi taza de té, usando el calor para serenarme. —Es mayor. Viste bien. Es un propietario...

La expresión de Batya no se suaviza. Si acaso, parece más receloso. —¿Cuánto mayor?

—¿Acaso importa? —Me siento frustrada y frunzo el ceño. Para mí, Misha es perfecto, quizá un poco mayor, pero tiene razón. Los hombres de mi edad no respetan a una mujer como yo. Me merezco a alguien que sí lo haga.

—A mí sí.

Elvin se remueve entre las almohadas y veo que intenta no sonreír. —Déjala hablar, Batya.

—Me trata bien —continúo—. Me lleva a restaurantes buenos. Me compra cosas que necesito.

—¿Te compra cosas? —La voz de Batya se alza ligeramente—. ¿Qué clase de cosas?

—Ropa. Cenas. Cosas normales. —Tengo el estómago como si me hubieran echado ácido dentro. Sus preguntas no me parecen protectoras. Me parecen acusadoras.

—Los hombres no compran cosas normales a las mujeres sin esperar algo a cambio.

Siento que me arden las mejillas, no de vergüenza, sino de rabia. —No todos los hombres son así —le digo, pero entonces pienso en las manos de Misha sobre mi cuerpo, en su deseo de llevarme de fin de semana. ¿Es él realmente así?

—La mayoría sí.

—Batya —interviene Elvin con delicadeza—. Vera no es tonta. Sabe cuidarse sola.

—¿Ah, sí? Lleva dos años matándose a trabajar, apenas duerme y nunca se toma tiempo para sí misma. Ahora, de repente, tiene ropa nueva y un misterioso hombre mayor que le paga las cenas. —Batya se cruza de brazos—. A mí me huele a problemas.

—A mí me suena a alguien que se preocupa por ella —replica Elvin —. ¿Cuándo fue la última vez que alguien cuidó de Vera en lugar de al revés?

La pregunta de Elvin deja la habitación en un silencio sepulcral. Sé que quiere defenderme, pero enfadar a nuestro padre no es la forma de hacerlo. Me quedo mirando mi té, observando el vapor que se eleva de la superficie. Me he dejado llevar por la emoción y no he pensado mucho en cómo reaccionaría mi padre. Pero quizá no necesite saberlo todo.

—¿Cómo de serio es? —pregunta Batya, con un tono ligeramente más suave.

—Aún no lo sé. Todavía nos estamos conociendo.

—¿Y sabe lo de Elvin? ¿Lo de los tratamientos?

—Sabe que tengo responsabilidades familiares.

No es exactamente una mentira, pero tampoco es toda la verdad. Misha sabe que necesito dinero y se ha ofrecido a ayudar, pero de momento no hemos concretado nada. No quiero manchar lo que sea que esté pasando pareciendo una interesada. Me va bien con Sonya, aunque si él me ayuda a salir de ese acuerdo, no estoy segura de cómo conseguiré el dinero para las citas de Elvin.

—Ten cuidado, pajarillo —dice Batya, usando el apodo de mi infancia —. Los hombres con dinero a menudo piensan que eso les da derecho a coger lo que quieran.

—Este no.

—¿Cómo lo sabes?

Porque me escucha cuando hablo y me mira como si mereciera la pena que me vieran. Pero no puedo explicarle nada de eso a mi padre sin revelar lo mucho que ya me estoy enamorando.

—Simplemente lo sé.

Batya no parece convencido, pero Elvin sonríe desde su montaña de almohadas. —A mí me parece maravilloso. Vera se merece a alguien que la trate bien.

—Me merezco lo que se merece cualquiera: amor —le corrijo.

—Quizá lo que te mereces es a alguien que te haga la vida mejor, y no solo más fácil —dice Elvin en voz baja.

Sus palabras se asientan en mi pecho, pero, de alguna manera, me incomodan. ¿Es eso lo que está haciendo Misha? ¿Hacerme la vida mejor? ¿O es solo otra complicación que no me puedo permitir?

Mi teléfono suena, interrumpiendo mis pensamientos. La pantalla muestra un número que reconozco, pero que no quiero ver nunca.

—Debería cogerlo —digo, levantándome ya.

—¿Quién es? —pregunta Batya.

—Del trabajo.

Entro en la cocina y contesto al cuarto tono.

—¿Sí? —digo, mirando por encima del hombro para asegurarme de que Batya no me ha seguido.

—Vera. —La voz de Sonya es seca, profesional—. La necesito mañana en el hipódromo.

—Es domingo. No trabajo los domingos.

—Mañana sí. Hay que hacer apuestas de gran valor. Varias carreras, a horas concretas. Es importante. He ido esta mañana y me he encontrado con que se ha tomado el día libre.

—Elvin no se encontraba bien... —miento, y algo frío se me instala en el estómago. Sonya nunca me había llamado a casa, nunca había presionado tanto para que participara—. ¿De cuánto valor?

—Lo suficiente como para que no se toleren errores.

La amenaza implícita es clara. Agarro el teléfono con más fuerza, volviendo la vista hacia la habitación de Elvin, donde oigo a él y a Batya comentar las noticias de la mañana.

—¿Qué necesita que haga exactamente?

—Apostar exactamente como se le indique, como siempre, nada nuevo. La veré en la entrada sur a mediodía con los sobres.

—Sonya...

—A mediodía, Vera. No llegue tarde.

La línea se corta.

Me quedo de pie en la cocina, mirando el teléfono, mientras el frío de la llamada de Sonya se extiende por mi pecho. Me está presionando, llamándome a casa y exigiéndome cosas que nunca prometí que daría. No me gusta. Misha tiene razón. Esto no es seguro. La imagen de esa pobre chica en el otro hipódromo de Moscú, a la que nadie ayudó, se me ha quedado grabada en la cabeza. ¿Y si acabo como ella? ¿A Sonya no le gusto y me hace desaparecer? ¿Entonces qué?

—¿Todo bien? —pregunta Batya desde el dormitorio.

—Sí —respondo, guardándome el teléfono en el bolsillo—. Solo cambios de horario.

Vuelvo junto a la cama de Elvin, pero el cálido ambiente matutino se ha hecho añicos. Incluso mientras sonrío y asiento a su conversación sobre los planes del fin de semana, parte de mi mente da vueltas a los peores escenarios posibles. ¿Y si ese nuevo corredor de apuestas se da cuenta de los patrones de las apuestas? ¿Y si alguien me relaciona con los grandes pagos? ¿Y si la insistencia de Sonya significa que la gente para la que trabaja se está impacientando?

—Pareces pálida —observa Elvin—. ¿Malas noticias?

—No, solo cosas del trabajo. Cosas aburridas del trabajo.

Pero no es aburrido, y todos lo sabemos. Veo que la preocupación vuelve a los ojos de Batya, cómo aprieta las manos alrededor de su taza de té. Sabe que le estoy ocultando algo, aunque no pueda identificar el qué.

—Quizá deberías volver a decir que estás enferma —sugiere—. Pasa el día con nosotros mañana.

La tentación es abrumadora. Ignorar la llamada de Sonya, fingir que nunca he oído su voz, pasar el día en este cálido piso con las dos personas que más me importan en el mundo. Pero pienso en el próximo tratamiento de Elvin, en las facturas que se acumulan en el escritorio de Batya, en las promesas que hice cuando acepté ayudar a Sonya.

—No puedo. Cuentan conmigo.

—Tú también importas, Vera —dice Elvin en voz baja—. Tu vida también importa.

Me inclino y le beso la frente, saboreando el gusto a sal de la fiebre y la medicina. —Lo sé. Pero ahora mismo, mantenerte sano es lo que más importa.

Me coge de la mano cuando me aparto. —Prométeme que tendrás cuidado. En lo que sea que estés metida, prométeme que te pondrás a ti primero si las cosas se ponen peligrosas.

Su agarre es débil, pero insistente, y veo en sus ojos un miedo que no tiene nada que ver con su enfermedad. Hasta mi hermano entiende que el dinero no viene de horas extra en el trabajo.

—Te lo prometo.

Es otra mentira, pero necesaria. Si las cosas se ponen peligrosas, pondré a mi familia primero, como siempre. Eso es lo que significa el amor: sacrificar tu propia seguridad por la gente que te necesita.

Pero mientras estoy sentada en ese dormitorio bañado por el sol, escuchando a mi padre y a mi hermano hablar de los planes del

domingo que yo no podré compartir, no puedo evitar la sensación de que la llamada de Sonya ha cambiado algo fundamental. La insistencia en su voz, la falta de tolerancia a los errores, las apuestas de gran valor... todo apunta a una escalada para la que no estoy preparada.

12

MISHA

Moscú se extiende ante nosotros con todas sus contradicciones: catedrales antiguas junto a torres de cristal; la historia fusionándose con la ambición en cada esquina. Vera camina a mi lado por la Plaza Roja, con el cuello estirado hacia atrás para admirar la imposible geometría de la catedral de San Basilio. La luz de la tarde atrapa los reflejos dorados de su pelo, y me descubro observándola a ella en lugar de a los turistas que sacan fotos a nuestro alrededor.

—Nunca he estado aquí —dice, con un claro asombro en la voz—. Quiero decir, he vivido en Moscú durante años, pero nunca he venido a verlo de verdad.

—El trabajo no deja mucho tiempo para hacer turismo.

—No, la verdad es que no. —Se detiene frente al Museo Histórico Estatal, estudiando su fachada de ladrillo rojo—. Debes de pensar que soy una tonta, por vivir tan cerca de todo esto y no sacar nunca tiempo para apreciarlo.

—Pienso que eres práctica. El turismo no paga las facturas médicas.

Asiente, y su expresión se vuelve distante.

—Sobre todo cuando tu hermano tiene cáncer y los tratamientos cuestan más de lo que tu padre gana en seis meses.

La confesión sale en voz baja, con naturalidad, como si estuviera hablando del tiempo. Pero puedo oír el peso que hay detrás, el agotamiento de llevar una carga demasiado pesada para una sola persona.

—Por eso trabajas tanto.

—Por eso hago muchas cosas. —Se aparta del museo, y veo cómo yergue los hombros, reprimiendo la vulnerabilidad, hundiéndola donde no pueda hacerle daño—. Pero hoy no va de eso. Hoy va de la Plaza Roja y de una comida con vistas.

Podría presionar ahora, aprovechar su momento de sinceridad para ahondar en lo que sabe sobre la red de apuestas. Pero hay algo en su expresión que me frena. Parece cansada, desgastada por unas responsabilidades que deberían ser compartidas, pero no lo son.

—Vamos —digo en su lugar—. A comer.

La llevo a un restaurante con vistas a las murallas del Kremlin, un lugar donde las mesas están lo suficientemente separadas para tener una conversación privada y los camareros saben que no deben entretenerse. Vera se acomoda en su silla y se queda mirando por la ventana la fortaleza que ha dominado la política rusa durante siglos.

—Es precioso —dice—. Intimidante, pero precioso.

—El poder suele serlo.

—¿Es eso lo que te atrae de él?

La pregunta me pilla desprevenido.

—¿Qué te hace pensar que me atrae el poder?

—La forma en que te mueves por el mundo. La forma en que la gente te muestra deferencia en el hipódromo. La forma en que te comportas. —Se aparta de la ventana para mirarme directamente—. Estás acostumbrado a tener el control.

—El control es supervivencia.

—Para algunas personas. Otras sobreviven adaptándose.

—¿Es eso lo que haces tú? ¿Adaptarte?

—Lo intento.

Hay algo en su tono que sugiere que adaptarse no ha sido fácil para ella. Guardo esa observación junto con todas las demás que he ido recopilando sobre Vera Kovalenko: el modo en que se estremece cuando la gente levanta la voz, la forma cuidadosa en que cuenta el dinero antes de gastarlo, el instinto protector que se le dispara cada vez que se menciona a su familia.

El camarero trae el vino y nos toma nota. Vera elige los platos más baratos del menú a pesar de mi insistencia en que el precio no es un problema. Las viejas costumbres tardan en morir.

Desvío la conversación hacia la historia de los edificios que nos rodean, la política que dio forma a esta parte de la ciudad, las historias que se acumulan en los lugares donde el poder ha residido durante siglos.

Se relaja mientras hablamos, sus hombros pierden la postura defensiva. Para cuando llega la comida, se está riendo de mis sarcásticos comentarios sobre la burocracia rusa y haciendo preguntas sobre los oligarcas que construyeron imperios a partir del caos de los noventa.

—Parece que los conoces personalmente —dice mientras come su salmón.

—A algunos de ellos.

—¿Son tan despiadados como dice la gente?

—Más. Los que sobrevivieron a la transición fueron los que estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario para ganar.

—¿Y tú? ¿Estás dispuesto a hacer lo que sea necesario?

Otra pregunta directa, otro momento en el que intenta comprender quién soy realmente bajo la ropa cara y los modales cuidados. Le sostengo la mirada.

—Cuando se trata de proteger lo que es mío, sí.

—¿Qué es tuyo?

—La familia. El negocio. La gente que me importa.

—¿En ese orden?

—No necesariamente —digo con cuidado, y me pregunto si la he subestimado. Es inteligente e ingeniosa.

Ella asiente como si esa respuesta la satisficiera, y luego vuelve a centrar su atención en el plato. Pero la pillo mirándome cuando cree que no me doy cuenta, estudiando mi cara como quien estudia un rompecabezas que intenta resolver.

Después de comer, paseamos por el GUM, el enorme complejo comercial que se extiende por el lado este de la Plaza Roja. Vera se mueve por las tiendas de lujo, tocando las telas pero comprobando las etiquetas de los precios, admirando las joyas desde una distancia respetuosa.

—Elige algo —le digo al pasar por una boutique llena de pañuelos de seda y bolsos de piel.

—No necesito nada —dice, negando con la cabeza, pero he visto el deseo en sus ojos por estas cosas bonitas.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Se detiene frente a una vitrina llena de relojes, sus ojos se fijan en una pieza sencilla con una esfera de nácar. Es elegante sin ser ostentoso, algo que podría llevar.

—Ese —dice en voz baja.

Le hago una seña a la dependienta, que saca el reloj inmediatamente. El precio es insignificante para mis estándares, pero veo que los ojos de Vera se abren de par en par al ver la etiqueta.

—Misha, no puedo….

—Sí, sí que puedes.

Pago el reloj y se lo abrocho yo mismo en la muñeca, mis dedos rozando la suave piel de su pulso. Se estremece ante el contacto, y yo siento una respuesta en mi pecho. ¿Qué tiene ella que hace que mi cuerpo se sienta así? No es más que una marca, una mujer que me presenta una vía de acceso a mi oposición, y nada más. Pero me gusta. Me gusta cómo hace sentir a mi cuerpo.

—Gracias —susurra.

—De nada —le digo, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja mientras me admira. Este fin de semana con ella ha sido la mejor idea que he tenido en mucho tiempo.

Mi teléfono suena cuando salimos de la tienda y veo el número de Nikolai en la pantalla. El momento no podría ser peor, pero no puedo ignorar una llamada de quien arregla los problemas.

—Tengo que cogerlo —le digo a Vera—. Negocios.

Ella asiente y se dirige hacia un escaparate cercano mientras yo me meto en un hueco entre tiendas.

—Vetrov.

—Informe de situación —dice Nikolai sin preámbulos.

—Bajo control.

—Eso no es lo bastante específico. ¿Tiene respuestas sobre el amaño de las carreras?

Observo a Vera a través del escaparate, estudiando un expositor de libros. Me encanta el asombro infantil de sus ojos.

—Estoy en ello.

—Pues trabaje más rápido. Ayer hubo otro pago sospechoso. Tercera carrera, un caballo llamado Desert Wind. Probabilidad de cuarenta a uno, una ganancia enorme. El nombre del jinete es Pavel Gurevich.

El mismo jinete que Vera defendió en los establos. La coincidencia parece demasiado conveniente para ser casualidad.

—Me ocuparé de ello.

—Más le vale. Porque si no lo hace, lo haré yo. Y mis métodos son menos considerados que los suyos.

La amenaza es clara. A Nikolai no le importan los daños colaterales, no le importa si Vera queda atrapada en el fuego cruzado. Si no consigo respuestas pronto, él las extraerá a su manera, y ella no sobrevivirá al proceso.

—Entendido.

—Ahora, Misha. O me hago cargo yo.

Se corta la comunicación. Vuelvo a guardar el móvil en la chaqueta y regreso junto a Vera, que ahora está examinando un expositor de literatura rusa. El tiempo de ser delicado con esto probablemente ha terminado, pero tengo que intentarlo. Si Vera es quien ellos creen que es, entonces todavía puedo usarla, hacer que Sonya salga a la luz. Si no, entonces quizá la reivindicación que he hecho no sea en vano.

—Dostoievski —dice cuando me ve acercarme—. Siempre he querido leer más de él.

—Es un material denso.

—Me gusta el material denso. Las cosas ligeras no suelen durar.

Otro atisbo de su carácter, otra información que archivar. A Vera Kovalenko no le interesan los placeres superficiales. Quiere sustancia, profundidad, cosas que puedan soportar la presión.

—¿Va todo bien? —pregunta, estudiando mi cara—. Pareces tenso.

—Solo es trabajo. Nada que no pueda esperar.

Fuerzo mi expresión a la neutralidad, ocultando la tensión que ha dejado la llamada de Nikolai. Vera no necesita saber que su tiempo se está agotando, que la investigación se está cerrando sobre ella, sea culpable o inocente.

La convenzo para que se aleje de la tienda, luego de otra y la animo a que vuelva conmigo al hotel. El viaje de vuelta transcurre en una conversación íntima, con Vera dando vueltas a su nuevo reloj en las manos y contemplando las calles de Moscú. Cuando llegamos a la suite, el sol se ha puesto y la ciudad se ha transformado en una constelación de luces.

Sirvo vino mientras Vera admira las vistas desde las ventanas. La ciudad se extiende bajo nosotros, toda luces doradas y sombras. Cuando le entrego la copa, se acomoda en el sofá con una satisfacción que rara vez le veo. Está tan relajada a mi lado. Casi me siento mal por haber elegido el camino largo con ella. Casi.

—Todo esto es muy generoso —dice—. No estoy acostumbrada a que me traten así.

Me siento a su lado, lo bastante cerca para respirar su aroma.

—Te mereces que te mimen.

El vino le colorea las mejillas. Extiendo la mano y le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja, dejando que mis dedos se detengan en su piel. No se aparta.

—Eres preciosa, Vera.

Su respiración se entrecorta.

—Misha…

—Déjame tenerte otra vez… Tu cuerpo, tus labios… Te deseo. —Mi mano se desliza por su nuca, mis dedos se enroscan en su pelo, y ella levanta la comisura del labio en una sonrisa.

—Batya dice que me colmas de regalos para que te dé sexo… —Sus pestañas revolotean hacia mí, y yo sonrío con suficiencia.

—Batya es un hombre inteligente… Pero te doy mi palabra, como hombre de honor, que no te estoy mimando por tu cuerpo… —*Necesito saber lo que sabes*, pienso, pero no lo digo en voz alta. En cambio, continúo con la verdad—. Te admiro, Vera. Eres brillante y fuerte, e increíblemente guapa, tan embriagadora, de hecho, que soy adicto. —Mis labios rozan los suyos y ella sonríe contra ellos.

—¿Me admiras? —susurra, y echa la cabeza hacia atrás. Deslizo mis dedos en su pelo y tiro ligeramente.

—Más de lo que imaginas… —La verdad de esa afirmación me enterraría si Nikolai o Vadim se enteraran, pero no por ello deja de ser cierta.

—Entonces admira mi cuerpo como lo hiciste antes, y quizás te deje tener mi alma…

13

VERA

La boca de Misha se estampa contra la mía antes de que pueda volver a respirar. Su mano se anuda en mi pelo y tira con la fuerza suficiente para que me escueza el cuero cabelludo mientras su lengua se abre paso entre mis labios. El sabor a vino me inunda, y el calor que se ha estado acumulando desde la comida prende de repente.

No espera. Me rodea el cuello con la otra mano y me presiona con el pulgar justo debajo de la mandíbula mientras me echa la cabeza hacia atrás. Mi pulso martillea contra su palma. Gruñe contra mi boca, un sonido profundo y hambriento, y mis muslos se aprietan al oírlo.

—Me entregarás cada parte de ti esta noche —dice con voz ronca, áspera como la grava, mientras sus labios se deslizan por mi cuello. Sus dientes raspan mi piel. Jadeo, arqueándome hacia él, ya perdida.

Su mano desciende, me agarra un pecho a través de la fina tela del vestido y aprieta hasta que gimo. No me consuela. Me quita el tirante del hombro, dejándome al descubierto, y su boca se cierra sobre mi pezón antes de que pueda siquiera notar el aire frío. La succión hace que me flaqueen las rodillas y clavo las uñas en sus hombros.

Sus dientes tiran de mi pezón antes de levantar la cabeza, y su boca me roza la oreja.

—Has estado pensando en cómo te follé —murmura, con la voz baja y segura—. Lo veo cada vez que me miras.

No aparta la mano de mi pecho. Amasa con la fuerza suficiente para hacerme jadear y raspa mi pezón con el pulgar hasta que se endurece bajo su tacto.

—Recuerdas lo profundo que estaba dentro de ti. Cómo temblabas cuando te hice correrte en mi polla. —Sus labios bajan por mi garganta, mordiendo la suave piel bajo mi mandíbula—. Y esta noche vas a darme más.

El calor se enrosca en mi interior, no el repentino arrebato de una fantasía, sino el profundo dolor de desearlo, de saber que cada palabra que dice es en serio.

No me da tiempo a responder. Su palma se desliza hacia abajo, arremangándome la falda, sus nudillos rozando mi muslo. Inspiro bruscamente y mi cuerpo se arquea hacia su mano antes de que pueda evitarlo.

—Eso es —gruñe contra mi boca, besándome con fuerza, tragándose el sonido que emito—. Demuéstrame cuánto me has echado de menos dentro de ti.

Sus dedos trazan el interior de mi pierna, deteniéndose justo donde más lo necesito. La presión, la promesa, me hacen temblar. Aún no me toca ahí. En lugar de eso, se aparta lo suficiente para mirarme a la cara.

—Me tomaré mi tiempo contigo. Te abriré hasta que supliques más.

Mis labios se separan, pero no sale nada. Él sonríe con suficiencia y sube la mano hasta que sus nudillos rozan el encaje húmedo, prueba de que mi cuerpo ya me ha traicionado.

—Bien —murmura sombríamente—. Así te quiero. Ya lista para mí, y ni siquiera he empezado.

Sus nudillos rozan de nuevo el encaje y su boca se curva en una sonrisa hambrienta. Luego aparta la mano, dejándome dolorida y vacía.

—Levántate.

La orden es seca, firme, no admite réplica. Me levanto con paso vacilante, con la falda aún arremangada en los muslos. Él se recuesta en el sofá, con las piernas muy abiertas, observándome con esa intensidad imperturbable que hace que mi pulso se acelere.

—Quítatelo.

Se me corta la respiración. —¿Aquí? ¿Así?

—Sí. Cada prenda. Quiero verte desnuda para mí. —Su voz se vuelve más áspera mientras su mirada recorre mi cuerpo—. Quiero verte desnudarte sabiendo que ya estás húmeda para mí.

El calor inunda mis mejillas, pero engancho los dedos bajo los tirantes de mi vestido y los bajo. La tela se desliza, descubriendo mis pechos antes de caer al suelo alrededor de mis tobillos. Me quedo de pie en ropa interior de encaje, con el pecho subiendo y bajando rápidamente, mientras sus ojos me devoran.

—Sigue.

Me llevo las manos a la espalda y desabrocho el sujetador. Cae y mis pezones se endurecen con el aire frío. Él tensa la mandíbula.

—¿Te gusta esto? —pregunto, con la voz más suave de lo que pretendía—. ¿Que esté aquí de pie mientras tú solo miras?

—Joder, cómo me gusta —gruñe—. Verte desnudarte para mí es casi tan bueno como tenerte. Casi.

Mis dedos encuentran el borde de mis bragas, dudo y él se inclina ligeramente hacia delante, con los ojos clavados en los míos.

—Hazlo despacio.

Obedezco, deslizando el encaje por mis caderas, dejándolo ceñido antes de desnudarme por completo. Salgo de ellas, con cada nervio vivo bajo su mirada.

—Preciosa —murmura, acariciándose lentamente por encima de los pantalones—. Ahora ven aquí.

Cruzo el espacio que nos separa, mi cuerpo temblando a partes iguales de nervios y necesidad. Su mano se enreda en mi pelo cuando llego a él, tirando de mí hacia abajo para un beso que me roba el aliento.

—Esta noche eres mía, Vera. Dilo.

—Soy tuya —susurro contra su boca, con la mano apoyada en su pecho.

—Más alto.

—Soy tuya. —Las palabras se me escapan, temblorosas pero sinceras.

Su boca se estampa de nuevo sobre la mía y, esta vez, sus manos recorren mi cuerpo sin reparos, agarrando, apretando, atrayéndome a su regazo.

Me arrastra sobre su regazo hasta que quedo a horcajadas sobre él, con las rodillas clavadas en los cojines. Su polla es gruesa y dura bajo sus pantalones, presionando caliente contra mi sexo desnudo. La fricción me hace jadear y su mano se cierra de golpe en mi garganta, inclinando mi cabeza hacia atrás.

—Sabes lo que me haces. —Sus dientes me raspan la mandíbula mientras su otra mano me agarra el culo, apretándome con más fuerza contra él—. Frotarte así contra mi polla… me pones lo bastante duro como para destrozarte.

Me muevo contra él sin pensar, desesperada por más. La tela áspera de sus pantalones roza mi clítoris, enviando chispas a través de mí, y un sonido entrecortado sale de mi garganta.

—Eso es. Frótate contra mí. Demuéstrame cuánto lo deseas.

—Lo deseo —jadeo, mientras el calor se enrosca en la parte baja de mi vientre—. Dios, Misha… te deseo.

Él ríe sombríamente, deslizando la mano entre nosotros. Unos dedos gruesos acarician mis pliegues, provocándome, manteniéndome en vilo. Mi cuerpo se sacude contra él, persiguiendo la presión.

—Pequeña avariciosa —murmura, deslizando un dedo en mi interior, y luego otro—. Apretando mi mano como si suplicaras más.

El estiramiento quema, y luego se funde en placer. Me muevo sobre sus dedos, su pulgar rodeando mi clítoris. Mi cabeza cae hacia delante, con la boca contra su garganta, jadeando sobre su piel.

—Primero vas a correrte en mi mano —gruñe, curvando los dedos más adentro—. Haré que tiembles antes de enterrarme dentro de ti.

Mi cuerpo se tensa, la sensación se descontrola en espiral. Me agarro a la chaqueta de su traje, temblando, el orgasmo me desgarra, rápido y brusco. Grito contra su cuello, con las caderas sacudiéndose incontrolablemente. Mi cuerpo sufre espasmos y se contorsiona, y cuando me calmo apenas puedo respirar.

—Buena chica —dice con voz ronca, sacando los dedos, que brillan con mi humedad. Me los mete entre los labios, haciéndome saborearme a mí misma—. Ahora estás lista para mi polla.

Saca los dedos de mi boca y se pone de pie, levantándome con él. Su pecho se alza contra el mío, su mano aún enredada en mi pelo.

—Quédate aquí mismo. —Su voz es oscura, tajante—. No te muevas.

Me quedo helada, con la respiración contenida en la garganta, mientras lo observo rasgarse la camisa, los botones esparciéndose

por el suelo. Se encoge de hombros para quitarse la tela, luego se quita la chaqueta y tira ambas cosas a un lado. Las duras líneas de su pecho, los tatuajes extendidos sobre músculos y cicatrices, me dejan sin palabras.

Mis dedos se crispan con el impulso de tocar. —Eres precioso —susurro antes de poder contenerme.

Él sonríe con suficiencia, entrecerrando los ojos. —Precioso no es la palabra, pequeña. Peligroso sí. —Se desabrocha el cinturón, se baja los pantalones con brusca eficacia hasta que su polla queda libre y pesada, sonrojada y dura. Se la agarra una vez, acariciándose lentamente, con los ojos fijos en mí—. Y esto es lo que querías, ¿verdad?

—Sí —respiro, apretando los muslos—. Te deseo.

—Entonces, ven a por mí.

Doy un paso adelante, mis manos temblando mientras empujo su pecho, guiándolo de vuelta hacia el sofá. Me deja, pero en el momento en que se sienta, me agarra la muñeca con fuerza y me tira a su regazo con un gruñido. Su polla presiona caliente contra mi estómago, mis pechos aplastados contra su pecho.

—Aquí no mandas tú, Vera —gruñe en mi oído—. Mando yo.

—Entonces hazme tuya —replico, mis uñas arrastrándose por sus hombros.

Sus ojos arden ante el desafío. —Con mucho gusto.

Me agarra de las caderas, me levanta y me coloca sobre su polla, la cabeza roma presionando mi entrada.

Me mantiene suspendida un instante, con su polla gruesa y tensa en mi entrada, el glande apenas asomando dentro. Todo mi cuerpo se tensa, desesperado por más.

—Mírame —exige, su agarre en mis caderas casi doloroso—. Quiero ver tu cara cuando te abra.

Mis ojos se clavan en los suyos, abiertos y hambrientos, y entonces me arrastra hacia abajo. El aire se me escapa de los pulmones mientras se hunde profundamente, centímetro a centímetro, llenándome hasta que no puedo respirar. El estiramiento es implacable, mi cuerpo aferrándose a él, tratando de acogerlo todo.

—Dios —ahogo un grito, mis uñas clavándose en sus hombros—. Estás… tan dentro.

—Hasta el fondo —gruñe, embistiendo con fuerza hacia arriba—. Me recibes mejor que nadie. Fuiste hecha para esta polla.

Un grito brota de mi garganta cuando embiste de nuevo, esta vez con más fuerza. Sus manos me guían, obligándome a cabalgarlo, haciéndome rebotar en su regazo con un ritmo castigador. Mis pechos se presionan contra su pecho, mi clítoris rozando la base gruesa con cada movimiento.

—Sí —jadeo, aferrándome a él—. No pares… no te atrevas a parar.

Su boca aplasta la mía, su lengua áspera y exigente. Se separa solo para susurrar contra mi oído: —Eres mía, Vera. Dilo mientras te lo meto a la fuerza.

—Soy tuya —grito, mi cuerpo apretándose con fuerza a su alrededor —. Tuya, Misha… cada parte de mí.

Él gruñe, agarrándome la garganta con una mano mientras la otra se extiende por mi culo, arrastrándome hacia abajo más rápido, más fuerte, hasta que el sonido húmedo de nuestros cuerpos resuena en la suite. Mi orgasmo se acumula rápidamente, robándome el aliento.

—Córrete en mi polla —ordena, sus dientes raspando mi mandíbula —. Dámelo ahora.

La orden me abre en canal. El placer me atraviesa, violento y cegador, mi cuerpo temblando contra él mientras me deshago. Grito

su nombre, aferrándome a él, mis paredes contrayéndose con fuerza alrededor de su polla.

—Joder… —Su gruñido es gutural mientras embiste dentro de mí, una, dos veces, y luego se derrama profundo, caliente y pesado, latiendo dentro de mí hasta que no puedo sentir nada más que a él. Su mano se cierra en la parte posterior de mi cuello, manteniéndome contra su pecho mientras su liberación palpita a través de mí.

Nos desplomamos en los cojines, enredados, cubiertos de sudor, mi cuerpo temblando por las réplicas. Su polla todavía late dentro de mí, su aliento áspero contra mi oído.

Estoy despatarrada sobre los cojines, todavía a horcajadas sobre él, su polla aún enterrada dentro de mí, su aliento caliente contra mi cuello. La habitación huele a sexo y sudor, las luces de la ciudad derramando un brillo dorado sobre su piel. Debería sentirme usada, consumida, pero en cambio hay una extraña calma en los restos de mi cuerpo.

Se mueve, haciéndonos rodar de costado sin soltarme. Su brazo se envuelve alrededor de mi cintura, apretándome contra él, su boca presionada contra mi cuello. Se siente sorprendentemente genuino, como algo mucho más peligroso que el sexo.

—Misha… —Mi voz es áspera, todavía temblando por lo que acaba de sacar de mí.

—¿Mmm? —Su tono es bajo, casi suave, nada que ver con el hombre que acaba de exigirme que gritara su nombre en la oscuridad.

Por un momento me permito creer que podría estar enamorado. La idea me oprime el pecho. Es mayor, más duro, un hombre cuyo mundo es probablemente la violencia y el poder. Y sin embargo, su brazo a mi alrededor se siente firme, como un ancla. La diferencia de edad parpadea en mi mente: la peligrosa emoción de ser más

joven, imprudente, extendida sobre un hombre que carga con años de poder y experiencia. Es embriagador, la forma en que me maneja como si supiera exactamente lo que necesito, la forma en que su autoridad se siente tan sólida como el cuerpo que todavía está dentro de mí, pero él lo descarta con un murmullo bajo, sus labios contra mi sien.

Parece oír la duda en mi silencio, y la descarta con un suave murmullo contra mi sien. —Eres perfecta… —susurra, y juraría que nuestros corazones están sincronizados.

Estudia mi rostro cuando me ladeo hacia él, su mirada aguda, inquisitiva. Su pulgar roza mi labio inferior, su voz baja. —¿Qué me estás ocultando, Vera? —Hace una pausa, observando mi reacción, y luego añade de forma más directa—: Háblame de Sonya.

El nombre me raspa por dentro como un cristal roto. Me estremezco y mi cuerpo se tensa contra el suyo. Una parte de mí quiere contárselo todo: que Sonya me aterroriza, que nunca debería haberme acercado a ella, que todavía cargo con decisiones demasiado imprudentes para admitirlas. Se merece honestidad. Se merece la verdad sobre el hoyo que he cavado para mí misma.

¿Y por qué me pregunta esto ahora? ¿Soy tan evidente? ¿Es la tensión ansiosa que llevo por su culpa tan real que incluso después de un momento como el que acabamos de compartir, puede ver a través de mí? Sé que no le agrada que hable con ella. De lo contrario, no me habría advertido, pero el tirón de seguridad que siento con él no es suficiente.

El miedo gana. Si se entera de lo que es Sonya, dejará de verme como la mujer que captó su atención con su mente y su fuego. Verá a una chica tonta que tomó malas decisiones, que se metió en aguas demasiado profundas para ella.

Así que no digo nada. Lo beso en su lugar, esperando que no insista.

Por un instante, creo que él mismo podría confesar algo, algo tierno, algo para lo que no estoy segura de que ninguno de los dos esté preparado. Pero fuerzo una sonrisa, presiono mi mano en su pecho y desvío la conversación. —Ya te he hablado de Sonya —murmuro, alejando el momento de lo que me asusta—. Háblame de tu familia.

El efecto es instantáneo. Su expresión se endurece, la calidez se drena de sus ojos y el músculo de su mandíbula se tensa como si hubiera pisado terreno prohibido.

No responde. Solo me aprieta más, dejando un frío silencio entre nosotros mientras me muerde el hombro y roza sus caderas contra mi costado, insinuando que está listo para más sexo.

Y me quedo mirando al techo, dándome cuenta de que mi intento de intimidad me ha salido el tiro por la culata y preguntándome qué es lo que él esconde… y por qué siento que la verdad podría destrozarnos a ambos.

14

MISHA

La tensión me recorre la espalda mientras camino por el complejo de los establos una hora antes de la carrera. La carrera principal atrae a más público, mayores apuestas y más oportunidades de manipulación, lo que ha estado desangrando mis cuentas. Ni siquiera sé qué busco hoy, pero sé que tiene que haber algo más que las apuestas de Vera. Es imposible que, incluso con las probabilidades perfectas, Sonya y su gente hayan podido ganar tantas veces de forma tan estratégica. Tienen que estar amañando las carreras también.

Paso por los boxes metódicamente, comprobando el estado de Devil's Bargain y Storm's End, observando a los cuidadores preparar a los caballos para lo que debería ser una competición limpia. Debería. Pero nada ha sido limpio desde que la banda de los Radich decidió convertir mi hipódromo en su fuente de ingresos personal.

La mayoría de los mozos de cuadra se han trasladado a la zona del *paddock* para los preparativos previos a la carrera, dejando el edificio más silencioso de lo habitual. Las condiciones perfectas para un trabajo que requiere privacidad.

Giro la esquina hacia la zona de almacenamiento de pienso y me quedo helado.

Pavel Gurevich está de pie junto a Lightning's Crown, el favorito tres a uno para la carrera principal de hoy. El yóquey está de espaldas a mí, pero puedo ver la jeringuilla en su mano derecha, la forma en que se coloca cerca del cuello del caballo. La aguja capta la luz por un instante antes de que se acerque más al animal.

Mi mano se mueve instintivamente hacia el cuchillo que llevo en el cinturón. Esta es la prueba definitiva que he estado esperando, la prueba de que el amaño de carreras va más allá de la simple manipulación de apuestas. Pavel no se limita a hacer su trabajo como afirma. Está saboteando activamente a los caballos para controlar los resultados de las carreras. Eso me dice que la discreta conversación con Sonya que presencié no fue nada inocente. Y me pregunto qué significa eso sobre las risas que se susurraba con Vera.

Me acerco en silencio, mis pasos amortiguados por la paja esparcida por el suelo del establo. Pavel está tan concentrado en su tarea que no me oye llegar. La jeringuilla está casi en el cuello de Lightning's Crown cuando lo alcanzo.

—Pavel.

Se gira bruscamente, con los ojos desorbitados por el pánico, la jeringuilla todavía en la mano. —Misha. Yo no… Esto no es…—

—¿Qué hay en la jeringuilla?

—Nada. O sea, es solo… —balbucea, con la frente perlada de sudor a pesar del aire fresco del establo. Es la culpabilidad: visible en su piel, en la tez húmeda de su rostro, en el temblor de su mano.

No le doy tiempo a terminar la mentira. Mi cuchillo se desliza entre sus costillas antes de que pueda volver a respirar, en ángulo ascendente para perforarle el corazón. Deja caer la jeringuilla y me agarra la muñeca, pero el daño ya está hecho. Sus ojos se abren de par en par por la conmoción y luego se quedan vacíos.

—No… —gruñe, y sujeto su cuerpo mientras cae, depositándolo con cuidado en el suelo cubierto de paja. La jeringuilla rueda y la

recupero para examinar el líquido transparente que contiene. Probablemente un sedante suave, lo suficiente para ralentizar a Lightning's Crown sin matar al animal. O quizá un esteroide para alterar los resultados y descalificar a la bestia para que no pueda correr más tarde esta noche.

El establo sigue en silencio, sin ruidos de pasos que se acercan ni voces preocupadas. Tengo quizá cinco minutos antes de que alguien venga a buscar a Pavel.

Coloco su cuerpo con cuidado, haciendo que parezca que se ha tropezado y ha caído contra el comedero de metal cerca del box de Lightning's Crown. Un trágico accidente, el tipo de cosas que pasan cuando los yóqueis se acercan demasiado a caballos nerviosos en espacios reducidos. Pongo la jeringuilla en un cubo de pienso donde no será visible de inmediato, pero se descubrirá con el tiempo, añadiendo credibilidad a cualquier investigación que se lleve a cabo.

Lightning's Crown piafa y resopla, agitado por el olor a sangre, pero el caballo se calma cuando le hablo en voz baja y me alejo del box. No le he hecho daño al animal y la carrera puede continuar como estaba previsto.

Luego salgo sigilosamente del establo por la entrada trasera, poniendo distancia entre el cuerpo de Pavel y yo antes de que alguien lo descubra. La zona del *paddock* está ajetreada con la actividad previa a la carrera, los mozos y entrenadores concentrados en sus caballos, los espectadores empezando a reunirse para el evento principal.

Veinte minutos después, estoy de pie cerca de las ventanillas de apuestas cuando oigo el alboroto que proviene del establo. Voces altas, alguien gritando para llamar a seguridad, el inconfundible sonido de una emergencia en curso.

—¿Qué pasa? —le pregunto a un entrenador cercano, interpretando el papel del preocupado director del hipódromo.

—Un yóquey ha resultado herido. Pavel Gurevich. Lo han encontrado en los establos.

—¿Es grave?

—Bastante. La ambulancia está de camino, pero… —el entrenador niega con la cabeza, sombrío.

En una hora, la noticia se extiende por la comunidad del hipódromo con la velocidad a la que siempre viajan las malas noticias. Pavel Gurevich ha muerto, encontrado en los establos con un cuchillo en el pecho y bajo sospecha de manipular a los caballos. El descubrimiento de una jeringuilla con una sustancia desconocida cerca del cuerpo plantea interrogantes sobre lo que estaba haciendo en esa parte del complejo de establos.

Al anochecer, los rumores vuelan. Algunos dicen que Pavel estaba involucrado con el crimen organizado, otros afirman que lo estaban presionando para amañar carreras. Unas pocas conversaciones susurradas mencionan a la familia Radich por su nombre, aunque nadie quiere hablar demasiado alto sobre las conexiones con el crimen organizado ruso.

Encuentro a Vera en la sala de descanso después de su turno, sentada sola en una de las mesas de plástico con las manos alrededor de una taza de té que se ha quedado fría. Tiene el rostro pálido y veo el temblor en sus dedos cuando coge la taza.

—Has oído lo de Pavel —digo, sentándome en la silla de enfrente.

Asiente sin levantar la vista. —Dicen que estaba metido en líos con criminales. Que estaba amañando carreras.

—¿Y tú qué crees?

—Creo que Pavel era un buen jinete que se metió en un lío que le venía grande —su voz es apenas un susurro—. Creo que en este hipódromo hay gente que se aprovecha de cualquiera lo bastante desesperado como para escucharles.

Hay miedo en su tono, probablemente porque mis advertencias por fin han surtido efecto. La muerte de Pavel arroja luz sobre su conexión con Sonya, y eso se investigará. Es solo cuestión de tiempo que esa misma luz brille sobre Vera.

—Vera. —Cojo su mano por encima de la mesa—. Mírame.

Levanta los ojos y veo el terror en ellos, no solo por Pavel, sino por ella misma.

—Tengo miedo —admite—. Si Pavel estaba metido con la gente equivocada y ahora está muerto… —deja la frase en el aire, pero puedo completar el resto de sus pensamientos con facilidad.

—Ven aquí.

Se levanta y rodea la mesa; tiro de ella para que se siente en mi regazo, rodeándola con mis brazos mientras se acurruca contra mi pecho. Le tiembla todo el cuerpo; la cuidada compostura que mantiene ante los demás por fin se resquebraja bajo el peso de su miedo.

—No puedo acabar como Pavel —susurra contra mi camisa—. No puedo dejar a mi familia sin nada.

—No lo harás.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque no dejaré que te pase nada.

La promesa sale sola, pero en cuanto la digo, me doy cuenta de que lo digo en serio. En algún momento entre seducirla para sacarle información y pasar dos días con ella en Moscú, mis prioridades han cambiado. Proteger a Vera se ha vuelto más importante que proteger mi investigación.

Se aparta lo suficiente para mirarme, buscando en mi rostro una seguridad que no estoy seguro de poder ofrecer.

—¿Puedes protegerme de lo que sea que esté pasando en este hipódromo?

Este es el momento que he estado esperando, la vulnerabilidad que necesito para sonsacarle información sobre su implicación con la gente de Radich. Pero al mirarla a los ojos asustados, me doy cuenta de que me importa más ella que la respuesta o el valor de la información.

—Dime en qué estás metida —digo con suavidad—. Todo.

Respira hondo, con un temblor, y luego empieza a hablar.

—Hay una mujer llamada Sonya. Se me acercó hace unos seis meses, dijo que tenía un trabajo para alguien de confianza. Cosas sencillas al principio: hacer apuestas, recoger sobres, nada que pareciera peligroso.

—¿Qué tipo de apuestas?

—Caballos concretos en carreras concretas. Me daba la información y el dinero, y yo hacía las apuestas exactamente como me indicaba. Las ganancias iban a diferentes puntos de recogida por la ciudad.

—¿Cuánto dinero?

—Empezó con poco. Unos miles de rublos aquí y allá. Pero últimamente… —traga saliva—. Las cantidades han aumentado. Mucho. La semana pasada me hizo apostar una cantidad que supera lo que gano en seis meses. Y los caballos siempre ganan. Misha… tengo miedo.

—¿Y no se te ocurrió hacer preguntas?

—Necesitaba el dinero —su voz suena ahora a la defensiva, pero también avergonzada—. Los tratamientos de Elvin, nuestro alquiler… no podía con todo. Sonya me pagaba bien por un trabajo sencillo, y me dije a mí misma que era inofensivo.

—No es inofensivo, Vera. La gente para la que trabajas es peligrosa.

Vera me mira con ojos desesperados. —Misha, si creen que los he traicionado de alguna manera, si deciden que soy un riesgo…

—No te tocarán.

—¿Cómo puedes prometer eso?

Porque mataré a cualquiera que lo intente. Porque protegerte se ha vuelto más importante que protegerme a mí mismo. Porque en algún momento de las últimas semanas, te has convertido en alguien a quien debo defender.

Pero no digo nada de eso.

—Porque sé quiénes son y ellos saben quién soy yo. Aquí hay un equilibrio de poder, y mientras estés conmigo, estás bajo mi protección. —Mis brazos la aprietan con más fuerza, y en ese mismo instante decido que Vera no es más que una mula, sin valor y fácilmente reemplazable para ellos, pero desesperadamente importante para mí.

Ella asiente y parte de la tensión abandona sus hombros. —¿Y ahora qué pasa?

Buena pregunta. Tengo la información que necesito: la confirmación de que Vera no está metida más de lo que debería, detalles sobre su operación, pero la prueba de que no es la mente pensante, sino un peón al que están utilizando. Nikolai espera que le informe, que le entregue el nombre de Vera y que el brazo ejecutor de la familia se encargue del resto.

En lugar de eso, me encuentro calculando cómo mantenerla a salvo mientras neutralizo la amenaza de los Radich.

—Ahora vamos a averiguar cómo sacarte de esto sin que nadie salga herido.

—¿Es eso posible?

—Tiene que serlo.

Se acurruca de nuevo en mis brazos y la sujeto con fuerza, sintiendo el ritmo constante de su respiración contra mi pecho. Dentro de unas horas, debería llamar a Nikolai con mi informe y decirle que Vera Kovalenko es la mula de la operación de los Radich, que puede identificar a su jefa, que tiene suficiente información para desmantelar su trama de amaño de carreras.

Pero cada vez que pienso en hacer esa llamada, veo los ojos vacíos de Pavel mirándome desde el suelo del establo. Pienso en lo que le pasa a la gente que se convierte en un lastre en este negocio.

Necesito más tiempo. Más tiempo para evaluar la amenaza de los Radich, más tiempo para encontrar una solución que no termine con Vera desapareciendo en una tumba sin nombre. Más tiempo para averiguar cuándo protegerla se volvió más importante que completar mi misión.

Más tiempo para entender por qué la idea de perderla me oprime el pecho con algo a lo que me niego a ponerle nombre.

—Quédate cerca de mí —le digo—. Hasta que esto termine, no vayas a ningún sitio sola.

—Vale.

—¿Y, Vera?

—¿Sí?

—La muerte de Pavel no fue un accidente. Alguien quería silenciarlo antes de que pudiera hablar. La misma gente que te ha estado utilizando.

Se agarra con más fuerza a mi camisa. —¿Crees que vendrán a por mí después?

—No si puedo evitarlo.

Es otra promesa que no estoy seguro de poder cumplir. Pero mientras abrazo a Vera en la creciente oscuridad de la sala de

descanso, escuchándola respirar y sintiendo su confianza en la forma en que se relaja contra mí, sé que voy a intentarlo.

Aunque signifique declararle la guerra a la familia Radich.

Aunque signifique desafiar a mi propia gente para mantenerla a salvo.

Aunque signifique admitir que esta misión dejó de ser un negocio en el momento en que me miró como si mereciera su confianza.

15

VERA

No me dejan de temblar las manos. Ni siquiera con la chaqueta de Misha sobre los hombros y su brazo firmemente apoyado en mi espalda puedo conseguir que se estén quietas. Cada vez que cierro los ojos, veo la cara de Pavel de esta mañana: vivo, riéndose de un chiste de alguien junto a la máquina de café. Ahora está muerto, y los susurros sobre su implicación en asuntos delictivos me persiguen en cada conversación.

—No puedo estar sola esta noche —le digo a Misha mientras caminamos hacia el aparcamiento. Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas—. Por favor, no me dejes sola. —Hay un asesino ahí fuera y, si tiene algo que ver con Sonya, sé que no estoy a salvo. Si hizo que mataran a Pavel para silenciarlo, yo podría ser la siguiente.

Se detiene y se gira para mirarme bajo las duras luces fluorescentes de la salida del hipódromo. Sus ojos azul hielo escudriñan mi rostro y veo el momento exacto en que toma una decisión. —Me quedaré hasta que termine tu turno. Luego te llevaré a casa.

El alivio me inunda tan deprisa que casi se me doblan las rodillas, y me sujeta con firmeza por un momento. —Gracias —susurro mientras me rodea con su brazo, atrayéndome hacia él mientras volvemos al complejo de los establos.

Durante las siguientes horas, nunca se aleja más de un metro de mí. Se sienta en la sala de descanso mientras termino mi papeleo, camina conmigo mientras reviso a los caballos por última vez, monta guardia mientras recojo mis cosas de la taquilla. Para cuando termina mi turno, parte del pánico se ha desvanecido, reemplazado por el agotamiento y el consuelo constante de su presencia.

Misha mantiene una mano en el volante y la otra en mi muslo mientras me lleva a casa, su pulgar traza pequeños círculos sobre mis vaqueros. No sé qué habría hecho si él no hubiera estado allí cuando encontraron el cuerpo de Pavel. Tal y como están las cosas ahora, no sé si podré volver. Estoy aterrorizada. Puede que sea por su advertencia sobre la mujer parecida a mí que no recibió protección, o quizá porque supe desde el principio quién era Sonya y fingí que no importaba.

Cuando paramos frente a mi edificio, veo las luces encendidas en las ventanas de nuestro tercer piso. Batya y Elvin están en casa, quizá cenando y viendo las noticias de la noche. La normalidad de la escena hace que me duela el pecho. No tienen ni idea del peligro en el que nos he metido a todos, y me sentiré mejor cuando vea sus cálidas sonrisas.

—Sube conmigo —digo, sorprendiéndome a mí misma con la petición. Me vuelvo hacia él e intento cogerle la mano, pero su tacto no es tan cálido como esperaba cuando me da una palmadita en la mano y luego se aparta.

Misha apaga el motor, pero no hace ademán de salir. —Vera…

—Quiero que los conozcas. A mi familia. —Incluso mientras digo las palabras, no estoy segura de si es una buena idea—. Sé que hay diferencia de edad entre nosotros, sé que probablemente piensas que no lo entenderán, pero lo harán. Batya respeta el carácter, no la edad.

Se queda mirando el parabrisas durante un largo momento, con la mandíbula tensa. —Tu padre me echará un vistazo y decidirá que

soy demasiado mayor para su hija.

—Puede ser. Pero también verá que eres bueno conmigo. Que me haces sentir segura, como hoy en el hipódromo. —Vuelvo a cogerle la mano y esta vez me deja—. Por favor…

Hay otra larga pausa, y luego asiente. —Si es lo que quieres.

—Lo es.

Subimos por la estrecha escalera hasta mi piso y puedo oír la televisión a través de las finas paredes: un drama policiaco que Batya ve todos los martes. Abro la puerta y entro, con Misha pegado a mí. No está tan nervioso como yo, pero no parece tan tranquilo como de costumbre. Lo guío a través de la puerta y él la cierra detrás de nosotros mientras yo llamo.

—¿Batya? ¿Elvin? Ya estoy en casa.

Batya sale de la cocina secándose las manos con un paño. Es un hombre menudo, al que los años de trabajo en la fábrica y las preocupaciones han encogido aún más, pero su presencia llena la habitación cuando ve a Misha de pie en nuestro umbral. Su primera mirada es evaluadora, sus ojos se entrecierran con preocupación.

—Batya, este es Misha. —Me coloco entre ellos, con el corazón martilleándome en el pecho—. Misha, mi padre, Anatoly.

Los dos hombres se estudian durante lo que a mi tembloroso corazón le parecen horas, pero deben de ser solo segundos. Batya repara en el traje caro de Misha, en la seguridad con la que se yergue, en el reloj de lujo de su muñeca. Misha le sostiene la mirada directamente, sin desvíos ni falsos encantos.

—Señor —dice Misha, extendiendo la mano.

Batya se la estrecha, con un apretón firme a pesar de su tamaño. —Es usted más mayor de lo que esperaba.

—Sí, señor.

—Mucho más mayor.

—Diecisiete años —dice Misha sin inmutarse—. Comprendo su preocupación. —Algo dentro de mí se encoge al darme cuenta de lo diferentes que somos en edad, pero nada de eso importa cuando estoy a solas con Misha, cuando me abraza y compartimos momentos tiernos.

—Batya… —empiezo, pero él levanta una mano.

—Sentaos —dice Batya, señalando nuestro pequeño salón—. Los dos.

Elvin aparece en el umbral, apoyándose pesadamente en el marco. Parece cansado, pero es bueno que esté fuera de la cama y en movimiento, incluso con su figura delgada y demacrada. Y sus ojos brillan con curiosidad mientras nos mira a Misha y a mí.

—Así que tú eres el famoso Misha —dice Elvin, acomodándose con cuidado en su silla—. Vera no ha parado de hablar de ti.

El calor me inunda las mejillas. —Elvin…

—¿Qué? —Me sonríe y luego dirige su atención a Misha—. Soy Elvin, su hermano.

—Encantado de conocerte —dice Misha, y puedo oír una calidez genuina en su voz—. ¿Cómo te encuentras?

—Hecho polvo, pero sigo dando guerra. —La sonrisa de Elvin se desvanece ligeramente—. Aunque he de admitir que me preocupa no ver a mi hermana casada como Dios manda.

El comentario de Elvin no parece desconcertar a Misha, y Batya se acomoda en su silla, con el paño de cocina olvidado en su regazo.

—Háble me de su trabajo —le dice Batya a Misha.

—Gestiono operaciones, algunas importaciones y exportaciones, gestión de conflictos… —La respuesta es fluida, aunque ni siquiera

yo sé a qué se dedica. Sea lo que sea, es lo suficientemente lucrativo como para poseer tres caballos y vivir como un rey.

—¿Un trabajo peligroso?

Misha no duda. —A veces.

—¿Y Vera? ¿Está a salvo con usted?

—Nunca dejaría que le pasara nada a su hija —dice, y sé que lo dice en serio. Me coge la mano y me mira a los ojos mientras continúa—. Me preocupo por ella.

Batya se inclina hacia delante, entrecerrando los ojos. —Eso no es lo que he preguntado.

Misha le sostiene la mirada. —Sí, está a salvo conmigo. Más a salvo de lo que estaría sin mí, dada la situación actual en el hipódromo.

—¿Qué situación?

Me tenso, pero la voz de Misha permanece firme. —Últimamente ha habido algunos problemas de seguridad. Gente que se involucra con la gente equivocada, que toma malas decisiones. Me estoy asegurando de que Vera no se vea envuelta en nada que no deba.

No es toda la verdad, pero tampoco es una mentira. Batya parece intuir que hay algo más en la historia, pero no insiste. Estoy segura de que ya me tocará a mí aguantar el chaparrón más tarde.

El interrogatorio continúa durante otros treinta minutos. Batya pregunta por las intenciones de Misha, su estabilidad financiera, sus planes de futuro. Misha responde a cada pregunta con paciencia y franqueza, sin mostrar nunca irritación ante el instinto protector de Batya. Me derrito contra él hasta que mi cabeza descansa en su hombro.

Observo con creciente admiración cómo maneja el escrutinio de mi padre. No intenta seducirlo ni desviar la atención. No se pone a la defensiva por la diferencia de edad ni da excusas por su riqueza.

Simplemente responde a las preguntas con sinceridad y deja que Batya saque sus propias conclusiones.

—¿Y puede mantenerla?

—Más que de sobra.

—Bien. —Batya asiente una vez, aparentemente satisfecho—. Vera necesita estabilidad. Seguridad. Lleva demasiado tiempo cargando con demasiada responsabilidad.

—Estoy de acuerdo.

Elvin ha estado callado durante la mayor parte de la conversación, pero ahora interviene. —Me gusta —anuncia—. No se deja intimidar por ti, Batya, lo que significa que puede con Vera cuando se pone cabezota.

—Estoy aquí mismo —protesto en broma, pero los tres hombres me ignoran.

—Además —continúa Elvin—, la mira como un hombre debe mirar a la mujer que ama. Incluso cuando ella no está mirando.

Se me corta la respiración al oír esa palabra. Miro a Misha, pero su expresión permanece cuidadosamente neutra. Amor… ¿Podría? Pero quizá es demasiado pronto.

Tras unos minutos más de conversación, Batya se disculpa y lleva a Elvin al dormitorio, y yo acompaño a Misha hacia la puerta. El aire del pasillo está fresco contra mi cara cuando salimos al rellano.

—Les gustas —digo, todavía procesando lo bien que ha ido todo.

—Tu padre es un buen hombre. Protector. Debería sospechar de alguien como yo.

—¿Alguien como tú?

Me ahueca la cara entre las manos, sus pulgares rozándome los pómulos. —Un hombre tan mayor como yo enamorándose de su

hermosa, sagrada, preciosa hija…

Antes de que pueda protestar por los cumplidos, su boca encuentra la mía. El beso es hambriento, desesperado, lleno de la tensión que se ha ido acumulando desde la muerte de Pavel. Me fundo en él, mis manos agarran su camisa, atrayéndolo más cerca.

Cuando nos separamos, estoy sin aliento. —Gracias —le susurro—, por conocerlos.

—Ha sido un profundo placer. —Me aparta un mechón de pelo de la cara—. Te recogeré para ir al trabajo. No vayas a ningún sitio sola.

—Misha…

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Me besa de nuevo, esta vez más suavemente, y luego empieza a bajar las escaleras. Me meto dentro y cierro la puerta con llave, y luego corro a la ventana para mirar. Misha camina tranquilamente hacia su coche y entra. Una sonrisa tonta se dibuja en mi cara mientras lo observo. Todavía estoy junto a la ventana cuando Batya aparece a mi lado en bata.

—¿Se ha ido?

—Sí.

Batya permanece en silencio un largo momento y luego dice: —Vera, necesito que me escuches.

—¿Qué?

—Ese hombre no es lo que parece.

Me vuelvo para mirarlo. —¿Qué quieres decir? —No creo que Batya lo entienda. Misha es lo mejor que me ha pasado nunca.

—Nadie es tan perfecto. Nadie maneja la presión tan bien, responde a las preguntas con tanta soltura. —La voz de Batya es suave pero firme—. Está interpretando un papel.

—Te equivocas.

—¿Ah, sí? Piénsalo. Un hombre de su edad, con su dinero, su confianza… podría tener a cualquier mujer que quisiera. ¿Por qué tú? ¿Por qué ahora? —Sus ojos se vuelven negros como el carbón, con el ceño fruncido—. Eres pobre, Vera. Te está utilizando.

Las preguntas me desafían, pero las aparto. —Se preocupa por mí.

—Puede ser. O puede que le seas útil de alguna manera.

—Batya, para.

—No digo que no se preocupe por ti. Digo que hay más en esta historia de lo que te está contando. La forma en que respondió a mis preguntas, la forma en que desvió el tema sin mentir… eso no es honestidad, Vera. Es una habilidad perfeccionada.

Quiero discutir, pero algo en su tono me hace dudar. Batya siempre ha sido un buen juez de carácter. Ha visto a suficiente gente, ha trabajado con suficientes hombres, como para reconocer cuándo alguien miente.

—Aunque tengas razón —digo finalmente—, no me importa. Me hace sentir segura. Me hace sentir valorada. Me lo merezco, ¿no crees, Batya?

Batya suspira. —Y eso es exactamente lo que me preocupa. Estás tan agradecida por su ayuda que no estás haciendo las preguntas correctas.

—¿Qué preguntas?

—¿Qué saca él de esto? ¿Qué es lo que realmente quiere de ti?

No tengo buenas respuestas, así que no intento darlas. En lugar de eso, le doy un beso a Batya en la mejilla y me dirijo a mi habitación

con los ojos llenos de lágrimas.

—Estoy cansada —digo—. Podemos hablar de esto mañana.

Pero mientras estoy tumbada en la cama, mirando al techo, las palabras de Batya se repiten en mi mente. ¿Qué es lo que Misha quiere realmente de mí? ¿Es solo sexo? ¿Estoy siendo ingenua?

Aparto las dudas y me concentro en lo que sentí al verlo con mi familia: paciente, respetuoso, genuino en su afecto por Elvin. La forma en que me miraba cuando pensaba que nadie lo veía. El matiz protector en su voz cuando siento miedo.

Sean cuales sean sus razones para estar conmigo, sean cuales sean los secretos que guarda, ya estoy demasiado metida como para dar marcha atrás. Me estoy enamorando de él, quizá ya me he enamorado, y las advertencias de Batya me parecen demasiado tardías como para que importen.

Mañana me recogerá para ir al trabajo y me mantendrá a salvo de lo que sea que me amenace en el hipódromo. Fingiré que no he visto el cálculo en sus ojos cuando respondió a las preguntas de Batya.

Porque ahora mismo, la protección de Misha parece más importante que la verdad.

16

MISHA

Llego al hipódromo dos horas antes del amanecer, cuando el aire aún conserva el frío de la noche y las cuadras están vacías, salvo por los caballos que se mueven en sus establos. Han pasado tres semanas desde que me senté en el abarrotado salón de Anatoly Kovalenko y respondí a sus preguntas sobre mis intenciones con su hija. Tres semanas desde que vi cómo se le iluminaba la cara a Vera cuando su hermano me dio su aprobación. Tres semanas haciéndome pasar por el protector devoto mientras trazaba un mapa de todas las conexiones de la operación de los Radich.

Los rumores sobre la muerte de Pavel se han convertido en especulaciones susurradas que siempre siguen a los finales violentos en este negocio. Algunos dicen que le debía dinero a la gente equivocada. Otros afirman que lo pillaron amañando carreras y que pagó el precio. La investigación oficial concluyó que murió mientras intentaba frustrar a unos saboteadores de carreras. Probablemente sea lo mejor para todos que se le aclame como a un héroe.

Paseo por el complejo de las cuadras, anotando qué establos albergan a los caballos que corren hoy, qué entrenadores se preparan ya para los entrenamientos matutinos, qué caminos tomará Vera durante sus rondas. Para cuando llegue a su turno, quiero tener planeado cada momento de su día.

No para protegerla a ella, aunque eso es lo que creerá. Para protegerme a mí.

La banda de los Radich se ha vuelto más audaz desde la muerte de Pavel, no más cauta. Ayer vi a Sonya acercarse a dos mozos de cuadra con sobres; sus movimientos eran demasiado fluidos y ensayados para ser algo inocente. Está ampliando su red, sustituyendo a Pavel por múltiples activos de menor importancia. La operación está evolucionando y necesito comprender todo su alcance antes de que Nikolai pierda la paciencia con mis informes de progreso. Me ha dado unas semanas para investigar más a fondo después de que se descubriera al yóquey muerto, pero no tengo mucho tiempo si quiero conservar la sangre dentro del cuerpo.

El móvil me vibra con un mensaje de Vera.

Vera, 7:13: De camino. ¿Un café?

Respondo al instante.

Misha, 7:13: Ya lo tengo esperándote.

La respuesta llega con un emoticono de un corazón y siento esa conocida punzada en el pecho, en parte por la satisfacción de su confianza, en parte por algo más peligroso que me niego a examinar con demasiada atención. No tengo tiempo para involucrarme emocionalmente, aunque sé que ya estoy demasiado metido. Si no me mantengo alerta, esta situación nos matará a los dos. Necesito pensar con claridad si voy a sacar a Vera de la red de Sonya y a mantenerla fuera del punto de mira de Nikolai.

Veinte minutos después, aparece en la entrada de empleados del hipódromo, con el pelo recogido en su trenza habitual y las botas de trabajo bien atadas. La luz de la mañana resalta el verde de sus ojos cuando me ve esperando con dos cafés humeantes.

—Has madrugado —dice, aceptando el café con una sonrisa que me acelera el pulso.

—Quería asegurarme de que entrabas sana y salva. —Me pongo a su lado mientras nos dirigimos a las cuadras. Puede que haya rechazado que la trajera, pero de todos modos tengo hombres siguiéndola—. ¿Qué tal has dormido?

—Mejor, sabiendo que ibas a estar aquí. —Levanta la vista hacia mí, y me inclino para darle un beso en la sien. Mi intención es que sea cálido para ella, pero yo también siento su calor.

—Vamos a caminar —digo, apartándome para que el aura de su dulce aroma no se me meta bajo la piel tan temprano.

Llegamos a la oficina de las cuadras y le sujeto la puerta para que entre. —¿Cuál es tu horario de hoy?

—Sacar a pastar a los caballos del edificio tres por la mañana, y luego ayudo con la preparación de las carreras de esta noche. Lo de siempre. —Deja el café en su escritorio y consulta la hoja de tareas del día—. Storm's End corre en la quinta carrera. ¿Quieres ir a verlo conmigo?

—Por supuesto.

Perfecto. El establo de Storm's End está en el edificio tres, la misma sección donde Sonya realizó el intercambio de sobres de ayer. Si el patrón se mantiene, volverá a estar allí esta mañana y tener a Vera conmigo me da una tapadera para quedarme por la zona.

Vamos juntos hacia el edificio tres y me fijo en cada persona con la que nos cruzamos, en cada cara que se vuelve para mirarnos. Dos mozos de cuadra asienten respetuosamente cuando me ven; saben que represento a la dirección del hipódromo, aunque Vera no lo sepa. Un entrenador nos saluda con la mano desde la pista de entrenamiento. Todo parece normal, pero he aprendido a buscar los detalles que no encajan.

—Ahí está —dice Vera, señalando el establo de Storm's End—. Hoy tiene buen aspecto. Alerta.

El caballo está efectivamente alerta, con la cabeza alta y las orejas hacia delante. Buena señal para la carrera de esta noche. Me acerco a la puerta del establo y paso la mano por el cuello del animal, buscando cualquier signo de tensión o malestar.

—¿Qué tal ha comido?

—Excelente. Anoche se terminó el cubo y también se comió unas cuantas manzanas. —Vera comprueba el suministro de agua y toma notas en su portapapeles. Cuando el caballo le da un dulce empujoncito, ella se inclina y le besa el hocico—. El entrenador quiere que lo paseen treinta minutos antes del mediodía.

—Yo me encargo de eso —digo—. Tú puedes centrarte en los otros caballos.

Parece sorprendida. —¿No es necesario que…?

—Quiero hacerlo. Además, conozco a mi caballo. Nos entendemos.

No es del todo falso. Storm's End es uno de los tres caballos que poseo a través de empresas fantasma, colocados estratégicamente para darme información sobre las condiciones de las carreras y los horarios de entrenamiento. Pero mi verdadera motivación es otra: pasear a Storm's End me dará una razón para quedarme en esta sección de las cuadras durante un largo periodo de tiempo, desde donde podré vigilar a Vera y observar la actividad.

Pasamos la siguiente hora moviéndonos sistemáticamente por el edificio. Vera revisa cada caballo, toma sus notas, se coordina con los entrenadores y los mozos. Yo me quedo cerca, ayudando con los cubos de pienso, comprobando los suministros de agua, haciendo el papel de acompañante atento. Para cualquiera que nos observe, soy un hombre enamorado, deseoso de pasar tiempo con su mujer y aprender sobre su trabajo.

La actuación es tan convincente que casi me la creo yo mismo. Estar cerca de Vera es tan natural como la gravedad. No tengo que pensar

en mantenerme cerca. Mi cuerpo se ve atraído en su dirección dondequiera que esté.

A las diez y media, detecto movimiento cerca de la zona de almacenamiento de pienso. Sonya sale de detrás de una pila de fardos de heno, ajustándose la chaqueta para cerrarla, lo que significa que la llevaba abierta. Y si ese es el caso, es probable que haya sacado de ella uno de sus elegantes sobrecitos. No mira en nuestra dirección, pero su presencia confirma mis sospechas sobre la expansión de sus operaciones.

—No te separes de mí —susurro, porque no sé de qué es capaz Sonya y, hasta que lo sepa, no dejaré a Vera sola cerca de esa mujer.

—Estoy bien —murmura, pero su lenguaje corporal dice otra cosa. Tiene los hombros tensos, sujeta el portapapeles con más fuerza de la necesaria. Sabe perfectamente quién es Sonya y lo que representa, pero no está dispuesta a admitirlo. Hacerlo sería admitir que tomó una mala decisión al trabajar con ella.

—Quédate aquí —le digo—. Quiero comprobar una cosa.

Me acerco a la zona de almacenamiento de pienso de donde salió Sonya, buscando cualquier señal de lo que estaba haciendo allí. Detrás de los fardos de heno, encuentro una pequeña caja de seguridad metálica escondida bajo una lona; ahora está vacía, pero ha sido usada recientemente, a juzgar por las marcas de polvo a su alrededor. Un buzón muerto, probablemente para pagos o instrucciones. Y lo planearon en un punto ciego donde las cámaras de seguridad del hipódromo no pueden ver las interacciones.

Cuando vuelvo junto a Vera, ha pasado al siguiente establo, pero puedo ver la tensión en sus movimientos.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Sí. Es solo que… no me gusta cuando está aquí.

—¿Por qué?

—Me pone nerviosa. Solo quiero dejar de trabajar para ella. —Vera mira hacia donde desapareció Sonya—. Algunos de los otros trabajadores creen que está relacionada con lo que le pasó a Pavel.

—¿Tú qué crees?

Permanece en silencio durante un largo momento. —Creo que en este hipódromo hay gente peligrosa y que lo más inteligente es mantenerse alejado de ellos.

—Un buen consejo.

Continuamos nuestras rondas y anoto cada persona con la que Sonya habló, cada lugar que visitó, cada interacción que podría revelar el alcance de su operación. Para el mediodía, tengo una idea más clara de cómo funciona la red de los Radich: al menos una docena de mozos de cuadra y de establo que actúan como fuentes de información, tres buzones muertos para pagos e instrucciones y un sistema de rotación que dificulta la detección.

Es más sofisticado de lo que esperaba, lo que significa que la amenaza para los intereses de los Vetrov es mayor de lo que Nikolai evaluó inicialmente.

—Tengo que hacer unas llamadas —le digo a Vera cuando terminamos el trabajo de la mañana—. Asuntos de negocios. ¿Puedes apañártelas sola para comer?

—Por supuesto. Pero… —duda—. Vuelves, ¿verdad? ¿Por la tarde?

—No me lo perdería por nada.

Le beso la frente, otro gesto que se interpreta como protección afectuosa, pero que sirve para marcar territorio. Cualquiera que nos vea sabe que está bajo mi atención, lo que significa que está bajo mi protección. También significa que cualquier acercamiento a ella será advertido.

Me retiro a la oficina de administración del hipódromo, donde tengo acceso al sistema de seguridad y al equipo de comunicación. Las cámaras de vigilancia cubren la mayor parte de las zonas de las cuadras, y paso veinte minutos revisando las grabaciones de esta mañana, confirmando mis observaciones e identificando a otros dos contactos de los Radich que no había visto en persona.

Entonces, llamo a Nikolai.

—Informe de progreso —gruñe en cuanto contesta al teléfono. La última conversación que tuve con él fue tensa y terminó recordándome que si fallaba, mi muerte sería dolorosamente lenta.

—La operación de los Radich es más grande de lo que pensábamos. Hay al menos quince personas implicadas, un sofisticado sistema de buzones muertos, múltiples fuentes de ingresos más allá de la simple manipulación de apuestas. —Golpeteo con el dedo el escritorio y me quedo mirando el monitor del ordenador.

—¿Y la chica?

—Es su mula, nada más. Están usando su desesperación para financiar el tratamiento médico de su hermano.

—¿Será útil?

—Potencialmente. Tiene acceso a su contacto, conoce los patrones de apuestas, podría proporcionar información si se la maneja correctamente. —Mis ojos se desvían hacia la ventana, donde veo a Vera al otro lado del prado, paseando a Storm's End.

—O podría ser un lastre. —Nikolai está dejando clara su postura. En este negocio, los lastres se eliminan con dureza.

—No es un lastre —digo con firmeza—. Es un activo.

—Tú decides. Pero, Misha… —la voz de Nikolai adopta un tono de advertencia—. No dejes que los sentimientos personales nublen tu juicio. Los intereses de la familia son lo primero.

—Entendido.

—Bien. Limpia esto. Cuanto más tiempo opere la banda de los Radich en nuestro territorio, más débiles pareceremos. Da ejemplo si es necesario.

La línea se corta, dejándome mirando por la ventana de la oficina hacia la zona del prado. Vera no tiene ni idea de que su vida pende de un hilo por decisiones que se toman en despachos y trastiendas, que su valor como activo es lo único que la mantiene a salvo.

La idea hace que apriete la mandíbula con una ira protectora.

Es un juego peligroso, proteger a alguien mientras lo utilizas. Pero mientras la observo reírse de algo que dice uno de los entrenadores, mientras veo cómo se le ilumina la cara cuando me descubre al otro lado del prado, sé que ya estoy demasiado metido como para dar marcha atrás.

La jugada más grande que Nikolai describió —reforzar el control, cortar el acceso, dar ejemplo—, todo pasa por Vera ahora. Ella es la clave para entender su red y la baza que necesito para desmantelarla.

También se está convirtiendo en la amenaza más peligrosa para mi objetividad que he encontrado jamás.

Pero eso es un problema para mañana. Esta noche, tengo trabajo que hacer.

VERA

Me despierto con el estómago revuelto y el sabor agrio de la bilis en la garganta. La luz de la mañana se filtra a través de nuestras finas cortinas, y oigo a Batya moverse por la cocina, preparándose para sus recados. Siento el cuerpo raro..., pesado e inquieto de una forma que no sé explicar.

—¿Vera? —pregunta Batya desde el umbral—. Voy a salir al mercado y al banco. No pierdas de vista a Elvin.

—Por supuesto —consigo decir, incorporándome despacio para evitar la náusea que me amenaza—. ¿Cuánto tardarás?

—Unas horas. Su medicación se la tiene que tomar a mediodía. —Batya asoma la cabeza en la habitación y me estudia la cara con preocupación—. Estás pálida.

—Estoy bien, solo cansada —le aseguro, pero no sé qué es. Elvin es inmunodeprimido; si me pongo enferma, podría costarle la vida. Tendría que dormir en otro sitio, y no tengo ni idea de dónde podría ser.

Asiente, pero veo que no está convencido. —Hay té en la tetera si te apetece. Y pan en la encimera. —Su voz es ahora más suave, probablemente para no despertar a Elvin, que duerme al otro lado de la habitación.

La idea de comer me revuelve el estómago, pero fuerzo una sonrisa. —Gracias.

Después de que Batya se marcha, me arrastro hasta la cocina y me sirvo una taza de té, esperando que el calor me calme lo que sea que tengo. El primer sorbo me sube de inmediato, haciéndome correr al baño con la mano en la boca.

Cuando salgo, secándome la cara con un paño húmedo, Elvin está despierto en el sofá, observándome con ojos curiosos.

—¿Mala noche? —pregunta.

—Seguramente algo que comí. —Me siento en la silla frente a él, evitando su mirada—. ¿Cómo te encuentras?

—Hecho un saco de huesos, pero aún respiro. —Se mueve en el sofá, subiéndose más la manta—. ¿Te ha dejado agotada ese hombre tuyo?

Se me suben los colores a las mejillas. —¡Elvin! —siseo en tono de broma, pero no puedo evitar sonreír. Los dos somos lo bastante mayores como para asumir que no soy virgen, pero nunca ha sido tan descarado.

—¿Qué? La mitad del tiempo estás radiante y la otra mitad, agotada. Los síntomas clásicos de una mujer a la que le están dando bien y…

—Para. —Le tiro un cojín, pero lo coge y sonríe.

—Me alegro por ti, Vera. De verdad. Es bueno verte con alguien que te trata bien. —Su expresión se vuelve más seria—. Aunque Batya piense que esconde algo.

—Batya cree que todo el mundo esconde algo.

—Puede ser. Pero este Misha… —Elvin se encoge de hombros—. Hay más en él de lo que te enseña. Lo noto.

Antes de que pueda responder, me suena el móvil. La identificación de la llamada me hiela la sangre: Sonya.

Dejo que salte el buzón de voz.

—¿Quién era? —pregunta Elvin.

—Del trabajo. Nada importante.

Pero me tiemblan las manos al dejar el móvil a un lado. Sonya ha estado llamando con más frecuencia desde la muerte de Pavel, cada vez más exigente. He estado ignorando sus instrucciones, fingiendo que estoy demasiado afectada por lo que le pasó al yóquey como para continuar con nuestro acuerdo. Es un juego peligroso, pero la protección de Misha me hace sentir lo bastante audaz para intentarlo.

El móvil vuelve a sonar de inmediato —Sonya, otra vez— y esta vez contesto, entrando en la cocina para que Elvin no me oiga.

—Ayer se saltó la recogida. —La voz de Sonya es glacial.

—Ya le dije que necesito tiempo. Después de lo que le pasó a Pavel…

—Pavel fue descuidado. Usted no lo será, si es lista.

—No puedo seguir haciendo esto.

—Puede y lo hará. Los tratamientos de su hermano no se pagan solos.

La línea se corta, dejándome mirando el móvil con el corazón desbocado. La amenaza es clara: sigue trabajando para ellos o dile adiós a la atención médica de Elvin. Pero Misha prometió protegerme, prometió que su influencia me mantendría a salvo. Tengo que creerle.

Vuelvo al salón, donde Elvin me observa con ojos perspicaces.

—¿Todo bien?

—Perfectamente. —Fuerzo una voz alegre a pesar de que las náuseas vuelven a subirme por la garganta—. Solo asuntos del

hipódromo.

Pero mi estómago se rebela de nuevo en cuanto las palabras salen de mi boca. Apenas llego al baño antes de que el té vuelva a subir, dejándome débil y temblorosa en el suelo de baldosas.

—¿Vera? —pregunta Elvin—. ¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien —miento, incorporándome para echarme agua fría en la cara. Pero al mirarme en el espejo, su broma de antes resuena en mi mente.

Los síntomas clásicos de una mujer a la que le están dando bien y…

No. Es solo estrés. La situación con Sonya, el miedo por la muerte de Pavel, la intensidad de lo que sea que está surgiendo con Misha. Mi cuerpo está reaccionando a la presión.

Pero a medida que avanza la mañana y las náuseas vienen en oleadas, las palabras de Elvin no me abandonan.

—Sabes —dice durante una pausa publicitaria del concurso que está viendo— que cuando mamá estaba embarazada antes de perder al bebé, no podía retener nada durante los tres primeros meses.

Me quedo helada en mitad de doblar la colada. —¿A qué viene eso ahora?

—Solo pensaba en historias de la familia. —Me sonríe—. Solía bromear con que nuestra hermana ya le estaba dando problemas antes de nacer. —Mueve las cejas, pero yo recuerdo claramente lo doloroso que fue cuando perdió al bebé.

—No tiene gracia —le digo, y dejo que el doloroso recuerdo del diagnóstico de cáncer de mi madre tiña mis palabras para que la ansiedad que crece en mi pecho sea menos evidente.

—Oh, vamos. Llevas pasando las noches con ese vejestorio tuyo, vomitando toda la mañana, con cara de tres en un zapato…

—No es tan viejo.

—Cuarenta y dos años es una eternidad comparado contigo. Pero esa no es la cuestión. —Los ojos de Elvin brillan con picardía—. La cuestión es que tal vez deberías considerar la posibilidad de que tengas algo más que estrés poniéndote enferma.

Su broma me hace sentir paranoica, aunque he estado intentando no pensar en ello. Misha y yo no hemos tenido cuidado. Hemos estado demasiado atrapados en el ardor y el ansia que sentimos el uno por el otro como para pensar en las consecuencias.

—No estoy embarazada —digo con firmeza.

—Si tú lo dices. —Pero la expresión de Elvin es de complicidad—. Aunque si lo estuvieras, sería la leche, ¿no? Un bebé con ese hombre peligroso que te has echado.

La palabra «peligroso» hace que me estremezca. Batya dijo lo mismo, que Misha era más peligroso de lo que parecía. Pero, ¿peligroso en qué sentido? ¿Y por qué todo el mundo ve algo que yo no?

Después de que Elvin se duerma la siesta, me encuentro mirando fijamente la puerta del baño. La posibilidad que ha plantado no me abandona, por mucho que intente alejarla.

Finalmente, cojo la chaqueta y salgo del apartamento a hurtadillas.

La farmacia de la esquina está a solo dos manzanas, pero el paseo se me hace eterno. Cada paso hace que mi corazón lata más fuerte, que la posibilidad parezca más real. Para cuando llego a las familiares puertas de cristal, me sudan las palmas de las manos.

Las pruebas de embarazo están en el pasillo tres, detrás de una fila de vitaminas y analgésicos. Cojo la primera caja que veo sin mirar la marca, y luego añado un paquete de chicles y una botella de agua para que la compra parezca casual.

El anciano farmacéutico apenas me mira mientras pago, pero me siento expuesta de todos modos, como si todo el mundo en la tienda

pudiera ver lo que estoy comprando y por qué.

El camino a casa pasa en una nebulosa de pensamientos ansiosos. ¿Y si da positivo? ¿Qué le digo a Misha? ¿Qué le digo a Batya? ¿Qué pasará cuando Sonya se entere y decida usarlo en mi contra?

De vuelta en el apartamento, Elvin sigue durmiendo. Me encierro en el baño y leo las instrucciones dos veces antes de abrir el paquete de la prueba. Me tiemblan las manos mientras sigo los pasos, luego pongo el palito de plástico en la encimera y espero.

Tengo que esperar tres minutos. Los tres minutos más largos de mi vida.

Paseo por el diminuto baño, evitando mi reflejo en el espejo, intentando no pensar en lo que significaría un resultado positivo. Misha y yo nos conocemos desde hace muy poco. Todavía nos estamos conociendo, todavía estamos descubriendo qué queremos de esta relación. Un bebé lo cambiaría todo.

Y luego está Sonya. Si se entera de que estoy embarazada, lo verá como una forma de presión, otra manera de controlarme, otro punto débil para asegurar mi cooperación. Usará a mi hijo de la misma manera que ha estado usando la enfermedad de Elvin.

Cuando finalmente miro la prueba, el resultado es claro.

Positivo.

El mundo parece girar a mi alrededor. Me agarro a la encimera del baño, mirando fijamente la pequeña ventana que acaba de cambiar todo mi futuro. Hay un bebé creciendo dentro de mí, el bebé de Misha. La idea debería llenarme de alegría, pero todo lo que siento es un miedo glacial.

Sonya me destrozará si se entera. Usará este embarazo para atarme a su operación permanentemente, amenazando no solo los tratamientos de Elvin, sino la seguridad de mi hijo. Me convertiré exactamente en lo que ella quiere: una mujer desesperada con

demasiado que perder, dispuesta a hacer cualquier cosa para proteger a la gente que ama.

Envuelvo la prueba en un pañuelo de papel y la entierro en el fondo de la papelera, debajo de botes de champú vacíos y pañuelos usados. Luego me lavo las manos a conciencia, frotando hasta que la piel se me pone roja, como si pudiera lavar lo que he descubierto.

Cuando salgo del baño, Elvin está despierto, haciendo zapping con el mando.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta sin mirarme.

—Mucho mejor. —La mentira sale con facilidad—. Debió de ser algo que comí.

—Bien. Empezabas a tener mala cara.

Me acomodo en mi silla y finjo ver la televisión, pero mi mente va a toda velocidad. ¿Cuánto tiempo puedo ocultar esto? ¿Cuándo empezaré a notarlo? ¿Qué pasará cuando Misha note los cambios en mi cuerpo?

Una parte de mí quiere decírselo de inmediato. Ha sido protector, cariñoso, prometiendo mantenerme a salvo de amenazas que ni siquiera entiendo del todo. Quizá le alegraría la noticia del bebé. Tal vez lo vería como una razón para formalizar nuestra relación, para ofrecerme la seguridad que he estado anhelando.

Pero otra parte de mí recuerda las advertencias de Batya, las observaciones de Elvin sobre las profundidades ocultas de Misha. ¿Y si su protección tiene un precio que aún no entiendo? ¿Y si este embarazo se convierte en otra herramienta de manipulación, otra forma de controlar mis decisiones?

—¿Vera? —La voz de Elvin rompe mis pensamientos en espiral.

—¿Sí?

—¿Seguro que estás bien? Pareces… distinta.

—Estoy bien. —Fuerzo una sonrisa—. Solo cansada.

Me estudia por un momento, luego asiente. —Si tú lo dices. Pero tal vez deberías cuidarte más. Ya sabes, comer mejor, dormir más, todo eso de la vida sana.

—Lo haré.

La tarde pasa lentamente. Ayudo a Elvin con su medicación, preparo una cena ligera que apenas puedo probar y cuento las horas hasta que Batya vuelva a casa. Y para la noche, he tomado una decisión. Este secreto se queda conmigo, al menos por ahora. Hasta que entienda lo que Misha quiere realmente de mí, hasta que sepa si su protección es genuina o parte de un juego más grande, no puedo arriesgarme a contarle lo del bebé.

MISHA

Me coloco en la oficina del hipódromo con una vista despejada del aparcamiento de empleados, observando a través de las persianas cómo los coches van llegando para el turno de mañana. El horario de Vera la sitúa aquí a las siete y media, pero llevo desde las seis revisando las grabaciones de seguridad y trazando el plan de vigilancia de hoy.

El Honda azul de Vera aparca en su sitio de siempre y la veo salir, ajustándose la correa del bolso sobre el hombro. Se mueve de forma diferente a como lo hacía hace dos semanas: más despacio, con más cautela, con una forma cuidadosa de sostenerse que sugiere malestar. Estrés, probablemente. La situación con Sonya la ha estado desgastando, a pesar de que le he asegurado que la protegeré.

Se dirige hacia la entrada de los establos, siguiendo su ruta habitual, pero entonces se detiene cerca de la zona de entrega de pienso. Gira la cabeza, escudriñando el aparcamiento, y veo que sus hombros se tensan.

Un sedán negro está al ralentí cerca de la esquina más alejada del aparcamiento: el mismo coche que he visto aparcado fuera de su edificio de apartamentos en algunas ocasiones. Sé que es el coche de Sonya.

Vera mira su móvil, lee un mensaje y vuelve a mirar a su alrededor antes de cambiar de dirección. En lugar de entrar por las puertas principales de los establos, camina hacia el cobertizo de mantenimiento que hay detrás del segundo edificio. Es una ruta que la aleja de las cámaras de seguridad, del trasiego habitual de gente.

Cojo mi chaqueta y salgo de la oficina, moviéndome con rapidez, pero manteniéndome fuera de la vista. Se puede acceder al cobertizo de mantenimiento por tres caminos diferentes, y elijo el que me dará el mejor punto de observación sin delatar mi posición.

Para cuando llego a la esquina trasera del cobertizo, Vera ya está dentro. A través de la ventana mugrienta, la veo de pie cerca del estante de herramientas, con el móvil pegado a la oreja. Su postura es rígida, defensiva.

—No puedo seguir haciendo esto —su voz atraviesa las finas paredes, afilada por la tensión—. No después de lo que le pasó a Pavel.

Una pausa, luego su voz baja de tono, pero aun así distingo las palabras.

—Entiendo el acuerdo, pero las cosas han cambiado. Hay gente observando ahora, haciendo preguntas.

Otra pausa. Su mano libre se cierra en un puño.

—No, no le he dicho nada a nadie. Pero tengo miedo, Sonya. Toda esta situación se está yendo de las manos.

La conversación continúa durante un minuto más, pero sus respuestas se vuelven más cortas, más tajantes. Cuando por fin cuelga, se apoya en el banco de trabajo y respira hondo varias veces.

Espero a que salga del cobertizo antes de seguir sus pasos de vuelta a los establos. Ahora se mueve deprisa, su cautela anterior ha sido

sustituida por urgencia. Sea lo que sea lo que Sonya le ha dicho, la ha empujado a la acción inmediata.

El túnel del paddock conecta el complejo de los establos con las instalaciones de apuestas del hipódromo: un pasillo de hormigón bordeado de tuberías y conductos eléctricos, mal iluminado y que apenas se usa, salvo en los días de carreras importantes. También es el lugar perfecto para reuniones discretas y conversaciones privadas.

Vera se dirige directamente hacia él.

La sigo a distancia, mis pasos enmascarados por el ruido ambiental del picadero cercano. La entrada del túnel está oculta detrás de una hilera de cobertizos para el equipo, y solo es accesible para el personal autorizado. Vera tiene una tarjeta de acceso —todos los trabajadores de los establos la tienen—, pero que use esta ruta a esta hora es sospechoso.

Desaparece en el túnel y espero treinta segundos antes de seguirla.

El túnel está en penumbra, iluminado solo por las luces de emergencia cada seis metros. Las paredes de hormigón amplifican cada sonido, lo que dificulta el sigilo. Me muevo con cuidado, usando los pilares de soporte para cubrirme, hasta que puedo ver a Vera a unos cincuenta metros.

No está sola.

Sonya Radich está de pie cerca del punto medio del túnel, su silueta nítida contra la débil iluminación. Incluso desde esta distancia, puedo ver la tensión entre las dos mujeres: la postura defensiva de Vera, la presencia imponente de Sonya.

Sus voces resuenan en las paredes, distorsionadas, pero audibles.

—Las instrucciones han cambiado —dice Sonya, en tono profesional —. El patrón de apuestas del mes pasado es demasiado obvio. Necesitamos más variación.

—No lo entiendo —la voz de Vera tiembla—. Dijo que el sistema estaba funcionando.

—Estaba funcionando demasiado bien. La gente se fija en los patrones, hace preguntas. Tu amigo el corredor de apuestas, por ejemplo.

Aprieto la mandíbula. Saben que he estado observando.

—No sé de qué me habla —dice Vera rápidamente.

La expresión de Sonya es dura como el acero mientras vuelve al tema. —El nuevo enfoque requiere diferentes plazos, diferentes cantidades. Apuestas más pequeñas, repartidas en varias carreras. —Sonya se acerca a Vera—. ¿Puede encargarse de eso o tenemos que buscar a alguien más fiable?

—Puedo encargarme —murmura Vera, y baja la cabeza.

—Bien. Porque los tratamientos de su hermano dependen de su cooperación.

No puedo ver la reacción de Vera, pero su silencio se alarga lo suficiente como para sugerir que las palabras de Sonya han surtido efecto.

—¿Alguna otra consideración? —pregunta Vera finalmente.

—Digamos que la lealtad tiene beneficios y la traición, consecuencias. Para todos los implicados.

Sonya le entrega un sobre a Vera; las instrucciones para las apuestas, por lo que puedo deducir.

—Las carreras de hoy. Siga el horario exactamente. Sin desviaciones ni interpretaciones creativas. ¿Y, Vera? —la voz de Sonya se agudiza —. Se acabaron las llamadas para decir que tiene miedo. Esto es un negocio, no terapia.

Sonya se da la vuelta y se adentra en el túnel, hacia la salida del lado de la pista. Vera se queda donde está, mirando el sobre que

tiene en las manos.

Espero a que los pasos de Sonya se desvanezcan por completo antes de moverme. Vera sigue de pie en el mismo sitio, con los hombros temblando ligeramente. Cuando salgo de las sombras, se gira con un respingo.

—Misha —su voz es apenas un susurro.

—¿Qué haces aquí?

Aprieta el sobre contra su pecho, con los ojos desorbitados por el pánico. —Me perdí. Estaba buscando el almacén y me equivoqué de camino.

La mentira es obvia, patética. El sobre en sus manos, el miedo en sus ojos, la culpa escrita en su rostro… todo la delata. Está ignorando lo que le dije que hiciera.

—Inténtalo de nuevo —digo, con voz baja y controlada. Ella arquea las cejas ahora, la mandíbula floja.

—No sé a qué te refieres.

—El sobre, Vera. Sonya… La verdadera razón por la que estás en este túnel en lugar de hacer tu trabajo en los establos.

Su rostro palidece y, por un momento, creo que podría desplomarse. —Misha, por favor…

—La verdad. ¡Ahora!

Mira a su alrededor desesperadamente, como si buscara una ruta de escape. Pero estamos solos en el túnel, no hay a dónde correr ni nadie que la ayude.

—No es lo que parece —dice.

—¿Qué es, entonces?

—Amenaza con dejar de ayudar a Elvin. No sé qué hacer…

La verdad a medias es peor que una mentira completa. Sigue intentando proteger la operación de Sonya, sigue anteponiendo sus intereses a su propia seguridad. Quizá me he equivocado con ella todo este tiempo.

Una ira fría se instala en mi pecho; no hacia ella, sino hacia la situación que la ha forzado a esta posición. Hacia Sonya por explotar su desesperación. Hacia mí mismo por dejar que esto llegara tan lejos.

—No me mientas. —Mi voz sale con un filo del genio que me esfuerzo por controlar.

Vera se estremece. —No estoy mintiendo.

—Estabas recibiendo instrucciones de Sonya Radich. La misma Sonya que estaba relacionada con Pavel antes de que muriera. La misma mujer con la que te dije que dejaras de hablar.

—Lo sé, pero...

—¿Lo sabes? —doy un paso más cerca y ella retrocede contra la pared del túnel—. Sabes que es peligrosa. Sabes que no se trata de simples favores de apuestas. Y sabes que estás más metida en esto de lo que quieres admitir.

—Misha, por favor. Solo hago las apuestas. Eso es todo. No sé nada más.

El miedo en sus ojos es genuino, pero hay algo más ahí, algo que no me está contando. La forma en que se sostiene, los movimientos cuidadosos, la manera protectora en que coloca el sobre contra su cuerpo.

Mi genio se enciende, y el cuidadoso control que he mantenido durante semanas amenaza con romperse. El impulso de sacarle la verdad a la fuerza, de hacerle entender lo peligroso que se ha vuelto este juego, me sube por la garganta. Veo sangre. Me veo

agarrándola por el cuello y asfixiándola hasta que me dé las respuestas que necesito, y entonces…

Entonces veo la forma en que me mira: no con desafío ni cálculo, sino con terror. No tiene miedo de las amenazas de Sonya ni de las consecuencias del plan de apuestas. Me tiene miedo a mí.

Y me detengo en seco.

En algún punto del proceso de protegerla, investigarla, manipular su confianza, me he convertido en otra fuente de miedo en su vida.

Fuerzo mi voz para que se suavice, reprimo la ira que quiere explotar. Con una voz ronca y un sabor amargo en la lengua, logro decir: —Lo siento.

Las palabras me suenan extrañas en la boca. No recuerdo la última vez que le pedí disculpas a alguien por algo. Pero el miedo en los ojos de Vera exige algo que nunca he dado antes.

—No pretendía asustarte. —La disculpa suena áspera y desconocida —. Me preocupa tu seguridad, no estoy enfadado contigo.

Sus hombros se relajan ligeramente, aunque la cautela permanece en su expresión.

—Sé que estás en una posición difícil —continúo—. Sé que alguien te está presionando, amenazando a la gente que te importa. Pero mentirme no lo mejorará.

Me escudriña el rostro, buscando engaño o manipulación. Lo que sea que vea allí parece tranquilizarla, porque parte de la tensión abandona su postura.

—Tengo miedo —admite en voz baja.

—¿De qué?

—De todo. De ellos, de lo que podrían hacer si dejo de cooperar. De lo que podría pasarle a Elvin si no puedo pagar sus tratamientos.

Cierro la distancia entre nosotros, lentamente, dándole tiempo a apartarse si quiere. No lo hace. En cambio, me mira con esos ojos verdes que han estado rondando mis pensamientos durante semanas.

—No tienes que tenerme miedo —digo, rozando su mejilla con mis nudillos—. Estoy tratando de protegerte.

—Lo sé. Pero hay cosas que no entiendes, cosas que no puedo explicar.

—Entonces, confía en mí para que te ayude a resolverlo.

Me inclino y la beso suavemente, nada que ver con la intensidad exigente de nuestros encuentros anteriores. Este beso es para tranquilizarla, para ofrecerle consuelo en lugar de tomarlo. Al principio, lo siento tóxico para mi instinto de supervivencia, mortal para mi orgullo y mi ego. Y luego se siente natural e íntimo, y me doy cuenta de que también me está anclando.

Se derrite contra mí, su mano libre agarrando mi chaqueta como si yo fuera lo único sólido en su mundo. El sobre se arruga entre nosotros, un recordatorio de la red de mentiras y amenazas que nos rodea a ambos.

Se aparta, todavía apoyada en mí. —¿Qué pasa ahora? —pregunta.

—Ahora tú vas a hacer tu trabajo, y yo el mío. ¿Pero, Vera? —le levanto la barbilla para que tenga que mirarme—. Esto no ha terminado. Sonya y su gente, el plan de apuestas, las amenazas... voy a acabar con ello. Con todo.

Ella asiente, aunque puedo ver la duda en sus ojos.

—Quédate cerca de mí hoy —le digo—. Y si alguien se te acerca, alguien a quien no reconozcas, búscame de inmediato.

—Vale.

La veo caminar de vuelta hacia la entrada de los establos, con el sobre todavía en la mano. Hoy seguirá las instrucciones de Sonya. No tiene otra opción, con la vida de su hermano en juego. Pero la conversación que he escuchado a escondidas me ha dado nueva información sobre su operación, nuevas perspectivas sobre sus vulnerabilidades.

Y lo que es más importante, ha confirmado lo que he sospechado durante semanas. Vera es un peón, no una jugadora. La están utilizando personas que ven su desesperación como una herramienta; su amor por su familia, como una debilidad que explotar.

La ira fría regresa, más aguda ahora y más centrada. Sonya Radich cree que puede operar en territorio Vetrov, utilizando a nuestra gente, sangrando nuestros recursos, amenazando a los que están bajo nuestra protección.

Se equivoca.

Pero primero, necesito acercarme a su operación. Y la única forma de hacerlo es a través de Vera, lo que significa mantener su confianza mientras uso su acceso para destruir a las personas que la han estado manipulando.

Es un equilibrio peligroso, proteger a alguien mientras se le utiliza. Pero mientras camino de regreso a la oficina del hipódromo, con el sabor del beso de Vera todavía en mis labios, sé que estoy demasiado metido como para dar marcha atrás.

La sensación de ella apoyándose en mí, confiando en mí a pesar de su miedo, me deja más inseguro de lo que quiero admitir.

Pero no puedo sentarme a analizarlo. Ahora mismo, tengo que planear una guerra.

VERA

Me tiemblan las manos al abrir la puerta del cobertizo del pienso, con el sobre de Sonya arrugado en mi puño. El oscuro espacio me asfixia, pero es familiar y seguro en comparación con el túnel de hormigón donde todo se torció. Me apoyo en la áspera pared de madera, intentando recuperar el aliento, intentando asimilar lo que ha pasado. Misha me estaba siguiendo, ¿y por qué no iba a hacerlo? Me pidió que me mantuviera alejada de ella y que no me apartara de él, y yo ignoré su petición.

La puerta se abre a mi espalda y, sin necesidad de girarme, sé que es él. Me asustó la mirada de sus ojos, pero solo está intentando protegerme y yo debería haberle escuchado.

—Vera.

No me doy la vuelta para mirarlo porque la vergüenza me deforma el rostro. Siento el pellizco en la nariz, la tensión en los hombros.

—Mírame.

Su voz es más suave que en el túnel, pero todavía hay un deje de dureza. La misma tensión controlada que vi cuando me acorraló, cuando sus ojos se volvieron fríos y peligrosos.

—Necesito un minuto —susurro.

—Estás temblando.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. —Su mano me toca el hombro y me aparto de un respingo. El movimiento lo deja helado—. Vera, no voy a hacerte daño.

—Lo sé. —Las palabras me salen demasiado rápidas, demasiado cortantes—. Sé que no lo harías.

—Entonces, ¿por qué no me miras?

Porque cuando lo hago, veo aquello de lo que Batya me advirtió. El hombre que responde a las preguntas con demasiada facilidad, que aparece en el momento justo, que maneja los enfrentamientos con una pericia que denota una experiencia que no quiero reconocer.

Pero también veo al hombre que se quedó conmigo tras la muerte de Pavel, que conoció a mi familia y respondió con paciencia a todas y cada una de las preguntas de Batya. El hombre que promete protegerme y me hace sentir segura.

Me doy la vuelta lentamente y su expresión se suaviza de inmediato al ver mi cara.

—Ahí está —dice en voz baja—. Así está mejor.

—¿En serio? —se me quiebra la voz—. Porque estoy aterrorizada, y no sé si es por Sonya o por lo que he visto en tus ojos hace un momento.

Se queda completamente inmóvil.

—¿Qué has visto?

—No lo sé. Algo frío. Algo… —busco la palabra adecuada—. Peligroso.

Permanece en silencio un largo rato, estudiándome el rostro. Cuando habla, su voz es cautelosa.

—Estaba enfadado. No contigo, sino con la situación. Con la gente que te está utilizando.

—Mi padre cree que no eres quien pareces.

—¿Y tú qué crees?

Debería preguntárselo directamente: «¿Quién eres en realidad? ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué todo el mundo ve en ti algo que a mí se me escapa?».

En lugar de eso, digo:

—Creo que intentas protegerme. Creo que quizá te has enfadado porque te importa lo que me pase.

Un destello de alivio cruza sus facciones.

—Sí. —Sus hombros pierden parte de la tensión y vuelve a alargar la mano hacia mí; esta vez, no me aparto.

—Pero también creo que hay cosas que no me estás contando.

—Hay cosas que no puedo contarte, *milyy*. —Se acerca más y me aprieta el brazo—. Pero todo lo que he dicho sobre querer protegerte es verdad. —La otra mano de Misha se levanta y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Me relaja por completo saber que de verdad quiere protegerme. Pero mi corazón todavía quiere más certezas.

—Incluso cuando me has mirado en el túnel y por un segundo he pensado que podrías… —Dejo la frase en el aire, sin saber cómo terminarla.

—¿Podría qué?

—No lo sé. Hacerme daño. No físicamente, pero… hacerme desaparecer de alguna manera.

Las palabras me salen en un torrente y al instante desearía poder retirarlas. Pero Misha no parece enfadado ni ofendido. Parece

desolado.

—Dios, Vera. —Me aprieta más fuerte y luego me pasa un pulgar por el pómulo, acunándome la mandíbula con la mano—. Jamás lo haría. Pase lo que pase, hayas hecho lo que hayas hecho o no, jamás te haría daño.

—Prométemelo.

—Te lo prometo. —Se inclina y apoya su frente contra la mía. La sinceridad en su tono hace que me derrita contra él—. Te prometo que estás a salvo conmigo.

La ternura de su voz acaba por disipar el resto de mi inseguridad. Todo el miedo y la confusión de la última semana, todos los secretos que he estado guardando, todo el peso de las decisiones que nunca quise tomar… se me viene todo encima de golpe.

—Lo siento —susurro, y las lágrimas empiezan a brotar antes de que pueda detenerlas—. Siento haberte mentido. Siento haber seguido en contacto con Sonya. Siento ser un puto desastre.

—Eh. —Su voz es suave, tranquilizadora, mientras me atrae hacia su cuerpo—. No tienes nada por lo que disculparte.

—Sí que lo tengo. Has estado intentando protegerme y yo te he estado mintiendo a la cara.

—Estabas protegiendo a tu familia. Lo entiendo.

—¿De verdad? —Busco su mirada—. Porque me siento atrapada todo el tiempo. Sonya amenaza a Elvin si no coopero, pero seguir involucrada lo pone en más peligro. Tú quieres ayudar, pero no sé cuál es el precio de esa ayuda. Y hay cosas…

Me detengo antes de decir demasiado.

—¿Qué cosas?

Niego con la cabeza. El embarazo es demasiado, demasiado complicado. No cuando él es diecisiete años mayor que yo, no

cuando no entiendo del todo qué clase de hombre es en realidad ni lo que quiero en la vida.

—Solo… cosas que no puedo explicar ahora mismo.

Él se echa hacia atrás y me estudia el rostro un largo rato, luego asiente.

—De acuerdo. Pero, cuando estés lista para contarme lo que sea que te estás guardando, te escucharé. Y no te juzgaré por ello.

La promesa me oprime el pecho. Quiero creerlo. Quiero confiar en que su protección no viene con condiciones, en que sus sentimientos por mí son reales y no parte de un juego más grande.

—Tengo miedo —admito.

—¿De mí?

—A veces. No porque piense que me harás daño, sino porque no entiendo por qué quieres ayudarme. Los hombres de tu edad, con tu dinero y tus contactos… no suelen preocuparse por empleadas de establo con hermanos enfermos y demasiados problemas.

Aprieta la mandíbula.

—Puede que la mayoría de los hombres de mi edad no lo hagan. Pero yo no soy como la mayoría.

—¿Qué eres, entonces?

—Alguien que ve lo valiente que eres. Lo leal. Todo lo que estás dispuesta a sacrificar por la gente que quieres. —Sus manos me enmarcan el rostro con más firmeza—. Alguien que quiere asegurarse de que no tengas que sacrificar nada más.

Se inclina y me besa, suave al principio, y luego más profundo cuando respondo. Todavía hay tensión en su cuerpo, la energía contenida de nuestro enfrentamiento en el túnel, pero su tacto es gentil. Paciente.

Me permito fingir que sus promesas son simples y verdaderas, que no hay complejidad tras su protección, ni una agenda oculta que no pueda ver.

Sus manos se deslizan hasta mi cintura, atrayéndome más cerca, y de repente la dulzura se transforma en algo más urgente. El miedo y la adrenalina de la última hora se convierten en necesidad, en el deseo desesperado de sentirme segura, deseada y real.

Cuando intenta apartarse, vuelvo a atraer su boca hacia la mía. El beso es ahora hambriento, exigente, y él responde con la misma intensidad. Sus manos se enredan en mi pelo, y las mías se aferran a su camisa, atrayéndolo aún más.

Retrocedemos a trompicones hasta que quedo apretada contra la pared, con balas de heno apiladas a nuestro lado. Su boca se desplaza hacia mi cuello y yo me arqueo contra él, queriendo perderme en las sensaciones en lugar de en los pensamientos.

—Deja que te cuide —murmura contra mi garganta. Su mano se desliza bajo mi camisa, los dedos se abren sobre mis costillas como si necesitara sentir cada parte de mí. Su voz es áspera, pero su tacto es lento, reverente. Empuja la tela hacia arriba, desnudándome centímetro a centímetro, y luego baja su boca hasta mi clavícula.

Su boca se detiene en mi clavícula, los dientes rozándola ligeramente mientras sus manos suben mi camisa. Me la quita por la cabeza con un movimiento rápido y la tira a un lado. Sus palmas vuelven a mi piel de inmediato, deslizándose sobre mis costillas, sujetándome mientras su boca se cierra sobre la curva de mi pecho a través del sujetador.

—Perfecta —masculla, con voz grave, casi un gruñido. Tira del encaje hacia abajo y me toma en su boca, succionando hasta que jadeo y me agarro a sus hombros.

El calor se enrosca, agudo y rápido, y mis caderas se mueven contra él.

—Más —susurro.

Me suelta solo para capturar mi boca de nuevo, de forma dura y profunda, mientras sus manos bajan. Sus dedos se afanan con el botón de mis vaqueros, forzándolo a abrirse, tirando hasta que la cremallera cede.

Baja la cremallera, sus nudillos rozándome el vientre, luego agarra la cinturilla y empuja la tela vaquera por mis caderas. La tela se aferra con terquedad y tengo que retorcerme contra la pared para ayudarle a bajarla. Su gruñido vibra contra mi boca, a partes iguales frustración y deseo, antes de que finalmente consiga bajarlos lo suficiente.

—Preciosa —murmura, su mano deslizándose por la curva de mi muslo, su pulgar acariciando donde la tela aún se aferra—. Podría mirarte así para siempre.

Me da la vuelta y me empuja sobre el barril de pienso. Mis palmas golpean la madera y su mano presiona con firmeza mi espalda, manteniéndome allí. Me separa las rodillas; la tela vaquera me aprisiona lo justo para mantenerme atrapada.

Se arrodilla. Sus manos me agarran las caderas y entierra la cara entre mis muslos. Su lengua se arrastra sobre mí y yo grito, mis uñas arañando la madera del barril. Succiona con fuerza, de forma constante, obligándome a abrirme.

El sonido de su cinturón atraviesa el torrente que oigo en mis oídos. La hebilla chasquea. La cremallera baja. Se libera con una mano y mantiene su boca sobre mí, sujetándome con la otra.

Se coloca detrás de mí, una mano sujetando mi cadera mientras la otra aparta mis bragas. La cabeza roma de su polla presiona contra mí y él gime.

—Tan estrecha para mí. Sabes que no puedo estar lejos de ti.

Me aferro al barril, preparándome mientras embiste. El estiramiento es agudo y yo grito, mi cuerpo esforzándose por acogerlo. Penetra más profundamente hasta que está enterrado en mí, su agarre en mi cadera implacable.

—Joder —masculla, con la voz grave y tensa—. Me acoges mejor que nadie.

Se retira y me embiste de nuevo, más fuerte esta vez. El barril se estremece bajo mis manos y su aliento llega áspero y entrecortado sobre mí.

—Eso es. Coge cada centímetro.

Tira de mis caderas hacia atrás y me penetra, su polla clavándose profundamente en la primera embestida. El estiramiento me hace jadear y arañar el barril, mi cuerpo luchando por resistir la fuerza. Impone un ritmo brutal, retirándose casi por completo para volver a embestir. Su agarre se cierra en mi cintura y me mantiene sujeta mientras me martillea, cada vez más fuerte, su voz áspera mientras gime. Yo me empujo contra él, desesperada por acogerlo más profundamente, mi respiración agitada y rota.

—Me das unas sensaciones increíbles —masculla, sus manos tirando de mí con más fuerza sobre su polla—. Me acoges tan bien cada maldita vez.

Las palabras me provocan un escalofrío. Mi cuerpo se contrae, apretándose a su alrededor mientras la presión aumenta. El barril se tambalea bajo mi peso a medida que sus embestidas se vuelven más duras, la fricción arrancando gritos de mi garganta. No puedo sostenerme, no cuando sigue embistiéndome así, golpeando tan profundo que veo las estrellas.

—Córrete para mí —gruñe, con la voz rota por la tensión—. Quiero sentirte correr en mi polla.

La orden me desgarra. Mi orgasmo me atraviesa en olas violentas, mi cuerpo se contrae con tanta fuerza que le arranca otro gemido.

Sollozo contra la madera mientras cada nervio se enciende, mis muslos tiemblan, mis uñas tallando surcos en el barril. Él sigue follando a través de mi orgasmo, sin tregua, su ritmo áspero e implacable. Mi clímax lo atrae más, su polla se sacude dentro de mí mientras su propio control se rompe.

—Cristo, Vera —gruñe—. Voy a llenarte tan profundo que nunca lo olvidarás.

Sus embestidas flaquean, luego se entierra hasta el fondo y se derrama dentro de mí con un gemido crudo. El calor me inunda mientras se vacía en duras oleadas, manteniéndome pegada a él mientras su orgasmo toma el control. Me desplomo sobre el barril, mi cuerpo temblando, cada parte de mí agotada y en carne viva. Él permanece dentro de mí, sus caderas apretadas contra las mías, su aliento áspero y entrecortado sobre mí.

Finalmente se retira, sus manos se suavizan en mi cintura, su voz grave y ronca cuando se inclina cerca de mí.

—Me desarmas cada vez.

En algún punto entre los jadeos y el intento de recuperar el aliento, las palabras se me escapan antes de poder detenerlas.

—Te quiero.

La confesión parece sorprenderme más a mí que a él. Me quedo helada, horrorizada por mi propia sinceridad, pero sus manos me levantan de inmediato y me enmarcan la cara, obligándome a mirarlo.

—Vera… —sus ojos buscan mi rostro desesperadamente—. Yo también te quiero. —No me importa lo que diga Batya ni lo que Elvin se preocupe por mí. El hombre que me mira a los ojos ahora mismo siente las palabras que está diciendo.

El alivio me inunda, seguido inmediatamente por un tipo diferente de miedo. El amor lo complica todo, lo hace todo más peligroso. El

amor significa que hay más que perder.

—Quiero protegerte de todo esto —continúa, sus pulgares rozando mis pómulos—. Eres inocente en todo este lío. No mereces verte atrapada en sus juegos.

—No soy tan inocente, Misha… —El sexo se desliza por mi muslo, pero ignoro la sensación mientras él sigue hablando.

—Lo eres. Eres buena, y eres honesta, y estás tratando de hacer lo correcto por tu familia. La gente que te utiliza, ellos son el problema, no tú.

Quiero hablarle del bebé. Quiero confesarle que estoy embarazada de su hijo y que estoy aterrorizada por lo que eso significa para ambos. Pero las palabras no salen. No cuando me mira con tanta certeza, con tanta ternura protectora. No se da cuenta de cuánto podría complicarlo todo, de cuánto más riesgo me rodea ahora. Sonya es el tipo de persona que mi padre acusa a Misha de ser, y no dudará en hacer las mismas cosas que Batya teme que me ocurran.

Pero no puedo decírselo a Misha ahora. En cambio, lo beso de nuevo, vertiendo todo mi miedo, amor y desesperación en el contacto. Él responde inmediatamente, abrazándome, y por un momento me dejo creer que el amor es suficiente. Que su protección es real e incondicional, que podemos encontrar una salida a la red de mentiras y amenazas que nos rodea.

Dios, quiero confiar en él por completo. Pero mientras nos arreglamos la ropa y nos preparamos para salir del cobertizo, las advertencias de Batya resuenan en mi mente. Nadie es tan perfecto. Nadie maneja la presión tan bien.

El hombre que me toma de la mano, prometiendo protegerme de todo, podría no ser quien parece. Pero también es el hombre que acaba de decirme que me quiere, que me ha hecho sentir querida y segura en un mundo que no ha sido más que peligroso.

Sean cuales sean los secretos que Misha guarde, sea cual sea la agenda que pueda esconderse tras su protección, voy a confiar en él. Porque la alternativa —enfrentarme a Sonya y sus amenazas sola — es más aterradora que cualquier engaño que él pueda estar ocultando.

Solo espero estar tomando la decisión correcta.

Por los dos.

Y por el bebé del que todavía no estoy preparada para hablarle.

20

MISHA

Después de dejar a Vera en la puerta de empleados, busco un buen punto estratégico desde el que vigilar a Sonya y me coloco en la barandilla con vistas a la pista de entrenamiento. La ubicación me ofrece una visión clara de las entradas de las cuadras y del aparcamiento y, lo que es más importante, es donde Sonya me verá en cuanto salga del coche.

El plan cristalizó durante la noche mientras estaba tumbado en la cama, pensando en la confesión de Vera, en el miedo de sus ojos cuando me miró en el túnel. La banda de Radich ha estado viviendo de prestado desde la muerte de Pavel, y la conversación de ayer con Sonya demostró que se me ha acabado el tiempo. Es hora de adoptar un enfoque más directo.

A las siete y cuarto, el sedán negro aparca en su sitio habitual y Sonya sale de él, comprueba su móvil y luego escudriña la zona como para asegurarse de que nadie la observa. Su mirada me encuentra en la barandilla y veo el momento exacto en que me reconoce, el asco en su cara. Puede que Vera no sepa quién soy, pero la señora Radich sí, y no le hace ninguna gracia que esté jodiendo sus planes.

En lugar de evitar el contacto, camino directamente hacia ella, y sus ojos no se apartan de los míos en todo el trayecto.

—Buenos días —digo, deteniéndome lo suficientemente cerca como para que el encuentro sea inevitable—. Ha llegado usted temprano.

Me estudia con fría premeditación. De cerca, puedo ver las duras líneas alrededor de sus ojos, la forma en que se yergue con confianza. Lleva mucho tiempo en este negocio. Sabe qué esperar de esta confrontación.

—Podría decir lo mismo de usted.

—La dirección del hipódromo tiene un horario madrugador. Sobre todo cuando hay problemas de seguridad.

—¿Problemas de seguridad? —pregunta enarcando una ceja, pero el atisbo de una sonrisa socarrona en la comisura del labio revela que no le sorprende oírlo.

—Gente que no debería estar aquí, haciendo preguntas sobre caballos y jockeys. Haciendo arreglos que afectan a los resultados de las carreras. —Rozo el suelo con la punta del zapato y cuadro los hombros—. Usted me entiende.

Su expresión no cambia, pero capto la ligera tensión en la forma en que aprieta los labios. —Me temo que no sé de qué me habla.

—Por supuesto que no. Pero si lo supiera, querría que supiera que la dirección tiene un gran interés en proteger nuestros activos. A nuestra gente.

—¿Su gente?

—Todo el que trabaja aquí. Todo el que está bajo nuestra protección. —Me cruzo de brazos y observo cómo se le oscurecen los ojos.

La amenaza puede ser sutil, pero es inconfundible. Sonya entrecierra los ojos ligeramente, reevaluándome.

—¿Y usted es…?

—Alguien que se fija en las cosas. Alguien que recuerda caras y conexiones. —Miro el reloj—. Debería dejar que se ocupe de sus

asuntos. Sean los que sean.

Me alejo sin esperar respuesta, sintiendo su mirada seguirme por todo el aparcamiento. El mensaje ha sido entregado: la están vigilando, su operación es conocida, y la gente a la que ha estado manipulando está ahora bajo la protección de otra persona.

Todavía no puedo hacer un movimiento directo o traerá un aluvión de problemas, y quizá una guerra abierta entre los Vetrov y la banda de Sonya, pero no pienso quedarme de brazos cruzados y dejar que siga operando con tanto descaro sin al menos una advertencia.

Cuando veo a Vera salir del almacén de pienso con su carro, la intercepto antes de que llegue a la entrada de la cuadra. Sonríe al acercarme, pero esta mañana no tengo tiempo para cumplidos.

—Tenemos que hablar —le digo, guiándola hacia el guadarnés al fondo del edificio dos. El lugar apenas se usa por las mañanas, perfecto para una conversación privada. Deja atrás su carro de pienso, pero camina conmigo sin protestar. Al menos ahora me he ganado su total confianza.

—¿Va todo bien? —pregunta mientras cierro la puerta tras nosotros.

—Eso depende. ¿Te ha contactado Sonya desde ayer?

—No. —Su voz es mesurada, cautelosa—. ¿Por qué?

—Porque quiero asegurarme de que entiendes lo peligrosa que se ha vuelto esta situación.

Me coloco entre ella y la puerta, no para atraparla, sino para asegurar que nuestra conversación se mantenga en privado. La luz de la mañana se filtra por una ventana mugrienta, pero a través de ella veo pasar a otros entrenadores y mozos de cuadra. No tenemos mucho tiempo antes de que alguien necesite esta sala.

—Misha, ¿qué está pasando? —Se abraza a sí misma, un gesto defensivo que hace que algo se me retuerza en el pecho.

Me acerco más, lo suficiente para ver las motas doradas en sus ojos verdes. —A partir de ahora, voy a estar más involucrado en tu rutina diaria. Caminaré por tus rutas contigo, estaré cerca cuando estés en las ventanillas de pago, me mantendré a una distancia en la que pueda oírte siempre que Sonya o su gente estén cerca.

—¿Quieres seguirme todo el día? —Sus ojos se desvían nerviosamente hacia la puerta, por donde pasan unas voces, y suspira—. No pensaba que fuera tan grave. No tienes que hacer de niñera.

—Quiero protegerte. Hay una diferencia.

Me escudriña la cara, buscando algo que no estoy seguro de poder darle. —¿Y si digo que no?

—Entonces estás sola con gente que ya ha matado a una persona para proteger su operación. —Dejo que eso cale—. ¿Es eso lo que quieres? —Las mentiras me salen con mucha facilidad, pero es más sencillo dejarle creer que Sonya mató a Pavel que explicarle por qué tuve que eliminarlo.

—Por supuesto que no —dice, dejando caer los hombros.

—Entonces, trabajamos juntos. Me dices cuándo te contacta Sonya, qué instrucciones te da, adónde quiere que vayas. Yo me aseguro de que no te pase nada mientras sigues esas instrucciones.

—¿Y después qué? Esto no puede durar para siempre, Misha. —Me rodea el pecho con los brazos en un gesto que me sobresalta. Me tenso al principio y luego le devuelvo el abrazo.

—No, no puede. Por eso vamos a asegurarnos de que se acabe. —Las palabras salen un poco vacilantes, como me siento yo. Vera ya no es solo un peón en este juego y, cuando le dije que la quería, lo decía en serio. Me mira con una mezcla de esperanza y recelo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que Sonya y su banda van a aprender que usar a la gente para hacer su trabajo sucio tiene consecuencias. —Siento el pecho en llamas, debatiéndome entre lo que sé que es mi trabajo y lo que esta mujer en mis brazos significa para mí—. No pueden entrar en nuestro territorio y…

—¿Nuestro territorio?

Me doy cuenta de mi desliz de inmediato. El lenguaje posesivo, la reivindicación territorial… revela más de mi posición de lo que nunca quise que supiera.

—El hipódromo, por supuesto, el complejo de las cuadras. Las zonas donde trabajas y vives. —Mantengo la voz firme, objetiva—. Lugares donde la gente debería poder hacer su trabajo sin ser amenazada o manipulada.

Asiente lentamente, pero puedo ver las preguntas en sus ojos. Preguntas sobre por qué hablo con tanta autoridad, por qué estoy tan seguro de poder manejar a criminales peligrosos, por qué mi protección se siente menos como preocupación y más como posesión.

—Vera. —Me aparto y le toco la mejilla, un gesto tan genuino como calculado. Tengo que asegurarme de que entienda que lo digo con todo mi corazón. Necesito protegerla—. Sé que esto es complicado. Sé que tienes miedo. Pero necesito que confíes en mí.

—Confío en ti.

—¿Incluso cuando no entiendes todo lo que hago o por qué lo hago?

Duda, y en esa vacilación veo las advertencias de su padre, su propio instinto diciéndole que algo no encaja.

—Confío en que te preocupas por mí —dice finalmente—. Confío en que quieres mantenerme a salvo.

No es una respuesta completa, pero es suficiente por ahora.

—Bien. Porque preocuparme por ti y mantenerte a salvo son las únicas cosas que me importan ahora mismo. —En algún punto entre seducirla para obtener información y manipular su confianza, mis prioridades han cambiado fundamentalmente. La investigación, los intereses de la familia, incluso mi propia supervivencia… todo se ha vuelto secundario ante la mujer que tengo delante.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta.

—Ahora, vas y haces tu trabajo. Pero no vas a ninguna parte sola, y no sigues ninguna de las instrucciones de Sonya sin decírmelo primero.

—¿Y tú?

—Yo me aseguro de que todo el mundo entienda las nuevas reglas.

Me inclino y le beso la frente, un gesto que pretende ser tranquilizador, pero que se siente más como una reivindicación. Ahora me pertenece, tanto si entiende del todo lo que eso significa como si no.

—No te separes de mí hoy —le digo—. Y si Sonya o cualquier otra persona intenta presionarte, me buscas inmediatamente. No te preocupes por ser educada, no te preocupes por montar una escena. Solo búscame.

Asiente, y puedo ver que parte de la tensión abandona sus hombros. Tener a alguien más que tome las decisiones, que cargue con la responsabilidad… es lo que ha necesitado todo este tiempo.

La veo salir del guadarnés y luego la sigo a distancia mientras empieza sus rondas matutinas. El instinto protector que me impulsa a seguir sus movimientos, a colocarme donde pueda intervenir si es necesario, se siente menos estratégico ahora y más fundamental.

Ahora, el impulso de mantenerla alejada del lío de los Radich no tiene que ver con reunir información o mantener mi tapadera. Tiene

que ver con asegurar que la mujer que amo sobreviva a la guerra que se avecina.

Porque se avecina. La escalada de Sonya, las amenazas contra Vera, la disputa territorial más amplia entre las operaciones de los Radich y los Vetrov… todo ello se está acumulando hacia una confrontación que dejará cadáveres por el suelo.

Solo tengo que asegurarme de que el de Vera no sea uno de ellos.

VERA

El sobre de Sonya es más fino hoy, solo un boleto de apuestas con números y cuentas. Hay tres paradas en lugar de las cinco habituales, pero las cantidades son mayores. Se me revuelve el estómago mientras repaso el itinerario. El recorrido no tiene sentido, me obliga a dar vueltas en círculo por el hipódromo en lugar de seguir la ruta lógica que me permitiría volver al trabajo más rápido.

Doblo el papel y me lo guardo en el bolsillo de la chaqueta, intentando ignorar el temblor de mis manos. Han pasado tres días desde que Misha me advirtió que me mantuviera cerca mientras él me sigue los pasos sin que se note. Una parte de mí se siente más segura sabiendo que me vigila. La otra se pregunta qué clase de empresario y dueño de caballos puede prometer una protección tan completa.

El paddock bulle de actividad cuando llego. Los entrenadores discuten con los comisarios sobre las posiciones de salida mientras los jockeys se pesan para las carreras de la tarde. Me pongo en la cola para cobrar detrás de dos hombres con trajes caros que huelen a colonia y hablan en un ruso rápido sobre probabilidades y márgenes.

Cuando me toca, el empleado coge mi boleto y desaparece en la trastienda más tiempo del necesario. A través de la ventanilla, lo veo

hacer una llamada telefónica, señalando mis papeles. Se me acelera el pulso.

—¿Hay algún problema? —pregunto cuando regresa.

—Solo una comprobación. Será un momento.

La espera se alarga cinco minutos, y luego diez. Los hombres que hay detrás de mí empiezan a quejarse entre dientes, pero no puedo irme sin completar la transacción. Sonya dejó claro lo que les pasa a quienes no siguen las instrucciones al pie de la letra. Me aterra incluso con Misha cubriéndome las espaldas. Él cree que puede con ellos, pero me da miedo que no sepa en qué se está metiendo.

Finalmente, el empleado me entrega el sobre y el recibo. —Ya está. Disculpe la espera —dice, pero su expresión sombría me hace estremecer.

Me guardo el recibo en el bolsillo y me dirijo a la cuadra doce, pero la sensación de que me observan me pone los pelos de punta en la nuca. No es la vigilancia protectora de Misha; esto es diferente.

Dos hombres están apoyados en la valla cerca del estercolero. Ninguno de los dos me suena. Uno lleva una chaqueta negra a pesar del calor de la tarde. El otro tiene las manos hundidas en los bolsillos. Están situados de forma que pueden ver a cualquiera que entre o salga del complejo de las cuadras, y cuando cambio ligeramente de dirección para poner a prueba mi sospecha, sus cabezas se giran para seguir mi movimiento.

El corazón me martillea en el pecho cuando llego a la cuadra doce y completo la segunda transacción. El entrenador me entrega el sobre sin mediar palabra, pero no deja de mirar hacia la puerta. Hoy todo el mundo nota la tensión. Tengo la sensación de que ellos también se dan cuenta de que nos vigilan, de que ellos también tienen alguna debilidad que Sonya podría estar explotando. Y me pregunto hasta dónde llega de verdad su alcance.

Cuando salgo de la cuadra, los dos hombres se han movido. Ahora flanquean el camino que lleva de vuelta al complejo principal, cortándome mi ruta habitual. El de la chaqueta negra consulta su teléfono y el otro responde con un sutil asentimiento de cabeza.

Respiro hondo y camino directamente hacia ellos, esperando que la confianza me saque de esta situación, sea cual sea. Pero a medida que me acerco, el de la chaqueta negra se interpone en mi camino.

—Perdone —digo, intentando rodearlo.

—¿Vera Kovalenko? —Su acento es cerrado y no me resulta familiar.

—Lo siento, ¿lo conozco?

—Tenemos que hablar.

El segundo hombre se acerca y se sitúa detrás de mí. Ahora estoy atrapada entre ellos, con la pared de la cuadra a un lado y un descampado al otro. Sin cobertura, sin escapatoria. Siento el pulso retumbarme bajo la piel mientras la adrenalina se me dispara por las venas.

—No tengo tiempo para hablar. Tengo que volver al trabajo.

—Esto no tardará mucho. —El de la chaqueta negra intenta cogerme la bolsa—. Dámela.

—No —suelto, apartándome—. No sé quién es usted, pero tiene que dejarme en paz.

Su compañero se levanta el borde de la chaqueta y revela la empuñadura de una pistola que lleva metida en la cintura. —Ella dijo que sin problemas, pero usted está creando problemas. —Su mirada recorre la zona y, por dentro, siento que mi cuerpo se prepara para correr.

La visión del arma hace que me fallen las piernas, pero la rabia brota junto al miedo. Estoy harta de que me mangoneen y de recibir órdenes de gente que me trata como si fuera prescindible.

—Se acabó —les digo, aferrando la bolsa con más fuerza—. Sea cual sea el acuerdo que creen que tengo, se ha terminado. Busquen a otra persona.

La expresión del de la chaqueta negra se endurece. —Esto no funciona así.

—Entonces quizá sea hora de que alguien explique cómo funciona. —Esta vez, la voz procede de detrás del montón de heno, y Misha aparece con una pistola ya desenfundada, el cañón apuntando directamente al pecho del de la chaqueta negra.

—Aléjese de ella —ordena Misha.

Ambos hombres se quedan paralizados, evaluando la nueva amenaza. La mano del de la chaqueta negra se cierne cerca de su propia arma, pero ya está en desventaja con la pistola de Misha apuntándole.

—Esto no es asunto suyo —dice el segundo hombre.

—Todo lo que le concierne a ella me concierne a mí. —Misha habla con absoluta autoridad—. Lárguense. Ahora.

En lugar de obedecer, el de la chaqueta negra saca su arma con un movimiento fluido y dispara. El tiro se desvía y arranca astillas de madera de la pared de la cuadra detrás de Misha. El sonido estalla en el patio de los establos, provocando que los caballos relinchen frenéticamente y que los mozos se tiren al suelo para cubrirse.

El disparo de vuelta de Misha es inmediato y preciso. El de la chaqueta negra se desploma en el suelo, agarrándose el pecho mientras la sangre florece en su camisa.

El segundo hombre corre hacia mí, abandonando cualquier amago de negociación. Balanceo la bolsa del dinero con todas mis fuerzas y le doy en la cara. El impacto lo hace tambalearse, pero se recupera rápidamente y se lanza de nuevo.

Detrás de nosotros, un caballo se encabrita en su box, con los cascos raspando la madera. El sonido se mezcla con los gritos de los mozos de cuadra y el ulular de las sirenas de seguridad que se acercan. Todo se sume en el caos, incluida mi sensación de seguridad. Estoy a punto de caer, haciéndome un ovillo, cuando Misha se interpone entre el segundo atacante y yo, protegiéndome con su cuerpo mientras dispara dos veces en rápida sucesión. Ambos disparos dan en el blanco, y el hombre cae a la tierra sin hacer más ruido.

—Por aquí. —Misha me agarra del brazo y tira de mí hacia el túnel de servicio que corre por detrás de las cuadras—. Vamos.

Me tiemblan las piernas mientras me pongo en pie a trompicones y echamos a correr, la adrenalina hace que todo sea demasiado brillante, demasiado nítido. El peso de lo que acaba de suceder —la violencia, la sangre, la naturalidad con la que Misha se ha encargado de esos dos hombres— cae sobre mí como una pesada manta.

Me guía por un laberinto de pasillos que no sabía que existían, pasando por almacenes y cuartos de máquinas, hasta que llegamos a una habitación cerrada con llave en las profundidades del interior del edificio. Saca una llave y me hace entrar, y luego cierra la puerta a nuestras espaldas.

La habitación es pequeña y sin ventanas, llena de sillas de montar y bridas que cuelgan de clavijas de madera. Una sola bombilla desnuda proporciona una luz cruda, que me hace entrecerrar los ojos mientras me encojo contra la pared.

—¿Estás herida? —Sus manos recorren mis brazos y hombros, buscando lesiones.

—No. Creo que no. —Mi voz suena lejana, desconectada de mi cuerpo. Me da vueltas la cabeza por lo que acaba de pasar.

—Bien. —Enfunda su arma y saca el móvil—. Esto no ha sido al azar.

Estoy temblando, sin comprender del todo lo que ha hecho Misha. ¿Por qué iba Sonya a enviar a alguien a por mí y a romper sus propias reglas cuando me había ordenado específicamente que las siguiera?

—Me estaban poniendo a prueba —me doy cuenta en voz alta—. ¿Para ver si me rompía, si podían obligarme a entregarles sus ganancias? —O quizá ahora busca deshacerse de cabos sueltos, como Pavel. Pero eso no lo digo en voz alta.

—Sí. —Sus dedos se mueven con rapidez por la pantalla del móvil—. Puede ser... o puede que solo quieran ponerte nerviosa y asustarte.

—Pero yo no supongo una amenaza...

Levanta la vista del móvil y veo que algo cambia en su expresión. —Sabes más de lo que crees. Rutas, horarios, quién te paga y cuándo. Información que podría desentrañar toda su operación.

Estoy que me meo encima del miedo, ¿y ahora me dice que soy una amenaza para ellos? ¿Que, de alguna manera, Sonya podría querer atar cabos sueltos y, como conozco sus horarios de apuestas, quizá yo sea el siguiente hilo que hay que cortar?

—No —murmuro, y mi mente vuela al instante hacia Elvin, tumbado en la cama en casa.

—Te dije que te quedaras cerca de mí —dice Misha mientras envía un mensaje tras otro. Mi móvil también vibra, al mismo tiempo que el suyo chilla con una alerta de emergencia sobre un tirador activo en el hipódromo.

—Yo... Dijiste que... —No encuentro las palabras. Las lágrimas me inundan los ojos—. ¿Qué está pasando? —Niego con la cabeza y me abrazo el vientre de forma protectora, dándome cuenta de repente de lo protectora que me siento con la vida que llevo dentro. Levanto la vista hacia Misha, que sigue tecleando en su móvil, y sé que él sentiría lo mismo. Tanto que, de hecho, nunca me permitiría volver a ir al hipódromo.

—¿De verdad crees que podemos detenerlos? ¿Que sé lo suficiente para acabar con ellos? —pregunto, y él ni siquiera levanta la vista.

—Quédate aquí —dice, mirando a la puerta, sin responder a mi pregunta—. Cierra la puerta con llave, pase lo que pase. No salgas hasta que yo vuelva a por ti. —Y entonces se va, dejándome temblando con mis propias lágrimas y la realidad de que casi he muerto. Todo porque Elvin necesita mi ayuda o nunca se recuperará.

Me dejo caer al suelo, acurrucada con las piernas contra el pecho, y sollozo. ¿En qué me he metido?

MISHA

Cuando el caos se calma y las autoridades se han ido, regreso por el laberinto de túneles bajo Podsolnukh, donde dejé a Vera. La llave gira en la cerradura y abro la puerta para encontrarla apretada contra la pared del fondo, con el rostro tenso por el miedo. Me duele el pecho por ella porque conozco demasiado bien esa sensación de miedo.

—Se ha acabado —le digo, entrando. Camino hacia ella y me agacho a su lado, estudiándole el rostro.

No se mueve de inmediato. Sus ojos escudriñan mi expresión, buscando una seguridad que no estoy seguro de poder darle. Unas manchas de sangre manchan la manga de mi camisa —no es mía— y veo que se percata de cada detalle. No le contaré los horrores que he presenciado ni las consecuencias que probablemente nos esperan en un futuro próximo, pero puedo mantenerla a salvo.

—No puedes irte a casa esta noche —digo—. No después de lo que ha pasado ahí arriba.

—¿Qué quieres decir con que no puedo irme a casa? —Aparta torpemente un poco de pelo de sus ojos y yo alargo la mano para ayudarla a colocárselo detrás de la oreja.

—Piénsalo, Vera. Esa gente sabe dónde vives. Sabe lo de tu familia. —Retiro la mano, observando cómo lo procesa—. ¿Quieres llevarle

este lío a la puerta de tu padre? ¿A Elvin, ahora que está enfermo? —No le digo que puede que Sonya ya esté allí, usando a su familia como palanca para hacerla salir. Es lo último que necesita oír.

El color desaparece de sus mejillas. Ahora lo entiende: la profundidad de todo esto, hasta dónde llega el peligro. Tras un largo momento, asiente y me coge de la mano. La levanto y salimos por la salida de servicio, evitando el vestíbulo principal, donde los coches de policía todavía abarrotan el aparcamiento.

La llevo a mi casa y no para de temblar durante todo el trayecto. Un par de veces, la pillo tapándose la boca como si fuera a vomitar, y no la culparía. Lo de hoy ha sido algo normal para mí, pero para alguien como Vera ha sido traumático.

En casa, me sirvo tres dedos de vodka y le ofrezco un poco, pero lo rechaza. Al final acepta una taza de té, y rodea la taza con las manos cuando se la llevo. Nos sentamos en mi salón; ella en el sofá y yo en el sillón de enfrente. No hay nada que no haría para intentar consolarla, pero no quiero añadir más dolor mientras procesa las cosas.

—Necesito saberlo todo —le digo—. Todo. Se acabaron las verdades a medias. —Vera ya ha hablado de esto varias veces, pero hay algo que no me cuadra. Ella hace las apuestas, pero no hace que esos caballos ganen. Pavel estaba involucrado, probablemente dopando a los caballos para que los descalificaran, pero la red es más grande que eso.

Me mira fijamente. —¿Qué quieres saber?

—Empieza por Sonya. ¿Cuánto tiempo llevas haciendo apuestas para ella?

—Seis meses. —Su voz es baja pero firme—. Se me acercó en los establos. Dijo que tenía amigos que necesitaban pequeños favores: hacer apuestas, cobrar las ganancias. Dinero limpio por un trabajo honrado.

—¿Y la creíste?

—Necesitaba el dinero. —No hay vergüenza en su voz, solo hechos —. Los tratamientos de Elvin cuestan más de lo que gano en un año. Cuando alguien te ofrece una forma de ayudar a tu familia, no haces demasiadas preguntas.

De nuevo, todo esto ya lo sé, pero necesito más, y no estoy seguro de que Vera lo sepa. —¿Qué te dijo sobre la gente para la que trabajabas?

—Nada. Dijo que era mejor que no lo supiera. Me dijo que cogiera los sobres, que hiciera las apuestas tal y como estaban escritas, que cobrara las ganancias y que se las entregara. —Vera deja el té y me mira directamente—. Te juro que no tenía ni idea de que se trataba de amañar carreras. Pensaba que solo estaba… ayudando a gente que no podía ir al hipódromo.

—¿Las cantidades nunca te parecieron sospechosas? Algunas de esas apuestas eran enormes.

—Claro que sí. —Sus ojos verdes brillan con irritación—. Pero Sonya dijo que sus clientes eran empresarios ricos que preferían permanecer en el anonimato… Ahora lo veo, Misha, pero te juro que entonces no lo sabía. Y para entonces ya estaba demasiado metida. Era demasiado tarde.

Estudio su rostro, buscando cualquier señal de engaño. No hay ninguna. Está diciendo la verdad. La utilizaron personas que vieron su desesperación y se aprovecharon de ella.

—¿Y conoces a alguien más que trabaje para ella? —pregunto con cuidado, esperando no enfadarla.

Niega con la cabeza con firmeza. —Solo a unos cuantos jockeys a los que les entrego dinero si las apuestas ganan. Y solo si no me facilitaba los datos de la cuenta y el número de ruta. —Ahora le tiemblan las manos, y odio ser parte de lo que la hace temblar.

—Estos tratamientos para tu hermano —digo con cuidado—. ¿Cuánto necesitas?

—¿El tratamiento completo? Doscientos mil rublos. Quizá más si… —Se interrumpe, negando con la cabeza. Su rostro se ensombrece, su expresión se apaga. Sé que está pensando en el eventual fallecimiento de Elvin si los tratamientos fallan. No quiero que vuelva a pensar en eso nunca más.

—¿Y si no tuvieras que hacerlo?

Me mira con dureza. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿y si el dinero ya no fuera un problema? —Me inclino hacia delante, con los codos en las rodillas—. ¿Y si pagara yo sus tratamientos? Todos.

El silencio que sigue es absoluto. Vera me mira fijamente, con los labios entreabiertos, como si no pudiera procesar lo que he dicho. Niega con la cabeza mientras se le llenan los ojos de lágrimas. —¿No puedes hablar en serio? —susurra.

—Lo digo completamente en serio.

—Pero ¿por qué ibas a…? Quiero decir, Misha… No lo conoces.

—Sé lo suficiente. —Sé que es valiente, leal y que está dispuesta a arriesgarlo todo por la gente que quiere. Sé que se merece algo mejor que ser utilizada como un arma en la guerra de otro—. El dinero no significa nada para mí, Vera. Pero para ti lo significa todo.

Se le acumulan las lágrimas en los ojos, haciendo que parezcan de cristal verde. —No lo entiendo. ¿Qué quieres a cambio?

—Nada.

—Siempre hay algo.

—Esta vez no.

Se levanta bruscamente y se acerca a la ventana, donde se seca las lágrimas de las mejillas. Cuando se vuelve hacia mí, su rostro se ha transformado; la esperanza y la incredulidad luchan en su expresión.

—¿De verdad estás diciendo que pagarás los tratamientos de Elvin? ¿Todos?

—Sí.

—¿Y no quieres nada de mí?

—Quiero que estés a salvo. Quiero que tu familia esté a salvo. Eso es todo.

Cruza la habitación en tres rápidos pasos. Antes de que pueda reaccionar, está en mi regazo, con sus manos enmarcando mi cara, su boca sobre la mía. El beso es gratitud, lleno de un deseo que reconozco porque yo también lo siento.

—Vera —murmuro contra sus labios.

—Misha, tú… yo… no sabes lo que esto significa para mí. —Sus manos ya están trabajando en los botones de mi camisa. Le cojo las muñecas, deteniendo sus movimientos.

—No me debes nada —le digo—. No tienes que hacer esto.

—Esto no va de deberte algo. —Sus ojos son brillantes, feroces—. Esto va de querer. Te deseo, Misha. Quiero estar contigo. ¿No ves que te quiero?

Su confesión esparce un calor que se extiende por mi vientre y hacia el resto de mi cuerpo. Me quedo sentado, aturdido, mientras le suelto las muñecas. Ella vuelve inmediatamente a mi camisa, apartando la tela para presionar las palmas de sus manos contra mi pecho. Su contacto quema, abrasando los bordes endurecidos de mi alma desgarrada que pensé que nadie vería jamás. Pero ella me ha visto y me ha juzgado digno de su afecto, y en lo único que puedo pensar es en lo desesperadamente que siento lo mismo, pero decírselo es absorberla en el vórtice que es mi vida. No es seguro.

—Vera —susurro de nuevo, y ella presiona sus labios contra los míos en un beso abrasador.

—No me apartes. Mi corazón no puede soportarlo, Misha. —El beso que sigue es aún más ardiente, arrancándome hasta la última onza de resolución que me queda y destruyendo mi voluntad de mantenerla a distancia.

Su beso me arrastra hacia abajo, su boca caliente y desesperada contra la mía. Se mueve, sentándose a horcajadas en mi regazo en el sillón, sus manos recorriendo mi pecho, sus uñas rozando las cicatrices de mi piel. Le agarro las caderas y la hago restregarse contra mi polla, ya gruesa y tensa contra mis pantalones.

Jadea en mi boca. —Te necesito, Misha. Aquí mismo.

—No sabes lo que estás pidiendo —mascullo, pero sigo restregándola contra mí, la fricción la hace gemir.

Sus ojos arden en los míos. —Sé exactamente lo que estoy pidiendo. Deja de tratarme como si fuera a romperme.

Eso destroza el último resquicio de mi autocontrol. Le desabrocho el botón de los vaqueros de un tirón, bajo la cremallera y deslizo la tela vaquera más allá de sus caderas. Ella se levanta para ayudarme, quitándoselos de una patada. Sus bragas están húmedas, pegadas a ella, y cuando deslizo los dedos por la fina tela gime en mi cuello.

Su gemido vibra contra mi garganta, sus caderas se mueven para restregarse más fuerte contra mi regazo. Forcejea con mi cinturón, con manos frustradas tirando hasta que el metal cede. Me abro los pantalones y me libero, el aire denso por el calor y sus respiraciones rápidas.

Se roza contra mí a través de la fina tela que todavía nos separa y jadea, agarrándose a mis hombros.

—Deja de hacerme esperar —exige, con la voz ronca.

La agarro por la barbilla, obligándola a mirarme. —¿Crees que puedes darme órdenes?

Sus ojos brillan, un desafío ardiendo en ellos. —Sé que puedo. Porque tú deseas esto tanto como yo.

Enseño los dientes, apartando el encaje. —Vas a cabalgarme hasta que no puedas ni hablar.

—Pues no te contengas —replica, y antes de que pueda responder, se hunde sobre mí.

El calor de su interior me aprieta, arrancándome un gruñido del pecho. Le agarro las caderas para mantenerla quieta, saboreando cómo me acoge por completo. Sus uñas se clavan en mis hombros, su frente pegada a la mía, nuestras respiraciones chocando.

—Dios, Misha —jadea—. Cada vez, me destrozas.

Empujo hacia arriba con fuerza, obligándola a soltar un grito. —Todavía no he terminado contigo.

Empieza a cabalgarme, lenta al principio, balanceando las caderas con un control exasperante. El sillón cruje bajo nosotros. Su pelo le cae sobre la cara, pegándose a su piel húmeda. Se lo aparto detrás de la oreja, luego lo agarro y tiro de su cabeza hacia atrás.

—Mírame mientras te montas en mi polla —gruño.

Su boca se abre, un gemido quebrado se derrama. —Más fuerte. Lo necesito más fuerte.

—Tendrás lo que yo te dé —gruño, embistiéndola. Se sacude contra mí, sus gritos rasgando la habitación.

Se aferra a mí, sus labios temblando contra los míos. —Pues dámelo todo. Puedo soportarlo. Te quiero todo para mí.

Estrello mi boca contra la suya y la embisto con un ritmo brutal, cada estocada empujándonos más cerca del límite.

Su cuerpo se arquea contra el mío, sus uñas arañando mi espalda mientras se clava con más fuerza. Le agarro el culo y la hago moverse más rápido, el sillón traqueteando bajo nosotros con cada embestida.

—Te encanta esto —gruño contra su boca—. Te encanta que te folle hasta que no puedas respirar.

—Sí —jadea, aferrándose a mí—. No pares, Misha. Más fuerte. Por favor.

Tiro de su pelo hacia atrás, obligándola a mirarme a los ojos mientras la embisto. —Dilo otra vez.

—Me encanta —grita—. Me encanta cómo me follas. Te quiero.

Su confesión me atraviesa. Me clavo en ella con todo lo que tengo, cada estocada arrancándole un grito de la garganta. Su cuerpo se tensa a mi alrededor, su orgasmo la golpea en olas que sacuden su cuerpo. Echa la cabeza hacia atrás, gritando mientras cada músculo se contrae y se relaja, sus uñas arañando mis hombros mientras se estremece y palpita a mi alrededor.

Me cabalga con más fuerza, sus muslos temblando mientras recibe cada embestida, sus gritos resonando en mi oído. Le agarro las caderas y empujo hacia arriba dentro de ella, el sillón temblando con la fuerza. El calor se enrosca en mi vientre, bajo y rápido hasta que estalla, y gruño su nombre mientras me derramo dentro de ella, la descarga recorriéndome en oleadas palpitantes que dejan mi cuerpo exhausto.

Se derrumba contra mí, ambos temblando, con la respiración arrancada de nuestros pulmones. Sus labios rozan mi cuello, su voz un susurro quebrado. —Misha —susurra, con la voz temblorosa—. Gracias…

Hundo mi cara en su pelo, todavía dentro de ella, y la abrazo como si el mundo exterior ya no existiera. Si me detengo ahora a pensar en lo que dirán Vadim o Nikolai, perderé la conexión que tengo con

ella. Y ahora mismo, es lo único que me impide ir a buscar a Sonya Radich y masacrarla yo mismo.

Ya habrá tiempo para eso más tarde.

VERA

El corazón de Misha late con un ritmo constante bajo mi mejilla, un ritmo que quiero memorizar. Su brazo rodea mis hombros y sus dedos recorren mi espalda con cautela, de arriba abajo. La habitación huele a nosotros: a sudor, a piel y a la suave colonia que usa. Nunca en mi vida me he sentido más segura ni más aterrorizada.

Doscientos mil rublos. La cifra da vueltas en mi cabeza sin descanso. Ha dicho que para él no significa nada, pero para mí lo es todo. ¿Cómo voy a pagar una deuda tan grande? ¿Qué espera a cambio, diga lo que diga? La voz de mi padre resuena en mi cabeza. *Nada es gratis, Vera. Los ricos siempre se cobran su libra de carne.*

Pero cuando ladeo la cabeza para mirar el rostro de Misha, relajado bajo la luz tenue que se filtra por las cortinas de su dormitorio, solo veo dulzura. Los ángulos afilados de sus facciones se han suavizado; sus ojos, de un azul gélido, me miran con calidez al encontrarse con los míos.

—¿En qué piensas? —murmura con la voz ronca por el agotamiento. La vibración retumba en mi pecho y suspiro suavemente. No sé muy bien qué decirle, porque en este momento debería ser feliz. Debería sentir que el hombre al que amo más que a nada en este mundo está entre mis brazos y que estoy a salvo. Pero me siento dividida y preocupada.

—En ti —respondo con sinceridad—. En esto… —hago un gesto encogiéndome de hombros—. En todo lo que ha pasado.

Sus dedos se detienen en mi espalda. —¿Te arrepientes? —pregunta con calma, pero en su tono no hay rastro de la emoción que debería detectar.

—No —digo de inmediato, porque es verdad—. No me arrepiento de nada. —Al menos, no de Misha. Mi arrepentimiento gira en torno a Sonya, aunque incluso eso me hace dudar. Sin Sonya, nunca habría tenido la oportunidad de conocer a Misha. No habría tenido la necesidad de que él entrara en mi vida y me robara el corazón.

Lo amo. No fue una elección en la que yo tuviera voz ni voto. Mi corazón lo decidió y ahora estoy aquí, dejándome llevar. Amo a este hombre que apareció en mi vida como una tormenta, que ofrece regalos imposibles y no pide nada a cambio. Amo sus manos cuidadosas, su fuerza silenciosa y la forma en que me mira como si fuera algo precioso.

Ese pensamiento debería llenarme de alegría, pero, sin previo aviso, se me llenan los ojos de lágrimas, que se derraman en ardientes regueros por mis mejillas. Consigo ocultarlo por un segundo aguantando la respiración, pero cuando la humedad forma un charco en su pecho, sé que se ha dado cuenta.

—Vera. —Misha se incorpora de inmediato, arrastrándome con él—. ¿Qué pasa? —Me sujeta los brazos, como si quisiera zarandearme mientras intento secarme las lágrimas, avergonzada por el repentino arrebato.

—Lo siento. No sé por qué…

—Dímelo —dice con dulzura. Luego me pone las manos en la cara, y sus pulgares recorren mis pómulos para secarme las lágrimas. Me apoyo en su pecho y dejo que me sujete.

—He pasado mucho miedo hoy —susurro—. Cuando ha empezado el tiroteo, cuando me has encerrado en esa habitación. He pensado…

He pensado que podría no volver a verte nunca más. Ni a Elvin. Ni a Batya. —Las palabras se me escapan atropelladamente—. No dejaba de pensar en todas las cosas que nunca había dicho, que nunca había hecho. Estaba aterrorizada.

Misha me aprieta contra su pecho, que martillea con fuerza. Es extraño que mis lágrimas le afecten tanto. Es tan sereno y seguro de sí mismo, pero mi dolor lo conmueve. —Ya estás a salvo —me consuela, pero ya no sé si esas palabras significan algo. He visto demasiadas cosas.

—¿Pero por cuánto tiempo? —Me aparto para mirarlo a los ojos—. Esto no ha terminado, ¿verdad? Esa gente del hipódromo… no van a desaparecer sin más.

—No —admite—. Pero me encargaré de ello.

—¿Cómo? —le espeto con miedo. No estoy enfadada con él, pero hace unas promesas tan seguras que se supone que debo creer y luego las cosas empeoran—. Misha, hoy llevabas una pistola. Te he visto disparar a dos hombres. —Me tiembla la mandíbula al hablar, pero no me aparto de él. Batya quiere que tenga miedo, pero estoy decidida a no temer a Misha a menos que me demuestre que debería tenerle miedo.

Su mandíbula se tensa de forma casi imperceptible. —Sí, lo he hecho.

—¿Quién eres? —pregunto con timidez. A estas alturas, ya ni siquiera sé si quiero saber la verdad, pero no saberla impide que mi corazón descanse—. ¿De verdad?

Durante un largo momento, no responde. Veo cómo las emociones se suceden en su rostro: cálculo, resignación, ira… Todas atraviesan sus ojos, su frente, antes de que suspire y me dé un beso en la sien. Es el mismo tipo de beso que me da Batya cuando me dice que volveremos a retrasarnos con el alquiler o que nos han cortado el agua caliente.

—¿Quieres la verdad? —pregunta por fin.

—Sí —mascullo, todavía temblando por dentro.

—Me enviaron al hipódromo para investigar las irregularidades en las apuestas. Para averiguar quién estaba detrás y detenerlo.

Se me cae el alma a los pies. —¿Detenerlo cómo?

—Como fuera necesario.

—Te enviaron a matar a alguien. —No es una pregunta. Es mi fría revelación. Se me revuelve el estómago, me palpita la cabeza. Quizá sean las náuseas matutinas o la emoción del día, o quizá sea mi sistema nervioso diciéndome que huya ya, antes de que diga algo más.

—Me enviaron a acabar con la operación. Por cualquier medio.

De repente, la habitación se vuelve demasiado pequeña, demasiado cálida. Me alejo de él deslizándome y me envuelvo en la sábana como una armadura. —¿Te enviaron a matarme a mí?

—No. —Su respuesta es brusca e inmediata, y le creo—. A ti nunca.

—Pero pensaste que estaba implicada…

—Al principio, sí. Pero ya no. —Intenta alcanzarme y me aparto de un respingo. Él baja la mano—. Vera, me enviaron a detener a quienquiera que estuviera amañando las carreras y sacando dinero de los libros de cuentas. Cuando seguí el patrón, me llevó a que tú eras quien hacía las apuestas. Pero no eres tú la que está detrás de esto.

—Así que me estás siguiendo para llegar hasta Sonya.

—Sí.

No entiendo lo que estoy oyendo. Todo lo que ha habido entre nosotros —¿cada conversación, cada caricia, cada momento que

creía que era real?—, ¿ha formado todo parte de su investigación? —¿Cuánto tiempo hace que sabes quién soy?

—Desde el día que nos conocimos.

La traición es una herida profunda. Me levanto bruscamente y me envuelvo en la sábana mientras me dirijo a la ventana, donde las luces de la ciudad brillan a lo largo de kilómetros. —Entonces, todo esto ha sido…

—No. —Su voz me detiene—. Esto no. No lo que ha pasado entre nosotros esta noche. —Entonces se pone de pie, completamente desnudo y vulnerable, y cruza la habitación hacia mí con el dolor grabado en la cara.

—¿Cómo se supone que voy a creérmelo? —pregunto, volviéndome hacia él. Batya me advirtió de que este hombre no tramaba nada bueno y lo ignoré. Por supuesto que no me quiere. Me dobla la edad, es rico, tiene experiencia.

—Porque te estoy diciendo la verdad ahora. Toda. —Me coge de la mano y me atrae hacia él, y esta vez no retrocedo—. Soy Misha Vetrov. Mi hermano era el *pakhan*, y ahora lo es mi sobrino. Trabajo para mi familia, sí, pero eso no define quién soy, Vera. —De repente, su tacto es como el hielo, ya no es la calidez de los amantes.

Vetrov. Ese nombre es sinónimo de poder y violencia. Hace que el frío del tacto de Misha me recorra todo el cuerpo. Las advertencias de Batya resuenan en mi memoria. *Aléjate de esos hombres, Vera, son peligrosos. Destruyen todo lo que tocan.*

—Eres de la Bratva —susurro.

—Sí.

—Tu familia controla la mitad de Moscú.

—Sí.

Me dejo caer en el borde de la cama con las extremidades temblorosas. Mi mano vuela inconscientemente hacia mi vientre mientras pienso en la vida que hay dentro de mí. —Dios, Misha. ¿Sabes lo que dirá mi padre cuando se entere? ¿Lo que pensará?

—Pensará que eres lo bastante inteligente como para juzgar a un hombre por sus actos, no por su nombre. —Se pone en cuclillas frente a mí y apoya las manos en mis muslos.

—¿Lo hará? —Dejo escapar una risa seca—. Batya creció en el viejo continente. Sabe lo que les pasa a las chicas que se involucran con hombres como tú.

—No soy como los demás hombres.

—¿No? —Alzo la vista hacia él, este hombre del que me he enamorado, y lo veo con claridad por primera vez. La forma controlada en que se mueve. Las cicatrices de sus nudillos. Los tatuajes que ahora comprendo que no son mera decoración, sino marcas, símbolos de rango y lealtad—. Tú matas gente. A eso te dedicas. —Es un asesino, un ladrón, y he estado en su cama. Llevo a su hijo en mi vientre.

—Cuando debo.

—¿A gente como Sonya?

No contesta, lo que es respuesta suficiente.

Cierro los ojos, intentando procesarlo todo. El bebé que crece dentro de mí de repente se siente más pesado, más real. Un bebé Vetrov. Un hijo de la mafia. ¿Qué clase de vida sería esa? ¿Qué clase de madre sería yo, criando a un hijo en este mundo de violencia y secretos?

—Necesito que sepas —dice Misha en voz baja— que todo lo que he dicho esta noche era verdad. Lo de mantenerte a salvo. Lo de querer ayudar a tu familia. Lo de que me importas.

—Que te importo. —Repito las palabras, saboreándolas—. ¿Es eso lo que es esto?

—Es más que eso.

Quiero creerle. Que Dios me ayude, le creo. Pero creer y ser sensata son cosas distintas, y Batya no crio a una tonta. Sé que no debo confiar en un hombre cuyo negocio se basa en mentiras y violencia.

Pero cuando miro a Misha —cuando lo miro de verdad—, no veo al asesino despiadado del que me advirtió Batya. Veo al hombre que se ofreció a salvar a mi hermano sin pedir nada a cambio. El hombre que me abrazó mientras lloraba y me hizo el amor con una infinita ternura.

—No sé cómo hacer esto —susurro.

—¿Hacer qué?

—Amar a alguien como tú.

El rostro de Misha se transforma; la sorpresa da paso a algo más profundo, más vulnerable. Levanta ambas manos y me acuna el rostro. —No me tengas miedo, Vera. Por favor.

—No te tengo miedo. —A pesar de todo, me inclino hacia su caricia —. Tengo miedo de lo que significa amarte. Para mí. Para mi familia.

—Significa que estáis protegidos. Todos vosotros.

—¿Y el precio?

—No hay ningún precio.

Quiero creerle. Pero mientras me lleva de vuelta a la cama, mientras me abraza y me susurra palabras tranquilizadoras en el pelo, me quedo despierta mirando al techo. Su respiración se acompasa a mi lado, pero el sueño se niega a venir.

Llevo un bebé Vetrov en mi vientre. El pensamiento da vueltas sin cesar en mi cabeza. ¿Qué dirá Batya? ¿Qué pensará Elvin? Y Sonya…

¿qué pasará cuando Misha la encuentre? ¿La matará con la misma naturalidad con la que ha matado a quienquiera que estuviera disparando hoy en el hipódromo?

El hombre que duerme a mi lado es hermoso y peligroso, y escapa por completo a mi comprensión. Lo amo con una desesperación que me asusta, pero puede que el amor no sea suficiente para salvar la distancia que hay entre su mundo y el mío.

MISHA

El libro de contabilidad se extiende por la pantalla de mi ordenador en perfectas filas de números inventados, cada entrada una miga de pan que conduce directamente a mi trampa. Arrastro el cursor por columnas de marcadores falsos, sembrando pérdidas que nunca ocurrieron, ganancias que nunca se pagarán. Las cifras cuentan una historia: un pago de emergencia que requiere atención inmediata, demasiado grande para transferencias bancarias, que exige una entrega en efectivo. Sonya nunca verá estas carreras para ver al caballo cruzar la línea de meta. Solo se fijará en los números, y la transmisión que le estoy enviando es infalible.

Estoy sentado en mi despacho con los hombros tan tensos como las cuerdas de un piano. El hipódromo bulle con los preparativos de la tarde, los entrenadores llamando a sus pupilos, el golpeteo de los cascos contra la tierra apisonada. Sonidos normales que enmascaran el negocio anómalo que llevo en secreto. Toda la organización, excepto Vadim, yo y un puñado de mi gente, no tiene ni idea de que estamos a escasos minutos de hacer que la trampa se cierre. Pillaremos a esa zorra de los Radich con las manos en la masa y purgaremos el deporte de la corrupción que ha instaurado de un solo plumazo.

Cierro la ventana y cojo el teléfono para dar el aviso. Vadim responde al segundo tono.

—Los números están listos —le digo—. He corrido la voz entre el personal y los que nos son leales están preparados. La estamos usando de cebo con un pago en efectivo de cuarenta mil dólares. No hay forma de que pueda resistirse.

—¿Cuándo?

—Será esta noche… —Mi cuerpo está tenso, listo para atacar. He observado lo que ha hecho esta gente el tiempo suficiente para saber que la única forma de que retrocedan es con sangre. No me quedaré de brazos cruzados viendo cómo derraman más.

—Hazlo de forma limpia, Misha. Cuento contigo para que este hipódromo siga siendo rentable… —Vadim me ha dado cuerda suficiente para ahorcarme yo solo y, a veces, siento que espera que lo haga. Pero esa es la naturaleza de esta familia y de la bestia de organización que dirigimos. Las cosas se alinean o se las fuerza a tomar una nueva dirección.

—Entendido —gruño. Luego, cuelgo la llamada y me recuesto en la silla, estudiando las manchas del techo, producto de goteras y abandono. La trampa está tendida. Ahora, solo queda esperar a que las ratas salgan de sus agujeros.

Pasan veinte minutos antes de que el móvil vibre e interrumpa mi cuidadoso análisis del plan. El nombre de Nikolai aparece en la pantalla y considero dejar que suene. Si mi plan funciona, habremos terminado la tarea que le han ordenado que se asegure de que cumpla. Pero si lo ignoro, puede que aparezca en medio de todo y lo pille desprevenido.

La voz del mediador me rechina en el cráneo incluso cuando no está hablando.

—¿Barinov?

—Misha, me llegan rumores interesantes sobre pagos de emergencia. —Así que la noticia se está filtrando por las redes. Bien. Significa que, a estas alturas, Sonya ya se ha enterado de la falsa

ganancia y estará poniendo en marcha su plan para venir a cobrar. Una cantidad tan grande no se la confiará a cualquiera.

—Los rumores viajan rápido —le digo, mientras mis dedos tamborilean sobre el escritorio.

—Demasiado rápido. Esto parece imprudente. —Nikolai no se equivoca, pero no tengo tiempo para explicarle mis razones.

Enciendo un cigarrillo y echo el humo hacia la ventana. —La imprudencia da resultados.

—Los corredores de apuestas muertos no consiguen nada. La familia se cansará de sus métodos, Misha. Discutimos alternativas a su acuerdo actual.

Su amenaza velada se oye alta y clara. Soy fácilmente reemplazable. Pero sé que esa orden no viene de mi sobrino, lo que me da una pequeña ventaja sobre este matón a sueldo que se cree que puede ningunearme.

—Las alternativas cuestan más que las soluciones —digo.

—No siempre. Algunos problemas se resuelven solos cuando se aplica la presión adecuada. Su mujer, por ejemplo. Reemplazable. Prescindible.

Mi agarre sobre el teléfono se tensa y los nudillos se me ponen blancos. —Cuidado, Nikolai.

—El cuidado es lo que nos mantiene con vida. Más vale que esta noche dé respuestas, o empezaremos a hacer preguntas diferentes.

La línea se corta, dejo el teléfono y me termino el cigarrillo, dejando que la nicotina me queme los pulmones mientras la rabia me arde en las venas. Nikolai está jugando a sus juegos, pero esta noche yo juego a los míos.

Llamo primero a Gregor y luego a Thom con instrucciones sencillas: aparcamiento, posiciones, campos de tiro despejados, silencio de

radio hasta que vuelen las balas. Todo es rutina. Conocen su trabajo y lo que está en juego. Ambos entienden que la supervivencia significa disparar primero y preguntar después.

A las seis, las sombras engullen el aparcamiento trasero del hipódromo y encuentro a Vera en el granero del equipo, engrasando el cuero de una silla de montar. Trabaja con una concentración tal que parece que intenta aislarse del mundo, pero sus manos muestran un ligero temblor. Odio ponerla en peligro, pero es la única opción que tenemos. Sonya se olería cualquier otra cosa a la legua, e incluso así, ahora podría sospechar de Vera. Sonya sabe que está pasando algo entre nosotros.

—Nos movemos en diez minutos —le digo.

Sus ojos verdes se encuentran con los míos, buscando una seguridad que no puedo darle. —¿La entrega?

—La trampa. —Le entrego una bolsa de lona llena de periódicos y dinero de pega—. Esto no se acercará al intercambio real. Tú te quedas cerca de mí, haces exactamente lo que te diga, y los dos saldremos de esta.

Asiente, pero puedo ver la aprensión en su postura. El miedo se cuela hasta en las fachadas más valientes cuando la muerte empieza a rondar.

Caminamos hacia mi coche mientras cae la noche. Los terrenos del hipódromo están tranquilos a este lado de la propiedad, pero en las gradas resuenan los vítores de los espectadores animando a los caballos en sus carreras. El garaje es de cinco plantas de sombras y ángulos muertos. Un terreno de caza perfecto para depredadores que creen tener la ventaja, pero terriblemente difícil de defender sin saber dónde puede estar el enemigo.

Aparco en la segunda planta y apago el motor. Sobre nosotros, las luces fluorescentes parpadean contra el hormigón manchado de aceite, proyectando charcos irregulares de un amarillo enfermizo allí

donde las bombillas no están rotas o fundidas. La estructura parece abandonada a pesar de los coches esparcidos por varias plantas.

—Recuerda —le digo a Vera—, quédate detrás de mí. No corras a menos que yo te lo diga. No hables a menos que yo te lo diga.

—Entendido —dice, casi en un susurro. Percibo su tensa ansiedad. Sus ojos se desvían nerviosamente de mi cara a la oscura entrada en la esquina más alejada del garaje, por donde esperamos que Sonya aparezca.

Compruebo mi Makarov, meto una bala en la recámara y quito el seguro. Entonces pienso en lo aterrador que debe de parecerle a ella ver a un hombre que creía que era solo un hombre de negocios propietario de caballos convertirse en una especie de máquina violenta ante sus ojos. Mi conciencia, sin embargo, está tan manchada por la culpa de las docenas de vidas que he quitado, que todo lo que consigo es un suave asentimiento y un suspiro. No hay tiempo para tranquilizarla ni para reforzar su confianza. O se presenta a esta pelea o no lo hace. Nada de lo que diga ahora cambiará su nivel de preparación.

Subimos por la escalera hasta la tercera planta y, en el rellano, me detengo a escuchar. No oigo nada más que el tráfico lejano y el latido mecánico del edificio. Vera se aferra a mi espalda. Su cuerpo está cerca del mío, pero las dulces notas de su perfume no consiguen aplastar el hedor a tubo de escape y aceite de motor quemado del garaje.

Guío a Vera hasta una posición cerca de las columnas de soporte centrales, pilares de hormigón lo suficientemente gruesos como para detener balas de fusil, y mi radio crepita. La voz de Gregor se oye a través de la estática. —Hay movimiento en la rampa. Un sedán negro sin matrícula.

Miro el reloj y veo que han llegado pronto, lo que significa que han venido dispuestos a matar en lugar de a hablar. Los depredadores

inteligentes exploran a su presa antes de atacar. Están aquí para prepararse antes de la hora a la que creen que llegaremos.

—Posiciones —susurro por la radio, y veo que Vera cierra los ojos con fuerza.

—¿Estás bien? —le pregunto con brusquedad, y ella asiente con un gesto tenso y rígido. Como si tuviera tiempo de salirse de esta, de todos modos. No hay ningún sitio donde correr o esconderse.

El sedán sube lentamente la rampa, pero lo oigo antes de verlo. Las ventanillas tintadas ocultan a los ocupantes, pero cuento al menos tres siluetas en el interior. El vehículo se detiene a cincuenta metros, en ángulo para una huida rápida.

—Esto no funciona así —digo en voz alta. Mi voz retumba en el espacio hueco, rebotando en las paredes, y hace que Vera se sobresalte de miedo.

Las puertas se abren y tres hombres salen del vehículo. El conductor se queda al volante, listo para pisar el acelerador a fondo. Se extienden en un triángulo abierto, con las manos dentro de los abrigos, buscando sus armas. Se mueven de forma organizada, como hombres que han sido entrenados para hacer esto toda su vida.

—¿Tenéis nuestro dinero? —El líder da un paso al frente y la luz revela una cara llena de cicatrices.

Vera sale a la luz, dejando que le ilumine la cara, y antes de que pueda pensar, la negociación ha terminado. La mano del líder sale de su abrigo empuñando una Beretta con silenciador. Me lanzo a la izquierda, arrastrando a Vera al suelo mientras el fogonazo del cañón precede al sonido del disparo.

Las primeras balas arrancan trozos de la pared sobre nuestras cabezas. Ruedo para ponerme a cubierto y devuelvo el fuego mientras Vera se tapa los oídos. El líder gira y cae, y un chorro de sangre arterial pinta el parabrisas del sedán.

Llegan más disparos desde la escalera, donde Thom se enfrenta a un tirador por el flanco que intentaba rodearnos. La radio crepita con el sonido de los disparos y las órdenes a gritos.

Una bala silba en el hormigón a centímetros de la cara de Vera, dejando una cicatriz blanca en el pilar. Se aprieta contra la pared, con los ojos como platos, y veo sangre en su manga, probablemente de la caída. No tengo tiempo de ir hacia ella, pero abro fuego contra los hombres para darles fuego de cobertura.

—¡Ve al pilar! —le grito por encima del estruendo de los disparos.

El segundo pistolero avanza, disparando ráfagas controladas de dos en dos que me obligan a meterme más a fondo tras mi cobertura. Disciplina profesional, táctica de manual. Pero los profesionales cometen errores cuando la rabia les nubla el juicio.

Espero a que recargue, cuento los segundos y salgo de mi escondite con la Makarov extendida. Dos disparos le dan en el centro del pecho antes de que se tambalee hacia atrás; la sorpresa sustituye a la agresividad en su rostro antes de que se desplome junto a un Honda manchado de óxido.

La escalera estalla en fuego automático. Una voz atraviesa el caos. —¡Hombre caído! ¡Thom ha caído!

Gregor responde inmediatamente. —¡Voy a ayudar!

Pero el tercer pistolero sale de su escondite, corriendo hacia nuestra posición con un AK-47 apoyado en el hombro. El fuego automático barre nuestro refugio de hormigón, y saltan chispas cuando las balas con núcleo de acero se fragmentan contra la piedra.

Cojo a Vera de la mano y la arrastro hacia la rampa de mantenimiento, manteniéndonos agachados mientras las balas azotan el aire sobre nuestras cabezas. La bolsa señuelo se abre, dejando que los billetes falsos revoloteen hasta el sucio hormigón.

Las sirenas aúllan en la distancia, cada vez más fuertes. Las autoridades de Moscú responden rápido cuando las armas automáticas empiezan a hablar en lugares públicos.

—¡Por aquí! —Empujo a Vera por la rampa hacia el nivel inferior del aparcamiento.

Más disparos detrás de nosotros; el fusil de Gregor responde al tableteo del AK. Buen hombre, ganándonos tiempo mientras escapamos del matadero. Esto no está saliendo según lo planeado.

La empujo hacia mi coche, con las llaves todavía puestas en el contacto, y oigo el chirrido de los neumáticos en el nivel de arriba.

—Sube —le digo a Vera.

El motor arranca y doy marcha atrás bruscamente, con los neumáticos chirriando sobre el pavimento, y luego meto primera. La rampa de salida nos llama, ofreciendo el único paso a la seguridad. Bajamos la rampa a toda velocidad y salimos a la calle mientras las sirenas de la policía convergen desde varias direcciones. Las luces azules parpadean en la oscuridad, pintando las fachadas de los edificios con una iluminación intermitente.

Por el espejo retrovisor, vislumbro el garaje: los fogonazos de los disparos todavía son visibles entre los huecos, las sombras se mueven entre los niveles. Gregor mantiene su posición, cubriendo nuestra huida.

Nos incorporamos al tráfico, anónimos entre miles de otros vehículos que circulan por la hora punta de Moscú. Vigilo nuestra retaguardia, tomando giros al azar, volviendo sobre nuestros pasos por callejones para asegurarme de que no nos siguen, mientras el pulso me martillea en la cabeza. Nikolai me va a matar.

Vera está sentada rígidamente en el asiento del copiloto, mirando la sangre de su muñeca. El corte parece superficial, probablemente de los fragmentos de hormigón, pero observa cómo la mancha roja se

extiende con la fascinación de alguien que ve su propia mortalidad por primera vez.

—Estás viva —le digo.

Ella asiente sin hablar, el shock le ha robado la voz. Ojalá hubiera alguna forma de tranquilizarla, pero no puedo. No hay manera de que pueda darle ninguna esperanza en términos seguros. Estamos jodidos, y tengo que pararme a pensar en cómo reagruparnos.

Veinte minutos después, aparco fuera del Kosmos Motor Inn. Promete anonimato por tarifas horarias. El letrero de neón parpadea entre ruso e inglés, anunciando en letras rosa brillante que tienen habitaciones libres.

Dentro, un recepcionista con tatuajes de la cárcel apenas levanta la vista cuando deslizo el dinero por el mostrador de formica manchado. Me entrega una llave sin pedirme la identificación, comprendiendo que algunos huéspedes prefieren la invisibilidad, y esta noche, agradezco que este tipo de sitios todavía existan.

Cuando vuelvo a buscar a Vera al coche, está llorando, todavía aterrorizada. La llevo a la habitación 247, se sienta en la cama y por fin habla. —Vinieron a matarme.

—Vinieron a matarnos a los dos.

—El hombre al que le disparaste… sus ojos ya estaban vacíos antes de que apretaras el gatillo. —Niega con la cabeza y se le descuelga la mandíbula. Siento como si tuviera un cuchillo en el pecho. Ver cómo le quitan la venda de los ojos es más doloroso que recibir un disparo.

—*Milaya…* —Me acerco y me siento a su lado, pero su cuerpo está rígido cuando intento abrazarla.

—¿Qué pasará ahora? —pregunta con brusquedad. Baja la cabeza. Hasta ella es lo suficientemente lista como para saber que esto no ha terminado.

—Ahora, planearemos. La trampa funcionó: los sacamos a la luz, eliminamos a tres de sus soldados. Pero la guerra no ha terminado. —Mi mirada se desvía hacia la ventana, luego hacia el cerrojo y la cadena de la puerta. Nunca los detendrían si supieran dónde estamos, pero estoy seguro de que no me han seguido.

—Tengo miedo —susurra, y no dudo que lo tenga. El miedo ya no forma parte de mi vocabulario. O al menos no lo era hasta que tuve algo que temer. Perder a Vera ahora sería la derrota definitiva para mí, y necesito descansar para asegurarme de que mañana estaré en plena forma para que eso no ocurra.

—Duerme un poco —le digo—. Mañana cazaremos a los cazadores.

Pero el sueño no vendrá fácilmente esta noche. Mi mente reproduce el tiroteo, analizando ángulos y munición, contando supervivientes y planeando la venganza. La gente de los Radich derramó la primera sangre cuando convirtieron a Vera en su peón involuntario. Esta noche, yo he derramado la segunda en el garaje.

La tercera sangre pondrá fin a esta guerra de forma permanente.

Vera se acurruca en la cama completamente vestida, el agotamiento finalmente la vence a pesar de la violencia del día. Me siento en la única silla de la habitación y la observo respirar, un ritmo constante que confirma que ambos hemos sobrevivido cuando la supervivencia parecía imposible.

La sangre de su muñeca se ha secado en escamas marrones. Mañana la ayudaré a lavársela, pero el recuerdo permanecerá. Esta noche la ha transformado de víctima inocente a participante voluntaria en este juego brutal.

25

VERA

El espejo del baño me devuelve el rostro de una desconocida, con las mejillas hundidas y unas ojeras que trazan la geografía de un sueño acribillado por el miedo. Me tiemblan las manos al abrir los grifos, y el agua caliente cae sobre mis dedos, aún manchados de sangre seca. El jabón me escuece en los nudillos despellejados y la espuma rosada baja en lentas espirales por el desagüe.

Froto hasta que la piel se me queda en carne viva, hasta que el olor metálico se desvanece bajo el jabón industrial y el champú barato. El agua ya sale limpia, pero el recuerdo deja manchas más profundas que la carne. Aún puedo ver la cara del pistolero, la forma en que sus ojos se quedaron vacíos entre un aliento y el siguiente.

Mi reflejo tiembla a través del vaho que sube del lavabo y empaña el cristal. La mujer que me mira sobrevivió a un tiroteo anoche, vio a hombres morir entre el fogonazo de los disparos y el humo de la pólvora. Pero estoy viva, al menos, y mi secreto me abre un agujero en el pecho.

El estómago se me encoge de repente. Caigo de rodillas junto al inodoro y tengo arcadas, vomitando bilis y más lágrimas hasta que me arde la garganta. Las náuseas matutinas llegan, quiera o no, haya comido o no, nos aceche la muerte por las calles de Moscú o no.

Al bebé no le importan los sicarios de Radich ni la política de los Vetrov. Crece a pesar de todo, exigiendo que lo reconozca a través de las náuseas, el agotamiento y unos pechos que me duelen si me muevo demasiado rápido.

Tiro de la cadena y me apoyo en la pared del baño, dejando que el azulejo frío presione mi frente. A través de la delgada puerta, oigo a Misha moverse por la habitación, sus pasos yendo de la ventana a la puerta y de vuelta. Siempre comprobando, siempre atento a las amenazas que se multiplican en la oscuridad.

Cuando por fin me levanto, siento las piernas más firmes. El espejo me muestra a la misma mujer de mejillas hundidas, pero sus ojos albergan una nueva determinación. No puedo seguir escondiéndome de la verdad. Misha merece saberlo, y yo merezco dejar de cargar con esto sola. Además, ¿qué habría hecho si lo hubieran matado? Tiene que entender el precio que esto me está costando, el miedo cada vez mayor con el que vivo ahora.

La puerta del baño se abre a una habitación cargada de humo de cigarrillos. Misha está de espaldas a mí, junto a la ventana, con los hombros rígidos bajo la camisa de ayer. Su pistola descansa en el alféizar junto a un cenicero lleno de colillas, lo bastante cerca como para cogerla con un movimiento fluido si siente peligro.

Hay un cuchillo sobre la mesilla de noche, su hoja capta la luz. Incluso dormido, estaría listo para matar.

—¿Hay algo ahí fuera? —pregunto, caminando de puntillas hacia la cama.

—Dos furgonetas de reparto, un taxi, nadie que no deba estar aquí. —Se aparta de la ventana y me recorre con la mirada de la cabeza a los pies—. Estás pálida.

—Estoy bien —le digo, pero la presa que llevo dentro está a punto de reventar.

—Las mujeres que están bien no se pasan veinte minutos vomitando en el baño de un motel barato. —Se acerca, y huelo el humo de sus cigarrillos en su ropa, la nicotina en su aliento. Nunca me había dado cuenta, pero quizá está fumando por el estrés. Dios sabe que a mí a veces me vendría bien un cigarrillo, y no soy fumadora—. ¿Estás enferma? ¿Herida? ¿Necesitas atención médica?

Las preguntas surgen como una ráfaga, y la preocupación se abre paso a través de su habitual autocontrol. La noche anterior también lo cambió a él, despojándolo de las capas de distancia que había puesto entre nosotros para revelar al hombre que hay debajo. Le importa mi bienestar.

—No estoy enferma. —Las palabras se me atascan en la garganta, y la verdad intenta abrirse paso—. No en el sentido que piensas.

Entorna los ojos, estudiándome el rostro.

—Explícamelo. —Me siento expuesta y vulnerable. Me tiemblan las piernas y se me caen los hombros.

Me siento en la cama, necesitando tierra firme bajo mis pies cuando hable. Mis manos se encuentran en mi regazo, los dedos se entrelazan para detener su temblor.

—Me enteré hace un tiempo… antes de que todo estallara. —Tomo aire y lo miro a los ojos—. Estoy embarazada.

Esas simples palabras reorganizan el mundo entero. Lo observo procesar la información, veo su mente trabajar en las implicaciones y consecuencias mientras su expresión cambia.

Su rostro no revela nada al principio, la máscara profesional se mantiene firme contra el asalto emocional. Pero sus manos se cierran en puños a los costados, los nudillos se le ponen blancos por la tensión. No sé si está enfadado o asustado, o si quizá hay un atisbo de alegría parpadeando en sus ojos.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—¿Unas semanas, quizá? Hice la prueba dos veces para asegurarme.

—Y no dijiste nada. —No suena enfadado, pero tampoco suena como una pregunta. Ya ni siquiera sé cómo interactuar con él. Misha no es solo un hombre mayor dulce, amable y rico. Es un asesino brutal. Lo he visto con mis propios ojos quitarle la vida al menos a tres hombres. ¿Quién me dice que no me va a cortar el cuello con ese cuchillo ahora mismo? Mis ojos se desvían hacia el arma mientras trago saliva.

—Tenía miedo. —La confesión sabe amarga—. Miedo de lo que significaría, miedo de cómo cambiaría las cosas. Miedo de tu reacción…

Se mueve al otro lado de la cama y se sienta frente a mí, con los codos apoyados en las rodillas. La distancia entre nosotros parece inmensa a pesar de que solo nos separa un metro de sábanas manchadas.

—¿Quién más lo sabe?

—Nadie. Ni mi padre, ni Elvin, ni Sonya. Solo yo. —Hago una pausa, reuniendo valor para las siguientes palabras—. Y ahora tú.

Se mira las manos, procesando una información que debe de haberlo dejado en shock. Es decir, no es difícil imaginar cómo ha pasado. No es que hayamos sido precisamente precavidos.

Levanta la cabeza de golpe, sus ojos se clavan en los míos. Por un momento, veo sorpresa en su mirada, y miedo, y una rabia dirigida a circunstancias que escapan a su control. Entonces se levanta y rodea la cama hacia mí en tres rápidas zancadas. Me ahueca la cara con las manos y sus pulgares me rozan los pómulos con una dulzura que nunca esperé. Se arrodilla, escrutándome el rostro con unos ojos que parecen ver a través de mí.

—¿Estás segura?

—Sí —digo, asintiendo.

Me atrae hacia él, rodeándome los hombros con sus brazos, y entierra la cara en mi pelo. Siento cómo su pecho sube y baja con una respiración controlada, siento la tensión en unos músculos entrenados para la violencia.

—No voy a perderte —me susurra al oído—. A ninguno de los dos. Quien lo intente morirá gritando. —Siento que su abrazo se estrecha tanto que casi duele, y le creo.

Echándole los brazos al cuello, lo abrazo con más fuerza, permitiéndome creer por un momento que el amor puede triunfar sobre todo esto. Pero la realidad se derrumba a mi alrededor cuando susurra:

—Tengo que sacarte de aquí.

—No —le digo con firmeza—. Misha, huir solo hará que parezca una cobarde. Y Sonya nunca dejará de buscar. No voy a abandonar a mi familia. No voy a irme…

Se me llenan los ojos de lágrimas, mi cuerpo tiembla con una profunda emoción que ni siquiera puedo empezar a nombrar. Y los ojos de Misha se vuelven tormentosos.

—Pero aquí no estás segura…

—¿Así que me usas como un peón para atraerlos hasta que te enteras de que llevo a tu hijo, y ahora quieres que me vaya? —La indignación crece en mi pecho—. No. No me voy. Luchamos juntos o no estamos juntos en absoluto.

—Maldita seas, mujer —gruñe, pero me sujeta la cabeza con fuerza —. ¿Por qué eres tan cabezota? —Ahora suena enfadado, o frustrado conmigo. Y aunque no puedo mover la cabeza porque me agarra con demasiada fuerza, al menos puedo sonreír.

—¿Me querrías igual si fuera de otra manera? —pregunto tímidamente, y sus labios se estrellan contra los míos con una fuerza para la que no estoy preparada.

Su beso es lo bastante duro como para dejarme un moratón, un choque de dientes y aliento que me roba cualquier argumento que me quedara. Su agarre se desliza de mi mandíbula a mi garganta, sujetándome ahí como si me retara a luchar contra él. Empujo su pecho, no para liberarme, sino para que se gane cada centímetro de control.

—Me vuelves loco —gruñe contra mi boca, su aliento caliente, con olor a humo y a rabia—. Guardas secretos, me contestas, y ahora llevas a mi hijo —mío— y todavía discutes sobre quedarte en este cenagal.

Su mano se enreda en mi pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás para que su boca pueda bajar por mi garganta. Mi pulso martillea contra su lengua mientras succiona lo bastante fuerte como para marcarme. Jadeo, clavando las uñas en sus hombros a través de la fina tela de su camisa. Se inclina, apoyando una mano en la cama a mi lado, su pecho se cierne tan cerca que puedo sentir su calor mientras permanezco sentada rígidamente en el colchón.

—Estate quieta. —La orden es cortante, no admite discusión.

Me quedo en el borde del colchón, mirándolo con los labios hinchados y el pecho agitado. Se desabrocha la camisa con manos impacientes, y las cicatrices y la tinta aparecen a medida que la tela se aparta.

Sus manos se deslizan por mis costados, enganchándose en la cinturilla de mis vaqueros. El roce del metal al desabrochar el botón, el lento arrastre de la cremallera… todo suena más fuerte que el latido de mi corazón. Me besa mientras lo hace, su lengua se desliza contra la mía como si estuviera saboreando cada aliento que intento contener.

Me arqueo hacia él cuando su palma se desliza bajo el vaquero abierto, sus dedos ásperos fuerzan el borde de mis bragas hasta que me encuentra. El primer roce me hace jadear en su boca, agarrándome a sus hombros como si fuera a caerme sin él.

—Me estás volviendo loco —gime, acariciándome con un ritmo constante que hace que me tiemblen los muslos—. Nunca tendré suficiente de esto. Nunca.

Su boca abandona la mía solo el tiempo suficiente para dejar besos ardientes en mi mandíbula, sus dientes rozando mi garganta antes de aferrarse a la piel de mi pulso y succionar con fuerza. Gimo para él, mis caderas se mecen sin poder evitarlo contra su mano, cada movimiento respondido por sus dedos, que me trabajan más profundamente.

Sus dedos me trabajan, provocándome, haciéndome subir más y más mientras su boca permanece aferrada a mi garganta. Me retuerzo bajo él, con los vaqueros todavía apretados alrededor de mis muslos, su mano enterrada en ellos como si se negara a dejarme respirar sin él.

—Di mi nombre —murmura contra mi piel, la exigencia se parece más a una súplica, su aliento caliente e irregular en el hueco de mi cuello.

—Misha —jadeo, clavando las uñas en su espalda mientras mis caderas se agitan contra su mano.

Él gime, mordiendo lo bastante fuerte como para hacerme temblar, y luego empuja más adentro, curvando los dedos hasta que mi cuerpo se arquea sobre el colchón. Cada embestida de su mano parece una forma de reclamar lo suyo, cada caricia me arrastra más cerca del borde.

—Estás temblando por mí —susurra, besándome la mandíbula antes de volver a llevar su boca a la mía—. Dámelo. Quiero sentir cómo te rompes en mis manos.

La presión se acumula tan intensamente que no puedo combatirla, no puedo pensar. Mi respiración se entrecorta, mis muslos se cierran alrededor de su brazo, y el mundo se inclina mientras el placer me desgarra. Grito en su boca, cada nervio ardiendo mientras él me

acaricia a través de todo, extrayendo hasta el último espasmo de mi cuerpo hasta que me derrumbo contra él, temblando y jadeando.

Retira la mano, arrastrando deliberadamente la humedad por mi vientre mientras me desabrocha el resto de los vaqueros. Sus ojos arden en los míos cuando gruñe:

—Ahora necesito más.

Me baja los vaqueros, quitándomelos con tirones desiguales hasta que desaparecen. Antes de que pueda moverme, me sienta en su regazo, con las rodillas a ambos lados de sus muslos mientras él se recuesta en el colchón, devorándome la boca.

Su camisa cuelga abierta ahora, el calor irradia de su pecho desnudo mientras mis manos se extienden sobre los duros planos de músculo y tinta. Me levanta la camiseta lo justo para deslizar las palmas por debajo, el roce áspero de sus dedos chispea en mis costillas antes de ahuecar mis pechos a través del fino sujetador. Gimo en su boca cuando aprieta, su pulgar rodea un pezón hasta que se endurece contra la tela.

—No puedo parar —murmura contra mi boca, con la respiración entrecortada—. Cada vez que te toco, empeora. Necesito que sientas lo que me haces.

El grueso bulto de su polla presiona contra mí, atrapado tras la tela húmeda de mis bragas y la tensa bragueta de sus pantalones. Me agarra las caderas y me baja sobre él, frotándonos hasta que la presión me hace balancearme hacia atrás contra sus manos. La fricción me hace jadear contra su boca, mi cuerpo ya ruega por más aunque aún no ha entrado en mí.

Sus manos bajan a su cinturilla, abriendo el botón con un tirón brusco y bajando la cremallera. Oigo el sonido más que verlo antes de que se baje la tela hasta las caderas, lo justo para liberarse, y luego me atrae con más fuerza a su regazo.

La presión roma de él contra mis bragas me hace temblar. Engancha un dedo en la fina tela, la aparta de un tirón, y entonces está ahí, deslizándose contra mí. Se me corta la respiración, las uñas se clavan en sus hombros desnudos.

—Necesito estar dentro de ti —murmura contra mi boca, con las palabras entrecortadas. Su mano me sujeta la cadera mientras empuja hacia arriba, obligándome a bajar para recibirlo.

El estiramiento es agudo, me roba el aliento, y luego me siento llena, tan llena que no puedo moverme. Me aferro a él, jadeando en su beso mientras él se mece más adentro, cada embestida me arrastra más fuertemente sobre él.

La camisa abierta cuelga suelta sobre su pecho, rozando mi piel mientras se mueve. Sus pantalones rozan el interior de mis muslos, y él gime en lo profundo de su garganta, con los labios en mi oído.

—Me deshaces —respira—. No tengo suficiente.

Cada embestida se clava más fuerte en mí, mi espalda se arquea mientras me agarro a sus hombros. Su boca vuelve a tomar la mía, tragándose los sonidos rotos que se escapan de mi garganta. El ritmo aumenta, más rápido, más brusco, el colchón cruje bajo nosotros con cada golpe de sus caderas. Mi cuerpo se tensa a su alrededor, la espiral se cierra, acercándome más con cada caricia.

—Córrete para mí —gruñe contra mis labios, una mano agarrándome el pelo, la otra aplastando mi cadera para sujetarme sobre su polla —. Quiero sentir cómo me empapas la polla.

Las palabras me desmoronan. El placer estalla en mí en una ola que me deja temblando y llorando en su boca, mi cuerpo se contrae con fuerza a su alrededor. Él maldice, embistiendo con fuerza, más profundamente, su control se rompe mientras gime en mi cuello.

Su orgasmo lo desgarra junto con el mío, cada embestida brusca arranca otro grito de ambos hasta que me mantiene quieta,

enterrado tan profundo como puede. Su aliento jadea contra mi oído, sus manos aún aferradas a mi cuerpo.

Nos quedamos ahí, enredados y temblando, su camisa abierta contra mi piel, mis bragas retorcidas y fuera de lugar; el mundo reducido a nada más que el sonido de nuestra respiración y el pulso que aún martillea entre nosotros. Escucho los latidos de su corazón pasar de acelerados a constantes, siento su respiración hacerse más profunda a medida que la adrenalina se desvanece y su polla comienza a ablandarse dentro de mí.

Espero algún tipo de reprimenda, un sermón sobre tener cuidado o tomárselo con calma, pero por lo visto es lo último en lo que piensa.

—Rolan querrá saber lo del bebé —dice suavemente contra mi cuello. No estoy segura de lo que dirá su sobrino, pero no puede ser algo fácil de confesar para él.

—¿Cambiará eso su decisión de ayudarnos?

—Lo cambia todo. —Su brazo se aprieta a mi alrededor, el instinto protector se impone al cálculo estratégico—. La familia protege a la familia, especialmente cuando la sangre se transmite a la siguiente generación.

Las palabras deberían consolarme, pero oigo las complicaciones tácitas que hay debajo. El embarazo me hace valiosa de nuevas maneras, pero también vulnerable de nuevas maneras. Una herramienta para asegurar la lealtad, un objetivo para asegurar el cumplimiento.

—¿Debería tener miedo? —pregunto, pero ya sé la respuesta. Misha no querrá que tema, pero en su mundo, ese es el alma de cualquiera que espere seguir con vida.

Considera la pregunta seriamente, sopesando la verdad contra el consuelo.

—Sí —dice finalmente—. Pero no de Rolan. Es familia, y la familia protege a los suyos. Ten miedo de lo que pase si no logramos convencerlo de que esta guerra se puede ganar.

Se me hace un nudo en la garganta y le doy un beso en el cuello sudoroso mientras aprieto los brazos alrededor de sus hombros.

—Puedo ayudar… Con Sonya. Conozco los lugares de entrega, los otros mensajeros que usa. Probablemente pueda convencer a uno de ellos para que consiga más información también. —Meterme en esto significa llegar hasta el final, y eso significa mancharme las manos.

—Bien —dice, y su tono ha cambiado, pero aún no me aparta—. Necesitaremos toda esa información.

—Pero, Misha… —digo, enderezándome para poder mirarlo a los ojos.

—¿Sí?

—No quiero matar a nadie. No soy como tú. —El pulso se me acelera, pero él me ahueca la mejilla.

—Por supuesto, *milaya*, lo sé. —Su pulgar me traza el pómulo—. Tampoco quiero eso para ti.

Misha dice que estamos librando una guerra. Si supiera la guerra que ruge dentro de mi corazón… Cuando Batya se entere de todo esto, no sé ni qué dirá.

MISHA

El alba tiñe de luz gris el distrito industrial y las sombras se retiran del hormigón y el acero oxidado. Aparco el coche a dos manzanas del complejo de almacenes, con el motor haciendo tictac mientras se enfría. A mi lado, Vera ajusta los prismáticos y escanea los muelles de carga y las vías de acceso. Hemos estado despiertos hasta tarde, trazando el lugar exacto donde estaría Sonya, o, al menos, donde creemos que estará basándonos en la información que nos dieron unos amigos jinetes de Vera, muy honrados y muy asustados.

—Veo algo —susurra—. Cerca de esa esquina de ahí.

A través del parabrisas, observo el conocido vehículo de Sonya esquivar baches y barreras de obra. No parece saber que estamos aquí, lo cual es bueno para nosotros. Se siente segura y como en casa en su propio terreno, y podemos usar eso a nuestro favor.

—¿Crees que funcionará? —pregunta Vera, bajando los prismáticos y frunciéndome el ceño. Tiene demasiado miedo, pero es imposible disuadirla.

—Tiene que funcionar, y rápido. —Le cojo los prismáticos de la mano y me los llevo a los ojos. Sé que Vera siente cada emoción, pero ahora mismo tengo que insensibilizar mi corazón o el riesgo que

corremos me paralizará. No puedo perder a Vera, y ella se está precipitando tontamente de cabeza hacia el peligro.

El coche desaparece tras el enorme almacén, oculto por muros de hormigón y maquinaria industrial. Esperamos, contando los minutos, buscando patrones que revelen la seguridad de la operación.

A las siete menos cuarto, una furgoneta blanca aparece desde la dirección opuesta, con la matrícula demasiado sucia para leerla desde nuestra distancia. El vehículo se mueve muy despacio, su conductor escanea los alrededores antes de decidirse a acercarse.

—¿Qué está haciendo? —digo, más para mí que para nadie. Están cerrando algún tipo de trato y tengo la sensación de que lo estamos interrumpiendo.

A través de las lentes de aumento, estudio el perfil de la furgoneta, memorizando detalles que podrían resultar útiles más adelante. El conductor lleva una gorra de béisbol y gafas de sol a pesar del cielo nublado. El asiento del copiloto está vacío, pero el compartimento de carga podría contener cualquier cosa, desde dinero hasta cadáveres.

—Ahí. —Vera señala hacia el muelle de carga este del almacén—. Sonya.

Dobla la esquina llevando un maletín de cuero. Se mueve deprisa, como un ratón asustado que corretea. La mujer que yo recordaba como controlada y calculadora ahora muestra grietas de estrés, del tipo que aparecen cuando las operaciones se descontrolan más allá de los parámetros cómodos. Nuestra pequeña conversación con plomo en el aparcamiento de anoche la ha asustado.

La furgoneta aparca y el conductor sale: treinta y tantos años, complexión atlética, lleva un mono que podría ocultar varias armas. Lo reconozco por las fotos de vigilancia que Rolan compartió hace semanas.

—Igor Sokolov —le digo a Vera—. Miembro del equipo de Radich, especializado en transporte de dinero y falsificación de documentos.

—No aparto la vista de la escena, pero sé que me está escuchando.

Se reúnen entre los vehículos. Su conversación es breve y profesional. Sonya le entrega el maletín. Igor saca un sobre manila de su mono. El intercambio dura menos de treinta segundos. Pero cuando Igor vuelve a su furgoneta, un segundo coche aparece por detrás del almacén: una berlina negra con los cristales tintados y dos ocupantes claramente visibles a través del parabrisas.

La berlina se coloca en posición de vigilancia mientras sus ocupantes escanean los accesos mientras Igor arranca el motor. Están aquí para que todo vaya sobre ruedas, pero no conocen la tormenta que se les viene encima.

Con los prismáticos, identifico al conductor del coche de seguridad: Timur Kadyrov, uno de los matones de Radich, conocido por su violencia explosiva y su escaso control de los impulsos. El pasajero habla por un móvil, probablemente coordinándose con otras unidades.

Sonya vuelve a desaparecer tras el edificio y, momentos después, su coche reaparece y se aleja, misión cumplida. Pero la furgoneta de Igor gira hacia el distrito del río en lugar de volver por donde vino. Inmediatamente, sé que tiene que haber un cambio de planes. Sonya no es el pez más gordo. Estos hombres nadan río arriba y tengo que averiguar adónde van.

Arranco el motor. —Seguimos a la furgoneta.

—¿Y el coche de seguridad? —Se agarra al tirador de la puerta mientras dejo caer los prismáticos en su regazo.

—Nos seguirán. La cuestión es quién hace saltar la trampa primero.

La furgoneta mantiene una velocidad prudente por las calles industriales, el conductor mira por los retrovisores, pero no varía su ruta lo suficiente como para perder a una persecución decidida. Igor conoce su negocio, pero le falta paranoia, el defecto fatal que separa a los supervivientes a largo plazo de las primeras bajas.

Detrás de nosotros, la berlina negra mantiene una distancia de dos manzanas, un espacio profesional que permite tiempo de reacción sin perder el contacto visual. Son de manual, y eso me da un escalofrío espeluznante.

Seguimos al convoy a través de barrios que pasan de industriales a residenciales, pasando por bloques de apartamentos y mercados de barrio donde la gente corriente lleva una vida corriente. El contraste parece surrealista: rastrear a asesinos y dinero a través de la mundana geografía de Moscú.

La furgoneta gira hacia el río Klyazma, siguiendo carreteras que se estrechan y deterioran a medida que se acercan al agua. Con menos testigos aquí, hay más oportunidades de violencia sin interferencia de los civiles.

—No va a otro almacén —dice Vera, estudiando nuestro entorno—. Esto lleva a los embarcaderos.

¿Transporte fluvial…?

Tardo en darme cuenta, pero tiene todo el sentido del mundo. El equipo de Radich mueve su dinero por agua, usando muelles privados y barcos sin identificar para evitar los controles de carretera y la vigilancia electrónica. Brillante y obvio, a la vez.

Cojo el móvil para llamar a Gregor, el observador que he colocado como apoyo de reserva. Su voz contesta al segundo tono.

—¿Dónde andas, jefe?

—Hacia el norte por la calle Flotskaya, acercándonos al acceso del puerto deportivo. Seguimos una furgoneta blanca.

—Entendido. Puedo interceptarlos en el próximo cruce, forzarlos hacia la carretera principal —responde.

Pero la conversación termina bruscamente cuando nuestra luna trasera estalla hacia dentro, y los cristales de seguridad llueven

sobre el interior. La berlina negra ha acortado distancias, su pasajero se asoma con una pistola mientras Timur acelera para embestirnos.

—¡Abajo! —grito, dando un volantazo a la izquierda mientras el parachoques delantero de la berlina choca con nuestro panel trasero.

El metal chilla contra el metal, la física y la violencia se combinan para hacernos derrapar hacia el guardarraíl. Contravolanteo desesperadamente, luchando contra el impulso y la gravedad mientras los restos sueltan chispas sobre el asfalto.

Vera se apoya contra el salpicadero, con el rostro pálido. Veo una sombría aceptación garabateada en su cara, la de que la supervivencia depende de mantenerse concentrada en medio del caos.

La berlina retrocede para otro intento, el rostro de Timur visible a través del parabrisas, sonriendo con anticipación depredadora. Acelera de nuevo, apuntando a la puerta de mi lado.

Piso el acelerador a fondo e intento adelantar, pero al coche le falta potencia para dejar atrás a nuestros perseguidores. La berlina golpea nuestro parachoques, enviándonos a un trompo que transforma el mundo en un borrón de hormigón y cielo.

Golpeamos el guardarraíl marcha atrás, el impacto aplasta los asientos traseros y deforma el chasis. Por un momento, nos balanceamos en el borde entre la carretera y el río, suspendidos sobre nueve metros de aire.

Entonces la gravedad impone su control.

El coche atraviesa el metal debilitado y cae hacia el Klyazma, el agua se precipita hacia nosotros con velocidad terminal. Tengo quizás tres segundos para actuar antes de que choquemos.

—¡Respira hondo! —le grito a Vera.

El impacto me arranca la consciencia del cráneo en un estallido de ruido blanco y una presión aplastante. El agua fría explota a través del parabrisas, convirtiendo el habitáculo en una trampa mortal de líquido ascendente y electrónica averiada.

El coche se hunde con una velocidad espantosa, de morro en el lodo del fondo del río. Las luces del salpicadero parpadean y se apagan, dejándonos en una penumbra submarina filtrada a través de las sucias ventanillas.

Pateo mi puerta, pero la presión del agua la mantiene cerrada. La ventanilla se agrieta bajo los repetidos golpes de mi codo, formando una telaraña, pero negándose a romperse por completo.

Vera se debate a mi lado, luchando contra las ataduras del cinturón de seguridad mientras el agua le sube por encima de la cabeza. Sus ojos muestran terror, pero ni una sola burbuja escapa de sus labios. Está entrando en pánico, y se me encoge el pecho mientras mi futuro pasa ante mis ojos.

Mi hijo… la mujer que claramente amo, aunque no pueda admitirlo… Lo estoy perdiendo todo segundo a segundo. Me quedo paralizado un instante mientras nuestras miradas se encuentran, mientras el miedo se enrosca en mi pecho. Ella se estira y me agarra del brazo, y todo lo que quiero hacer es tomar aire, atraerla a mis brazos y decir lo que nunca le he dicho a nadie en toda mi vida. Pero el frío helado del agua me pellizca los nervios y me saca de mi estado de pánico.

Saco el cuchillo de mi bota y estrello la culata contra la ventanilla del copiloto. Los fragmentos de cristal flotan a la deriva a cámara lenta, creando una salida apenas lo suficientemente ancha para el paso humano. Luego me giro y la alcanzo con el cuchillo, que corta fácilmente el obstinado cinturón de seguridad.

Agarro la mano de Vera y la saco por la abertura. Pateamos hacia arriba a través del agua verde, con los pulmones ardiendo, mientras el coche desaparece en la oscuridad más profunda. Mi abrigo me

arrastra como un ancla, así que me lo quito y dejo que la corriente se lo lleve. Mi pistola se ha perdido en algún lugar del caos, pero la mano de Vera está aferrada a la mía y no pienso soltarla.

Salimos a la superficie jadeando, aferrándonos el uno al otro mientras el agua nos chorrea por el pelo. Encima de nosotros, la berlina negra está parada en el terraplén, sus ocupantes asomados por el guardarraíl roto.

Un fogonazo parpadea desde la ventanilla del copiloto. La bala chasquea en el agua a medio metro de la cabeza de Vera, lo suficientemente cerca como para salpicarle la cara con el agua del río.

—¡Abajo! —La arrastro de nuevo hacia abajo, usando la sombra del terraplén para enmascarar nuestros movimientos.

Nadamos río abajo, permaneciendo sumergidos tanto como nuestros pulmones nos lo permiten, saliendo a la superficie solo cuando la inconsciencia amenaza. La corriente nos arrastra más allá de pilones de hormigón y restos industriales oxidados, una cobertura natural que oculta nuestra huida. La hipotermia amenaza, pero nos fuerzo a seguir.

Finalmente, una alcantarilla derrumbada nos ofrece refugio y nos arrastramos por la abertura hasta un tubo de hormigón lleno de agua estancada y decadencia urbana. No es cómodo, pero es invisible desde la carretera de arriba, donde los hombres de Sonya probablemente todavía nos acechan.

Vera tiembla contra mí, el calor corporal se le escapa a través de la ropa mojada. El *shock* y la hipotermia son combinaciones peligrosas, especialmente para las mujeres embarazadas cuyos sistemas ya funcionan bajo un estrés adicional.

Le acuno la cara entre las palmas de mis manos, buscando sus ojos. —¿Estás herida? —Mis manos rozan sus hombros y brazos, buscando heridas que no puedo ver en la oscuridad.

Niega con la cabeza, castañeteándole los dientes. —No. Frío, pero no herida. —Su voz es firme a pesar del temblor de su cuerpo. Luego su mano se desliza protectoramente hacia su vientre—. ¿Y el bebé?

La acerco más, apretando mi frente contra la suya. —Es demasiado pronto para saberlo. Necesitamos atención médica, pero no hasta que estemos a salvo.

Sus ojos se desvían hacia la desembocadura del río. —La furgoneta…, ¿has visto adónde ha ido?

A través de la boca de la alcantarilla, vislumbro la orilla lejana del río, donde un muelle privado se extiende hacia aguas más profundas. Una lancha motora está amarrada allí, con los motores en marcha, mientras unas figuras trasladan la carga del vehículo al barco. Asiento hacia ellos y sus ojos siguen mi línea de visión.

—¿Podemos detenerlos?

—No solos. No desde aquí. —Saco el móvil, agradecido por la carcasa impermeable que mantiene la electrónica funcional a pesar de la inmersión en el río—. Pero podemos pedir refuerzos.

El número de Rolan conecta inmediatamente, su voz interrumpe antes del segundo tono.

—¿Qué ha pasado?

Pego el móvil a mi oreja, observando a Vera acurrucarse contra la pared de la alcantarilla, con los brazos rodeándose a sí misma para calentarse. —Una emboscada en la calle Flotskaya. Timur y una berlina nos han sacado de la carretera. El coche ha caído al río. Hemos salido, pero por los pelos.

Hay una pausa, y luego su tono se vuelve de acero frío. —¿Y Vera?

—Está viva. Conmocionada, helada. Necesitamos que nos saquen antes de que le dé una hipotermia. Están moviendo dinero en barco ahora mismo. Puedo ver el traspaso desde aquí.

Rolan exhala lentamente. —Los cabrones de Radich creen que pueden ahogar a mi sangre… Timur deseará haber muerto hoy.

—No puedo enfrentarme a ellos solo —le digo. Me castañetean los dientes, pero mantengo mis palabras lo más firmes que puedo—. Necesitamos hombres. Armas. Transporte. Si quieres pruebas de su red, el muelle está plagado de ellas. Pero si esperamos demasiado, el dinero se irá de Moscú.

—Mantén tu posición —ordena Rolan—. Desviaré a un equipo del distrito norte. Entrarán con todo. Veinte minutos.

Miro a Vera: sus labios azules, su cuerpo temblando con fuerza. —No tenemos veinte. Necesitamos calor ahora. Un lugar donde meterla hasta que lleguen tus hombres. Ro, Vera está embarazada.

Hay otro silencio, y luego Rolan vuelve a hablar, su voz más suave, pero no menos sombría. —Hay una vieja caseta de mantenimiento a medio kilómetro río abajo, puerta roja, techo oxidado. Métela dentro y cubre las ventanas. Mi gente os encontrará allí.

—Entendido.

—Y, tío. —Su voz se reduce a un gruñido—. Mantente con vida, consigue lo que puedas de ese muelle y asegúrate de que nadie pueda rastrear esto hasta mí.

La línea se corta, dejando solo el eco de amenazas y promesas en mi oído.

VERA

La oficina del hipódromo es más pequeña de lo que pensaba, y más cutre. Estoy sentada en el borde del escritorio de Misha, despejado de los papeles que lo abarrotaban cuando entramos, mientras el médico limpia su fonendoscopio con una toallita con alcohol. El agua del río me humedece el pelo y la ropa se me pega a la piel en zonas húmedas que me recuerdan lo cerca que estuvimos de ahogarnos. Pero al menos ya no tirito violentamente, no con la calefacción tan alta que hay aquí.

Misha está de pie junto a la ventana, con la espalda rígida mientras observa la actividad exterior. Tiene la camisa rasgada a la altura del hombro, dejando entrever los tatuajes que serpentean por su brazo. A sus pies se forma un charco con el agua de su ropa empapada, pero no parece darse cuenta. Su atención se centra por completo en la pista de abajo, donde sus hombres se mueven entre la multitud.

—Su pulso está acelerado, pero es de esperar dado el trauma que acaba de sufrir. —Las manos del médico están frías cuando me apoya el fonendoscopio en el pecho. El sudor le perla la frente. Debe de hacer mucho calor aquí para él—. La tensión arterial está dentro de los límites normales. No hay signos de hipotermia a pesar de la inmersión.

Asiento, aunque mis pensamientos se desvían hacia los momentos bajo el agua en los que el brazo de Misha me rodeó la cintura y tiró

de mí hacia la superficie. La forma en que su aliento me calentó la cara cuando salimos a flote. La mirada desesperada en sus ojos cuando me arrastró hasta la orilla embarrada.

—El embarazo parece estable a las seis semanas —continúa, tomando notas en su portapapeles—. ¿Ni sangrado ni calambres? —Niego con la cabeza, y él frunce el ceño y suspira—. El feto ha soportado su odisea notablemente bien.

Misha se aparta de la ventana al oír esas palabras. Sus ojos azul hielo se encuentran con los míos a través de la pequeña habitación, y veo que algo cambia en su expresión. La dura máscara que lleva se resquebraja por un momento, revelando la vulnerabilidad que hay debajo.

—Seis semanas —repite, como si estuviera probando las palabras. Veo el dolor en sus ojos por haberle ocultado esto durante tanto tiempo, pero yo sabía lo que pasaría. También sé lo que dirá a continuación: que me va a dejar en el banquillo. Ahora no querrá que participe en el plan para acabar con Sonya.

El médico lo mira de reojo antes de guardar sus instrumentos en el maletín. —Le recomiendo que descanse el resto del día. Evite actividades extenuantes. Si siente algún calambre o manchado, llame de inmediato.

—Gracias, doctor. —La voz de Misha suena tajante, y el hombre mayor lo reconoce. Asiente una vez y nos deja solos en la pequeña oficina.

La puerta se cierra con un clic y la habitación se sume en un silencio tenso. Misha se acerca a mí con pasos lentos y deliberados. Sus ojos no se apartan de mi cara, y puedo ver que está procesando todo lo que ha sucedido. La persecución por el distrito de los almacenes. La zambullida en el río helado. La confirmación de que llevo a su hijo.

—Podrías haber muerto hoy —dice finalmente. Su voz es más áspera de lo habitual, ronca por el agua del río y la emoción que lucha por

contener.

—Pero no lo hice. —Me bajo del escritorio y me enfrento a él—. Los dos hemos salido de esta.

Entonces me alcanza, ahuecándome la cara con una sorprendente delicadeza. Sus pulgares trazan la línea de mis pómulos y siento el temblor de sus dedos. Este hombre que impone miedo y respeto a criminales curtidos está temblando porque estuvo a punto de perderme.

—Esto lo cambia todo —murmura. Apoya su frente en la mía y su aliento se mezcla con el mío—. Lo que llevas dentro… lo que hemos creado juntos. No puedo permitir que os pase nada a ninguno de los dos.

El corazón me martillea en las costillas. —Entonces, déjame ayudarte a terminar con esto. Déjame estar ahí cuando derrotes a Sonya.

Sus manos se apartan de mi cara y retrocede un paso. Su expresión se vuelve hermética, transformándolo de nuevo en el frío estratega que conocí hace semanas.

—No. —La palabra suena tajante y definitiva—. Te quedas aquí, donde sé que estás protegida. Mis hombres vigilarán la oficina. No te moverás hasta que yo dé luz verde.

La ira me estalla en el pecho. —No soy una flor delicada que se rompe a la primera de cambio. Llevo meses manejando a Sonya. Conozco sus patrones, sus gestos. Me necesitas ahí fuera.

—Lo que necesito es que estés viva cuando esto termine. —La voz de Misha se endurece aún más, pero capto la corriente subyacente de miedo—. ¿Crees que voy a arriesgarme a perderos a los dos ahora? ¿Después de todo?

—No nos perderás. —Me acerco, acortando la distancia que él intentó crear—. Pero tienes que dejar de tratarme como si fuera de

cristal. He demostrado que sé cuidar de mí misma.

—¿Ah, sí? —Su risa carece de calidez—. La banda de los Radich te ha estado utilizando durante meses. Te usaron como su marioneta mientras desangraban mis cuentas. Si esa es tu idea de cuidarte a ti misma…

—Basta —replico bruscamente, interrumpiendo su cruel apreciación —. Sabes que eso no es justo. Hice lo que tenía que hacer para mantener a Elvin con vida. Cada decisión que tomé fue para proteger a mi hermano.

La mandíbula de Misha se tensa, pero parte del hielo de su expresión se derrite. —¿Y ahora qué? ¿Quieres volver a ponerte en peligro para qué? ¿Para vengarte?

—Para que se haga justicia. —Le cojo las manos, sorprendida de que no se aparte—. Por la oportunidad de terminar esto como es debido en lugar de estar siempre mirando por encima del hombro. Sonya me utilizó, me manipuló para que traicionara a tu familia. Déjame ser yo quien la haga caer.

—La respuesta sigue siendo no. —Pero el agarre de sus manos contradice sus palabras, sujetándome con fuerza en lugar de apartarme.

—Entonces, dame una razón para quedarme. —Mi voz baja, volviéndose más íntima—. Dime por qué es tan importante para ti que esté a salvo.

Sus ojos se entrecierran. —Ya sabes por qué.

—No, no lo sé. —Me suelto las manos y me cruzo de brazos—. Hablas de lo que llevo dentro, de proteger a tu heredero. Pero ¿y yo? ¿Qué hay de Vera Kovalenko, no solo de la mujer que resulta estar embarazada de tu hijo?

Misha se da la vuelta, pasándose una mano por el pelo húmedo. —No es momento para juegos, Vera.

—No estoy jugando. Estoy pidiendo honestidad. —Me coloco de nuevo frente a él, obligándole a mirarme a los ojos—. Quieres que me quede sentada en esta oficina como una buena prisionerita mientras tú y Rolan os encargáis de todo. De acuerdo. Pero primero, admite lo que está pasando aquí de verdad.

—¿Qué crees que está pasando? —Su voz tiene un tono de advertencia, pero aun así sigo adelante.

—Creo que te preocupas por mí. No solo como el receptáculo de tu hijo, sino como persona. Como mujer. Y eso te aterroriza porque preocuparte por alguien te hace vulnerable.

Aprieta los puños a los costados. —En mi mundo, la vulnerabilidad hace que te maten.

—Quizá. O quizá te hace más fuerte porque tienes algo por lo que merece la pena luchar. —Levanto la mano y le acaricio la cara, sintiendo la barba incipiente bajo mis palmas—. ¿Te preocupo, Misha? No el embarazo, no las implicaciones políticas. Yo.

Me mira fijamente durante un largo momento y puedo ver la guerra que se libra tras sus ojos. La parte de él que quiere refugiarse en el frío cálculo lucha contra algo más profundo y humano.

—No lo hagas —advierte, pero no voy a ceder en esto. Necesito oírlo. Es algo sin lo que me niego a vivir.

—Entonces me voy. Y si quieres conocer a tu hijo, podrás verme en los tribunales. —Ni siquiera sé lo que estoy haciendo. Es una amenaza que nunca podré cumplir. Él tiene más dinero, más poder. Podría matarme en cuanto nazca este bebé, ¿y qué haría yo entonces? Pero mis pies avanzan con determinación hacia la puerta como si estuviera lista para cumplir mi amenaza, a pesar de que sigo helada y al borde de la hipotermia.

—Sí —dice finalmente, la palabra apenas un susurro—. Me preocupas. —Me doy la vuelta y lo miro, liberando la tensión de mis hombros.

Mi corazón da un vuelco, pero no se lo pongo tan fácil. —Eso no es suficiente. —Vuelvo a cruzarme de brazos.

—¿Qué quieres de mí? —Su voz se eleva, la frustración traspasando su fachada controlada. Aprieta los puños y su rostro se contrae con un ceño oscuro—. ¿Quieres que me abra en canal? ¿Que confiese mis sentimientos como un adolescente enamorado?

—Quiero que seas sincero. Conmigo y contigo mismo. —No retrocedo a pesar de la furia que se acumula en su expresión—. Dijiste que ahora te pertenezco. ¿Qué significa eso?

—Significa… —Se detiene, con la mandíbula tensa mientras lucha con palabras que claramente no le salen con facilidad.

—¿Significa qué, Misha?

—Significa que eres mía. —Las palabras salen ásperas y posesivas—. Significa que la idea de perderte me da ganas de quemar la mitad de Moscú. Significa que llevo semanas intentando averiguar cómo mantenerte a salvo sin dejar de ser el hombre que mi familia necesita que sea.

Una calidez se extiende por mi pecho, pero presiono para obtener más. —¿Y?

—¿Y qué? —Pero sabe lo que estoy pidiendo. Lo veo en la forma en que sus ojos escudriñan mi rostro. Me acerco, lo suficiente para poder alcanzarlo. Mis dedos se deslizan sobre su camisa mojada y siento su corazón martillear contra las yemas de mis dedos.

—Dilo. —Mi voz se vuelve suave, persuasiva en lugar de exigente—. Di lo que ambos sabemos que es verdad.

Sus manos suben para cubrir las mías allí donde descansan sobre su pecho. —Vas a insistir hasta que lo diga, ¿verdad?

—Sí.

—¿Aunque no cambie nada el hecho de que te quedes aquí mientras me encargo de Sonya?

—Eso es negociable una vez que seas sincero conmigo.

Misha cierra los ojos, y cuando los abre de nuevo, veo rendición en ellos. —Te quiero —dice, las palabras parecen desgarrarse de su garganta—. Te quiero, y es lo más peligroso que le he admitido a nadie.

La alegría explota en mi interior. Las lágrimas afloran más rápido de lo que puedo contenerlas con un parpadeo. Me lanzo a sus brazos, sin importarme que ambos sigamos húmedos y fríos. Me coge con facilidad, sus brazos envolviendo mi cintura mientras presiono mi cara en la curva de su cuello.

—Yo también te quiero —susurro contra su piel—. Te he querido durante semanas, incluso cuando pensaba que estabas jugando conmigo, incluso cuando Batya me dijo que te tuviera miedo.

Sus brazos se aprietan a mi alrededor, y lo siento exhalar con un temblor. —Esto lo complica todo.

—No, esto lo simplifica todo. —Me aparto para mirarlo—. Ahora ambos tenemos todo que perder, lo que significa que vamos a ganar.

—Vera…

La puerta de la oficina se abre de golpe, haciendo que ambos nos separemos de un salto como adolescentes asustados. Su mano está en su pistola mientras me giro para ver la causa del caos. Rolan está en el umbral, con el rostro serio y urgente. Detrás de él, puedo ver a dos de los hombres de Misha vigilando en el pasillo.

—Siento interrumpir —dice Rolan, aunque su tono sugiere que no lo siente demasiado—. Pero Sonya acaba de aparecer. Está haciendo su ronda para hacer apuestas antes de las carreras.

Toda la actitud de Misha cambia, el hombre vulnerable que acababa de confesar su amor se transforma de nuevo en el peligroso

estratega. —¿Dónde?

—Bloque de establos C. Tiene a dos hombres con ella, pero están tratando de mezclarse con la multitud. —Los ojos de Rolan van de uno a otro—. Si nos movemos ahora, podemos acorralarla antes de que se dé cuenta de que estamos sobre su operación.

—Dame dos minutos para cambiarme de ropa. —Misha se dirige a un pequeño armario donde guarda camisas de repuesto—. Coloca hombres en las salidas. No quiero que se escape cuando nos vea venir.

—Ya está hecho. —Rolan asiente hacia mí—. ¿Y ella?

—Se queda aquí. —Misha se pone una camisa seca por la cabeza—. Gregor y Thom vigilarán la oficina.

—Una mierda me voy a quedar aquí. —Doy un paso adelante, ignorando la mirada de advertencia que Misha me lanza—. Sonya me conoce. Confía en mí. Si estoy allí, no sospechará una trampa hasta que sea demasiado tarde.

—Ya hemos hablado de esto —dice Misha con los dientes apretados.

—No, has tomado una decisión unilateral después de que yo consiguiera que admitieras tus sentimientos. Eso no es lo mismo que una discusión. —Me dirijo a Rolan—. Dile que tengo razón. Dile que tenerme allí os da ventaja.

Rolan nos mira con la expresión de un hombre que desearía estar en cualquier otro lugar. —Tiene razón, tío. Sonya podría huir si nos ve venir sin su contacto habitual.

—¿Ves? —Me cruzo de brazos y le lanzo a Misha una mirada desafiante—. Tu propio sobrino está de acuerdo conmigo.

Los ojos de Misha arden de furia, pero puedo verlo sopesando las ventajas tácticas. Su amor por mí lucha contra su mente estratégica, y contengo la respiración esperando a ver qué lado gana.

—Si vienes —dice finalmente, con una voz mortalmente silenciosa—, harás exactamente lo que te diga. Ni improvisaciones. Ni heroicidades. La atraes y luego te pones a cubierto mientras nosotros nos encargamos del resto.

—Trato hecho. —La palabra sale demasiado rápido, y veo un atisbo de sospecha en su rostro.

—Lo digo en serio, Vera. Un paso en falso y haré que te traigan aquí esposada.

—Lo entiendo. —Y lo entiendo, aunque no esté necesariamente de acuerdo con todos los términos.

Rolan se aclara la garganta. —Tenemos que movernos. Las carreras de la tarde empiezan en diez minutos y la multitud es cada vez más densa.

Misha comprueba su pistola y la desliza de nuevo en la funda de hombro oculta bajo su chaqueta. El movimiento es suave y automático. Es un recordatorio de la violencia que vive bajo su ropa cara.

—¿Lista? —pregunta, sus ojos encontrándose con los míos.

Asiento, con el pulso acelerado por la expectación y el miedo. —Lista.

Mientras nos dirigimos a la puerta, Misha me coge del brazo con un suave agarre. —Recuerda lo que me prometiste.

—Me acuerdo. —Me pongo de puntillas y le doy un rápido beso en la boca—. Yo también te quiero, ¿sabes?

Su expresión se suaviza por un instante antes de volver a endurecerse con la máscara que lleva para el mundo. —Vamos a atrapar a una ladrona.

MISHA

El hipódromo vibra con treinta mil voces alzándose en expectación. El Día del Gran Premio atrae a todo el mundo, desde ejecutivos petroleros multimillonarios hasta buscavidas callejeros que aferran billetes arrugados y sueños desesperados. La multitud se agolpa contra las barandillas en tres filas, con los rostros enrojecidos por el vodka y la adrenalina mientras ven a los purasangres desfilar hacia el cajón de salida.

Estoy en el entresuelo, con la radio crepitando con los informes de posición de los hombres de Rolan repartidos por las instalaciones. La vista elevada me proporciona una línea de visión despejada de la sala de apuestas, las tribunas y el laberinto de pasillos de servicio que serpentean bajo la estructura principal. Vera espera detrás del mostrador principal de apuestas, pálida pero decidida, mientras escudriña a la multitud en busca de cualquier señal de Sonya Radich.

—Objetivo localizado, sector siete… —La voz de Gregor se abre paso entre el ruido de la estática—. Dos acompañantes, se mueven hacia los palcos prémium.

Levanto los pequeños prismáticos y encuentro a Sonya abriéndose paso entre la multitud cerca de las escaleras mecánicas de la zona VIP. Lleva un costoso abrigo azul marino y se mueve con paso seguro. De verdad se cree la dueña del terreno que pisa, y me da asco. Sus acompañantes la flanquean a una distancia prudente, y

sus corpulentas figuras sugieren que llevan algo más que buenos deseos bajo las chaquetas.

—Thom, ¿cuál es la situación del mensajero? —pregunto en voz baja en la manga, donde llevo el micrófono del comunicador bien sujeto.

—Sigue en la ventanilla de apuestas doce. Aún no se ha movido hacia el punto de recogida.

El mensajero me interesa más que la propia Sonya. Igor se encarga de las transferencias de dinero, lo que significa que lleva pruebas que podrían enterrar a la mitad de la organización de los Radich. Su rutina habitual consiste en cobrar las ganancias, pero hoy ha llegado pronto y no para de mirar el reloj con nerviosismo.

La voz del presentador retumba por todas las instalaciones. —Señoras y señores, quedan cinco minutos para la salida del Gran Premio. Por favor, formalicen sus apuestas ahora.

La multitud se abalanza hacia las ventanillas de apuestas. Los cuerpos se apiñan en densos grupos en torno a cada mostrador y el aire se vuelve denso por el humo de los cigarrillos y el olor a colonia cara mezclado con loción barata para después del afeitado. Los vendedores se abren paso entre la masa pregonando programas y cerveza, y sus voces se suman al alboroto general que dificulta la comunicación por radio.

Pulso el botón de la radio. —Todas las posiciones, preparaos para moveros. El objetivo podría romper la pauta antes de lo previsto.

La voz de Rolan responde desde su posición cerca de la entrada principal. —Recibido. Equipos de salida en posición.

A través de los prismáticos, veo a Sonya llegar a la zona prémium y desaparecer en uno de los palcos privados. Se va a reunir con alguien allí arriba, pero el ángulo me impide identificar a su contacto. El alquiler de los palcos cuesta un millón de rublos al día, lo que la sitúa en compañía de gente con mucho dinero y contactos políticos.

—Tío, tenemos un problema. —La voz de Thom transmite una tensión que hace que se me encoja el estómago—. El mensajero acaba de romper la pauta. Se mueve antes de tiempo hacia la salida C.

Giro los prismáticos hacia la ventanilla doce y veo a Sokolov abriéndose paso entre la multitud. Está claro que tiene un objetivo en mente. Su rostro muestra una expresión tensa y se mueve con rapidez. Quizá haya recibido nuevas órdenes.

—Interceptadlo —ordeno—. No dejéis que llegue al aparcamiento.

—Moviéndonos.

Observo a Thom y a otro operativo converger en la posición de Igor desde direcciones opuestas. Se mueven entre la multitud como fantasmas, utilizando el flujo natural de cuerpos para enmascarar su avance. Igor no se da cuenta de su presencia hasta que están al alcance de la mano y, para entonces, es demasiado tarde para una retirada airosa.

El enfrentamiento es rápido. Thom le coge el brazo a Igor, probablemente con la intención de escoltarlo discretamente a un lugar menos público. Igor se zafa y su mano se dirige a la chaqueta. El gesto universal de un hombre que va a por un arma me provoca un escalofrío.

—¡Pistola! —El grito de Thom atraviesa el ruido ambiental y, de repente, la zona que rodea la ventanilla doce estalla en un caos.

La pistola de Igor sale de su chaqueta, una pequeña automática negra que parece insignificante hasta que la apunta al pecho de Thom. El primer disparo suena como un latigazo, lo suficientemente fuerte como para penetrar el ruido de la multitud y hacer que los apostantes más cercanos corran a ponerse a cubierto.

Los gritos estallan en todas direcciones. La ordenada cola de las ventanillas de apuestas se desintegra en una turba aterrorizada mientras la gente empuja y se abre paso hacia cualquier salida

disponible. Una mujer con un abrigo de piel tropieza y casi es pisoteada antes de que dos hombres la levanten. Los niños lloran mientras sus padres los cogen en brazos y se unen a la oleada hacia las puertas.

Hablo por la radio, manteniendo la voz firme. —Todas las unidades, tenemos disparos en la planta principal. Contened la situación y mantened el perímetro.

Pero la contención se vuelve imposible a medida que se extiende el pánico. La multitud se mueve como un ser vivo, alejándose de los disparos hacia las salidas en una marea humana que amenaza con aplastar a cualquiera que caiga. Los vendedores abandonan sus carritos, que se convierten en obstáculos con los que tropiezan los clientes que huyen. El olor a cerveza derramada y a comida pisoteada se mezcla con el intenso hedor a sudor provocado por el miedo.

Desde mi posición elevada, puedo ver todo el alcance del desastre que se está produciendo abajo. Igor vuelve a disparar y Thom se lanza detrás de un mostrador de apuestas volcado mientras su compañero devuelve el fuego desde detrás de un pilar de hormigón. El estruendo de los disparos rebota en el techo abovedado, convirtiendo el hipódromo en una cámara de eco de violencia.

Abandono el entresuelo y me dirijo a las escaleras, luchando contra el flujo ascendente de gente desesperada por escapar de la planta principal. Un hombre de mediana edad con un traje caro intenta pasar a mi lado, y le agarro del hombro con la fuerza suficiente para dejarle moratones.

Suelta un quejido y se aparta de mi camino, y me abro paso a la fuerza contra la corriente humana, usando los codos y los hombros para crear espacio en la abarrotada escalera. Los cuerpos me aprietan por todas partes y el aire se vuelve denso por el aliento exhalado y las feromonas del pánico.

La planta principal se ha transformado en un campo de batalla. Sillas volcadas y papeles esparcidos cubren el hormigón pulido. Cerca de la pared del fondo hay una silla de ruedas abandonada; es de suponer que sus familiares han puesto a salvo a su ocupante. Los tableros electrónicos de apuestas siguen mostrando las cuotas y la información de la carrera, y sus alegres luces resultan absurdamente normales en medio del caos.

Localizo a Vera cerca del mostrador principal, agazapada tras la barrera reforzada que separa la zona de apuestas del espacio público. No está huyendo, lo que me alivia y me aterroriza a la vez. Sus ojos verdes se encuentran con los míos a través de la distancia y veo en su expresión una mezcla de determinación y miedo.

Un movimiento en mi visión periférica me llama la atención. Un hombre con una chaqueta oscura sale de detrás del mostrador de servicio y reconozco a Timur de inmediato. Ese cabrón enfermo se va a arrepentir de habernos sacado de la carretera. Se acerca a la posición de Vera, con la mano ya buscando la pistola bajo el abrigo, y sé que no dudará en apretar el gatillo.

El entrenamiento se impone. Saco la pistola y encuentro un buen ángulo donde tengo cobertura para protegerme. El seguro se quita cuando levanto el arma y mi dedo encuentra el gatillo mientras alineo la mira con el centro del torso de Timur.

El disparo le alcanza en las costillas y lo hace girar de lado mientras la bala le desgarra músculo y hueso. Su propia pistola dispara casi al mismo tiempo, pero con el giro de la muerte, la bala se desvía, sin dar a Vera, y se aloja en la pared por encima de ella. Timur se tambalea contra el borde del mostrador y la sangre se extiende por su camisa en una mancha oscura que crece con cada latido. Su propia arma cae al suelo con un ruido metálico mientras sus piernas ceden.

—¡Vera! —grito por encima del tiroteo que continúa al otro lado de la planta—. ¡Al túnel de servicio, ahora!

No discute ni duda. Se levanta de su posición agachada y corre hacia la puerta sin marcar que conduce a las zonas de mantenimiento bajo las instalaciones. Su trenza se agita detrás de ella mientras se mueve, y siento un momento de orgullo por su rápida obediencia a mi orden.

La puerta del túnel de servicio se cierra de golpe detrás de ella justo cuando estallan más disparos desde la tribuna. El sonido tiene una calidad diferente a la de los disparos de pistola de abajo, el ladrido más profundo de las balas de fusil que envía nuevas oleadas de pánico a través de la multitud que queda.

—Sonya está haciendo su jugada —la voz de Rolan crepita a través de mi auricular—. Tiene armas largas en la zona prémium.

Miro hacia los palcos privados, donde los fogonazos de los cañones destellan contra las ventanas oscurecidas. La barrera de cristal que separa la zona prémium de la planta principal se resquebraja por el impacto y los fragmentos llueven sobre la gente que aún está atrapada abajo.

El aire se llena de humo de cordita, el olor químico acre que se pega a todo después de un tiroteo prolongado. Me quema las fosas nasales y me cubre la parte posterior de la garganta, mezclándose con el polvo levantado por los pies que corren y el sabor metálico de la sangre derramada.

—¿Cuántos tiradores? —pregunto por la radio mientras me muevo hacia una mejor cobertura detrás de un pilar de soporte de hormigón.

—Al menos tres, posiblemente cuatro. Tienen una posición elevada y campos de tiro despejados por toda la planta principal.

Una bala de fusil rebota en el pilar cerca de mi cabeza y me cubre de fragmentos de hormigón. El equipo de Radich ya no intenta escapar limpiamente. Están presentando batalla, lo que significa que

o están desesperados o confían en su capacidad para abrirse paso luchando.

Vuelvo a pulsar el botón de la radio. —¿Cuál es la situación de la seguridad del perímetro?

—Las salidas están selladas. Nadie sale sin nuestra aprobación.

—Bien. Estrechad el cerco y estad atentos por si Sonya intenta escabullirse en la confusión.

Otra ráfaga de fuego de fusil arranca trozos del pilar que tengo encima. Los tiradores tienen disciplina y paciencia, realizan disparos apuntados en lugar de soltar balas a lo loco. Entrenamiento militar o amplia experiencia delictiva. En cualquier caso, son más peligrosos que unos aficionados aterrorizados.

En medio del caos, entreveo a mis hombres moviéndose entre la multitud; su ropa oscura los distingue de los civiles que huyen. Avanzan por secciones, utilizando la cobertura y el apoyo mutuo para acortar la distancia con los pistoleros de arriba.

Los paneles de apuestas parpadean y se apagan cuando una bala perdida alcanza el cuadro eléctrico principal. La iluminación de emergencia se enciende y baña todo con una dura luz blanca que crea sombras nítidas y elimina las sutiles gradaciones que ayudan a los ojos a seguir el movimiento.

Abajo, en la pista, los caballos son conducidos rápidamente de vuelta a los establos, y tanto los dueños como los jockeys están aterrorizados. El grito de una mujer atraviesa los disparos, tan agudo y penetrante que destaca sobre el ruido general. La veo cerca del puesto de comida volcado, con sangre manando de una herida en el cuero cabelludo mientras un hombre intenta arrastrarla hacia la salida. Las víctimas civiles eran inevitables una vez que comenzó el tiroteo, pero cada una representa un fracaso de planificación y control.

—Gregor, informa —exijo por la radio.

—Los tenemos acorralados en el palco siete. Dos bajas confirmadas, número de activos desconocido.

—No dejéis que lleguen a los ascensores de servicio. Si consiguen entrar en los niveles inferiores…

La transmisión se corta cuando otra bala de fusil impacta cerca de mi posición. Esta viene de un ángulo diferente, lo que sugiere que los tiradores se han dividido para crear zonas de fuego cruzado. Tácticas militares básicas aplicadas al combate urbano.

Corro desde mi cobertura hacia el siguiente pilar, atrayendo el fuego que impacta en el suelo detrás de mí en una línea de polvo de hormigón y chispas. La distancia se reduce a treinta metros, luego a veinte, lo que me sitúa dentro del alcance efectivo de mi pistola.

El primer objetivo aparece en la ventana rota del palco siete, el cañón de su fusil rastrea el suelo en busca de una nueva presa. Le meto dos tiros en el pecho antes de que pueda fijar un objetivo y desaparece hacia atrás en el oscuro interior.

—Un tango menos —informo por la radio.

—Recibido. Palco siete despejado. Pasando al palco ocho.

El tiroteo empieza a amainar a medida que mis hombres eliminan a los tiradores uno por uno. El equipo de Radich lucha con coraje, pero carece de la coordinación y la potencia de fuego para mantener sus posiciones contra una oposición organizada. En cuestión de minutos, el seco chasquido de los fusiles da paso a esporádicos disparos de pistola y, finalmente, a un silencio ominoso.

Las sirenas de emergencia aúllan a lo lejos y suenan cada vez más fuerte a medida que la policía y las ambulancias se dirigen al hipódromo. Las autoridades llegarán pronto, lo que significa que debemos terminar esta operación y establecer versiones plausibles antes de que empiecen a hacer preguntas difíciles.

—Todas las estaciones, informe de situación —ordeno.

Las respuestas llegan rápidamente. —Sector uno despejado. —Sector dos despejado. —Tres tiradores abatidos, uno bajo custodia.

Pero ninguna mención de la propia Sonya.

—¿Dónde está el objetivo principal?

—Desconocido. No estaba en ninguno de los palcos cuando los despejamos.

Aprieto la mandíbula al darme cuenta de que nos la han jugado. El tiroteo fue una distracción, una forma de ocupar nuestra atención mientras Sonya escapaba por canales que no habíamos previsto. La mujer tiene más conciencia táctica de la que le atribuía.

Hablo por la radio con furia contenida. —Encontradla. Registrad todas las salidas, todos los pasillos de servicio, todos los escondites de estas instalaciones. No sale de aquí con vida.

VERA

El túnel de servicio me traga por completo, sus paredes de hormigón se cierran a mi alrededor mientras avanzo a trompicones por el lúgubre pasadizo. La iluminación de emergencia parpadea sobre mi cabeza, proyectando sombras vacilantes que danzan y se retuercen con cada paso que doy hacia las entrañas del hipódromo. El aire tiene un sabor metálico y rancio, cargado con décadas de polvo acumulado y el persistente olor a aceite de motor que se filtra de las tuberías de mantenimiento que recorren el techo.

Mis botas chapotean en los charcos de agua de lluvia que se han acumulado en el suelo irregular, y la acústica del túnel amplifica el sonido hasta que cada pisada se convierte en un estallido seco que podría delatar mi posición. Detrás de mí, el caos amortiguado del tiroteo sigue haciendo estragos, los disparos atraviesan las barreras de hormigón y vibran a través de los soportes de acero que enmarcan este mundo oculto bajo la tribuna.

Pego la espalda a la fría pared y me obligo a calmar la respiración. El bebé pesa en mi vientre, un recordatorio constante de lo que tengo que perder ahora. La advertencia del médico de que descansara resuena en mi mente mientras coloco una mano protectora sobre la ligera curva que nadie más notaría todavía.

El túnel se bifurca delante de mí y se divide en un laberinto de pasillos de mantenimiento que dan servicio a los sistemas eléctricos,

las tuberías y la ventilación de la enorme instalación de arriba. He pasado suficiente tiempo en este hipódromo como para conocer la distribución básica, pero estas zonas de servicio siguen siendo un territorio desconocido. Tuberías y conductos serpentean por las paredes en complejos patrones, marcados con etiquetas en cirílico que identifican su propósito para los trabajadores de mantenimiento que hablan el lenguaje de los sistemas industriales.

Unos pasos resuenan en algún lugar detrás de mí, cada vez más cerca. Son varias personas, que se mueven con determinación en lugar de con la huida despavorida de los civiles atrapados en el fuego cruzado. El corazón me martillea en las costillas al darme cuenta de que alguien me ha seguido a los túneles, y dudo que sus intenciones sean amistosas.

Me adentro más en el laberinto y elijo pasillos que parecen alejarse de la zona principal de apuestas. La iluminación de emergencia es cada vez más esporádica aquí, lo que deja largos tramos de casi total oscuridad entre las débiles bombillas que luchan por iluminar los pasadizos subterráneos. Recorro la pared con los dedos para guiarme, sintiendo la textura áspera del hormigón sin tratar y la ocasional caja de conexiones metálica que alberga las conexiones eléctricas.

Una puerta se cierra de golpe en algún lugar detrás de mí. El sonido reverbera por el sistema de túneles con fuerza suficiente para hacer temblar las tuberías del techo. Le siguen unas voces que hablan un ruso rápido en tonos que sugieren urgencia y rabia. Capto fragmentos de la conversación, lo suficiente para entender que están buscando a alguien.

La revelación me hiela la sangre en las venas. No son los hombres de Misha llevando a cabo una operación de búsqueda y rescate. Son soldados de Radich, probablemente enviados por Sonya para eliminar los cabos sueltos que podrían conectar a su gente con la estafa de las apuestas. Yo soy el principal cabo suelto, la mujer que

puede identificar caras y conectar nombres con actividades delictivas que se extienden durante meses.

Me meto en un pasillo lateral y me pego a la pared mientras las voces se hacen más fuertes. El espacio apenas da para mis hombros, diseñado para acceder a las uniones de las tuberías y no para el paso de personas. De las superficies metálicas que me rodean se desprenden escamas de óxido, que dejan en mi ropa manchas anaranjadas que serán imposibles de quitar si sobrevivo a este encuentro.

Los hombres pasan junto a mi escondite sin aminorar la marcha, los haces de sus linternas cortan la oscuridad mientras continúan adentrándose en el sistema de túneles. Cuento tres voces distintas, quizá cuatro, todas pronunciando duras palabras en ruso.

Cuando sus pasos se pierden en la distancia, salgo del estrecho pasillo y empiezo a desandar mis pasos hacia el túnel principal. Mantenerme escondida podría mantenerme a salvo a corto plazo, pero también me deja aislada y vulnerable si los hombres de Sonya deciden registrar sistemáticamente las zonas subterráneas. Es mejor moverse hacia la ayuda, aunque eso signifique exponerme a un riesgo adicional.

El sonido del agua corriendo se hace más fuerte mientras recorro el laberinto de pasadizos. En algún lugar más adelante, un desagüe principal o una bomba de sumidero se encarga del flujo constante de agua subterránea que amenaza con inundar estos niveles inferiores. El ruido mecánico proporciona una cobertura de audio para mi movimiento, enmascarando el chapoteo de mis botas en el agua estancada y el roce de mi chaqueta contra las paredes del túnel.

Doblo una esquina y me quedo helada al ver una luz más adelante. No es el tenue resplandor de las bombillas de emergencia, sino el brillante haz blanco de una potente linterna que se mueve de un lado a otro del pasillo. Alguien se encuentra en la intersección donde

mi túnel se une con el pasadizo principal, y su posición bloquea mi ruta de vuelta a la sala de apuestas.

Retrocedo hacia la oscuridad, moviéndome lo más silenciosamente posible mientras mi mente repasa a toda velocidad las opciones disponibles. El sistema de túneles tiene que conectar con otras partes de la instalación. Salidas de emergencia, pozos de mantenimiento, ascensores de servicio que podrían llevarme de vuelta a la superficie. Pero encontrar esas alternativas requiere un tiempo que no tengo y unos conocimientos que me faltan.

Un nuevo sonido penetra el ruido ambiental del goteo del agua y los sistemas mecánicos. Pasos, pero diferentes a las pesadas botas de los hombres de Sonya. Estos se mueven con más precisión, con más conciencia de cómo viaja el sonido a través de los pasadizos de hormigón.

—Vera. —La voz se oye con claridad a través del túnel, con un tono lo suficientemente bajo como para no atraer una atención no deseada, pero lo suficientemente alto como para alcanzarme a través de la distancia. Es la voz de Misha, áspera por la tensión, pero inconfundiblemente familiar.

El alivio me inunda con tanta fuerza que casi grito como respuesta. En lugar de eso, me obligo a moverme con cuidado hacia el sonido, pegada a la pared y parándome en cada intersección para escuchar si hay amenazas. El hombre de la linterna se ha adentrado más en el sistema, su luz ya no es visible desde mi posición.

Encuentro a Misha en el cruce donde se juntan tres túneles. Su ropa oscura lo hace casi invisible en las sombras hasta que entra en un charco de luz de emergencia. Un reguero de sangre le cruza la camisa desde un corte superficial en el antebrazo, y el polvo de hormigón le cubre el pelo y los hombros. Sus ojos encuentran los míos de inmediato, y veo el alivio que refleja mis propios sentimientos.

—¿Estás herida? —Me alcanza, sus manos se mueven rápidamente sobre mis brazos y hombros para comprobar si tengo lesiones. Su tacto es suave pero minucioso, y el tejido húmedo bajo su toque aún se me pega.

—Estoy bien. —Las palabras salen temblorosas, delatando el miedo que he estado reprimiendo desde que entré en los túneles—. Pero hay hombres aquí abajo. De la gente de Radich, buscándome.

Aprieta la mandíbula y su mano se mueve instintivamente hacia la pistola enfundada bajo su chaqueta.

—¿Cuántos?

—Tres o cuatro. Pasaron por mi escondite hace unos minutos, en dirección a las secciones de mantenimiento.

—Bien. Eso los aleja de nuestra ruta de salida. —Me coge de la mano y empieza a guiarme de vuelta hacia el túnel principal—. Tenemos que volver a la sala de apuestas. Rolan tiene a Sonya acorralada, pero exige verte antes de hablar.

La idea de volver a enfrentarme a Sonya me provoca un escalofrío, pero comprendo la necesidad táctica. Como principal testigo de su operación, soy la clave para sonsacarle información que podría desmantelar toda la conspiración de Radich. Mi testimonio podría salvar la posición de Misha con la familia Vetrov y eliminar una amenaza que ha estado desangrando su organización.

Nos movemos por los túneles más deprisa ahora, el conocimiento de Misha sobre la distribución de las instalaciones nos guía a través del laberinto de pasadizos y zonas de mantenimiento. Su mano nunca suelta la mía, y esa conexión me proporciona tanto una guía física como un ancla emocional en mi ansiedad.

El sonido de voces resuena delante de nosotros, tonos ásperos y enfadados de un enfrentamiento en el que vamos a irrumpir. Nos detenemos en un cruce donde el túnel se abre a una zona de

mantenimiento más amplia, y Misha me hace una señal para que me quede detrás de él mientras se asoma por la esquina.

Dos hombres están de pie cerca de un banco de paneles eléctricos, con la atención centrada en algo que queda fuera de mi campo de visión. Uno sostiene una pistola con indiferencia a su lado, mientras que el otro habla rápidamente por un radiotransmisor. Ambos van vestidos de negro, como delincuentes en la noche.

Misha saca su pistola y se adentra en el espacio abierto con un movimiento fluido.

—Tirad las armas.

Los hombres se giran hacia nosotros y reconozco a uno de inmediato. Pasha, el hombre delgado de ojos nerviosos que siempre acompañaba a Sonya durante sus visitas a las ventanillas de apuestas. Su rostro palidece al darse cuenta de que se enfrenta a Misha Vetrov en lugar de a un guardia de seguridad o a un civil perdido.

El otro hombre, a quien no reconozco, comete el error de levantar su pistola. El arma de Misha ladra dos veces con un volumen ensordecedor. Ambos disparos alcanzan al desconocido en el pecho, haciéndolo girar contra los paneles eléctricos en una lluvia de chispas y sangre.

Pasha suelta su arma de inmediato, con las manos en alto en señal de rendición mientras mira fijamente a su compañero muerto. —No dispare. Por favor. Me rindo.

—¿Dónde está Sonya? —Misha mantiene su pistola apuntando al hombre que ha sobrevivido.

—Arriba. En la zona prémium.

Los ojos de Pasha se desvían hacia mí y veo el cálculo detrás de su miedo. Está sopesando sus opciones, intentando determinar qué información podría granjearle piedad o, al menos, una muerte

rápida. —Quiere a la mujer. Dice que tiene preguntas sobre las transferencias de dinero.

—¿Qué tipo de preguntas?

—No lo sé. No me lo cuenta todo. —El sudor perla en la frente de Pasha a pesar del aire fresco del túnel—. Por favor. Solo sigo órdenes.

Misha se acerca, sin que su arma tiemble en ningún momento. —¿Cuántos hombres le quedan?

—Quizá seis, quizá ocho. Algunos estaban arriba en los palcos, pero he oído disparos…

—Los palcos están despejados. —El tono de Misha sugiere que eso son noticias viejas—. ¿Dónde están los demás?

—Dispersos. Algunos en el aparcamiento, otros vigilando las salidas. Está intentando reunirlos a todos.

La radio en la mano de Pasha crepita con estática y voces que hablan en un ruso rápido. Capto fragmentos de la conversación, informes sobre la presencia policial e instrucciones para evitar ciertas zonas de las instalaciones. El equipo de Sonya se está desmoronando. Su coordinación se ha roto por la resistencia inesperada que han encontrado.

Misha alarga la mano hacia la radio, manteniendo la pistola apuntando al pecho de Pasha. —Dígale que ha encontrado a la mujer. Dígale que la lleva a la zona prémium.

—Sabrá que miento.

—Entonces, sea convincente. —La pistola se acerca más a la cara de Pasha—. Porque si no lo hace, no volverá a tener que preocuparse por mentir.

Pasha coge la radio con manos temblorosas y pulsa el botón de transmisión. Su voz tiembla ligeramente mientras habla, pero

consigue sonar razonablemente tranquilo. —Sonya, soy Pasha. La he encontrado. A la mujer. Estaba escondida en la zona de mantenimiento.

La respuesta llega de inmediato, con la voz de Sonya afilada por el interés. —¿Dónde está ahora?

—Estoy en el túnel de servicio cerca del cuadro eléctrico principal. La subo por el montacargas.

—Bien. Tráigala al palco doce. ¿Y, Pasha? Si intenta huir, dispárele en las piernas. La necesito viva, pero no tiene por qué estar cómoda.

La radio enmudece y Pasha mira a Misha con ojos desesperados, esperando claramente que su cooperación le valga alguna consideración.

En cambio, el arma de Misha se vuelve hacia él y veo la violencia en sus ojos. —Gracias por su ayuda.

El disparo retumba por el túnel y Pasha se desploma en el suelo de hormigón junto a su compañero. La sangre se encharca alrededor de ambos cuerpos, mezclándose con los fluidos industriales que manchan el suelo.

Miro fijamente a los hombres muertos, con el estómago encogido por la brutalidad de su ejecución. No eran soldados ni criminales curtidos. Eran funcionarios, mandos intermedios de una organización criminal que los utilizaba como recursos prescindibles. Sus muertes tienen un propósito táctico, pero la frialdad tras las acciones de Misha me recuerda el mundo en el que he entrado al quererlo.

—No tenías que matarlo —digo en voz baja.

—Sí, tenía que hacerlo. —Misha enfunda su arma y vuelve a tomarme la mano—. Les habría avisado en el momento en que lo dejáramos ir. Ahora Sonya cree que va a conseguir lo que quiere, lo que nos da la ventaja.

Dejamos atrás los cadáveres y continuamos por el sistema de túneles hacia el montacargas que nos llevará de vuelta al nivel principal. El chirrido de las cadenas y correas se hace más fuerte a medida que nos acercamos al hueco del ascensor. Las puertas del montacargas esperan al final del pasillo, puertas metálicas marcadas por años de uso intensivo.

Misha pulsa el botón de llamada y la maquinaria cobra vida con la protesta de motores y cables sobrecargados. La cabina desciende hacia nosotros con fuertes ruidos metálicos y yo me aferro a su brazo, ligeramente asustada por el volumen del ruido.

—Cuando lleguemos arriba —dice Misha mientras esperamos—, quiero que te quedes detrás de mí hasta que tengamos a Sonya controlada. Ahora está desesperada, lo que la hace peligrosa.

—¿Y si intenta huir?

—No tendrá la oportunidad. —Sus ojos azules se encuentran con los míos y veo al depredador que vive bajo su civilizado exterior—. Esto se acaba hoy.

El montacargas llega con un clangor metálico y las puertas se abren para revelar un interior forrado con acolchado protector y marcado con advertencias sobre los límites de peso y los procedimientos de emergencia. Entramos y Misha pulsa el botón del nivel principal mientras las puertas se cierran tras nosotros.

El ascenso se me hace eterno, cada piso marcado por una suave vibración a medida que atravesamos la estructura del edificio. Se me tapan los oídos mientras subimos y trago saliva para aliviar la presión que se acumula en mis senos paranasales.

—Pase lo que pase ahí arriba —digo en voz baja—, quiero que sepas que te quiero.

La mano de Misha encuentra la mía en la tenue luz del montacargas. —Yo también te quiero. Y por eso voy a asegurarme de que Sonya no vuelva a amenazar a nuestra familia nunca más.

El montacargas se detiene con una sacudida y el indicador de piso muestra que hemos llegado al nivel principal. A través de las puertas, puedo oír el sonido lejano de las sirenas y el caos continuo de los equipos de emergencia que se ocupan de las secuelas del tiroteo.

Misha me guía por el pasillo hacia la sala principal, con el arma desenfundada pero sostenida a baja altura para no llamar la atención de ningún agente de la ley que pudiera estar en la zona. Nos movemos con pasos cuidadosos, comprobando cada cruce y cada puerta en busca de amenazas antes de exponernos a un posible fuego cruzado.

La sala de apuestas se ha transformado en la escena de un crimen. Una cinta amarilla bloquea el acceso a las zonas donde se produjeron los tiroteos y los marcadores de pruebas identifican los impactos de bala y las salpicaduras de sangre. Los sanitarios atienden a los civiles heridos mientras los policías toman declaración a los testigos que se quedaron después de que el pánico inicial amainara.

En medio del caos, veo a Rolan cerca de la entrada principal, hablando con un hombre que viste un traje caro. Supongo que es el «solucionador» que Misha mencionó, el investigador interno de la familia Vetrov que fue enviado a determinar el origen de las pérdidas en las apuestas.

—Ahí. —Misha señala hacia la zona prémium, donde las ventanas rotas y los accesorios dañados marcan los lugares donde los tiradores de Sonya opusieron resistencia—. Palco doce.

Subimos las escaleras hacia la zona prémium, pasando por más cintas policiales y marcadores de pruebas. La alfombra muestra manchas oscuras donde la sangre ha calado en las costosas fibras, y los agujeros de bala salpican las paredes a intervalos irregulares. El olor a cordita flota en el aire, persistiendo mucho después de la violencia que estalló en este espacio supuestamente civilizado.

El palco doce se encuentra al final del pasillo, con la puerta ligeramente entreabierta. La luz se filtra por la rendija y puedo oír voces que hablan en voz baja. La voz de Sonya, reconocible a pesar de la tensión que endurece su entrega, habitualmente suave.

Misha me hace una señal para que espere mientras se acerca a la puerta. Se mueve con fluidez, con el cuerpo posicionado para presentar el blanco más pequeño posible mientras mantiene una línea de visión clara hacia el interior de la sala.

La puerta se abre al tocarla, revelando un palco de lujo equipado con asientos de cuero, un bar privado y ventanales que dan al hipódromo vacío. Sonya Radich está de pie cerca de los ventanales, con su abrigo azul marino roto y manchado de polvo de su huida por los niveles superiores de las instalaciones.

No está sola. Dos hombres flanquean su posición, ambos con pistolas apuntando a la entrada donde ha aparecido Misha. Sus rostros muestran la tensión de animales acorralados, peligrosos porque no tienen nada que perder.

—Señorita Kovalenko. —La voz de Sonya cruza la sala con una falsa calidez—. Qué amable por su parte unirse a nosotros. Por favor, entre. Tenemos mucho de qué hablar.

Misha entra en el palco con el arma en alto, moviéndola entre los dos hombres armados. Lo sigo, con el corazón palpitante al enfrentarme a la mujer que ha manipulado mi vida durante meses.

—Sonya. —Doy un paso adelante, sorprendiéndome de la firmeza de mi voz—. Necesitamos hablar.

Su sonrisa es tan fría como el acero en invierno. —Sí, así es. Me ha causado usted considerables inconvenientes, querida. Es hora de saldar cuentas.

La confrontación que he estado temiendo por fin ha llegado. En este palco de lujo, muy por encima del hipódromo, rodeada por las secuelas de la violencia y la traición, me enfrentaré a la mujer que

utilizó mi desesperación para alimentar sus ambiciones criminales. La mujer que convirtió el amor por mi hermano en un arma contra el hombre que amo.

Y antes de que esto termine, solo una de nosotras saldrá viva de esta habitación.

30

MISHA

El palco de lujo parece más pequeño con cinco personas dentro, el ambiente cargado de tensión. Sonya Radich está de pie cerca de los ventanales. Los dos hombres que la flanquean me apuntan con sus pistolas, pero sus miradas saltan nerviosamente de mi posición a la de Vera, sin saber qué objetivo representa la mayor amenaza.

El pistolero de la izquierda está más cerca de Sonya y sujeta el arma con la torpeza de alguien que ha aprendido a disparar en la calle en lugar de en un campo de tiro militar. El de la derecha mantiene una mejor disciplina; su postura y el manejo del arma sugieren un entrenamiento formal o una amplia experiencia en combate.

—Vera —prosigue Sonya, como un depredador que juega con su presa acorralada—. Has estado muy ocupada, ¿verdad? Por ahí con ese perro de los Vetrov, compartiendo secretos que no te pertenecen.

Vera da un paso adelante, y admiro la firmeza de su voz a pesar del miedo que veo en sus ojos verdes. —No he compartido nada con nadie. Usted me dijo a qué apostar, cuándo apostar, e hice exactamente lo que me pidió.

—Sí, lo hiciste. —La sonrisa de Sonya se vuelve más gélida—. Durante un tiempo. Pero luego empezaste a hacer preguntas. Esa curiosidad tuya se convirtió en un problema.

La mujer se aleja de los ventanales y se acerca al lugar donde está Vera. Los pistoleros ajustan sus posiciones para mantener un campo de tiro despejado, pero su movimiento crea breves momentos en los que su atención se divide entre múltiples objetivos. Unos asesinos profesionales mantendrían una mejor coordinación, pero estos hombres actúan con las tácticas chapuceras de matones callejeros ascendidos por encima de sus competencias.

—Dime qué le has contado —exige Sonya—. Necesito saber cuánta información has compartido con tu nuevo novio.

—No tengo por qué decirle nada. —La voz de Vera tiembla ligeramente, la primera grieta en su compostura.

Sonya le da un revés en la cara con un chasquido seco de carne contra carne. Vera se tambalea hacia atrás, con una mano en la mejilla enrojecida mientras las lágrimas brotan de sus ojos por el impacto.

—¡No me mientas! —La compostura de Sonya se hace añicos, revelando el temperamento feroz que se esconde bajo su fachada profesional—. ¿Crees que no sé lo que has estado haciendo? ¿Susurrándole al oído a Misha Vetrov sobre nuestra operación, dándole detalles sobre nuestros métodos?

Otro golpe le sigue, este asestado con el puño cerrado que hace que Vera se tambalee contra el asiento de cuero. Un hilo de sangre brota de su labio partido, y veo que su mano se mueve instintivamente hacia su vientre, donde crece nuestro hijo, para protegerlo. El gesto enciende algo primario en mi pecho, una furia que amenaza con desbordar el pensamiento táctico que nos mantiene a ambos con vida. Si fuera por mí, le dispararía a Sonya ahora mismo, pero Vera quiere encargarse de esto a su manera.

—Basta —solloza Vera, con la voz quebrada mientras Sonya avanza para darle otro golpe—. Hice lo que me pidió porque necesitaba ese dinero para Elvin.

—¡Zorra! —Sonya agarra un puñado de pelo de Vera, echándole la cabeza hacia atrás para exponerle la garganta.

—Podría cortarte el cuello aquí mismo —susurra Sonya—. Dejar que te desangres en esta alfombra tan cara mientras tu amante mira. Pero eso sería demasiado rápido, demasiado piadoso para una traidora.

Vera gimotea y sus ojos se encuentran con los míos al otro lado de la habitación, desorbitados por el terror y algo más. Confianza. A pesar de todo, confía en mí ahora que sabe que no se puede razonar con esta gente. Tengo que tomar las riendas o Sonya hará lo mismo que amenaza con hacer.

Esa confianza rompe el último freno de mi ira, que es sustituida por algo más antiguo e infinitamente más peligroso. El instinto protector que convierte a los hombres civilizados en asesinos cuando sus familias se ven amenazadas.

Me muevo sin una decisión consciente, mi cuerpo fluye hacia la acción mientras mi mente consciente todavía procesa la amenaza. La Makarov se alza mientras la memoria muscular toma el control de la motricidad fina. El primer disparo alcanza al pistolero de la izquierda en el pecho, la bala le atraviesa el esternón y los órganos vitales que hay detrás. Cae sin hacer ruido, su arma resuena en el suelo mientras su sistema nervioso se desconecta.

El segundo pistolero reacciona más rápido que su compañero muerto, su pistola gira hacia mí mientras su dedo aprieta el gatillo. Pero la velocidad sin precisión es inútil en un combate a corta distancia. Su disparo se desvía, destrozando el minibar del palco en una explosión de cristales y licor caro.

Mi segunda y tercera bala le alcanzan en el centro del torso; el doble impacto lo derriba junto a su compañero en un charco de sangre que se extiende y empapa las costosas fibras de la alfombra. El olor a pólvora se mezcla con el aroma metálico de la sangre derramada y el hedor químico de los productos de limpieza del bar destrozado.

Sonya suelta a Vera y se gira hacia mí, ahora con un cuchillo en la mano al darse cuenta de que su protección ha sido eliminada. Pero el pánico destruye su coordinación y tropieza hacia atrás con uno de los pistoleros caídos. Sus pies se enredan en las piernas extendidas de este y cae estrepitosamente en la zona de los asientos.

El cuchillo sale volando de su mano al caer al suelo, deslizándose por la superficie resbaladiza de sangre. Se arrastra tras él a cuatro patas, la desesperación hace que sus movimientos sean torpes y predecibles. Podría matarla ahora de un solo disparo, pero algo me frena. Quizá la necesidad de verla completamente derrotada, de verla darse cuenta de que todas sus intrigas y manipulaciones la han llevado a este momento de fracaso absoluto.

Vera corre hacia mí, sus brazos se envuelven en mi cintura mientras aprieta su cara contra mi pecho. Siento sus lágrimas empapando mi camisa, y el temblor de su cuerpo habla de conmoción y alivio a partes iguales. Mi mano libre encuentra su pelo, acariciando los mechones enredados mientras mantengo mi pistola apuntando a la figura postrada de Sonya.

—Se ha acabado —murmuro contra la coronilla de Vera—. Ya no puede hacerte daño.

Sonya se esfuerza por ponerse en pie, con sangre corriendo de un corte en la frente que se hizo al golpearse con el borde de una silla durante su caída. Su pelo, cuidadosamente peinado, cuelga ahora en mechones desordenados alrededor de su cara. La fachada profesional se ha desmoronado por completo, revelando a la criminal desesperada que hay debajo.

—¿Crees que esto acaba con algo? —escupe, limpiándose la sangre de la boca con el dorso de la mano—. No tienes ni idea de lo que has empezado. La familia Radich no olvida afrentas como esta.

—La familia Radich está acabada —replico con calma—. Vuestra operación está al descubierto, vuestros hombres están muertos o

capturados y vuestro dinero está en nuestras manos. Eres el último cabo suelto.

—Hay otros. Más equipos, operaciones más grandes. No has ganado más que una victoria temporal.

—Puede ser. Pero no estarás viva para ver lo que viene después.

Los ojos de Sonya se dirigen hacia el cuchillo que yace cerca del bar destrozado, pero está demasiado lejos para alcanzarlo antes de que pueda meterle una bala en la columna. Sus hombros se hunden al darse cuenta de la inutilidad de la resistencia, y cuando vuelve a mirarme, veo algo inesperado en su expresión. No es desafío ni ira, sino una extraña clase de alivio.

—Hazlo, entonces —dice en voz baja—. Mátame rápido. He visto lo que vuestra familia le hace a la gente que se cruza en su camino. Prefiero una bala que pasarme días gritando en el sótano de algún almacén.

La petición me sorprende. Esperaba súplicas, amenazas, quizá un intento de negociación. Pero esta tranquila aceptación de la muerte denota un pragmatismo que puedo respetar, incluso en un enemigo. Sonya Radich podrá ser una depredadora manipuladora, pero entiende las reglas del mundo en el que vivimos.

—¿Alguna última palabra? —pregunto, más por curiosidad que por cortesía.

Mira a Vera, todavía apretada contra mi pecho, y algo casi parecido al arrepentimiento cruza sus facciones. —Siento lo de tu hermano. Usé tu amor en tu contra, y eso fue rastrero hasta para mí.

Vera levanta la cabeza para mirar fijamente a la mujer que controló su vida durante meses. —¿Por qué me dice eso?

—Porque estoy a punto de morir y se supone que la confesión es buena para el alma. —Su sonrisa burlona solo me enfurece más—. Aunque dudo que mi alma tenga salvación a estas alturas.

—No la tiene —convengo, y aprieto el gatillo.

La bala le da en el centro de la frente, echándole la cabeza hacia atrás mientras la energía cinética se transfiere a través del hueso y el tejido cerebral. Se desploma hacia atrás sobre la alfombra empapada de sangre, su cuerpo se hunde en la quietud que solo llega con la muerte. El palco de lujo se queda en silencio, a excepción de los lejanos sonidos de los equipos de emergencia que trabajan en los pisos inferiores.

Vera vuelve a hundir la cara en mi pecho, sus hombros se sacuden con sollozos silenciosos de alivio y agotamiento emocional. La abrazo con más fuerza, sintiendo el precioso calor de su cuerpo contra el mío y el sutil recordatorio de nuestro hijo en su vientre. Sobrevivimos. Los tres hemos sobrevivido.

—Vamos —le digo suavemente, guiándola hacia la puerta—. Salgamos de aquí. Rolan nos está esperando.

Dejamos atrás el palco, pasando por encima de los cuerpos y a través de la sangre para salir al pasillo, donde la cinta policial y los marcadores de pruebas crean un laberinto de atención oficial. El nivel prémium ha sido evacuado a excepción del personal de las fuerzas del orden, y su presencia requiere una navegación cuidadosa para evitar preguntas incómodas sobre nuestra implicación en la reciente violencia.

Los hombres de Rolan que están dentro se encargarán de limpiar esto por nosotros, pero no les envidio la tarea. Cuando llegamos al aparcamiento, ya está vacío; la pista ha sido completamente despejada por hoy. Probablemente estará cerrado durante unas semanas mientras investigan y limpian. Las autoridades nos dejan pasar sin interrogarnos, algo que sin duda ha preparado mi sobrino.

Cuando llegamos a los muelles, Vera espera en el coche mientras me acerco a la masa de hombres de los Vetrov acurrucados cerca del gran barco desalojado recientemente por la escoria Radich.

—Misha —llama Rolan al vernos acercarnos—. Llegas justo a tiempo. Estamos terminando el inventario.

Una caja de madera ha sido abierta para revelar pulcras pilas de billetes, en su mayoría rublos, pero con una cantidad sustancial de dólares americanos y euros mezclados. Un cálculo conservador sitúa el valor de cada caja en varios millones de rublos, y cuento al menos veinte contenedores en la zona inmediata.

—¿Cuánto en total? —pregunto.

—Seguimos contando, pero las estimaciones preliminares sugieren más de cuatrocientos millones de rublos. —La satisfacción de Rolan es evidente en su voz—. Más que suficiente para cubrir nuestras pérdidas y proporcionar un margen de beneficio sustancial.

Una figura se acerca desde las sombras cerca del borde del muelle, y reconozco a Nikolai Barinov a pesar de la poca luz. El fixer parece agotado, su aspecto, normalmente inmaculado, está desaliñado por horas de gestión de crisis y violencia. Pero hay satisfacción en su expresión mientras examina el dinero recuperado y el personal de los Radich capturado.

—Misha —dice, extendiendo la mano en un gesto que transmite más respeto del que le he visto hasta ahora—. Tengo que admitir que tenía dudas sobre su capacidad para manejar esta situación. Pero ha superado todas las expectativas.

El apretón de manos es el firme agarre de un profesional que reconoce la competencia de otro. —La pista está asegurada. La sangría se ha detenido. Y hemos eliminado una amenaza que podría haber socavado toda la operación de la familia en esta región.

—¿Y las autoridades? —pregunto, señalando el lejano sonido de sirenas y el parloteo de la radio desde la instalación principal.

—Ya está arreglado. La versión oficial implica una disputa entre sindicatos de juego rivales que se descontroló. La policía local investigará, pero sus conclusiones apuntarán a organizaciones

criminales externas en lugar de a los intereses familiares establecidos.

La explicación me satisface. La corrupción y la influencia proporcionan un blindaje contra las consecuencias legales, pero solo cuando se aplican con la suficiente sutileza para evitar la atención federal. Las tácticas agresivas del equipo de los Radich crearon el caos que ahora encubre nuestra propia implicación en la violencia de esta noche.

—¿Qué pasará con el resto de su personal? —asiento hacia un grupo de hombres desarmados que están bajo vigilancia cerca del extremo del muelle de carga. Parecen derrotados, sus ropas caras rasgadas y manchadas por los acontecimientos de la noche.

—Deportación para los extranjeros. Prisión para los rusos, suponiendo que sobrevivan al proceso judicial. —La sonrisa de Rolan tiene oscuras implicaciones—. Algunos podrían sufrir desafortunados accidentes antes de que empiecen sus juicios.

Observo a los soldados Radich derrotados, reconociendo las expresiones vacías de hombres que entienden que sus vidas están perdidas. Las organizaciones criminales operan con lealtad y miedo a partes iguales, pero el fracaso borra ambas monedas con brutalidad. Estos hombres apostaron sus vidas al plan de Sonya y lo perdieron todo cuando la operación se derrumbó.

Un movimiento cerca de la entrada del muelle llama mi atención, y veo a dos de mis hombres escoltando a más prisioneros hacia la zona de detención. Las caras no me resultan familiares, probablemente operarios de bajo nivel atrapados tratando de escapar por túneles de servicio o zonas de mantenimiento. Su captura sugiere un barrido exhaustivo de las instalaciones, el tipo de operación integral que evita futuros intentos de venganza.

—¿Cuántos arrestos en total? —le pregunto a Nikolai.

—Diecisiete miembros confirmados del personal Radich, más otra docena de socios y secuaces. Todavía estamos separando a los peces gordos de los esbirros prescindibles.

Las cifras me satisfacen. Las organizaciones criminales son sorprendentemente pequeñas cuando se les quita su infraestructura civil y sus conexiones políticas. Una docena de miembros clave pueden operar una empresa de varios millones de rublos con una planificación adecuada y suficientes agallas.

Cuando me doy la vuelta, veo a Vera caminando hacia nosotros. Al no haber un peligro inminente, le ofrezco un brazo y ella se acerca a mi lado; su conmoción anterior da paso a la fascinación mientras observa el desmantelamiento organizado de la conspiración que controló su vida durante meses. El recuento sistemático del dinero y la catalogación de las pruebas le dan una sensación de cierre, una prueba tangible de que la amenaza ha sido completamente neutralizada.

—¿De verdad se ha acabado? —pregunta en voz baja.

—La operación Radich está acabada —confirmo—. No pueden volver a amenazaros ni a ti ni a tu hermano.

El alivio inunda su expresión, y años de estrés y miedo acumulados empiezan por fin a disiparse. La tensión protectora que ha llevado consigo desde que aceptó trabajar para Sonya se desvanece, sustituida por algo parecido a la paz.

Asiente, sus ojos verdes reflejan la dura iluminación de los focos mientras procesa la magnitud de lo ocurrido. La organización criminal que manipuló su desesperación y usó su amor por su hermano como un arma ya no existe. El dinero que representaba meses de cuidadosa planificación y ejecución ahora llena nuestras arcas.

—¿Y el tratamiento de Elvin? —pregunta.

—Ya está todo arreglado. Los mejores especialistas en cáncer de Moscú, instalaciones privadas, tratamientos experimentales si es necesario. Tu hermano tendrá todas las ventajas posibles en su lucha.

La promesa hace que se le llenen los ojos de lágrimas, pero estas son de alivio y no de desesperación. Por primera vez en meses, puede pensar en el futuro de su hermano sin el peso aplastante de la desesperación económica impulsando cada decisión.

El muelle de carga se sume en el silencio mientras los últimos vehículos se marchan y los focos se atenúan hasta sus niveles normales de funcionamiento. En pocas horas, llegarán trabajadores legítimos para reanudar las funciones habituales de las instalaciones, sin saber que un imperio criminal fue desmantelado en este mismo espacio durante la noche.

Tomo la mano de Vera y la guío hacia la salida, donde nos espera nuestro propio transporte. La batalla está ganada, el enemigo derrotado y nuestra familia se fortalece con el conflicto. Pero la victoria requiere una vigilancia constante, y surgirán nuevas amenazas para reemplazar a las que hemos eliminado.

Por ahora, sin embargo, podemos saborear la satisfacción de una victoria limpia. La pista sigue bajo el control de los Vetrov, la sangría se ha detenido y la mujer que amo lleva a nuestro hijo a salvo en su vientre. Toda la violencia, la planificación y el riesgo han conducido a este momento de triunfo silencioso.

Mientras nos alejamos del escenario de nuestra victoria, me permito un momento de satisfacción. En nuestro mundo, la partida nunca termina de verdad, pero esta noche hemos ganado de forma decisiva. Y a veces, eso es suficiente.

VERA

Estoy sentada en el sillón de cuero frente al escritorio de Misha con las manos juntas en el regazo para ocultar el temblor que no ha cesado por completo desde que dejamos el palco de lujo donde murió Sonya. La adrenalina sigue corriendo por mi sistema, haciendo que mi corazón se acelere y mis pensamientos se dispersen como hojas en un viento otoñal.

Voy a necesitar terapia después de toda esta violencia.

A través de los altos ventanales, puedo ver el caos organizado de las operaciones de limpieza. Hombres vestidos con ropa oscura se mueven por el recinto, coordinados por comunicaciones de radio que crepitan en el aire nocturno. Los focos iluminan las zonas en las que hay que recoger o eliminar pruebas, y la cinta de la policía acordona las zonas en las que las autoridades no quieren a nadie.

Misha está de pie cerca de las ventanas, con su silueta enmarcada por la luz diurna artificial de las luces de seguridad. Su camisa tiene manchas de nuestra terrible experiencia: agua del río, polvo de hormigón y manchas más oscuras que podrían ser sangre. La tela cara se pega a su esbelto cuerpo, perfilando unos músculos que mis dedos han recorrido ya una docena de veces.

—Se ha acabado —dice en voz baja—. La organización Radich está desmantelada. Sonya ha muerto, su personal clave ha sido eliminado

o capturado y sus recursos financieros nos pertenecen ahora.

Sus palabras me alivian, pero también conllevan implicaciones que a mi mente le cuesta procesar por completo. Este mundo de violencia y retribución funciona con unas reglas que todavía estoy aprendiendo, unos códigos de conducta que le parecen ajenos a alguien criado con una moral convencional. Sin embargo, ahora formo parte de este mundo, unida a él por el amor, el embarazo y las decisiones que he tomado en estos últimos meses.

—¿Qué les pasa a las personas que tus hombres han capturado? —pregunto, aunque parte de mí teme la respuesta.

—Se les interrogará sobre cualquier operación Radich que quede y, después, se desharán de ellos según su valor como fuentes de información. —Su tono parece surrealista, hablando de asesinatos con la misma inflexión despreocupada que otro hombre podría usar para describir sus negocios.

La descripción clínica me hace estremecer al darme cuenta de lo mucho que ha cambiado mi perspectiva. Hace meses, una conversación tan casual sobre matar me habría horrorizado. Ahora entiendo la necesidad, la fría lógica que rige la supervivencia en un mundo donde la piedad es a menudo indistinguible de la debilidad.

—¿Y nosotros? —pregunto, abrazándome el estómago—. ¿Qué nos pasa a nosotros ahora?

Se aparta de la ventana y veo algo en sus ojos que no había visto nunca. No es la frialdad calculadora que lleva como una armadura ni la conciencia depredadora que lo hace peligroso para sus enemigos. Es algo más cálido, más humano, vulnerable de una forma que nunca se ha permitido ser con nadie más.

—Eso depende de lo que tú quieras —dice, acercándose a mí con cautela—. Tu deuda con la familia Radich murió con Sonya. Eres libre de marcharte, volver a tu antigua vida y olvidar que este mundo existe.

Libertad de la violencia, de la conciencia constante de que la muerte acecha detrás de cada decisión, de los compromisos morales que conlleva amar a un hombre que mata sin dudarlo. La oferta ni siquiera me tienta. La idea de dejarlo, de abandonar lo que tenemos, crea un vacío en mi pecho que duele más que el miedo.

—¿Es eso lo que quieres? —replico—. ¿Que desaparezca y finja que nada de esto ha pasado?

—No. —Misha lucha por mantener el control. Veo cómo aprieta la mandíbula para serenarse y, entonces, dice—: Lo que yo quiero es peligroso para los dos. Lo que yo quiero podría hacer que te mataran si mis enemigos deciden que eres una debilidad que pueden explotar.

—¿Qué es lo que quieres, Misha?

Llega hasta mi sillón y se arrodilla a mi lado, poniendo sus ojos a la altura de los míos. Sus manos me cogen la cara y sus pulgares recorren la línea de mis pómulos en un gesto tan familiar para mí ahora que es tan cálido como un amanecer sobre el océano en un día despejado. Las mismas manos que han matado a gente esta noche me tocan ahora con un cuidado reverencial, como si estuviera hecha de un cristal precioso que pudiera romperse bajo demasiada presión.

—Quiero que te quedes —susurra—. Quiero despertarme a tu lado cada mañana y dormirme contigo en mis brazos cada noche. Quiero ver a nuestro hijo crecer fuerte, inteligente y seguro bajo mi protección. Quiero construir una vida contigo que exista más allá de la violencia, los negocios y la constante amenaza de muerte.

Las lágrimas acuden a mis ojos antes de que pueda detenerlas, un desbordamiento emocional de semanas de estrés y miedo acumulados que por fin encuentra una vía de escape. Sus palabras dibujan una imagen de normalidad que parece imposiblemente hermosa después del caos que hemos soportado juntos. La simple felicidad doméstica que la mayoría de la gente da por sentada se

convierte en un sueño exótico cuando tu mundo gira en torno a empresas criminales y violentas retribuciones.

—¿Podemos tener eso? —pregunto—. ¿La gente como tú puede de verdad construir una vida normal?

—No lo sé —admite—, pero quiero intentarlo. Por ti, por nuestro hijo, por el futuro que podríamos crear juntos.

La puerta del despacho se abre sin previo aviso, interrumpiendo nuestro momento de intimidad con la dura realidad de las operaciones en curso. Entra Nikolai Barinov. Su rostro muestra el agotamiento que supone gestionar múltiples crisis simultáneamente, pero hay satisfacción en su expresión mientras examina la escena.

—La limpieza está casi completa —le informa a Misha—. Todas las pruebas han sido aseguradas o eliminadas. Se ha interrogado a los testigos y se están presentando los informes oficiales de acuerdo con nuestra narrativa predeterminada.

Misha se levanta de su posición junto a mi sillón, transformándose de nuevo en el frío profesional que infunde respeto y miedo a partes iguales. El hombre vulnerable que hablaba de construir una vida juntos desaparece tras la máscara que lleva para el mundo, aunque puedo ver destellos de él en la forma en que sus ojos vuelven constantemente a mi rostro.

—¿Bajas? —pregunta Misha.

—Mínimas entre nuestra gente. Tres heridos, ninguno de gravedad. El equipo médico ya ha tratado sus heridas y ha preparado coartadas para cualquier visita al hospital que pueda ser necesaria.

La conversación clínica sobre la violencia y sus secuelas continúa a mi alrededor, pero mi atención se desvía hacia lo que Misha ha revelado. Quiere un futuro juntos, construir algo más allá del imperio criminal que define su existencia actual. Pero ¿puede un hombre como él escapar alguna vez del mundo que lo ha formado? ¿Puedo

aceptar yo los compromisos que conlleva amar a alguien cuyas manos siempre llevarán la mancha de la sangre?

—¿Y la respuesta de las fuerzas del orden? —Misha continúa con el interrogatorio.

—Contenida. La policía local está investigando una disputa territorial entre organizaciones criminales rivales, exactamente como estaba planeado. Las autoridades federales no muestran interés en el caso, y la cobertura mediática se centrará en las estadísticas generales de delincuencia en lugar de en detalles específicos.

La conversación me pasa por encima mientras estudio el perfil de Misha, observando los ángulos afilados de su rostro y las prematuras arrugas alrededor de sus ojos por la estresante vida que lleva. Es guapo de una manera peligrosa, como una hoja perfectamente equilibrada que podría cortarte si se manejara sin cuidado. La combinación de atractivo físico y capacidad letal crea una atracción que va más allá de la simple química.

—Excelente trabajo —le dice Misha al solucionador—. Tu gestión de esta situación ha sido ejemplar. Me aseguraré de que los líderes de la familia sepan de tus contribuciones.

Nikolai asiente y se vuelve hacia mí, y veo algo inesperado en su expresión. No es la evaluación despectiva a la que me he acostumbrado por parte de los hombres en su posición, sino algo que se acerca al respeto.

—Señorita Kovalenko —dice formalmente—. Se ha tomado nota de su cooperación a lo largo de esta operación y se le agradece. La familia no olvidará su servicio.

Las palabras me provocan una extraña opresión en la garganta. El reconocimiento de alguien como Nikolai Barinov tiene peso en este mundo, un reconocimiento de que he demostrado ser digna de consideración en lugar de simple tolerancia. No es el tipo de

validación que esperaba desear, pero recibirla me resulta extrañamente significativo.

—Gracias —consigo decir, sin saber qué otra respuesta sería apropiada.

Vuelve a asentir y se dirige a la puerta, deteniéndose solo para dar un último informe. —El hipódromo reabrirá la semana que viene con normalidad. Se han probado y autorizado todos los sistemas y se han actualizado los protocolos de seguridad para evitar incidentes similares.

La puerta se cierra tras Barinov, dejándonos a Misha y a mí solos en el despacho donde todo esto ha empezado esta noche. Me siento agotada y con ganas de ir a casa a descansar. Ahora que Sonya me ha dejado en paz y con la promesa de Misha de pagar el tratamiento de Elvin, merezco tomarme un descanso del trabajo en el hipódromo. Pero no demasiado. Sigo queriendo demasiado a estos caballos como para alejarme mucho tiempo.

—Te respeta —observa Misha, volviendo hacia donde estoy sentada —. No es fácil ganárselo de alguien como Nikolai.

—¿Acaso importa?

—En este mundo, el respeto es una moneda de cambio. Abre puertas, crea oportunidades, proporciona protección cuando las circunstancias se vuelven peligrosas. Contar con la buena opinión de Nikolai podría ser valioso en el futuro.

El futuro. Esa palabra no deja de aparecer en nuestras conversaciones. ¿Cómo es el futuro para una mujer embarazada del hijo de un operativo de la Bratva? ¿Qué tipo de vida podemos construir juntos cuando la violencia sigue siendo un riesgo laboral?

—Háblame del tratamiento de Elvin —digo, desviando la conversación de preguntas que no estoy lista para responder por completo—. ¿Qué has organizado exactamente?

La expresión de Misha se suaviza mientras se acomoda en la silla tras su escritorio. —Hay una clínica oncológica privada en el centro de Moscú. Tiene los mejores especialistas en cáncer que el dinero puede comprar, con acceso a tratamientos experimentales no disponibles en la sanidad pública. Sin escatimar en gastos ni tomar atajos.

El alivio me inunda con tal intensidad que casi rompo a llorar. El peso aplastante de la desesperación económica que ha impulsado cada una de mis decisiones durante meses se desvanece de repente, reemplazado por la esperanza de la supervivencia de mi hermano. Elvin tendrá todas las ventajas posibles en su lucha contra la enfermedad que amenazaba con arrebatármelo.

—¿Cuánto costará? —pregunto, aunque sospecho que la respuesta superará mi capacidad para devolverlo.

—Ya está todo arreglado. Las facturas se pagarán en su totalidad, sin incurrir en deudas ni crear obligaciones futuras. Considéralo un regalo de bodas.

—¿Un regalo de bodas? —Las palabras me pillan por sorpresa y se me dispara el pulso. Enarco las cejas y mis hombros se tensan.

—¿Creías que iba a dejar que la madre de mi hijo siguiera soltera? —Su sonrisa le ilumina todo el rostro—. Tendremos que hacerlo oficial, tanto por el bien del niño como por tu protección dentro de la estructura familiar.

La proposición no es romántica en el sentido convencional. No hay flores, ni anillo, ni declaraciones de amor eterno bajo la luz de la luna. Pero puedo respetar que sea tan práctica como el hombre que tengo sentado delante, tan práctica como la vida que necesito vivir para sobrevivir. Y eso me reconforta.

—¿Eso es una pedida de mano? —le pregunto, sonriéndole de oreja a oreja.

—Es una declaración de intenciones. Quiero casarme contigo, Vera. Quiero darle a nuestro hijo mi apellido y mi protección. Quiero construir una familia que pueda sobrevivir a cualquier desafío que se nos presente.

Misha se inclina hacia delante y me estudia con atención. Sus ojos oscuros son tormentosos, pero nada que ver con el gris plomizo del cielo tras las ventanas. El deseo en su mirada es penetrante, me llega hasta el alma.

Pienso en mi antigua vida, la sencilla rutina del trabajo en las cuadras y las noches tranquilas en casa con Elvin y Batya. El ritmo predecible de los días definidos por el trabajo honrado y aspiraciones modestas. Esa vida parece increíblemente lejana ahora, separada de mi realidad actual por meses de violencia, concesiones morales y un amor peligroso.

—Te quiero —digo en voz baja y, esta vez, elijo mis palabras con cuidado. Porque no soy ninguna adolescente con el corazón enamorado. Soy una mujer con necesidades y deseos, y me meto en esto siendo plenamente consciente de quién es él y lo que significa para mí—. Te quiero a pesar del peligro, a pesar de la violencia, a pesar de todo lo que hace que quererte sea complicado y aterrador.

Se levanta de la silla y rodea el escritorio hasta donde estoy sentada, me pone en pie y me atrae a sus brazos con suave insistencia. Su abrazo me envuelve con su calor y el aroma familiar de colonia cara mezclado con el olor más primitivo del esfuerzo masculino.

—Yo también te quiero —murmura contra mi pelo—. Más de lo que creía que era capaz de querer a nadie. Te has convertido en mi debilidad y en mi fuerza, en mi mayor vulnerabilidad y en mi motivación más poderosa.

Sus brazos se aprietan a mi alrededor y siento la sólida realidad de su cuerpo contra el mío, el ritmo constante de los latidos de su corazón bajo mi mejilla, el subir y bajar de su pecho con cada respiración. Estos simples hechos físicos me anclan en el presente,

aferrándome a lo que tenemos juntos en lugar de a las incertidumbres de lo que pueda venir.

—¿Qué tipo de vida tendrá nuestro hijo? —pregunto, verbalizando el miedo que se esconde bajo mi felicidad.

—Una mejor que la que tuvimos cualquiera de los dos —promete—. Protegido, privilegiado, educado para manejar cualquier desafío que surja. Lo bastante fuerte para defender lo que le pertenece, lo bastante listo para evitar conflictos innecesarios y lo bastante rico para comprar soluciones a problemas que no pueden resolverse por la fuerza.

La visión que describe apela a instintos maternales que no sabía que poseía. Un niño que crece seguro de su identidad y protegido de las circunstancias desesperadas que empujaron a sus padres a tomar decisiones peligrosas. El tipo de estabilidad que el dinero y el poder pueden proporcionar cuando se aplican con suficiente sabiduría y contención.

—¿Y nosotros? —continúo—. ¿Qué tipo de matrimonio podemos tener cuando tu trabajo implica matar gente?

—El mismo tipo de matrimonio que tuvieron mis padres, y sus padres antes que ellos. Basado en el respeto, la lealtad y el entendimiento de que algunas cosas son más importantes que la comodidad individual o la pureza moral.

Su respuesta no me satisface del todo, pero reconozco la honestidad que hay tras ella. Este mundo funciona con reglas diferentes a las de la sociedad convencional que conocía, y sobrevivir en él requiere adaptaciones que pueden parecer imposibles desde fuera.

La ventana del despacho nos devuelve nuestro reflejo, dos figuras abrazadas tras la violencia y la victoria. Parecemos supervivientes, marcados por las experiencias que nos unieron, pero no rotos por ellas. Hay algo hermoso en ese reflejo, una promesa de resiliencia que me da esperanzas para lo que venga después.

—Quiero intentarlo —le digo, asumiendo el compromiso a pesar de los miedos que me quedan—. Quiero construir una vida contigo, criar a nuestro hijo juntos, ver si podemos hacer que esto funcione.

—Podemos hacer que funcione —me asegura, con una convicción absoluta en su voz—. Os protegeré a los dos con todo lo que tengo. Nadie volverá a amenazar a nuestra familia.

La promesa tiene peso porque he visto de lo que es capaz cuando protege a la gente que le importa. La fría determinación que lo convierte en una máquina de matar cuando las circunstancias lo requieren. Esa misma concentración letal se dedicará ahora a nuestra seguridad y felicidad.

—¿Cuándo? —pregunto.

—Pronto. Tendremos que observar ciertas formalidades por el bien de la familia, pero nada elaborado ni público. Una ceremonia sencilla que haga oficial nuestro compromiso sin llamar una atención innecesaria.

El enfoque práctico que le da me atrae. Los grandes gestos románticos parecen inapropiados dadas las circunstancias que nos han unido, y no tengo ningún deseo de ser el centro de atención en un mundo donde la visibilidad a menudo equivale a vulnerabilidad.

Los extraordinarios acontecimientos de esta noche se desvanecerán hasta convertirse en leyenda familiar, un capítulo más en la historia de supervivencia y éxito que define a la organización Vetrov. Pero para mí, representa el comienzo de algo completamente nuevo.

Una vida con el hombre que quiero, a pesar del peligro que conlleva quererle. Un hijo que crecerá protegido y privilegiado de formas que yo nunca lo fui. Un futuro que parecía imposible cuando entré por primera vez en este despacho hace meses, desesperada por encontrar cualquier solución para las facturas médicas de mi hermano.

—Estoy exactamente donde debo estar —susurro contra su pecho, sorprendiéndome a mí misma por la certeza en mi voz.

—Sí —asiente, y sus brazos se aprietan a mi alrededor de forma posesiva—. Lo estás. Y nadie te apartará jamás de mi lado.

El juramento resuena a través de su pecho hasta el mío, una promesa sellada con sangre, pero arraigada en un amor más profundo de lo que ninguno de los dos esperaba encontrar. Ambos hemos recorrido caminos oscuros para llegar a este momento, pero el destino justifica cualquier precio que hayamos pagado por el camino.

Por fin entiendo lo que se siente al estar en casa. No es un lugar, sino una persona. No es seguridad, sino la certeza de que, vengan los peligros que vengan, los afrontaremos juntos.

El futuro sigue siendo incierto, lleno de desafíos que aún no puedo imaginar. Pero, por primera vez en meses, no tengo miedo de lo que pueda traer el mañana. Porque el mañana me encontrará en los brazos de Misha, protegida por su amor y rodeada de la familia que estamos construyendo juntos.

Con eso es suficiente.

MISHA

El trayecto hasta la casa de la familia de Vera nos lleva a través de barrios obreros donde la gente honrada lidia con la corrupción que impregna todos los niveles de la sociedad. Conduzco el Mercedes por calles estrechas flanqueadas por viejos edificios de apartamentos y pequeños negocios que sobreviven a duras penas.

Vera está sentada a mi lado, con las manos juntas en el regazo, mientras mira el familiar territorio a través del parabrisas. La tensión en sus hombros no es injustificada. Sé lo ansiosa que está por que su padre sepa que está embarazada de mi hijo.

—Van a sospechar —dice en voz baja mientras nos acercamos al complejo residencial—. *Batya* nunca se ha fiado de la gente de tu gremio, y Elvin querrá saber por qué nos ayudas.

—Deja que sospechen —respondo, entrando en la zona de aparcamiento detrás de un edificio que ha visto décadas mejores—. Un escepticismo saludable mantiene a la gente viva en este mundo.

El edificio de la era soviética acusa su edad, pero las ventanas están limpias y la entrada, bien cuidada. Los residentes se enorgullecen de sus hogares a pesar de las limitaciones económicas.

Subimos por las escaleras hasta el tercer piso y entramos en el pequeño apartamento de su familia. Huele a cerrado, igual que la

primera vez que estuve aquí, como si nunca abrieran las ventanas para que entre aire fresco.

Anatoly Kovalenko se levanta de una silla junto a la ventana, donde la luz invernal ilumina un periódico doblado por la sección de deportes. Es un hombre enjuto con las manos curtidas por décadas de trabajo físico. Pero sus ojos son agudos mientras me evalúan y, antes de que hable, sé que entiende por qué estamos aquí. La última vez tuvo muchas preguntas. Esta vez, tendrá protestas.

—*Batya* —dice Vera, acercándose para abrazar a su padre con evidente afecto. Deja que la abrace un rato mientras yo cierro la puerta a nuestras espaldas, y cuando se aparta, él le da un beso en la mejilla.

El apretón de manos del anciano es firme a pesar de su edad cuando me saluda; su agarre pone a prueba mi carácter a través de ese simple contacto. Me sostiene la mirada durante el saludo, y veo inteligencia ahí, junto con el recelo que cualquier persona sensata siente al tratar con mi tipo de negocio.

—Señor Vetrov —dice formalmente, pero sus ojos son como la tinta, como la negrura de la noche—. Bienvenido.

—*Batya* —lo interrumpe Vera—, tenemos que hablar. —Sus ojos recorren el pequeño salón de paredes deslucidas y alfombras raídas. No puede ser, su familia viviendo así. Lo primero que voy a hacer es proporcionarles los medios para sacar sus vidas de esta pobreza. Lo que es suyo es mío, y yo cuido de lo que es mío.

—Hum —gruñe él, volviéndose hacia su asiento junto a la ventana. Vuelve cojeando hacia ella y posa el trasero en la silla, que chirría bajo su peso.

Vera me conduce hasta el gastado sofá de cuadros escoceses, y nos sentamos en el borde mientras ella se retuerce las manos en el regazo. Veo lo asustada que está y, con todo mi ser, quiero aplastar

ese miedo y asegurarme de que nunca vuelva. Así que hablo por ella.

—Señor, hemos venido a decirle que estamos enamorados. —Lo miro fijamente a los ojos, porque no soy de los que apartan la mirada cuando las cosas se ponen difíciles—. Quiero casarme con su hija. —Manteniendo la voz firme, no rompo el contacto visual. No es algo que haya aprendido en mis años de servicio a mi familia. Es cómo un hombre declara sus intenciones a su futuro suegro.

—¿Así que estás embarazada? —gruñe él, entrecerrando los ojos hacia Vera, que agacha la cabeza.

—Señor, con el debido respeto... —empiezo, pero me corta.

—Señor Vetrov, sé quién es usted y no puedo darle mi bendición. —Sus ojos echan fuego, pero el contacto de Vera en mi rodilla calma mi ira. Es como si me sumiera en un trance, en el que la bestia que llevo dentro queda hipnotizada y sedada.

—*Batya* —dice ella con dulzura—, voy a casarme con Misha, y quiero que me lleves al altar. Y quiero que Elvin también esté allí.

—Elvin está enfermo, él...

—Se va a recuperar —digo, cortándolo esta vez—. He pagado para que vaya a una de las mejores clínicas oncológicas del país, y quiero que todos vosotros estéis mejor atendidos. —Su dura mirada se vuelve hacia mí de nuevo—. Estoy seguro de que soy todo lo que usted piensa que soy, las mismas cosas que los padres temen que atrapen a sus hijas, pero le aseguro que Vera nunca ha estado más segura ni mejor atendida que ahora.

—Ni más feliz —añade ella, mirándome con una expresión soñadora —. Estoy enamorada, *Batya*. Y quiero casarme con él.

Anatoly vuelve a gruñir, recostándose en su silla y cruzando los brazos sobre el pecho. Cuando percibo un movimiento por el rabillo del ojo, veo a Elvin de pie en el umbral de la puerta.

—¿Has dicho embarazada? —pregunta en voz baja, y Vera asiente, con las mejillas teñidas de carmesí.

—Sí... y ahora Misha va a pagar tus tratamientos. —Su sonrisa ilumina la habitación, y Elvin entra tambaleándose y se sienta en el otro extremo del sofá con cara de asombro.

Hemos omitido muchas cosas de esta historia, y estoy seguro de que esos detalles saldrán a la luz con el tiempo. Anatoly se pondrá furioso al saber lo peligrosa que fue la situación y cómo apenas pude controlar el espíritu indómito de Vera. Le dispararon, la abofetearon, casi se ahoga y la pusieron en peligro más veces de las que me gustaría admitir, pero está a salvo y, ahora mismo, es más feliz que nunca.

—¿Así que se acabaron las largas horas en el circuito? —pregunta Elvin con cautela.

—Se acabaron, y quizá nos vayamos de vacaciones de verdad cuando estés del todo recuperado. —Vera alarga la mano y toca la de Elvin, y mi brazo se enrolla instintivamente alrededor de sus caderas en un gesto protector. Ella se apoya en mi costado y su cercanía me ancla.

Así es como se supone que debe ser la vida, con la familia cerca y los lazos de intimidad y confianza fuertes y sanos. Es algo que siempre he sabido, pero en la vida que llevo no es algo de lo que se hable a menudo ni se le dé prioridad.

Los hombres actúan como ególatras, insultándose unos a otros, compitiendo por la posición y el poder. Matamos sin piedad y buscamos la siguiente victoria para afirmar nuestro dominio y, sin embargo, con nuestros seres queridos somos tiernos y dóciles. Si alguien viera cómo mi corazón se inclina por esta mujer, me ridiculizarían, se burlarían de mí y me echarían de la familia entre risas. Pero eso nunca impediría que me sintiera así o que anhelara dar rienda suelta a mi lado sensible y tierno que desea la cercanía con esta mujer.

Me vuelvo hacia el padre de Vera, cuya expresión aún no se ha suavizado hasta algo que se parezca a la aceptación o a una hospitalidad desenfadada. Está cavilando, sabiendo que está perdiendo a su niñita, convertida en una mujer por derecho propio. Pero entrará en razón. Lo he visto antes, hombres que se mantienen obstinadamente plantados en sus creencias hasta que un día, ven la luz y cambian.

—Señor Kovalenko, me gustaría pedirle su bendición para esta relación porque quiero que entienda que, por debajo de todo lo que soy y todo lo que hago, solo soy un hombre como usted, con un corazón que sangra igual que el suyo. Y amo a su hija con cada aliento que tomo, con cada gota de sangre de mis venas. Quiero pasar cada día del resto de mi vida haciéndola feliz y manteniéndola a salvo.

Anatoly asiente y levanta una ceja. —Si esto es lo que quieres, *milaya*, entonces sí. Doy mi bendición. —Sus palabras son secas y mordaces, pero hay en ellas un sentimentalismo que no se me escapa. Quiere mucho a su hija.

—Oh, *Batya* —dice ella, dejándose caer al suelo a sus pies y recostándose sobre su regazo—. Echo de menos a *mamochka*. A ella le gustaría estar aquí.

La mano de él descansa sobre la espalda de Vera mientras la tristeza inunda su expresión. La vida no ha sido fácil para ellos, pero tengo la intención de ayudar a aligerar esa carga ahora. —Le gustaría —dice él—, pero harás que se sienta orgullosa. Serás una madre maravillosa, Vera.

Tengo el corazón lleno. Cada día vivido hasta hoy no ha sido nada en comparación con la plenitud en mi pecho, la ligereza en mis hombros y la esperanza que brota en mi alma. Vera Kovalenko empezó siendo un objetivo, y quizá supe desde el principio que sería diferente, pero nunca esperé encontrar al amor de mi vida y la parte de mi corazón que siempre había faltado.

—¿Por qué no vas a lavarte, *milaya*? —dice Anatoly—. El señor Vetrov y yo tenemos algunas cosas de las que hablar. Y hueles a pescado muerto.

Elvin resopla y se levanta, cogiendo la mano de su hermana para ayudarla a ponerse en pie. Se van por el pasillo, y mi conversación con Anatoly deriva en hablar del tiempo, y luego del mantenimiento de este apartamento, y luego de la cena. Siento que me está aceptando como parte de esta familia en contra de su voluntad, pero es un comienzo. Y todo comienzo es pequeño.

Lo que me interesa es el viaje.

La vida no siempre resulta como uno cree. A mis cuarenta y tantos, casi había perdido la esperanza de que el amor fuera mío para contemplarlo y apreciarlo. Criar a un hijo me resultará un desafío. Soy un hombre de costumbres y tengo que controlar mi temperamento. Pero no me cabe duda de que la señorita Vera Kovalenko encontrará la manera de pulir mis asperezas y de hacerme más humilde en todo lo que necesite.

Es con lo que cuento.

TAMBIÉN POR ARIANA COOPER

Doce Días de Sangre y Pecado

Doce Días de Venganza || Doce Pecados de Navidad

Las Crónicas de los Vetrov

Atada a la Bratva || El Juramento del Sicario || Riendas Salvajes || Apuesta de Pecado

Pecados del Imperio O'Rourke

La Cautiva del Jefe || La Redención del Ejecutor || El Precio del Diablo || La Salvación del Guerrero || El Desafío del Heredero

Relaciones Festivas de Medianoche

Un Regalo Prohibido por Navidad || Una Ganga Navideña || Un bebé escandaloso para el multimillonario || Christmas with the Baby Daddy (SPANISH Edition)

Arreglos ejecutivos

La Falsa Prometida del Jefe Millonario || Una Segunda Oportunidad para el Papi || Una Noche con Mi Jefe Multimillonario

Libros independientes

Encuentros Picantes en la Oficina || Nunca Te Olvidaré